



AÑO V

NÚM. LVI

LA
ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

~~~~~  
AGOSTO—1893  
~~~~~

AGUSTÍN AVRIAL

IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS

SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074

MADRID

*Para la reproducción de los artículos
comprendidos en el presente tomo, es indis-
pensable el permiso del Director de LA
ESPAÑA MODERNA.*

META HOLDENIS

NOVELA

Me habían dicho, señora, que le gustaba á V. casar á sus amigos. Me escribe V. desde las orillas del Rhin que tengo mucho talento y un carácter delicioso; al mismo tiempo me hace V. saber que tiene á mi disposición una joven encantadora que me conviene, en atención á que es alemana y música como V., que adora la pintura, y sobre todo la mía, que une una imaginación poética á la ciencia casera, que, en fin, posee todas las cualidades requeridas para hacer la dicha de Tony Flamerin, servidor de V. El retrato que de ella me hace V. está hablando. Desde aquí la veo con sus cabellos rubios y su gran delantal de cocina atado por detrás del cuello, teniendo en la mano derecha un cucharón, en la izquierda un precioso in-18.º de canto dorado, y vigilando con un ojo una cacerola, mientras que con el otro vierte lágrimas sobre los infortunios de Egmont y de Clara. Quedo muy agradecido á sus buenas intenciones; pero, en primer lugar ¿está V. segura de que yo no esté ya casado, ó á punto de casarme, ó casi casado? Y en segundo lugar,

esto es lo grave, me asegura V. que su joven amiga tiene ojos de un azul celeste. ¡Ah, señora, los ojos celestes! Es preciso que le cuente á V. toda una historia; V. es discreta, y la reservará.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

I

Tenía yo veinticinco años próximamente, y hacía tres que estudiaba pintura en el taller de un maestro á quien V. conoce, cuando recibí una carta de mi padre, honrado tonelero borgoñón retirado del oficio hacía poco, una carta, digo, escrita con buena tinta, que me obligó á partir para Beauce á toda prisa. Pronto hice mi equipaje. A la verdad, yo estaba inquieto, poco satisfecho de mi conducta; temía el rostro y entrecejo paternos. No porque tuviese sobre la conciencia grandes maldades; amaba la pintura con furor: me ocurría trabajar sin descanso durante tres semanas sin concederme la menor distracción; pero de cuando en cuando me abandonaba á mis pasiones, y cometía de un

tirón tres ó cuatro grandes locuras. Lo que hace costosos los placeres de la juventud, es la vanidad, cuando se mezcla en el asunto. Yo tenía el afán de hacer hablar de mí y asombrar á las gentes; los asombros de mis amigos me costaban bien caros, y el dinero de que podía disponer era bien escaso. Aún no había meditado la frase del sabio «que hay una diferencia tan inmensa entre el que tiene hecha su fortuna y el que tiene que hacerla, que no son dos criaturas de la misma especie».

Al llegar encontré á mi padre en un patiecillo embaldosado, donde le gustaba fumar buen tabaco. Cruzado de brazos, examinó algún tiempo en silencio mi traje flamante, que no era el de un aprendiz, y movió tres veces su gruesa cabeza borgoñona, más luciente que las duelas de sus toneles; luego, apoyándose en uno de éstos:

—Tony Flamerin, mi único hijo, póngase V. ahí, delante de mí, al sol, y mire al suelo; verá V. la sombra de un loco.

—Hay locuras felices—le respondí con bastante serenidad.—La mía acabará bien.

—¡En la miseria!—replicó con tono seco, y sacó tres ó cuatro bocanadas de humo de la pipa; después de lo cual continuó ahuecando la voz:—Tony Flamerin, tú has querido ser pintor. Te has empeñado tontamente en la idea de que eras un hombre de talento; el único que te conozco es el de comerte tu mies antes de que espigue. La culpa es de tu pobre madre, ¡Dios la tenga en la gloria! Se le metió en la cabeza que tenías el talle demasiado fino, las manos demasiado blancas, para ser tonelero como el tonto de tu padre. ¡Bueno! Enviamos al ca-

ballerito en aprendizaje á casa de un comerciante al por mayor de Lyon; y lo despiden porque pintarrajeaba paisajes en los libros de su patrón. A todo esto, muere la buena mujer dejando al tunante presente su fortuna personal, veintiocho mil quinientos francos, y yo autorizo á este raro genio á que se vaya á París á estudiar la pintura... ¡Tony, mira tu sombra, y dime si no es la sombra de un loco! Tony, te ruego que calcules en tu cabeza qué es lo que puede quedarte de los veintiocho mil quinientos francos que te dejó tu difunta madre.

Yo miraba mi sombra; no era la sombra de un loco: tenía el aire contrito de las grandes turbaciones de conciencia.

—Tony—prosiguió mi padre;—has pasado tres años en París, y no has ganado un ochavo; en cambio has gastado diez y seis mil francos sin hablar de los céntimos.

—Dos mil el primer año—le dije—cuatro mil el segundo, ocho mil el tercero. Esto hace una progresión geométrica. Convengo en que es ir demasiado deprisa, pero también...

Al decir esto pasé involuntariamente la lengua por mis labios, y no pude impedirme el sonreír; me acordé en aquel momento de cierta carita alegre... Moví la cabeza, desapareció la carita por un escotillón, y ya no vi más que los ojazos de mi padre inflamados de ira.

—¡Me parece que bromeas!—exclamó tirando la pipa al suelo—donde se hizo pedazos.

—No pienso en ello; jamás estoy más serio que cuando parece que me río—le contesté. Y me acerqué á él para abrazarlo. Mi padre me rechazó; sin embargo, confesé mis

culpas con tanta humildad, le hice tantas promesas de enmienda, que acabó por dulcificarse.

—¡De gestos y juramentos se trata!—me dijo.—Tengo que hacerte una proposición; si la rehusas, todo ha concluido entre nosotros, y no te vuelvo á ver en mi vida.

Le rogué que se explicara, y pronto supé de qué se trataba. Mi tío Gedeón Flamerin había emigrado á América hacía doce años; había prosperado y fundado una casa de banca, cuyos negocios iban viento en popa; era una especie de personaje. Seguía soltero, y como comenzaba á pesarle su soledad, había escrito á mi padre ofreciéndole llevarme á su lado y encargarse de mi porvenir, declarándome que me consideraba por adelantado como su hijo, su socio y su heredero, tres calificativos que me pusieron carne de gallina. Exigía únicamente que antes de embarcarme para Nueva York fuese á pasar algunos meses en Hamburgo y en Londres, donde aprendería el alemán y el inglés. El *post-scriptum* de su carta me pareció todavía más asombroso que el resto; estaba concebido en estos términos: «Parece que mi sobrino es un mala cabeza. El mal no es grande; hay que dar á la juventud lo suyo; pero sin darle demasiado. Cásalo; no hay como esto para refrenar á un joven. Si Tony encontrara en Beauce ó en Hamburgo una buena muchacha que consintiera en ser mi nuera, mi casa se pondría de fiesta para recibirla.»

No pude contenerme más, tanto me había irritado la palabra de nuera.

—Querer hacer de mí un marido ¡ah, eso es demasiado!—exclamé. La carta es desagradable, el *post-scri-*

ptum es odioso. ¡Qué diablo! Cuando se ofrece á las gentes un vino que no les gusta, al menos se hace porque no haya moscas en el fondo del vaso.

—Te entrego á tus reflexiones—me gritó mi padre, cuya indignación ardía de nuevo.—Tu tío te ofrece la fortuna; eres libre de sacrificarla á la pintura al óleo. Te advierto solamente una cosa: no cuentes más conmigo. Yo comencé con nada; á fuerza de trabajos y sudores reuní cuatro mil francos de renta. A fe de borgoñón, creo vivir cómoda y largamente; estoy cortado para esto. No tendrás nada mío antes de que me entierres. ¡Aquí está escrito!—Y, al hablar así, se golpeó la frente. El gesto era expresivo, y me pareció que, en efecto, la escritura estaba en regla.—Desde mañana—añadió—te daré mis cuentas, y te entregaré el resto de la herencia de tu madre, ó sea doce mil y tantos francos, porque no quiero ser tu cajero, ni tener que defender tus cuartos contra ti mismo. ¡Desearé que tengas para un bocado! Cuando no tengas más remedio que escoger entre Nueva York y el hospital, te resignarás á probar el vino de tu tío; y te lo tragarás todo, el vaso y la mosca. ¡Así sea!

Si yo me hubiera escuchado, me habría vuelto á escape á París; pero, á pesar de lo que decía mi tío, yo no era un mala cabeza. Estimaba que no le está permitido á un artista ser mediano, que un pintor sin talento es un tonto. Aunque tuviera fe en mi genio, las convicciones mejor cimentadas tienen sus días de desfallecimiento. Después de haber dado vueltas al caso en mi cabeza: «Hay acomodados—me dije—con el cielo y con mi tío Gedeón.

Vamos, puesto que lo quiere, á estudiar alemán en Alemania; esto no me impedirá pintar. De aquí á un año sabré lo que soy y lo que valgo.» A consecuencia de este razonamiento, resolví ir á hacer mis estudios no á Hamburgo sino á Dresde, porque necesitaba á toda costa un museo.

No tardé mucho en decidirme; mi vivacidad natural no se prestaba á los aplazamientos. Comunicué á mi padre mi determinación, sin darle parte de mis segundas intenciones. Me recompensó de mi buen movimiento dándome un vigoroso puñetazo en la espalda, y, durante los quince días que aún pasé con él, agotó su bodega para mantenerme alegre. Una mañana me despedí de él, y partí llevándome su bendición en mi corazón y trece mil francos en el bolsillo, bastante conmovido con la aventura.

El cielo había decidido que yo aprendería el alemán antes de estar en Alemania. Hice el camino de Beauce á Ginebra en compañía de un hombre de peso, entre dos edades, de tez fresca y colorada, de cara agradable y respetable, que se llamaba el señor Benedicto Holdenis. Se expresaba con unción sobre todas las cosas, y particularmente sobre el mejoramiento de la suerte de las clases que sufren, sobre los jardines de la infancia y sobre la necesidad de desarrollar desde muy temprano en las niñas la reflexión moral y el sentimiento del ideal. Me figuré al pronto que aquél filántropo era algún eclesiástico protestante; supe por él mismo que era negociante, que había abandonado á Elbefeld hacía diez años para establecerse en Ginebra, donde dirigía una gran casa de quincallería.

Confieso que su conversación era algo elevada para mí; me di, sin embargo, el aire de tener gusto en ella: comprendí que me había tomado, bajo la fe de mi buen aspecto y de mi corbata, por un hijo de familia que hacía un viaje de recreo. Me preguntó con tono discreto dónde estaban situadas las tierras de mi padre. Le respondí sin mentir, pero hubo tal arte en mis explicaciones, que no disminuyeron en nada la ventajosa opinión que había formado de mí. Para decirlo todo, busqué y encontré la ocasión de abrir ante él mi cartera, cuya hinchazón le arrancó una exclamación que me halagó: no sospechaba que, como el filósofo, yo lo llevaba todo conmigo. ¡Oh juventud, que tonta eres! En fin, nos hicimos tan buenos amigos, que al bajar del vagón me ofreció sus servicios, me dió sus señas, y me hizo prometer que iría á verlo si me detenía algunos días en Ginebra.

Mi intención era continuar en seguida mi viaje. ¿Pero se hace nunca lo que se quiere? Al salir del *buffet* de la estación, me encontré de manos á boca con un verdadero hijo de familia, americano, de seis pies de estatura, llamado Harris, cuyo inútil conocimiento había hecho en París. Iba de tarde en tarde al taller, estudiando la pintura en sus ratos perdidos, pero su principal ocupación era comerse sus rentas y tratar de divertirse sin conseguirlo. Ginebra apenas le divertía; al verme, alzó los brazos al cielo y bendijo á la Providencia por la presa inesperada que enviaba á su aburrimento. Persuadido por su elocuencia, tomé un cuarto en el hotel Bergues, donde él paraba, y henos durante dos semanas ocupados desde el alba

á la noche en dar bordadas por el lago, donde estuvimos más de una vez en peligro de naufragar. Nuestras noches se pasaban en jugar interminables partidas de piqué, en vaciar jarros de cerveza y en tirarnos á la cabeza á menudo.

Un día dimos un largo paseo á caballo. Yo montaba un alazán lleno de brío y de fuego, y como Harris, que tenía escuela y que era avaro de sus elogios, se dignara alabar mis talentos de jinete, yo me lisonjeé de hacer alguna figura en el mundo. Por la tarde nos detuvimos en una posada de aldea, para refrescarnos nosotros y nuestras monturas. A la extremidad del cenador donde nos colocamos, una familia alrededor de una mesa acababa una comida campestre. De pie en frente de mí, una joven de diez y ocho años, la mayor de la familia, que hacía el oficio de mayordomo, estaba trinchando un ave. Se había puesto un pañuelo en la cabeza para librarse de un rayo de sol que, deslizándose por entre el follaje, le daba en los ojos. Aquel pañuelo era de un hermoso tono y atrajo mi mirada; pero el rostro que había debajo me ocupó mucho más tiempo. Harris me preguntó, burlándose, á qué miraba así á una fea; yo le contesté que no la había visto bien.

Aquella fea era una morena, más bien baja que alta, de cabellos castaños oscuros, con ojos del azul más claro y más dulce, dos verdaderas turquesas, y un lunar en la mejilla izquierda. No era ni hermosa ni bonita, teniendo la nariz muy grande, la barba cuadrada, la boca demasiado grande, los labios muy gordos. En cambio tenía un encanto, un yo no sé qué, una

tez de albérchigo, mejillas parecidas á esas frutas que dan ganas de morderlas, una fisonomía que no se parecía á nada, el aire ingenuo, la mirada acariciadora, una sonrisa angelical y una voz musical. Trinchaba que era un encanto las aves. Sus cuatro hermanas y sus dos hermanitos le presentaban el plato uno tras otro, abriendo el pico como polluelos que esperan su ración: todos quedaron contentos. Su padre, que me volvía la espalda, le gritó con voz melosa y con un acento germánico que no me era desconocido: «¡Meta, no guardas nada para ti!» Ella le contestó en alemán, y su respuesta fué sin duda adorable, porque él exclamó: *¡Allerliebste!*, lo que comprendí sin haber ido á Dresde.

En el mismo instante se volvió de mi lado, y reconocí el rostro venerable de mi compañero de viaje, el señor Holdenis, que en adelante tenía á mis ojos el mérito de ser el padre de la más deliciosa fea que se haya encontrado jamás bajo la capa del cielo. Me acerqué á él, me acogió con los brazos abiertos, y me pidió permiso para presentarme á la señora Holdenis, una mujer gruesa, repleta, redonda como una bola, y muy fea sin ser encantadora. Me excusé de no haber ido á verlo, y no me separé de él antes de que me hubiera invitado á comer para el día siguiente:

—¿Me explicará V.—me dijo Harris cuando volvimos á montar á caballo—qué piensa hacer en casa de esos Holdenis?

—Quiero hacer el retrato de su hija—le respondí;—jamás he tenido la imaginación tan iluminada como esta tarde.

—Eso es una verdadera locura—

exclamó dando un fuerte latigazo á su caballo.—Para ser justo, con-vengo en que esa Meta tiene una mano linda, un lindo talle, hermosos brazos, que la transparencia de su chambra me ha dejado entrever, soberbios hombros, y añadido, para darle á V. gusto, que su pecho cumplirá un día todas sus promesas; pero declaro que el resto no vale nada.

— Y yo declaro á V., mi pobre amigo—le repliqué—que V. no tiene ojos de artista, que la belleza es un prejuicio, y que la señorita Meta Holdenis no morirá sin haber inspirado grandes pasiones.

El señor Holdenis habitaba una confortable casa de campo á cinco minutos de la población. El sitio se llamaba Floreciente, la casa Minido; ya verá V. que tengo razones particulares para no olvidar este nombre. Fui exacto á la cita, á pesar de Harris que había jurado hacerme faltar á ella. El señor Holdenis me dió la bienvenida con la más amable cordialidad. Habiendo reunido á sus siete hijos, los colocó en fila, por orden de edades y de estatura, lo que hacía una linda tubería de órgano. Me los nombró á todos, y escuché el relato de sus gracias, de sus precocidades, de sus buenas ocurrencias. Yo parecí encantado; la señora Holdenis reía como una bendita.—¡Son dignos hijos de su madre! —decía su marido, y, mirándola amorosamente, la besaba las manos que ella tenía muy rojas.

Durante este tiempo, la vivaracha Meta iba y venía, encendiendo las lámparas, haciendo ramos con que decoraba la chimenea, deslizándose en el comedor para ayudar á la doncella que ponía la mesa, y de allí daba un salto á la cocina para

dar una ojeada al asado. Su padre me dijo que en la casa se la llamaba ratoncito, *das Mäuschen*, porque trotaba menudito sin que se la oyera andar: tenía el secreto de estar en todas partes á la vez.

La comida me pareció exquisita; Meta había puesto mano en ella. Lo que me resultó más admirable todavía, fué el apetito de mi excelente anfitrión; temía una indigestión. Tomamos el café en el jardín, á la claridad de las estrellas; la madre-selva y el jazmín nos embalsamaban con sus perfumes.—¿Qué importa que se habite un palacio ó una cabaña—me dijo el señor Holdenis—con tal que se tenga una clara-boya abierta sobre un pedazo de cielo azul?

Habiendo llamado á su prole, la colocó en círculo y le hizo cantar cánticos. Meta marcaba el compás á los jóvenes concertantes, y por intervalos les daba el tono; tenía una voz de ruiseñor, límpida como un cristal.

Volvimos al salón. A los cánticos sucedieron los juegos inocentes, hasta que, habiendo dado las diez, el digno pastor de aquel rebaño hizo un gesto, que fué comprendido. Cuando hubieron cesado las risas, abrió una enorme Biblia in-folio, sobre la que inclinó su frente de patriarca. Se recogió algunos instantes, y luego improvisó una homilía sobre este texto del Apocalipsis: «Estos son los dos olivos, los dos candeleros que están siempre en presencia del Señor.» Creí comprender que en su pensamiento los dos candeleros eran el señor y la señora Holdenis; los pequeños Holdenis no eran todavía más que pábilos; pero cuando se aplican los pábilos se hacen candelas.

Así que cerró su gran Biblia, me levanté para marcharme. Me cogió las dos manos, y mirándome con ojos húmedos:—He aquí—me dijo—nuestra vida de todos los días. V. ha encontrado la Alemania en este país welche, y, sin querer ofenderle, la Alemania es el único sitio del mundo que conoce la verdadera vida de familia, la unión íntima de las almas, el sentimiento poético é ideal de las cosas. No creo engañarme—añadió con amable sonrisa—V. me parece digno de llegar á ser alemán.

Le aseguré, mirando á Meta con el rabillo del ojo, que no se engañaba, que sentía en mí el no sé qué que se parecía á un llamamiento de la gracia. Esto es lo que repetí media hora después á mi pobre Harris, que me esperaba con furiosa impaciencia entre dos frascos de ron y las cartas en la mano.—¿De qué pila de agua bendita sale V.?—exclamó al verme aparecer.—Huele V. á virtud que apesta. Y cogiendo un cepillo, me cepilló de pies á cabeza. Quiso arrancarme la promesa de que no volvería á Floreciente; pero perdió el trabajo. Para castigarme, trató de emborracharme; pero cuando se piensa en Meta, no se emborracha uno de ron.

Si yo había tomado gusto á Mi-Nido, Mi-Nido me lo devolvía bien; me veían allí con buena cara, me mimaban. Habiendo confiado al señor Holdenis mi proyecto de aprender el alemán, se ofreció muy obsequiosamente á darme lecciones todos los días, y como yo le atestigüase en el mismo momento un vivo deseo de hacer el retrato de su hija, accedió á mi demanda sin hacerse mucho de rogar. Resultó de esto que el sobrino de mi tío Gedeón

pasaba todos los días muchas horas en el santuario de la virtud. Las que consagraba á la gramática de Ollendorf no eran las más agradables, no porque el señor Holdenis fuera un mal maestro, sino porque tenía letanías que me parecían largas. Me repetía con demasiada frecuencia que el francés es un pueblo frívolo, que el ideal es letra muerta para sus poetas y sus artistas, que Corneille y Racine son fríos retóricos, que La Fontaine carece de gracia y Molière de alegría. Me demostraba demasiado extensamente también que el alemán es la única lengua que puede expresar las profundidades del pensamiento y el infinito del sentimiento.

Por el contrario, encontraba muy cortas las sesiones que me concedía Meta. El retrato que había emprendido era para mí la más atractiva, pero también la más laboriosa de las tareas. Desesperaba á menudo de salir de ella honrosamente; tanto trabajo me costaba expresar lo que veía y lo que sentía. ¿Hay nada más difícil que reproducir con el pincel el encanto sin belleza, fijar en el lienzo una cara sin líneas y sin rasgos, que no vale más que por el movimiento cándido de la expresión, por su ruboroso candor, por las caricias de la mirada, por la gracia luminosa de la sonrisa?

No es esto todo: había en aquel rostro angelical otra cosa todavía que yo habría querido expresar. Hay ángeles y ángeles, señora. Los que se ven en Alemania no se parecen nada á los otros; sus ojos, que son á menudo del color de las turquesas, tienen de particular que, sin que ellos lo sospechen, prometen en una lengua mística placeres que no lo son. Todo el que ha via-

jado por su país de V. comprenderá lo que quiero decir; seguramente ha encontrado adorables candores que respiran la voluptuosidad que ignoran, virginales inocencias capaces de convertir á un libertino al matrimonio y á la virtud, porque le parece que en ellos encontrará lo que desea, y, para decirlo todo, ángeles que no saben nada, pero á los que nada asombrará. Y basta ya; sólo quería explicar á V. por qué desesperaba de llevar á buen fin el retrato de Meta.

Ella se *ponía* complacientemente y no parecía aburrirse conmigo. Tenía sucesivamente el humor muy serio ó muy festivo. Cuando estaba grave, me preguntaba sobre el Louvre ó sobre la historia de la pintura. En sus horas de alegría, se divertía en hablarme alemán, y me obligaba á repetir diez veces sus palabras una después de otra. Yo le contestaba como podía, haciendo flecha de cualquier madera; mis despropósitos le hacían reír hasta saltársele las lágrimas. Lo que yo ganaba en ello era el derecho de llamarla por su nombre de *Maüschen*, que metía en todas mis frases: como era difícil de pronunciar, era para mí el más útil de los ejercicios. Al fin de cada sesión, y para recompensarme, ella me recitaba *El Rey de Tulé*. Lo decía con un gusto exquisito; cuando llegaba á los últimos versos

*Die Augen thäten ihm sinken,
Trank nie einen Tropfen mehr,*

sus ojos se llenaban de lágrimas, y su voz, ligera y temblorosa, parecía morir. Me cantaba tan á menudo esta adorable antífona, que la supe en seguida de memoria y la sé todavía.

Tales eran nuestros pasatiempos. Yo tenía otro que me era particular. Me preguntaba, al mirarla, si amaba á aquella amable joven como artista ó como enamorado. Bien pronto supe á qué atenerme. Meta se peinaba con gracioso descuido. Una mañana que había tenido el mal capricho de alisarse el pelo y de esconder ciertos ricillos que voltijeaban sobre su frente, le reprendí sobre esto, y le hice ver que la corrección fría es la muerte del arte. Ella se echó á reír, y deshizo por un brusco movimiento su espesa cabellera, que cayó como lluvia sobre su rostro. Quedó algunos minutos con el codo apoyado en la rodilla, y sus ojos de color de cielo me miraban fijamente á través de sus oscuros cabellos. Ya he dicho á V. más arriba lo que se lee algunas veces en los ojos de los ángeles alemanes. No sé bien lo que decían aquellos, pero sentí claramente que yo no los amaba como artista, y aquel mismo día, al volver al hotel, dije cosas tan extravagantes á mi amigo Harris, que me declaró en el tono más despreciativo que yo era hombre muerto. Al oírlo, estaba á punto de ahogarme en un jarro de leche, lo que es para un artista el más vergonzoso de los fines.

Es cierto que, con gran sorpresa mía, comenzaban á germinar en mi romántico cerebro ideas muy burguesas. Cogiéndome la cabeza entre las manos, me preguntaba si era todavía el mismo. De día en día, de sesión en sesión, sentía disminuir la aversión que había concebido al matrimonio; me parecía que tenía algún sentido el *post-scriptum* de mi tío Gedeón. Me decía que es un gran recurso y un precioso adorno en la existencia de un artista

una mujer completa de su casa, que junto á la inocencia del corazón un espíritu cultivado, la afición á las cosas bellas y esa gracia que hace florecer la vida, una mujer de su casa que llora al recitar *El Rey de Tulé*, y deshoje sobre los placeres de este mundo rosas cogidas en el cielo. En una palabra, el señor Holdenis me ponderó un día la costumbre germánica de los noviazgos largos:—¡Vea V. ese joven que parte!—exclamó en tono lírico.—Se va á correr el mundo. Co-deará, despreciándolos, los placeres ruidosos de las capitales y los desórdenes de los hijos del siglo. ¿Quién lo protege contra las tentaciones? ¿Qué talismán, qué amuleto lo preserva de toda mancha? Lleva grabada en su corazón la dulce y púdica imagen de su rubia ó morena novia. Ella lo espera, él le ha prometido traerle un alma y manos puras. El ángel de los castos amores vela por él y mantiene apartado al tentador.—¿Se lo confesaré á V.? Este discurso, que bien podía ser una arenga *ad hominem*, me pareció elocuente. Esto es decirle á V. cuál era mi estado.

El aguijón más fuerte del amor es los celos. Y hacía dos semanas que me estaba desagradando ver llegar todos los días á Floreciente un huésped de mal agüero, cierto barón Grüneck, á quien habría enviado de buena gana al fondo de su Pomerania. Era un solterón que frisaba en los sesenta años, hombrecillo cacoquímico y asmático, seco como una cerilla, la cabeza adornada con bisoné, encorvadas las espaldas, envaradas las piernas y todo de una pieza. Quiero creer que padecía un reumatismo articular; acaso también se habría tragado en otro

tiempo un sable de caballería que no había podido digerir.

Lo que me desolaba es que recibían con grandes extremos á aquel adefesio. Algunas freses cogidas al vuelo, unidas á sus asiduidades, á sus obsequiosidades, me devanaban los sesos. Se sentaba siempre al lado de Meta, y tenía una manera singular de mirarla, los ojos en los ojos. Le decía madrigales, le ofrecía ramos emblemáticos adornados de largas cintas negras y blancas, donde se veía Potsdam y al rey de Prusia pasando una revista de caballería. Mientras que ella se *ponía*, él le hablaba en voz baja en alemán; aquellas largas charlas, en las que yo no entendía nada, me atacaban furiosamente los nervios. Un día que ella tenía sed, él fué á buscarle un vaso de agua. Bebió ella la mitad; él se lo quitó de las manos, y se bebió el resto de un solo trago, exclamando: «¡Es un néctar!» No me gustaba que Meta tolerara sus familiaridades y le permitiera, por ejemplo, jugar con los lazos de su cinturón. Verdad es que ella cambiaba á cada momento conmigo sonrisas que dejaban hecho una pieza al barón Grüneck. De todos modos, su bondad de alma me parecía excesiva.

Me pareció prudente no esperar más para declararme. Decidí, como hombre honrado, que mi primer deber era disipar con una franca explicación las ilusiones que el excelente señor Holdenis parecía hacerse sobre mi estado civil y mi situación de fortuna; no sólo yo no las había combatido, sino antes bien pude haberlas confirmado por mi manera de gastar y mi furor por los alazanes. Ocurrió justamente que una mañana fué á verme al hotel. Me

abordó con su amenidad acostumbrada; sin embargo, creí notar en su hermosa frente inclinada una nube, y esto me hizo recordar que desde hacía algún tiempo estaba preocupado y meditabundo.— «Tiene algo que decirme, pensé, y quiere que yo aliente sus confidencias.»

Sin embargo, al pronto no habló más que de asuntos indiferentes. Rompí el hielo, y le conté mi juventud, mis sueños y mis ambiciones de aprendiz, mi última entrevista con mi padre el tonelero y la carta de mi tío Gedeón. Tuvo un momento de sorpresa, como un hombre que se despierta; este momento fué corto, y se rehizo en seguida. Me preguntó sobre muchos puntos que yo había tocado muy ligeramente, y entró con extrema cortesía en el detalle de mis asuntos. Me dijo que la carrera de un artista es bien problemática, que sin duda yo tenía un gran talento, que el retrato de su hija daba fe de ello; pero que, sin embargo, yo no debía despreciar aturdidamente las proposiciones de mi tío Gedeón, que el sentimiento del ideal ennoblecía todos los oficios, y que la banca no me impediría pintar en mis ratos perdidos.

—Ya volveremos á hablar más adelante de todo esto—prosiguió;—pero permítame V. que le riña un poco. ¿Me atrevere á decírselo? Me parece que V. no toma bastante seriamente la vida, que es, sin embargo, una cosa muy seria, que el gasto que hace V. no me parece en relación con sus recursos, y que lleva V. demasiado lejos la imprevisión de la juventud...—Luego, después de una pausa:—Va V. á enviarme muy lejos, á tratarme de

fastidioso y de indiscreto mentor. Vaya, ¿me autoriza V. á imponerle una prueba? ¿No es peligroso para un joven de su carácter tener más de doce mil francos en su cartera, sin contar que es una necesidad dejar improductivo el dinero? Conserve V. dos mil, y confieme los otros diez mil, que yo colocaré en mi casa. Gracias á Dios, mi comercio va tan bien, que puedo darle un gran interés; déjeme obrar; comprendido el dividendo, éste podría ser un diez por ciento, y V. tendrá asegurada una rentita. ¿Es esto pedirle mucho? ¿Es demasiado grande el esfuerzo? Todo quiere comenzar, la fortuna como la formalidad. Debería V. consentir en esta prueba.

Al hablar así, me hacía mil caricias para darme ánimos, y me llamaba su querido hijo. Me parecía claro y cierto que no se habría interesado tanto en mi virtud, si no hubiera visto en mí el futuro novio de Meta. Tomé un gran partido, corrí á mi mesa y saqué los diez billetes. No le ocultaré á V. que los contemplé un instante con alguna perplejidad, ellos mismos parecían conmovidos. Se los entregué al señor Holdenis, que me firmó en seguida un recibo. Se levantó, y mirándome con enternecimiento:—Está bien—me dijo—apuesto á que su conciencia está contenta; créame V., esta es la verdadera felicidad.—Y me estrechó en sus brazos.

Yo no sé si mi conciencia estaba contenta, no me tomé el trabajo de interrogarla. Por mi parte, me encontraba muy dichoso con el trato que acababa de hacer. Había trocado mis diez mil francos por un permiso en regla para abrir mi corazón á Meta. Faltaba coger una ocasión favorable; la espí muchos

días sin encontrarla. El insoportable barón Grüneck no abandonaba la plaza. En fin, gracias á su reuma que le obligó á quedarse en casa, obtuve la deseada conversación á solas. Aquella tarde, Meta llevaba un lazo color cereza en sus cabellos, un cinturón del mismo color, y un lindo traje blanco, cuyas mangas, muy abiertas, dejaban ver al desnudo la belleza de sus brazos. Era uno de sus días de gravedad; mecía en su cabeza no sé qué sueño, que por intervalos aparecía en el fondo de sus ojos y se desvanecía en seguida, como un fantasma al que espanta la luz.

Después de la comida, se fué sola al jardín. La seguí, y la encontré sentada en un banco, donde me senté á su lado. La noche era templada, el ruiseñor cantaba. El crepúsculo había dejado en el horizonte un vago fulgor que se borraba de momento en momento; las estrellas se encendían una después de otra, y Meta, que lo sabía todo, me decía sus nombres á medida que surgían de la sombra. De aquí pasó á hablar del otro mundo, de la eternidad; me dijo que para ella el paraíso era un sitio donde el alma respira á Dios, sin más esfuerzo que el de las plantas para respirar el aire aquí abajo. Después de haberla escuchado largo tiempo: — «Mi paraíso—le dije al oído—es este banco y esos ojos.»—A estas palabras, rodeando su talle con mi brazo, levanté el suyo hasta la altura de mis labios, y deposité en él un largo beso. Meta se desprendió lentamente, sin cólera, y antes de retirar su mano de la mía, la permitió, creo, apretarse un poco contra mi boca; aquella mano ardía. De pronto la llamaron; echó á correr, y

me vi obligado á dejar para otra vez la conclusión de mi discurso.

Dormí aquella noche con un sueño de emperador; mis sueños fueron deliciosos, mi despertar lo fué más todavía. No me esperaban en Floreciente hasta la tarde, pero fué allá por la mañana, tanto penaba en mis labios la frase que no había podido decir, tanta prisa tenía de ligarme por un irrevocable juramento. Entré sin llamar, y no encontré á nadie en el salón. Cuando iba á retirarme, vi á Meta sentada en la terraza. Me volví la espalda, y la llamé; un surtidor de agua que hacía mucho ruido no le permitió oirme. Me acerqué de puntillas. Estaba echada de codos sobre una mesa, delante de una hoja de papel, y parecía sumida en una especie de éxtasis. Alargué el cuello; sobre aquel papel había ella dibujado á pluma una corona de violetas y de *vergissmeinnicht*, y en medio había escrito en letras mayúsculas, estas cuatro palabras: «La señora baronesa Grüneck».

He aquí lo que contemplaba con beatífico recogimiento.

¿Ha tomado V. alguna vez una ducha escocesa? ¿Sabe V. lo que experimenta el infortunado bañista, á quien se acaba de inundar de agua caliente, y que de pronto siente chorrear por sus hombros las primeras gotas de agua helada? Una sorpresa de este género es lo que experimentó en aquel instante mi amoroso delirio. Me alejé á paso de lobo: antes de salir del salón, me deslicé hasta el caballete en que estaba el retrato casi acabado de *Maüschen*; escribí con lápiz en el marco: «Ella adoraba las estrellas y al barón Grüneck», y escapé como un ladrón.

Estuve cinco días sin volver á poner los pies en Mi-Nido; los empleé en hacer con Harris un viaje en chalupa por el lago. Al día siguiente de nuestro regreso á Ginebra, lo vi entrar en mi cuarto como un cañonazo.

—¿Sabe V. la noticia del día?— me gritó. —Un mozo de cuerda la contaba hace un momento al portero del hotel. La casa del virtuoso Holdenis ha suspendido sus pagos, el juzgado ha puesto los sellos y ha comenzado el proceso. El digno hombre jugaba á la bolsa, y no ha sido feliz en sus especulaciones. El negocio es muy feo; se habla de un descubierta enorme, y se asegura que los acreedores no tomarán el 10 por 100 de su dinero. Felizmente, á V. no le importará esto; donde no hay nada, el diablo no encuentra nada que tomar.

Al oír este discurso, me quedé mudo como un mármol, y seguramente tenía su palidez. Harris retrocedió dos pasos:—¿Cómo? Tony, hijo mío—continuó—dulce hijo de la Borgoña, ese suave camastrón, ¿habrá encontrado el secreto de explotar su indigencia de V.?—Soltó una ruidosa carcajada, y gritó:—¿Candor primitivo, unión íntima de los corazones, sentimiento poético de las cosas, reinado de lo azul, yo os adoro! ¡Oh virtud de los patriarcas, he aquí tus huellas!

Habría dicho más, pero ya había yo bajado la escalera y corría escapado. Lleno el corazón de rabia, mientras caminaba, contaba y recontaba en mi cabeza los deliciosos placeres que se pueden tener con diez mil francos, y echaba furibundas miradas á los transeuntes.

Llegué sin aliento á Mi-Nido. Me lancé al despacho del señor Holde-

nis. Estaba solo, con su gran Biblia en folio abierta ante sí; poniendo la mano sobre el santo libro:—¡He aquí—exclamó—el grande, el único consolador!

Señora, cuando los borgoñones se encolerizan, no se muerden la lengua. —Es posible,—le contesté con voz sofocada, pero tonante—que los bribones encuentren consuelos en la Biblia. Pero ¿quién se encargará de consolar á los engañados?

No se incomodó; se contentó con alzar los ojos al cielo como para pedirle perdón por mi blasfemia, que no era irrespetuosa más que para su hipocresía. Acercándose á mí, á pesar de mi resistencia, se apoderó de mis dos manos. A mis reproches, á mis invectivas, respondía con blandas, dulzonas y lacrimosas explicaciones. Atestiguó con los cuatro evangelistas que al tomarme prestados diez mil francos no había pensado más que en mi bien y en poner mi dinero en seguridad; convino, sin embargo, en que accesoriamente se había servido de ellos para pagar un vencimiento apremiante; me pareció muy versado en la casuística, muy fuerte en materia de dirección de intención. Después emprendió un verboso y oscuro relato de lo que llamaba su desgracia: misteriosos enemigos habían tramado su pérdida, se había dejado engañar por un caballero de industria, un deudor insolvente había consumado su ruina; y se deshizo en lamentaciones sobre la suerte de su santa mujer y de sus pobres hijos. Oí sollozos en la pieza vecina; creí reconocer la voz de Meta, de la que ya no era para mí más que la baronesa Grüneck.

Saqué del bolsillo el recibo que me había firmado el señor Holde-

nis, lo rasgué en cuatro y arrojé los pedazos al suelo. — No quiero aumentar sus angustias — le dije con amarga ironía. — Conmigo no tiene V. más que una deuda de honor, ó, si lo prefiere V., no me debe nada. Su conciencia y el Evangelio decidirán.

Al decir esto, salí del santuario de la virtud, bien decidido á no volver á entrar jamás. Algunas horas después había pagado mi cuenta en el hotel y partía para Baden.

Cuando el tren se ponía en movimiento, un hombrecillo que andaba como si fuera de una pieza, apareció en el andén de la estación, y á pesar de las objeciones de los empleados se metió en un departamento vecino al mío; hay casos en que el reuma tiene alas. Aquel hombrecillo era el barón Grüneck. Aunque las gentes no se amen, se suelen encontrar algunas veces en el mismo pensamiento y en el mismo vagón.

II

Ya sabe V, señora, qué se hace para limpiar los pescados: se les hace perder, metiéndolos en agua pura, el gusto contraído en el fango. Yo quería limpiarme también, pero por un tratamiento completamente contrario. Había concedido tanto horror á la virtud, que experimenté la necesidad de desembarzarme en pleno fango de lo poco que me quedaba de ella. Me detuve en Baden, donde fui servido á medida de mi deseo. Encontré allí á ciertas mujeres que se ocupaban muy poco de las estrellas y jamás se les había ocurrido definir el paraíso. Fueron

complacientes conmigo, pero no lo fué la fortuna. En vano me lisonjeaba de recobrar en el juego mis diez mil francos; perdí las últimas plumas de mis alas, ya muy desplumadas. Más rabioso que nunca, partí para Dresde, adonde llegué en un estado vecino de la desnudez, hasta el punto de que me vi obligado á vender mis alhajillas y una parte de mis vestidos, sombrío de humor, desembriagado del vicio, pero conservando siempre rencor á la virtud, desconfiando de todos los ojos color de cielo, de todas las voces de cristal y de todas las sonrisas untuosas.

Esta tontería se me pasó en seguida; no tardé en notar que el mundo entero está formado como nuestra familia, que por todas partes hay trigo y cizaña. La casualidad me hizo encontrar alojamiento en casa de las gentes más buenas de la tierra, que, á decir verdad, hablaban muy poco del ideal. Les pagué por adelantado un módico hospedaje; el segundo mes no tuve con qué, y les confié mis apuros. Me habían tomado cariño; no sólo me tranquilizaron y me concedieron todas las facilidades de pago, sino que me ofrecieron mantenerme y hasta adelantarme dinero para renovar mi guardarropa, lo que no acepté. Durante muchas semanas no comí más que de tres días, uno; los otros dos vivía sólo de pan y agua clara. Este triste régimen no hacía mella en mi salud; era robusto y vigoroso, y la alegría me había vuelto con la confianza en el porvenir. Aunque me tuviera á veces despierto toda la noche, cantaba como un pinzón. Pasaba los días en el museo, copiaba allí el retrato de Rembrandt que V. conoce, el en que se ha retra-

tado con un vaso en la mano y su mujer sobre las rodillas. Se me había puesto en la cabeza que el día mismo en que acabara mi copia algún feliz encuentro me haría darle salida; la fe traslada las montañas.

Me acuerdo de aquellas semanas de miseria en que conocí el hambre, la verdadera hambre, como de un tiempo feliz que ha hecho época en mi vida. La miseria es una buena nodriza, y sus escuálidos pechos, dan á los que á ellos se crían una leche sana y fortificante. Trabajaba con delicia, ya no dudaba de mi vocación. Me parecía que me había revelado á mí mismo, que había descubierto mi voluntad y que ésta valía algo. Al salir del museo y encontrarme en la calle en medio de desconocidos que seguramente habían almorzado y que se iban á comer, me decía que no había serio en todo el universo más que Rembrandt y su claro oscuro. Mi estómago pedía de comer, y yo le declaraba que sus tenteenpies, como las comidas de los demás, eran vanas quimeras, que mi tío Gedeón no existía, aunque tuviera la necia pretensión de ello, y que en este mundo de ilusiones las sombras más felices son las que no tienen el trabajo de digerir.

La duración de mi prueba no excedió de mis fuerzas. Una noche, al volver á mi madriguera, encontré sobre mi mesa dos cartas y un paquete lacrado. Una de aquellas cartas era del señor Holdenis. Había sabido mis señas por Harris, á quien yo había escrito, y me decía en el estilo más solemne que, para eterna confusión de los espíritus ligeros que no tienen escrúpulos en atentar con sus sospechas al verdadero

honor y á la verdadera piedad, había sido reconocida universalmente su perfecta honradez. Me hacía saber después que se había firmado un convenio por sus acreedores, los cuales habían consentido en que sus créditos fuesen reducidos momentáneamente al veinte por ciento, seguros como estaban de que, con la ayuda de Dios, el señor Holdenis pondría en orden sus negocios, y que les sería reembolsado todo con los intereses de los intereses. Añadía que, no teniendo dos mil francos disponibles, había permitido á su hija que se despojara en mi favor de una alhaja de familia que valía esta suma ó más aún, tan grande era su prisa de probarme su antigua probidad. Aquel hombre extraño y su manera de entender el pago de las deudas de honor me parecieron graciosos, y estimé que reembolsarme por las manos de su hija era el procedimiento de un alma poco delicada.

Abrí la segunda carta, de escritura temblona. Contenía esto: «Caballero: Mi pobre padre me hace saber que es deudor de V. Me asegura que el brazalete que encontrará V. en el cofrecillo adjunto vale la suma que le debe. En todo caso, envío á V., á instancia suya, todas mis alhajas, suplicándole que disponga de ellas como quiera y que me guarde el secreto. Deseo á V. la felicidad; nosotros la hemos perdido para siempre.»

Esta, que me conmovió, me reconcilió algo con el recuerdo de Maüschen. Llevé en seguida las alhajas á un honrado platero, que me había dado un buen precio por las mías. Me dijo que el brazalete valía todo lo más quinientos francos, y estimó en el doble el collar,

la sortija y el medallón que lo acompañaban. Le vendí el brazalete por el precio que me ofrecía, volví á empaquetar lo demás y lo envié á Meta con estas palabras: «Gracias, esto sobra». Al mojigato de su padre, le dirigí las siguientes líneas: «Señor mío: He hecho apreciar la alhaja que me ha enviado V. No me debe V. nada. Mi ligereza me deja en paz del resto.» Hecho esto, después de haber pagado á mis buenos huéspedes mis atrasos, pedí á mi filosofía permiso para ir á darme un *gaudeamus* en Belvedere; una vez no hace costumbre. Al levantarme de la mesa, me paseé largo tiempo por la hermosa terraza de Brühl, que bordea la orilla izquierda del Elba. Me decía al andar: «¿Qué extraña es esa Meta?» Y trataba de definir su carácter. Medité en ello muchas horas seguidas, y al día siguiente ya no pensé más. Era artista y había nacido en Beauce.

No me habían engañado mis presentimientos. A la misma hora en que, con mi paleta en la mano, daba los últimos retoques á mi copia, vi entrar en la galería un hombre muy alto, cuyo rostro me impresionó. Frisaba en los cincuenta años; pero su cabellera negra y espesa, donde no asomaba una cana, le guardaba bien el secreto. Tenía gran aire, gran aspecto, las maneras y el tono del mejor mundo, la mirada penetrante, acerada, un rostro grave, casi severo, que iluminaba de pronto la más seductora de las sonrisas.

No me ocupé mucho tiempo de él; contemplaba yo mi lienzo, comparándole con el modelo y hablando con mi conciencia; me quedaban algunas inquietudes. De pronto oigo una voz que dice á mi espalda:—Si

se vende esa copia, la compro.—Me volví vivamente; aquellas palabras se dirigían á mí, y el comprador imprevisto que me enviaba la providencia de los pobres era el hombre del rostro grave, que sabía sonreír tan bien. Se llamaba el señor Mauserre, y no era otro que el ministro de Francia en Dresde. Hicimos amistad tan pronto, que al día siguiente comía yo ya en su casa. Ocho días después comenzaba su retrato, que acabé en seis semanas, y en cuyo honor dió una comida de gala al cuerpo diplomático. Habría yo deseado que el tonelero de Beauce pudiera ver desde el fondo de su Borgoña al mala cabeza de su hijo, acariciado, festejado, cumplimentado. La primavera siguiente envié aquel famoso retrato al Salón; gustó poco al gran público, pero fué notado por los artistas, que predijeron que yo iría muy lejos. Como decía el inteligente señor Holdenis, todo quiere comenzar.

¡Bendito sea mi tío Gedeón, que fué causa de que yo fuera á Dresde para aprender el alemán, y de que encontrara allí al señor Mauserre! Aunque este hombre distinguido no fuera un personaje principal en la historia que le cuento á V., me detendría en hablarle de él, tanto le debo. Creo que las largas y buenas amistades nacen menos de la semejanza de las situaciones ó de los caracteres que de cierta conformidad en la manera de sentir y de juzgar. V. y yo, señora, somos buenos amigos, y nos parecemos muy poco. Me he preguntado cómo pudo el señor de Mauserre aficionarse y admitir en su intimidad á un muchacho apenas desbastado, muy ignorante de todo lo que no era su oficio, que vivía y pensaba á la ven-

tura y no había reflexionado sobre nada. Cuando le planteé la cuestión, me contestó que, sin hablar de mi talento artístico, del que había augurado bien, me había encontrado lo que él llamaba un buen talento. Entendía por esto, supongo, algo de ese buen sentido que preserva de los tontos, desprecios y de las imbéciles fatuidades. El poseía un espíritu superior; había viajado mucho, observado mucho, leído mucho, y sus experiencias, como sus lecturas, estaban al servicio de su finura y de su juicio naturales. Se notaba en él una inteligencia fuertemente alimentada que lo había digerido todo.

El hombre superior es el que hace bien su oficio, sabiendo al mismo tiempo hacer otra cosa. El señor de Mauserre llenaba el suyo ampliamente; tenía el gusto y el culto de aquel oficio. Acostumbraba á decir que la diplomacia es un arte que comprende cuatro: el arte de informarse, que exige ojos y oídos; el arte de informar, cuya primera condición es saber ponerse en el lugar de los demás; el arte de aconsejar, el más delicado de todos, y, en fin, el arte de negociar, en que el carácter debe acudir en ayuda del talento. Creo que sobresalía igualmente en estas cuatro partes. Sus despachos eran muy apreciados en el ministerio; me ha leído muchos que me parecieron obras maestras.

Sea timidez, sea preocupación de hacerle la corte, muchos diplomáticos no dicen á su gobierno más que lo que puede agradaarle; prefieren engañar á disgustar. El señor de Mauserre habría creído deshonorarse disimulando verdades desagradables que podían ser útiles;

pero las presentaba con tanto arte que las hacía aceptar. Ponia en sus negociaciones con los ministros extranjeros el mismo respeto de sí mismo y de los demás; estimaba que el engaño es un medio que se gasta en seguida y la señal de escaso ingenio, que á la larga mata la autoridad, y que el gran secreto es persuadir sin recurrir á la mentira, que era, según él, el puente de los asnos. Nada achica tanto el espíritu como el miedo de ser engañado, y esta es la enfermedad de muchos políticos á quienes el exceso de desconfianza lleva á perder preciosas ocasiones. El señor de Mauserre no creía ligeramente; pero era capaz de confianzas prontas y generosas, de que casi nunca se ha arrepentido. Esa generosidad que tenía en los sentimientos se comunicaba á sus maneras de pensar. Veía las cosas desde alto; tenía fe en las ideas generales y en su poder. Sin desconocer lo que hay de fortuito en las vicisitudes de aquí abajo, estimaba bastante á la especie humana para creer que los pequeños accidentes y las pequeñas intrigas no explican toda su historia; que la opinión es la verdadera soberana del mundo, que todos los grandes acontecimientos son la victoria ó la derrota de una idea: así, despreciaba á los empiricos tanto como á los aficionados á la utopía. Se complacía en combatir á unos y á otros en sus conversaciones, que me han desmenmohecido el espíritu, aclarado muchas cosas y aficionado á descortezar algo por la lectura mi vergonzosa ignorancia.

Poco á poco tomaron nuestras conversaciones un carácter más íntimo; no versaron solamente sobre la política ó la pintura, y el señor

de Mauserre llegó á hablarme con frecuencia de sus propios asuntos. Me halagaba ser el confidente de un hombre á quien sus talentos, la superioridad de su espíritu, así como su posición y su fortuna, ponían en situación de llegar á todo. Y no quedé poco asombrado al descubrir que los más experimentados y los más avisados, los que dan los mejores consejos en los asuntos de los demás, se aconsejan á menudo muy mal á sí mismos.

El señor de Mauserre éra viudo hacía seis ó siete años, y su viudez le pesaba. Por solicitado y halagado que fuera, experimentaba la necesidad de rehacerse un hogar. Había perdido voluntariamente muchas ocasiones de volver á casarse, porque su corazón no encontraba lo que quería. ¡Felices los ambiciosos á quienes sus éxitos satisfacen por completo! ¡Felices también los hombres de placer que no piden más que distraerse! Los que busquen en la vida negocios ó diversiones, están seguros de encontrarlos; ¡pero desdichado el que tiene alma! Es la cosa que encuentra menos empleo en el mundo. El señor de Mauserre no era ni un hombre de placer, ni un puro ambicioso. Unía á un espíritu grave un corazón ardiente, lo que es una gran complicación. Serio en sus afecciones, la pasión fué más fuerte que su prudencia, y acabó por empujarlo á una calaverada que, destrozando su carrera, le atrajo el vituperio universal: tan cierto es que lo que tenemos de mejor es con frecuencia el origen de nuestras mayores dificultades.

Hacia tres meses que yo lo conocía y que lo veía casi diariamente, cuando creí notar alguna alteración en su humor. En medio de nuestras

conversaciones, caía en largos silencios, de donde no salía sino con esfuerzo. Atribuí al principio sus preocupaciones á algún asunto de Estado que no iba á su gusto; él mismo me sacó del error. Me llevó una noche á su despacho, cuya puerta cerró con aire de misterio; y allí me dijo que tenía entera confianza en mi amistad, y que, estando á punto de tomar la más grave de las determinaciones, deseaba discutir la conmigo.

Después de haber dado algunos paseos por la pieza lanzando grandes suspiros, me confesó que estaba perdidamente enamorado de la mejor, de la más encantadora de las mujeres, que estaba en poder de un marido brutal que la maltrataba mucho. Poseía la certeza de ser amado, pero hasta aquel día no había obtenido nada, porque ella tenía (esta fué su frase) un alma recta como un junco: la mentira le inspiraba un invencible horror, y, por motivos que tuviera para quejarse de su tirano, le repugnaba engañarlo. Añadió que él mismo la amaba demasiado apasionadamente para consentir en compartirla con su marido; quería que fuera suya por completo, y no le quedaba otro partido que robarla.

—Felizmente—me dijo—el hombre que se casó con ella y que hace su desgracia es de un país donde la ley autoriza el divorcio. Después del escándalo de un raptó, se apresurará á reivindicar su libertad, y mi querida será mi mujer.

—El señor de Mauserre será feliz—le dije;—pero, ¿qué será el ministro de Francia?

Bajó la cabeza, y la ocultó algunos instantes en sus manos.

—Pues bien; sí—contestó—me

veo condenado á renunciar por algún tiempo á una carrera que amo. Pediré una licencia ilimitada. No faltarán razones; alegaré el estado de mi salud. La verdad es que estuve enfermo el año último, y los médicos me declararon que no me convenía el clima de Alemania, y que, si seguía en Dresde, estaba amenazado de una recaída. ¿Por qué no se ha de poder conciliar todo? La vida está hecha de tal modo, que es preciso escoger. La dicha no se da, se compra.

Me ensalzó, en los términos más calurosos, la belleza, las prendas, las cualidades de espíritu y de corazón del ídolo al que se disponía á inmolar su posición y su porvenir. No la nombró; pero por el retrato que hizo de ella, no me costó trabajo reconocer una criolla de origen francés, la señora de N..., casada con un diplomático que, cansado de sus encantos, la sacrificaba á indignas relaciones y se mostraba con perdidas. Yo había encontrado en el teatro á aquella hermosa víctima, á quien todo el mundo en Dresde admiraba y compadecía. El señor de Mauserre me había presentado á ella. Me pareció que exageraba un poco el alcance de su ingenio, que lo tenía mediano. Por lo que hace á su belleza, era superior á todo encarecimiento: tenía un brillo verdaderamente maravilloso, acompañado de gracias perezosas é indolentes, capaces de embrujar á un ministro plenipotenciario de cincuenta años cuyo corazón no tenía más que veinte.

Hablé aquella noche, señora, como uno de los siete sabios de Grecia. ¡Es tan fácil ser avisado por cuenta de otro! Dije al señor de Mauserre que iba á hacer una lo-

cura; que las locuras acarrearán las largas lamentaciones y los amargos arrepentimientos; que la pasión no tiene más que un tiempo; que cuando la suya se enfriara, se asombraría de haberle sacrificado tanto; que, con su carácter, una vida ociosa y sin objeto le sería á la larga insoportable; que sus facultades inocupadas serían su suplicio; que los solitarios, los soñadores y los poetas pueden encontrar la dicha en una situación irregular, pero que los hombres nacidos para la acción y el gobierno deben someterse á las reglas de la sociedad, de la misma manera que un jugador de whist está obligado, bajo pena de ser excluido de la partida, á respetar las reglas del juego.

—Será V. dichoso un año, dos años á lo más—le dije;—el tercer año descubrirá V. que su dicha es una cadena atada á su pie, y que su lealtad lo condena á arrastrarla hasta el fin, maldiciéndola.

Me interrumpió para decirme que no pensaba dar un adiós eterno á los negocios; que yo razonaba como si él fuera á encadenarse para siempre á una situación irregular; que se apresuraría, por el contrario, á regularizarla, y que, una vez casado, se olvidaría su calaverada para no acordarse más que de los servicios que había prestado y de los que todavía podía prestar.

—Pero, ¿quién le dice á V.—le repliqué—que sucederá todo como V. cree, y que las circunstancias y los hombres serán tan complacientes para sus proyectos como V. supone? Los maridos son gentes terribles. ¿Está V. bien seguro que el de que tratamos le dará á V. el gusto de reclamar su divorcio? Podría suceder que estuviera de humor de

contrariarle, y que prefiriera á su libertad las dulzuras de una venganza largamente saboreada.

Combatió palmo á palmo todas mis objeciones, no sin lanzar todavía algunos suspiros. Y como yo insistiera, puso fin á mis discursos declarándome que las pasiones de la edad madura son las más violentas de todas; que no se sentía con fuerzas para resistir á la suya, y que aquella misma mañana había escrito al ministro para pedirle que le designara un sucesor. Así es como proceden todos los que piden consejo. Saben lo que harán, y no se separan ni una línea; no os queda más que aprobar.

El señor de Mauserre había tomado tan bien su partido, que todos los esfuerzos para hacerle desistir se estrellaron contra una voluntad extraviada, encantada de su extravío, empeñada en su quimera. El ministro combatió vivamente una resolución cuyos motivos estaba lejos de presentir; como creía en las razones de salud alegadas, conjuró al obstinado dimisionario á que tuviese un poco de paciencia, asegurándole que, puesto que no convenía á su salud el clima de Dresde, no tardaría en darle un puesto importante en una de las capitales del Mediodía. Por mi parte, volví á la carga, pero fuí rechazado de nuevo.

Sin embargo, todo estuvo á punto de deshacerse por las resistencias de la señora N...., que era contenida por su deber, atormentada por sus escrúpulos, sin contar que aquella alma delicada y modesta se juzgaba indigna del sacrificio que se le quería hacer. Al fin tuvo que rendirse á súplicas desesperadas que se negaban á oír razones. ¿Hay medio de que una mujer resista al hombre á

quien ama, cuando éste le amenaza con saltarse la tapa de los sesos, y ella sabe que es capaz de cumplir su palabra? El señor de Mauserre me anunció un día con aire radiante que estaba admitida su dimisión, y que todas sus medidas estaban tomadas. Una semana después partió para Gastein, donde no tardó en reunírsele la señora N...., y dos meses más tarde, una carta, fechada en Sorrento, me hizo saber que había bajo el cielo de Nápoles una pareja dichosa más. Aquella misma carta me invitaba á ir pronto á Florencia, para hacer el retrato de la más adorable y de la más adorada de las mujeres. Ya supondrá V. el ruido que esta aventura hizo en Dresde; fué condenada implacablemente por el buen sentido de unos y por la envidia de otros.

Las locuras de los formales son la mejor escuela para los locos. Si las conversaciones con el señor de Mauserre me habían abierto el espíritu á muchas cosas, su calaverada me llevó á hacer las más saludables reflexiones. Me empeñé en probar que cuando llega el caso un artista sabe mejor conducir su vida que un diplomático. Hasta entonces había yo estado á merced de mis caprichos; mi voluntad les mostró de pronto un rostro real y les habló como soberana: tal Luis XIV, con espuelas, el látigo en la mano, reduciendo su Parlamento á la razón. Salí de Dresde á fines del invierno, prometiéndome volver: es una ciudad que quiero y donde tengo buenos amigos. Así que llegué á París, escribí á mi tío Gedeón, diciéndole que se buscara otro hijo y otro sucesor; y luego me puse en camino para Italia, no sin hacer etapa en Beauce, donde pasé dos días con

mi padre. Me trató de imbécil; pero la vista de mi bolsillo, bien repleto, le hizo abrir mucho los ojos. No dejó de despedirme con aspereza para cumplir con su conciencia. Es una sabia institución la de los padres regañones; el hombre que no ha comido jamás en su casa más que pan blanco, encontrará siempre amargo el pan del extranjero.

El señor de Mauserre había hecho bien en fijarse en Florencia. Es la ciudad del mundo más tolerante para las aventuras, la más hospitalaria para las situaciones extralegales; todavía se respiran allí las dulzuras y las misericordias del Decameron. Encontré á mis palomos viajeros en el delirio de su luna de miel. Sin embargo, yo había sido mejor profeta de lo que hubiera querido. El marido había permanecido sordo á todas las proposiciones con que lo habían asediado; insinuaciones, amenazas, promesas, los resortes que se habían tocado, fueron inútiles. Aquel obstinado Menelao estaba firmemente resuelto á no pedir su divorcio. En verdad, él no pensaba, como el otro, en reconquistar á su mujer; le bastaba con impedirle que se casara con Paris. — Bastante adelantará con eso—me dijo el señor de Mauserre; —nonos impedirá ser dichosos.—El retrato de la señora de N..., á quien con permiso de V., llamará en adelante la señora de Mauserre, estuvo bien pronto en buen camino. Dispéñseme V. que lo alabe; me trajo buena sombra. Tuvo en el Salón un gran éxito: encargos, fortuna, reputación, todo se lo debo; pero confieso que la belleza milagrosa del modelo tuvo aún más parte en aquel triunfo que el talento del pintor.

Mientras estudiaba, para mejor

expresarlas, las bellezas de aquel modelo, nos hicimos amigos. Ya he dicho á V. que la señora de Mauserre tenía una inteligencia bastante ordinaria; era una tierra inculta, que, cultivada, creo que no habría sido de una maravillosa fertilidad. Su ortografía era muy caprichosa, y apenas había leído más que la Biblioteca azul y la *Imitación de Jesucristo*, libros que siempre le eran nuevos; podía volver á leerlos por la centésima vez imaginándose que era la primera. Esta confesión le perjudicará con V., señora, que ha leído y aprendido mucho y que no gusta de las mujeres que no leen. Le aseguro, sin embargo, que si tenía poco talento, conociéndola mejor, se le encontraba bastante. Tenía el corazón inventivo; la delicadeza y la vivacidad de sus simpatías la hacían ingeniosa para penetrar los deseos secretos de los que la rodeaban. Me parece que este género de talento basta á una mujer, cuando, por añadidura, es hermosa como el día. Su sinceridad era admirable; su alma era incapaz de disimular, de disfrazar nada. Se daba cándidamente del todo por lo que era, y no se enorgullecía de su virtud, porque imaginaba que todo el mundo la tenía como ella. Así he sido engañado á menudo; pero he aprendido á no amar á las mujeres que no se dejan engañar jamás.

Su único defecto era su pereza de criolla, que llevaba á un grado increíble. Le haré á V. estremecerse diciéndole que le costaba mucho levantarse antes de mediodía, y que, fuera de un poco de bordado, todo trabajo de los dedos ó del espíritu espantaba su indolencia; el menor paseo era un asunto de importancia. No hay verdaderamente conde-

nables más que los perezosos que se aburren. Ella no se aburría jamás; podía permanecer horas enteras acurrucada en la punta de un sofá, el abanico en la mano, hablando ó no hablando (esto le daba lo mismo) enamorada de su ociosidad, que le permitía ocuparse en sus pensamientos. Le bastaba existir, dichosa con sentirse vivir y ser amada. Un día, una pluma desprendida del ala de una tortolilla flotaba en el aire mecida por las brisas de la primavera; alguna hada tuvo el extraño capricho de convertirla en mujer, y esta fué la señora de Mauserre. De aquella pluma había conservado la suavidad y la dulzura, y, como en otro tiempo por el viento, se dejaba mecer por la vida.

Añado que en las ocasiones su exquisita bondad triunfaba de su indolencia; si se trataba de ser agradable ó de hacer un favor, le acudían fuerzas inesperadas, no escatimaba ni palabras ni pasos. También sabía moverse por los desgraciados. La he visto subir sofocada, dos veces al día, á la buhardilla de un fingido ciego muy desvergonzado, que había sabido captarse su benevolencia, sin que pudiera yo convencerla de que él veía tan bien como ella. En sus intermitentes accesos de febril caridad, había como una necesidad de expiar; parecía decir á las gentes á quienes socorría:—No me deben Vds. ningún reconocimiento; tengo que hacerme perdonar mucho.—Creo que he conseguido expresar algo de todo esto en su retrato.

El señor y la señora de Mauserre habrían querido retenerme al lado suyo; pero esto no había que proponérmelo. Al separarme de ellos, me comprometí á hacerles una vi-

sita todos los años, y les cumplí mi palabra. A la primavera siguiente los encontré orgullosos y llenos de alegría por el nacimiento de una niña que prometía ser tan bella como su madre. La alegría del señor de Mauserre estaba, sin embargo, mezclada con alguna melancolía; le era cruel pensar que la ley le prohibía reconocer á aquella niña. A fines del mismo año, la señora de Mauserre fué atacada de la viruela, que estuvo á punto de llevársela; su marido pasó muchos días en angustias crueles. Yo la vi en su convalecencia. La enfermedad había sido clemente con ella: todavía era una de las mujeres más lindas de Europa. Sin embargo, su tez de lirios y de rosas había perdido aquel brillo incomparable, aquella flor única de belleza que parecía un milagro y justificaba todas las locuras que hubiera podido inspirar. No sé lo que pensaba de ello el señor de Mauserre; se esforzó por leer en el fondo de mis ojos, que fueron discretos.

El año siguiente salí de Florencia menos contento; sospechaba que el señor de Mauserre, cuyo humor se había hecho sombrío, comenzaba á arrepentirse del trato que había hecho con el destino. En Europa se preparaban grandes acontecimientos; se preocupaba vivamente de ellos, y su clarividencia discernía las consecuencias. Censuraba la política del gobierno francés, á quien sus agentes, pensaba, informaban mal y aconsejaban peor todavía. Este era el único tema de todas sus conversaciones, lo trataba con mucho calor, y de pronto exclamaba con tono amargo:—Pero olvido que no tengo voto en la cuestión, olvido que ya no soy nada.—Yo lo comparaba á un bravo caballo de trom-

peta, al que se ha retirado antes de tiempo, y que, al oír tronar el cañón, pateaba furioso en la cuadra donde está encerrado.

La señora de Mauserre no sospechaba lo que pasaba en él; su marido afectaba en su presencia una alegría en que ella se dejaba coger. El verano siguiente me pareció reconciliado con su suerte. Para distraerse de sus penas, había emprendido escribir la historia política de Florencia, y empleaba los días en hacer investigaciones en los archivos; este trabajo le devolvía la serenidad. No me atreveré á afirmar que estuviera aún enamorado de su mujer; pero se sentía unido por un lazo indisoluble á la madre de su hija. Por su parte, ella le había consagrado una adhesión profunda, mezclada de admiración y de absoluta confianza, que no debía morir sino con ella. En una palabra: jamás hubo personas más casadas que aquel hombre y aquella mujer que no lo estaban, lo que no impide que los alcaldes y su banda tengan alguna utilidad. Por mucho que se diga, los que inventaron el matrimonio supieron muy bien lo que se hacían.

Algunos meses después nos dimos cita en España, donde yo me proponía estudiar al dios de la pintura, Velázquez, el pintor más completamente pintor que ha existido. Bosquejé en Madrid un cuadro de que se habló mucho, y que representa al último rey moro, Boabdil, dando su último adiós á Granada. En el momento de separarnos, el señor Mauserre me confió su deseo de volver á ver Francia y de establecerse en una tierra que poseía cerca de Cremieu; esta finca admirable se llama Charmilles. Un solo punto

lo detenía. Tenía de su primer matrimonio una hija única, que se había casado siete años antes con el conde de Arci, cuyo castillo estaba situado á cinco kilómetros de Charmilles.

—Mi yerno es un hombre muy estimable—me dijo—pero un poco estirado, que no ha podido perdonarme lo que él llama mi escapatoria. Ha exigido mucho tiempo que mi hija rompiera toda relación conmigo; si después la ha autorizado á escribirme, ha sido á condición de que no nombraría jamás á mi mujer en sus cartas y que pareciera ignorar su existencia. Me sería duro ir á habitar en su vecindad sin verlos, y esto sería todavía más duro para mi mujer; se decide uno á la soledad, pero cuesta trabajo hacerse al aislamiento. Si consiguiera V. humanizar la feroz virtud de mi yerno y facilitar una aproximación entre nosotros, colmaría V. el más vivo deseo de mi mujer, y yo se lo agradecería profundamente.

Partí encargado de esta delicada comisión. Encontré en la señora de Arci una digna persona, con la que mi causa estaba ganada de antemano. Se parecía á su padre, pero á su padre en reposo. El señor de Mauserre era un hombre formal que tenía la imaginación novelesca. Había comunicado su formalidad á su hija, conservando para sí sus novelas y sus calaveradas. Con esto quiero decir que la joven no tenía ni los aspectos brillantes, ni los aspectos peligrosos de su espíritu. El humor más igual, la razón más sólida, un corazón excelente y una imaginación fría, he aquí la condesa de Arci. Aunque tuviera la inteligencia abierta, estaba condenada á perpetuos asombros, en atención á que

hay muchas cosas en la vida que no se dejan razonar. Las aventuras eran para ella un enigma, un rompe-cabezas chino. Decía:—¿Es posible eso? ¿Qué han hecho? ¿En qué han pensado? ¿Habían perdido la cabeza?—No admitía que se la perdiese; pero tenía también un corazón que perdonaba sin comprender. La conducta de su padre era un abismo donde se extraviaba; no dejaba de querer á aquel padre pródigo, y fácilmente habría exclamado con el Evangelio: «¡Que se le devuelva su primera vestidura!» Sin embargo, al casarse había hecho á su marido el regalo de su voluntad, y se gobernaba por sus consejos, que respetaba como órdenes. A él fué á quien me envió.

El conde me recibió al pronto bastante mal. Tenía el espíritu fino con un aire algo áspero, el tono brusco, el humor gruñón, un buen sentido cáustico que no perdonaba nada ni á nadie, y la costumbre de llamar las cosas por sus nombres; siendo el mejor hijo del mundo, pasaba la vida haciendo el bien gruñendo. Comenzó por declararme que su suegro era el hombre más absurdo del universo y que no quería que su mujer volviera á ver jamás á un extravagante, que aparentemente la aconsejaría tan bien como se había aconsejado á sí mismo. Yo le contesté que conocían muy mal al señor de Mauserre, que no se es un loco por haber hecho una locura, que la formalidad consista en no hacer más que una, y le representé que cuando ocurre un descarrilamiento en un ferrocarril, seguido de un gran accidente, se puede viajar por él durante mucho tiempo con seguridad. En fin, supe cogerlo tan bien, le hablé con tanto

calor de la señora Mauserre, que acabó por suavizarse. Me prometió que tan pronto como su suegro estuviera en Charmilles lo visitaría, y que después se vería. Yo no pedía más, bien seguro de que desde su primera entrevista la señora de Mauserre y la señora de Arci se harían amigas, que aquellas dos rectitudes se reconocerían y se estimarían mutuamente. Me apresuré á anunciar el resultado de mis gestiones al señor de Mauserre, y fué su mujer quien me respondió sin poder darme bastantes gracias.

De Arci corrí á Beauce, donde me llamaba mi padre que se sentía morir. Sufría hacía mucho tiempo de una enfermedad de corazón, que hizo de pronto alarmantes progresos. No me trataba ya de imbécil.

—Tony—me dijo abrazándome—no te pregunto si tienes talento, no entiendo nada de esas historias; pero te pido que me expliques un poco el estado de tus asuntos.

La exposición bastante brillante que le hice lo contentó plenamente, y convino en que una vez en mi vida había tenido razón contra él. Si él estaba satisfecho de mí, yo apenas lo estaba de él: sus fuerzas decaían visiblemente. Bien pronto no pudo ya dejar el lecho, donde su reposo era turbado por insoportables opresiones. Durante quince días no me separé de su cabecera. Ya no me reñía, se había hecho casi tierno, y como conservaba todo su conocimiento, estrechando mis manos en las suyas, me dirigía apremiantes recomendaciones, cuya sabiduría parecía superior á la humildad de su posición. Le gustaba repetirme que nuestros apasionamientos son nuestros mayores enemigos; que lo esencial es saber dominarse; que es

facil adquirir y muy difícil conservar, y que la disciplina de la voluntad es el secreto de las conquistas duraderas y de las largas dichas.

Una noche, cuando hablaba sobre este tema, cantó un gallo de la vecindad.

—Tony—me dijo mi padre—siempre me ha gustado el canto del gallo. Anuncia el día, y hace huir los fantasmas de la noche. Ese canto se parece á un grito de guerra; nos recuerda que debemos pasar nuestra vida batallando contra nosotros mismos. Tony, siempre que oigas cantar el gallo, acuerdate de que era la única música que le gustaba á tu padre.

La noche siguiente, el mismo gallo lanzó un grito sonoro. Mi pobre padre trató de levantar la cabeza, me hizo una señal con el dedo, y, esforzándose por sonreír, expiró. Señora, jamás he oído cantar un gallo sin acordarme de mi padre moribundo y de sus últimos consejos; V. verá que me ha ido bien con ellos.

No se siente todo el precio de lo que se posee, sino después de haberlo perdido. Consagré algunos días á mi pena, que era profunda, y al cuidado de mis asuntos, que jamás encontré más desagradables, y después volví á Paris, donde me esperaban muchos cuadros comenzados. Tenía el diablo ó Velázquez en el cuerpo y penas que engañar; trabajé durante todo el invierno con tanto encarnizamiento, que á la primavera mis fuerzas estaban agotadas. En Abril me escribió el señor Mauserre para anunciarme que había vuelto á ver á su yerno y á su hija. El arreglo había sido tan completo, que, habiendo resuelto el conde de Arci hacer grandes reparaciones en su castillo, se había deja-

do persuadir á abandonarlo á los albañiles y á pasar todo el verano con su mujer en Charmilles. «Sólo V. falta en esta fiesta—añadía el señor de Mauserre.—Llegue V. pronto; venga á trabajar aquí en su Boabdil y en el retrato de la condesa de Arci.»

Acepté la invitación, y, para sacudirme un poco, tomé mi camino por Colonia, las orillas del Rhin y Suiza, lo que era seguramente el camino de la escuela. Fué una feliz idea, puesto que en Bonn tuve el honor de ser presentado á V. y de pasar un día con V. en la encantadora terraza donde leerá esto; es uno de los días de mi vida que he marcado con piedra blanca.

En Mayenza encontré una carta del señor de Mauserre en la que me decía que, puesto que había tomado por lo más largo, deseaba castigarme encargándome de una comisión para Ginebra. Su querida hija Lulu (Se llamaba Lucía como su madre), que tenía cinco años, se hacía cada día más voluntariosa. Tenía gran necesidad de un aya, que su padre quería muy honrada, muy instruída, muy sensata, y á la vez dulce y firme, una verdadera perfección. Había pensado encontrar más fácilmente esta maravilla en país protestante, y con este designio se había dirigido á un pastor ginebrino á quien había conocido en Roma. Le asombraba no recibir respuesta, y me rogaba que fuera á pedirle cuenta de su silencio.

El corazón no me latió al atravesar las calles de Ginebra; apenas si me acordaba de que allí hubo una Meta: seis años cambian á un hombre. Para castigarme de mis olvidos, la casualidad me hizo encontrar á algunos pasos de la estación

al señor Holdenis. Su sombrero ajado y sus mezquinas ropas me hicieron augurar mal del estado de sus negocios. Tenía el bajo aspecto de un jugador arruinado. Le saludé, y no pareció reconocerme. Hice la comisión de que se me había encargado. El pastor, á quien habían escrito dos veces y que no contestaba, me explicó con tono embarazado que cualquiera que fuera su deseo de complacer á amables gentes á quienes estimaba, y por alta que fuera la cifra del sueldo prometido, no había encontrado á nadie que enviar al señor de Mauserre —añadió mirándome con el rabillo del ojo— y que sin duda adivinaba yo la razón.

—V. conoce al señor y á la señora de Mauserre—le dije.—¿Ha encontrado V. en su carrera pastoral muchos matrimonicos más honrados y más unidos?

—Esa es precisamente la dificultad—me replicó medio serio, medio sonriente.—Siento escrúpulos de enviar una joven honrada á la casa de gentes que se aman más fielmente que si estuvieran casados. Hay virtudes cuyo ejemplo es peligroso para la juventud.

Me aseguró, sin embargo, que si se presentaba alguna buena ocasión no la dejaría escapar; pero vi bien que no la buscaría. Me despedí de él, y ¿á quién encontré al salir de su casa? Al más aburrido de los Harris, que, no habiendo descubierto todavía el sitio donde poder divertirse y dejando todos los días su marcha para el siguiente, aún no había salido del hotel Bergues. Me abrazó bostezando, y bostezó al felicitar-me de lo que él llamaba mis estre-pitosos comienzos. Me declaró que su incurable aburrimiento quería beber dos botellas de Champagne á

la salud de mi naciente gloria. Entramos en un café; entre brindis y brindis le conté de dónde venía, á dónde iba, y que andaba en busca de un aya.

—¿Qué sueldo?—me preguntó.

—Cuatro mil francos pagaderos por trimestres con esperanza de aumento. ¿Piensa V. presentarse?

—No—me dijo con flema,—pero acaso tenga alguna buena persona que proponer á V.

Le respondí que lo creía competente en todas las materias, particularmente en la elección de una institutriz, y hablamos de otra cosa. Cuando me despedía de él:

—No me ha pedido V. noticias del ratoncito—me dijo:—y ha hecho V. bien. La pobre muchacha sucumbió á la pena de haber sido traidoramente abandonada por V. Acaso murió de una indigestión de poesía, ó de haber recitado demasiado el *Rey de Thulé*, ó de haberse tragado una espina de pescado. ¿Se sabe nunca de qué mueren las mujeres?

—¿Bromea V. á medias ó del todo?—le pregunté con alguna emoción.

—Soy el menos bromista de los hombres—respondió.—En cuanto al Zorro viejo, lleva ropas grasientas para enternecer á sus acreedores; pero se afirma que desde hace algún tiempo ha metido muchos escudos en una media.

Diciendo esto, bostezó otra vez y me volvió la espalda.

A los dos días estaba yo en Charmilles, donde encontré gentes contentas y rostros alegres. El mismo conde de Arcino gruñía; estaba bajo el encanto de las grandes maneras y del elevado espíritu de su suegro, á quien hasta entonces apenas co-

nocía y al que se había figurado de otro modo muy diferente.

—Es V. el rey de los amigos— me dijo la señora de Mauserre en el primer momento en que nos encontramos á solas.—No podía perdonarme haber indispuerto á mi marido con sus hijos. V. ha puesto en paz mi conciencia.

Para atestiguarle su reconocimiento, había tenido cuidado de alojarme en la más hermosa habitación de su muy hermoso castillo; mis ventanas tenían una vista admirable. El señor de Mauserre había hecho reparar una vieja torre medio en ruina, que estaba al extremo del jardín, y convertir el primer piso en un taller encantador, adornado de panoplias, de hermosos tapices y de muebles antiguos. Me encontraba en Charmilles como el pez en el agua.

En la casa había un turbafiestas. Con sus soberbios ojos negros como el azabache, Lulu era en ciertos días un caballo desbocado, un verdadero diablo. Cuando se encaprichaba, se hacía imperiosa, colérica, violenta hasta tiraros á la cabeza todo lo que encontraba á mano. La mimaban indignamente. La señora de Mauserre le sermoneaba mucho, la amenazaba algunas veces, sin llegar jamás á la ejecución. Le decía: Lulu, si rompes otro cristal de la estufa, te enviaré á la cama. Lulu rompía tres cristales, y no la enviaban á la cama. Si trataban de castigarla quitándola un juguete, entraba en terribles furores, á los cuales sucedían desmayos que engañaban á su tierna madre. La señora de Arci tenía demasiado buen sentido para aprobar tanta debilidad; pero este mismo buen sentido, muy discreto, le hacía una ley

de no mezclarse en los asuntos de los demás. Señora, si alguna vez tengo hijos, no les prometeré con frecuencia los azotes, pero cuando los merezcan ¡Dios los bendiga! los tendrán. Prometer y no cumplir no es bueno.

Al señor de Mauserre, que sentía que la educación de Lulu dejaba que desear, le mortificaron mucho las noticias que yo le llevaba de Ginebra. Estaba á punto de ir él mismo á buscar un aya á París, cuando recibí de Harris la carta siguiente:

«Mi querido gran hombre: Me halagó mucho la confianza que me atestiguó V. Me piqué, y creo haber encontrado la cotorra en el nido. Es una persona encantadora y muy capaz, que puede V. recomendar con seguridad de conciencia. Como me dió V. carta blanca, he tratado directamente en nombre del señor Mauserre, y el trato está cerrado. Mi protegida partirá mañana por el tren de la tarde, ruegue V. á sus amigos que le envíen el carruaje á esperarla en Ambérieu, adonde llegará á las seis de la tarde. Es inútil darme las gracias. Ya sabe V. que soy todo suyo,

YOUR OLD HARRIS.»

Esta carta muy inesperada me puso en gran embarazo. Un norteamericano que se aburre es capaz de todo; temía que la pretendida institutriz fuese alguna mugerzuela, ó acaso él mismo, pues era hombre de sacrificar su bigote al placer de dar una broma al prójimo. Sentí no haberlo instruido de la verdadera situación del señor de Mauserre; temblaba de que vieran en su

broma una intención insultante. Por desgracia, su carta había llegado á mi poder á mediodía, y la desconocida debía ponerse en camino una ó dos horas después; era imposible parar el golpe. Me decidí á decirlo todo al señor de Mauserre, que tomó la cosa bastante alegremente.

—Su amigo de V. es libre—me dijo—de divertirse á costa nuestra. Si nos envía una aventurera sabremos recibirla.

—Pero si es una mujer honrada—se apresuró á decir su mujer—tratemos de reconocerla pronto, y guardémonos de ofenderla con preguntas y miradas impertinentes.

—¿Acaso has ofendido tú jamás á nadie, querida?—replicó su marido.—Tú encontrarías bueno al diablo en persona, con tal que tuviera la precaución de aparecer ante ti con los codos rotos. Te predigo una cosa: y es que, aventurera ó no, la persona que se nos anuncia será abrazada por ti antes de que le hayas preguntado siquiera su nombre. Creo en el instinto de los niños. Lulu se encargará de decirnos con quién nos las habemos; formaré mi opinión con arreglo á la suya.

Acabamos por bromear sobre la misteriosa desconocida, y el conde de Arci, que dibujaba con facilidad, hizo una caricatura que representaba su entrada en Charmilles. Una colombina muy desenvuelta se lanzaba en medio del salón haciendo piruetas, y levantaba á Lulu en sus brazos; de la boca de la señora de Mauserre salía una divisa, donde se leía: «Decididamente, tiene algo de bueno».

El carruaje partió á las tres para Ambérieu, y por la noche estábamos en el salón esperando su vuelta. Ha-

cía mucho viento; estalló una tormenta, y oímos al mismo tiempo el zumbir de un trueno lejano y el piafar de caballos en el patio. Se abrió la puerta. La desconocida apareció envuelta en una gran capa oscura que le caía hasta los talones; se había levantado el cuello, que ocultaba casi enteramente su cara. Se adelantó con paso mal seguro y se echó atrás el capuchón. Con viva sorpresa mía, vi salir de él un rostro que conocía, dos ojos que me habían costado dos mil escudos ó poco menos.

Si los hombres tuvieran buena fe, convendría en que en todo encuentro su primer cuidado, es ponerse en regla con su amor propio. Yo pregunté al mío; me respondió que mi juventud no tenía por qué ruborizarse por haberse enamorado en la edad de las quimeras de la persona que estaba allí, delante de mí. Esta había cambiado algo; no era ya una niña, la mujer se había formado. Sus mejillas estaban menos llenas, y no la encontré mal. La mirada venía de más lejos y se había como impregnado de una dulce melancolía. Había visto muchas cosas tristes durante seis años, y las había conservado en el fondo de sus ojos.

No me reconoció. Yo estaba sentado en la sombra, oculto por una gran cartera, donde dibujaba no sé qué. Ella estaba muy turbada; sea la emoción de la tempestad, sea la indecisión de un primer encuentro con extraños, temblaba como la hoja en el árbol. Iba yo á levantarme para acudir en su ayuda; la señora de Mauserre, cuyo corazón iba muy de prisa, se me adelantó, y para justificar la profecía de su

marido, acercándose á ella, con su voz melosa, le dijo:

—Sea V. bienvenida á esta casa, señorita, que deseo mire como la suya.

Y cogiéndola por el talle, quiso llevársela al comedor para que tomara un refrigerio. Meta le aseguró que no tenía hambre.

—Mientras hace V. apetito, siéntese V. aquí—le dijo la señora de Mauserre. —Es preciso que le presente una niña que tendrá necesidad de toda la indulgencia de V.

Lulu estaba en aquel momento del humor más detestable. Se había obstinado en no acostarse para esperar á su aya, y hacía una hora que luchaba con el sueño; ya sabe V. hasta qué punto son amables los niños dormidos que no duermen. Al ver aparecer á la extranjera, retrocedió hasta el extremo del salón, donde se mantenía apoyada en la pared, las manos á la espalda, con un aire que decía: «¡Ahí está el enemigo!» Su madre la llamó en vano, no se movió. La señorita Holdenis, inclinada la cabeza hacia ella, le tendió los brazos.

—¿Tiene V. miedo de mí? ¿Tan terrible tengo el aire?

Lulu se volvió hacia la pared. Meta se quitó la capa y los guantes, abrió el piano, y dejó oír los primeros compases de una sonata de Mozart. No le conocido más que dos mujeres que comprendieran á Mozart, ella era una de las dos; se la señaló á V., señora, como una música muy asombrosa. Lulu sintió el encanto. Se acercó paso á paso al piano, cuando su aya cesó de tocar.

—Toca más—le dijo en tono de reproche.

—No, estoy cansada.

—¿Tocarás mañana?

—Sí, sí Lulu es buena—respondió Meta.

A estas palabras, se sentó en una butaca sin parecer que le importara la aprobación de la niña que, picada por aquella indiferencia, le dijo:

—Tú eres mi aya; ¿crees, por casualidad, que vas á gobernarme?

—Eso es lo que veremos.

—¿Crees, por casualidad, que te besaré?

—Cosas más grandes han pasado en el mundo.

Cada vez más intrigada, Lulu se acercó á ella y le tiró de la falda. Meta volvió la cabeza, abrió los brazos, y un instante después, como vencida por un dulce magnetismo, la niña estaba acostada sobre sus rodillas, y le decía:

—¿Qué tienes en la mejilla izquierda?

—Esto se llama un lunar.

—No eres tan hermosa como mamá, pero tienes el aire bueno.

Al cabo de tres minutos dormía á pierna suelta, y su aya la miraba sonriendo. Era un precioso grupo; le conservado un croquis de él. Meta se levantó para llevar á la niña á su cama. La señora de Mauserre quiso impedirselo, y le dijo que esto era cosa de la niñera.

—Permítame V., señora—le contestó con su voz dulce;—la despertarían al desnudarla; mejor es que vaya yo.

Y salió con su carga, seguida de la señora de Mauserre, que le dijo al pasar:

—Es encantadora. Escriba V. enseguida á su amigo para darle gracias por el tesoro que nos ha enviado.

Al cabo de un cuarto de hora, volvió con una carta que había traído la señorita Holdenis, y que estaba concebida en estos términos:

«Muy respetable señor: Reveses de fortuna, y la dificultad de sostener mi numerosa familia, me obligan á separarme de lo que más quiero en el mundo. Es una prueba bien cruel la que Dios me impone. No pensaba que un día mi pobre Meta se vería reducida á ganar su pan; había soñado para ella un porvenir más dulce. Permita V. á un padre recomendar calurosamente á sus bondades y á las de su digna esposa esta querida hija. Estoy seguro de que apreciarán Vds. la nobleza de su carácter y la elevación de sus sentimientos. Enseñará el alemán á la niña, y también le enseñará á volver sus miradas á lo alto y á preferir á todos los bienes de la tierra ese ideal supremo que es el alimento del corazón y el pan del alma. Dignese V. recibir, respetable señor, los respetos de su muy humilde y muy obediente servidor

BENEDICTO HOLDENIS.»

Al darme á leer esta carta, el señor de Mauserre me subrayó con la uña estas tres palabras: *su digna esposa*, y me dijo al oído:

—Tendremos que dar enojosas explicaciones; podía haberse encargado de ello su amigo de V.

—¿Podía él explicar—respondí—lo que no sabía?

Pasé la carta al conde de Arci, que hizo un gesto, y dijo:

—Es alemana, se llama Meta, y adora el ideal. ¡Sálvese el que pue-

da! — Y volviéndose á la señora de Mauserre:—La ha ofendido V. invitándola á cenar. ¿Imagina V. que come y bebe? Esto es cosa de los Welches.

—Repito que es encantadora—le contestó ella—y que la amo ya con todo mi corazón.

—Lo que me gusta en ella—dijo la condesa de Arci—es que no es coqueta. Otra habría dejado su impermeable á la puerta.

—Si se me pide mi opinión—dijo el señor de Mauserre—echo de menos á Colombina y sus piruetas. La encantadora Meta me hace pensar en aquella mujer de la que se ha dicho que sus hermosos ojos y su hermosa tez servían para iluminar su fealdad.

—¿Está V. seguro de que sea fea?—interrumpí.—Hay que desconfiar de la primera mirada. He conocido gentes que al llegar á Roma encontraban la ciudad horrorosa; seguían allí ocho meses, y después ya no podían irse.

—Es cierto—dijo el conde de Arci con su tono burlón—que nosotros no conocemos hasta ahora más que los arrabales. ¿Ha sido V. admitido á visitar el Coliseo?

—Nada de bromas pesadas—le replicó la señora de Mauserre, dándole con el abanico en la boca—si no pediremos á la señorita Holdenis que le dé á V. algunas lecciones de idealidad.

—Mi yerno tiene razón—dijo el señor de Mauserre.—Creo, como él, que Tony tiene informes particulares sobre los encantos del aya de Lulu. Tony, ¿nos hará V. el favor de explicarnos en qué consiste la broma de su amigo Harris?

—En que se ha empeñado en hacerme hacer, sin mi conocimiento,

una buena obra que yo había debido pensar en hacer. El señor Holdenis, en un momento de apuro, me pidió prestado algún dinero, y su hija vendió un brazalete para pagármelo. Rasgo tan hermoso merecía recompensa.

—Y desde que es V. rico ¿le ha devuelto V. diez brazaletes?

—¡Oh, no! Es útil enseñar á las hijas á pagar las deudas de sus padres.

—Me quedo tranquilo. Esas palabras no son de enamorado.

—¡Pobre niña!— dijo la señora de Mauserre, enternecida por aquella historia.—¡Qué candor hay en su mirada! ¡Cómo se lee su hermosa alma en su rostro! Hace poco la dejé un instante para llamar á la niñera, que tardaba; y al volver la encontré de rodillas en el suelo, junto á Lulu, dormida. Rezaba con un fervor que conmovía. Al verme, se puso muy encarnada, como si la hubiera sorprendido en pecado mortal... Pero ahora que me acuerdo, es protestante; ¿qué catecismo enseñará á Lulu?

—Mahometana ó budista—le contestó su marido;— si su catecismo enseña que está prohibido romper los cristales de mis estufas y tirar los platos á la cabeza de las gentes, su religión es la mía, y ¡viva Buda!

Después de esto todos nos fuimos á acostar. Para llegar á mi habitación, debía yo seguir en toda su longitud el corredor á donde daba la *nursery*. La puerta estaba entreabierta; no pude evitarme el empujarla un poco, y vi á Meta ocupada en sacar ropa de sus baúles y colocarla en sus armarios. Hacía algunos minutos que la miraba, cuando volvió la cabeza hacia mi lado.

—Y bien—le dije en alemán— ¿me ha reconocido V. ahora?

Retrocedió un paso, y exclamó en francés:

—¡V. aquí!

—¿No le habían dicho que yo era de la familia?

—Si el señor Harris hubiera sido menos discreto, es probable que yo no hubiera venido.—Y añadió:—Sería una desdicha pensar que en una casa que me reciben tan bien, haya encontrado un enemigo.

—¡Un enemigo! ¿Con qué título? Seré todo lo que V. quiera; disponga de mí. ¿Quiere V. que me acuerde de todo? ¿Quiere V. que lo haya olvidado todo?

—No quiero ya nada, no deseo ya nada—replicó con amarga sonrisa.—Felizmente, he encontrado aquí una obra que hacer, y ruego á Dios que me ayude á realizarla—y me señalaba con el dedo la camita donde reposaba Lulu. Luego, medio sonriendo:—¿Pero qué tienen que hacer en este cuarto los recuerdos ó los olvidos de V.?

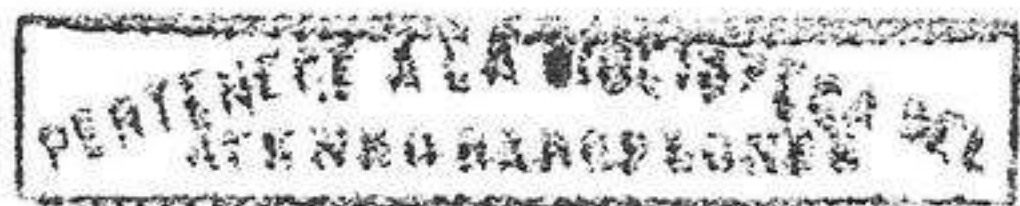
Y dulcemente, mirándome á los ojos, me cerró la puerta en las narices.

Aquella misma noche escribí á Harris: «Mi querido amigo: Ha querido V. probarme que pronto ó tarde las montañas se encuentran. Esté V. tranquilo: no chocarán.»

Por la madrugada, los perros del castillo hicieron un horrible estrépito hasta que amaneció. El día siguiente, en el almuerzo, la señora de Mauserre, que había sido despertada por los ladridos, nos preguntó qué es lo que habría podido excitarlos. Un criado le respondió que en las cercanías había acampado una banda de bohemios. Rogó á Meta que vigilase mucho á Lulu y

que no se aventurase con ella por el parque.

Señora, la vida sería más fácil si no tuviéramos que defendernos más que contra los rostros curtidos y los ladrones de caminos.



III

Si alguna vez pasa V. por Cremieu, le aconsejo que se detenga allí. Figúrese V. un viejo pueblecillo, dominado de un lado por una terraza natural, de murallas cortadas á pico, y por los restos de un antiguo convento fortificado; del otro por un peñasco que escalan las viñas y que coronan las ruinas de un castillo cubierto de hiedra de la cabeza á los pies. Este pueblecillo, cuyos hoteles son recomendables, ocupa el centro de un circo de montañas, que se abre al Poniente y da vista al gran valle ondulado donde el Ródano busca su camino para ir á Lyon. Cremieu es un sitio encantador para todo el mundo, pero sobre todo para los artistas. Allí pueden creerse en Italia, de tal modo las líneas del paisaje afectan una majestad clásica, y los terrenos son de tonos calientes, y la roca es rubia ó dorada, pareciendo exclamar con la Sulamita: «¡Ya veis que el sol me ha mordido!»

Allí, en un estrecho espacio, se encuentran reunidos los motivos más diversos, los cortos y los vastos horizontes, los montes y la llanura: arriba encinales por donde serpentean senderos entre los espinos y el boj; abajo la frescura de los no-

gales, la alegría de las parras, los anchos caminos y sus largas cortinas de álamos; aquí estrechas gargantas donde un claro arroyo pasea su murmurio; allí, bajo un cielo inmenso, terrenos pantanosos plantados de alisos, que bañan aguas negras y estancadas. ¿Le gusta á V. una campiña riente, campos de trébol ó de maiz, que atraviesan viñas trepadoras? ¿Le gustan á V. más aún landas áridas, estériles, dominadas por algún peñasco cubierto de verdura? En Cremieu verá V. todo lo que le guste. Yo habitaba en Charmilles una torre saliente; una de mis ventanas daba sobre el valle salvaje cuya entrada ocupa el castillo, la otra sobre la llanura, que desarrollaba á mis ojos la sabia composición de sus líneas armoniosas y de sus planos sucesivos, y desde donde veía centellear á intervalos el Ródano. No tenía más que cruzar mi cuarto para pasar de Poussin á Salvator, del estilo á la fantasía.

Mientras que yo admiraba y recorría la campiña, Meta Holdenis hacía tranquilamente la conquista de todos los habitantes de Charmilles. Pocos días le bastaron para domar á la indócil Lulu. Había pedido que nadie se entremetiera entre ella y la niña, que nadie levantara las prohibiciones que ella le marcará, ni los castigos que juzgara á propósito imponerle. Este fué un punto difícil de conseguir de la señora de Mauserre; sin embargo, se rindió á las reflexiones de su marido. Al primer pecadillo gordo que cometió Lulu, su aya la condenó sin remisión á no salir, y se encerró con ella en una gran pieza donde no había nada que romper. Luego, tomando su labor, se puso á coser

en el hueco de una ventana, dejándola enredar con toda libertad. Lulu no se contuvo; pateó, tiró las sillas, gritó; aquello fué durante tres horas un estrépito infernal. Su aya seguía cosiendo, sin conmovirse ni irritarse, hasta que, rendida, sin fuerzas y sin pulmones, Lulu se durmió en el suelo. Después de dos ó tres pruebas de este género, se dijo que había encontrado la horma de su zapato, y que, como por lo demás Meta parecía amarla y no la pedía nada que no fuera razonable, lo mejor era someterse de buen grado.

Los niños son de tal modo que estiman lo que les resiste, y la razón tranquila que no razona obra sobre ellos como un encanto. Lulu que, á pesar de sus arranques, era una niña de buena índole, se aficionó poco á poco á su aya, hasta el punto de no poder separarse de ella y de preferir algunas veces á sus juegos las lecciones que ella la daba. Aquella hábil institutriz, hacía por despertar sus curiosidades, por mantener ansioso su espíritu, sazónando siempre sus lecciones con buen humor y jovialidad. En una palabra: se produjo una metamorfosis tan rápida en las maneras de aquella niña, que todo el mundo quedó asombrado; cuando la volvían sus caprichos, bastaba con frecuencia una mirada de Meta para hacerla entrar en razón. Aquello parecía un milagro. Una firmeza dulce, la constancia, la paciencia harán siempre maravillas; pero hay que convenir, señora, en que estas cualidades son bien raras.

Yo no sé cómo Meta tenía tiempo para hacerlo todo, sin parecer nunca atareada. La educación de Lulu no era una sinecura; á ella

añadió bien pronto el cargo de intendenta. La señora de Mauserre tenía demasiado buen corazón para saber gobernar una casa. Su principal cuidado era no ver alrededor suyo más que caras contentas. Recuerdo que un día, en un mal ventorrillo de las cercanías de Roma, donde la lluvia nos había hecho buscar un refugio, se impuso el esfuerzo de comer hasta el último bocado una detestable tortilla para no humillar el amor propio del ventorrillero. Ella misma confesaba su debilidad. «Cuando he reñido á mi doncella y me pone mala cara—decía—me someto á ella, *e m'avvilisco.*»

Sus criados, á quienes consideraba demasiado, hacían de ella lo que querían. Meta no tardó mucho tiempo en notar que ciertos servicios andaban mal, y que había derroche en la casa. A consecuencia de sus observaciones, el señor de Mauserre, que tenía en poco el dinero, pero que amaba el orden en todo, dijo á su mujer que le diera parte en el gobierno de la casa, que en poco tiempo fué reformado como Lulu. Tenía la vista en todo, en el cuarto de la ropa como en la cocina. Se oía sin cesar por las escaleras su paso de ratón, y se veía flotar al fin de los largos corredores la cola de su falda gris, que, sin ser nueva, estaba tan fresca y tan limpia que parecía acababa de salir de las manos de la costurera. Los subalternos no aceptaron en seguida su autoridad; tuvo que sufrir alguna insolencia; pero consiguió desarmar las familiaridades y las groserías con su inalterable cortesía. Tenía gracia para amansar toda clase de animales; desde el primer día, los dogos del castillo le habían

presentado sus reverencias. Esta era propiamente su vocación.

A las seis, el ratón se despojaba de su pelaje ceniciento, para ponerse un vestido de tafetán negro que adornaba de ordinario con un lazo; se ponía otro en la cabeza, y así es como aparecía en la comida, durante la cual hablaba poco, ocupándose en vigilar las vivacidades de Lulu. Entre ocho y nueve iba á acostar á la niña y volvía en seguida al salón, donde era esperada con impaciencia. Todo el mundo en Charmilles, el señor de Mauserre sobre todo, era muy aficionado á la música, y nadie era músico, á excepción de la condesa de Arci que tenía la voz afinada y agradable, pero escasa. No conozco ejemplo de memoria musical comparable á la de Meta; su cabeza era un repertorio completo de óperas, de oratorios y de sonatas. Tocaba ó cantaba todas las piezas que se le pedían, supliendo con la mejor voluntad lo que podía escapársele; después de lo cual, para darse placer á sí misma, terminaba su concierto con un trozo de Mozart. Inmediatamente se animaba su tez, sus ojos echaban chispas, y entonces era cuando, según la frase del señor de Mauserre, se hacía luminosa su fealdad; pero había concluido por concederme que Velazquez y Rembrandt habrían preferido acaso esta fealdad á la belleza.

Tres semanas después de su llegada á Charmilles, Meta Holdenis había tan bien sabido hacerse su lugar, que parecía haber sido siempre de la casa, y habría costado trabajo pasarse sin ella. Si á las horas en que todos se reunían en el salón, ella estaba ocupada en su cuarto, cada cual decía al entrar:

«¿No está aquí la señorita Holdenis? ¿Dónde está la señorita Holdenis?» El mismo conde de Arci, en sus días buenos, no dejaba de confesar que comenzaba á reconciliarse con el ideal, que hasta entonces no lo había creído tan fácil de vivir. La señora de Mauserre no se cansaba de cantar las alabanzas de la perla de las ayas; la llamaba su angel, y á menudo bendecía al americano Harris por haberle regalado aquella buena, aquella amable joven, aquel corazón inocente y puro como un cielo de primavera. Así se expresaba su entusiasmo; yo no encontraba nada que decir.

Un día me llamó aparte y me dijo con tono convencido que su conciencia le hacía un deber *de explicarlo todo* á Meta, y que me suplicaba que me encargara yo de ello.

—No sé—añadió—cómo se habla de nosotros fuera de aquí; pero me afligiría que la señorita Holdenis supiera por otros que nosotros quién soy yo y la desdicha unida al nacimiento de mi hija. Quiero creer que esta revelación no cambiará nada en el afecto que nos ha consagrado y de que nos da tan preciosos testimonios. Pero, aunque fuera de otro modo, la lealtad nos exige no dejarla ya más tiempo ignorar lo que habría debido saber antes de entrar en esta casa.

Le contesté que aprobaba sus escrúpulos, y le prometí hacer lo que me pedía.

Encontré la ocasión al día siguiente. Salí á las cuatro de la tarde, y llegué hasta una aldea muy bien situada, que se llama Villamoirieu. La señorita Holdenis había ido á dar con su discípula un paseo en carruaje descubierto. La casualidad quiso que el carruaje se cru-

zara conmigo en lo alto de la cuesta que precede á la aldea. Propuse á Meta que se apeara y se dejara conducir por mí á algunos pasos de allí, á un lindo cementerio, unido á una iglesia rústica y que disfruta del punto de vista más hermoso. Ella se dejó tentar y me siguió, llevando á Lulu de la mano. El cementerio con que yo la obsequiaba merece, en efecto, ser visitado; jamás he visto otro más poblado de hierba ni más florido. En el momento en que entramos allí, un gran sauce llorón derramaba en él una sombra dulce, donde el sol se divertía en dibujar arabescos de plata. Por todas partes rosas; por todas partes insectos errantes y zumbadores, cuya música debía distraer á los muertos sin molestarlos; ¿no es agradable para un muerto oír sobre sí, desde el fondo del eterno reposo, un vago zumbido de vida que procura ensueños á su sueño?

Nos sentamos sobre un montón de piedras. Como Lulu no encontraba bastante campo para sus juegos, le mostré en el césped una hermosa mariposa, y la excité á cogerla, en lo que acabó por consentir su aya.

Me había yo procurado una conversación á solas con ella para darle las explicaciones consabidas; ocurrió, sin embargo, que comencé por hablarle de otra cosa. Hay días, señora, en que, sin haber bebido una gota de vino, estoy como borracho; es una mala partida que me juega mi imaginación: se embriaga del placer de vivir. A aquel día acababa yo de enviar un cuadro al que me lo había encargado, y al embalarlo, había declarado, como Dios al crear el mundo, que mi obra era correcta. Téngase en cuenta tam-

bién que el tiempo estaba soberbio, y el calor moderado por un viento fresco; algunas nubes que se paseaban por el azul del cielo hacían correr su sombra por las praderas; aquellas sombras viajeras parecían mensajeros atareados y presurosos, que llevaban á yo no sé quién felices noticias de yo no sé qué. Añádase que hacía cuatro semanas jueces desinteresados alababan abiertamente delante de mí á una persona que en otro tiempo me cantaba el *Rey de Tulé* y me había permitido que le llamara Maüschen; ¿es para asombrar que andando, andando, hubiera yo hecho ciertas reflexiones y agitado en mi cabeza ciertos *si...*, ciertos *acaso...*, á los que respondía: ¡Eh, Dios mío! ¡Por qué no? Añádase aún que Meta llevaba un traje nuevo, que la señora de Mauserre había hecho que le hiciera su doncella; era castaño oscuro y le sentaba divinamente. En fin: considere V. que estábamos sentados uno frente á otro en el más amable de los cementerios, y que al levantar la cabeza veía yo, justamente enfrente de mí, una gran maceta de mirto. Señora, aquel mirto, aquellas nubes, aquel traje y lo demás, fueron causa de que, apenas Lulu se alejó, señalándola con el dedo, exclamara yo bruscamen-

—Si Tony Flamerin se hubiera casado hace seis años con Meta Holdenis, tendrían hoy para divertirse una muñeca aún más linda que esa.

El eco repitió una tras otra todas mis palabras. No esperándose aquello, Meta se estremeció como si acabara de estallarle en la mano un petardo. Volvió la cara llena de rubor.

—Lulu, hija mía—gritó—haría V. bien en volver.

Ocupada con la mariposa, Lulu hizo como que no oía.

—¿Habré estado inconveniente?—pregunté á Meta.—Me parece que lo que digo es bastante razonable.

—¿Es nunca razonable—replicó con voz breve—echar de menos una dicha dudosa que no se ha querido?

—¡Ah! Permítame V. ¿Quién de nosotros dos no ha querido?

Y con mi bastón dibujé en el suelo una corona de violetas, en medio de la que tracé estas palabras: «La baronesa Grüneck.» La joven nos miraba con aire cortado á mi bastón y á mi. Al fin se iluminó su espíritu.

—¿Y es por eso—exclamó juntando las manos—por lo que escribió V. debajo de mi retrato: «Adora las estrellas y al barón Grüneck?» Aquella corona, aquella inscripción... ¿No conoció V. la letra de mi hermana Tecla? Aquello fué una broma que me gastó, conociendo una aversión por mi lindo pretendiente. Cuando V. me sorprendió, con la cabeza entre mis manos, no estaba en éxtasis, caballero, meditaba una venganza. ¿De modo que pudo V. creer seriamente?...

Se interrumpió, llenos los ojos de lágrimas. Pasó los dedos por una hendedura de la tapia; con la uña arrancaba el musgo. Después añadió:

—¿Quiere V. que le diga la razón seria que tuvo V. para no casarse con Meta Holdenis? Pues que la pobre Maüschen era la hija de un hombre arruinado.

A mi vez di un salto.

—El señor Holdenis—le pregun-

té vivamente—¿ha rehecho su fortuna?

—¡Vaya una pregunta! ¿Habría consentido, sin una necesidad apremiante, en alejarme de él?

—Muy bien, todo puede repararse, y un día contará la historia que Tony Flamerin, aquí presente, habiendo encontrado al cabo de seis años á Meta Holdenis, también aquí presente, y habiéndola llevado á un lindo cementerio lleno de rosas y cerca de una iglesia donde había un eco, le pidió su mano, que ella le concedió por pura caridad.

Meta se levantó y gritó tan fuerte como pudo:

—Lulu, ya es tiempo de que nos vayamos.

Como la emoción ahogaba su voz, Lulu no la oyó. La obligué á sentarse otra vez.

—Deje V. tranquilas á Lulu y á sus mariposas—le dije—y escúcheme. ¡Qué demonio! Explicarse honradamente, á la manera borgoñona, jamás ha hecho daño á nadie. No le diré á V. que la adoro, no le describiré el martirio de mi amorosa llama. En primer lugar, porque esto le aburriría, y después porque yo mentiría. Me he creído muchas veces enamorado; no lo he estado más que una vez, el año pasado, en Madrid: el objeto de mi amor era un gran lienzo de Velázquez que se llama el cuadro de *Las lanzas*. Después de haber visto este pícaro cuadro, tuve diez días de fiebre y diez noches de insomnio. Entonces fué cuando conocí al dios; pero la divina locura no llena la existencia ni el corazón. Hay casas donde se celebra un día á la semana un festín de emperador; el resto del tiempo no se alimentan más que de pan

seco y de sobras. ¡Vivan los banquetes! Pero un buen ordinario tiene su precio, lo ordinario del corazón es una querida compañía, sin la que ya no puede uno pasarse, una amistad compartida, tierna y fiel, acompañada de una imperiosa necesidad de vivir juntos. Y se lo declaro con toda franqueza, jamás he encontrado más que una mujer que me haya inspirado el deseo de vivir con ella, y es la persona sentada aquí, á mi lado, y que lo tiene todo, la inteligencia, la formalidad, la dulzura de los fuertes, el encanto de los humildes, sin contar que le gusta lo gris, lo rojo y lo castaño, que son mis colores. Como hasta el presente no se ha inventado más que un medio honrado de vivir con una mujer, que es casarse con ella, desde el primer día que vi á V., tuve ¡el diablo me lleve! el deseo de casarme con V. Esta idea me pareció al pronto muy estúpida, hoy me parece llena de talento. ¡Maldito sea el barón Grüneck! Sin él, sería V. mi mujer. ¡Bah! Lo que no se ha hecho puede hacerse. Y, después de todo, nos conviene haber esperado. En otro tiempo, ¿cómo se lo diré á V.? la deseaba más que la amaba; ahora la amo más que la deseo. Por otra parte, en aquel tiempo yo no era nada, y no tenía nada que ofrecer á V. más que una cabeza llena de viento y dos manos vacías. Hoy no somos el Gran-Mogol, pero somos alguien; tenemos un nombre, un porvenir asegurado. Mi mujer tendrá rentas.

Meta me escuchaba en silencio, con recogimiento, la cabeza baja, los ojos fijos en el suelo. Sus manos temblaban ligeramente, y yo veía por instantes hincharse su fichú, lo

que me daba buena esperanza. A la palabra rentas se le escapó un gesto de indignación. Me señaló con la punta de su sombrilla, grabados en letras de oro, en una lápida, estos cuatro versos, compuestos por el autor de Jocelyn para uno de sus amigos que duerme bajo aquel mármol:

«Muy cerca de la cuna fué colocada su
[tumba.

Poco espacio limitó su vida y su pensamiento;
Contento de su dicha, supo encerrarla
Alrededor de los únicos objetos que tuvo ne-
[cesidad de amar.»

—La poesía es una cosa muy bonita—exclamé;—pero un poco de fortuna no daña, y yo le garantizo á V. que mi mujer... Vamos, olvidado que mi mujer aún no es mía. Y acercándome á ella: «Querido ratoncito, ¿me quiere V.? Si dice V. que no, me iré mañana á París, donde me ahorcaré ó no me ahorcaré, según los caprichos de mi humor. Si dice V. que sí, experimentaré un transporte de alegría que se traducirá en saltos y volteretas, y ahora mismo iré á enseñar á Lulu cómo se hace para andar de cabeza. Acaso pedirá V. tiempo. Una vez que tenga en el bolsillo una promesa auténtica firmada y rubricada en buena forma, esperaré todo lo que V. quiera; tengo la esperanza paciente.»

Meta alzó la cabeza y me dijo:

—Las alemanas tienen la mala costumbre de hablar seriamente de las cosas serias; por eso experimentan en Francia grandes embarazos. ¡Es tan difícil saber cuándo un francés bromea y cuándo habla en serio! No digo que sí ni que no; desconfío.

—Míreme V.—le dije.—Heme serio como un borrico, y le aseguro

muy formalmente que no saldrá V. de este cementerio antes de haberme contestado.

Al decir esto, le cogí la mano. Ella trató de soltarla; pero se la tenía bien cogida. Buscó con los ojos á Lulu, y abrió la boca para llamarla. Lulu estaba en los espacios. Acababa de tenderse boca arriba, y miraba correr las nubes; hablaba en voz alta con ellas, y con la punta de una gran caña que agitaba les señalaba su camino.

—Nada de huidas—proseguí.—Contésteme V. Quiero probarle que un borgoñón es más terco que una alemana.—Y añadí:—«¡Dulce mano que tengo en la mía! tú, que me has revelado á Mozart y que un día me mostraste todas las estrellas del cielo llamándolas por sus nombres, tú tienes la sabiduría de no despreciar nada, ni la aguja, ni el molde de hacer media, ni la plancha. Tienes todas las gracias, todas las perfecciones, todas las ciencias, y te declaro que tu destino es pertenecerme, que has sido creada para mi dicha, para señalar á mi vida su camino y para recoser los botones de mis polainas. Si alguna vez hago algo que te disguste, te entregaré mi mejilla; tus bofetadas me sabrán á gloria. Manita suave y blanda, que te retuerces en la mía como una culebra, ¿quieres ser mía? Habla, dime tu secreto.»

La joven me miró con sus grandes ojos cándidos, y me dijo:

—V. es francés, V. es artista, y me ha olvidado durante seis años. Quiero reflexionar. Si dentro de dos meses... Mire V., tengo la superstición de los aniversarios. El 1.º de Setiembre de 1863 estábamos sentados en un banco; la noche era hermosa, y V. me había dicho lo-

curas. El 1.º de Setiembre de este año volveremos juntos á este cementerio. Esas rosas habrán muerto, y acaso habrá otras; nos sentaremos en estas mismas piedras, y le diré sí ó no.

—¡Choque V.!—contesté, devolviéndole su libertad.

—¿Me permite V. ahora que llame á Lulu?

—Un momento todavía. Lulu no ha concluido de hablar con las nubes, y yo aún no he comenzado á cumplir un encargo que me habían dado. Es una aventura que debo contar y que sin duda interesará á V.

Escuchó mi relato hasta el fin con extrema atención. Desde las primeras palabras, cambió de cara y de actitud. Por intervalos fruncía las cejas, ó se mordía los labios, ó removía la tierra con la sombrilla, ó, cogiéndose la barba, miraba fijamente al horizonte como buscando algo. Cuando hube concluido:

—Me parece que le afecta mucho mi historia—le dije.

Me contestó que si lo hubiera sabido antes sin duda no habría venido nunca á Charmilles, porque no habría podido triunfar de los escrúpulos de su pobre padre. Me hice la reflexión de que su pobre padre era un tunante para permitirse el lujo de tener escrúpulos, y que cuando yo estuviera casado, no consentiría á su conciencia frecuentar mi casa. Después me citó el proverbio alemán: «Cantaré la canción de quien me da el pan, *wess' Brod iclesse, dess' Lied ich singe*».

—Es difícil persuadir al mundo—añadió,—de que se desapruaban los principios de las gentes á quienes se ama y se sirve.

Yo le contesté que el cuidado de su reputación tocaba ante todo á Tony Flamerin, que nada tenía que temer por este lado, que además el señor y la señora de Mauserre no habían pecado por principio, que una cruel fatalidad era lo único que les impedía casarse, y que el día en que la alcaldía les abriera las puertas sería el más hermoso de su vida.

Meta estaba en humor de sermonear, lo que hacía con un tonillo doctoral y convencido que no era desagradable.

—Es una misión bien delicada— me dijo,—educar á una niña que debe su nacimiento á una falta. ¿Cómo enseñarle á conciliar el respeto á la ley divina con el que debe á sus padres?

Le observé que Lulu era muy pequeña y que no veía la urgente necesidad de explicarle el sétimo mandamiento.

Después de haber permanecido algunos instantes silenciosa, exclamó:

—Aunque quisiera irme, ya no podría. Me ha bastado un mes para aficionarme tanto á esta niña, que me costaría mucho dejarla. Me parece que soy responsable ante Dios de su tierna alma.

—Responsable—le dije—hasta el 1.º de Setiembre. Por lo demás, hay manera de arreglarlo todo, y si el corazón se lo exige, aún podrá V., después de nuestro matrimonio, ocuparse de esa señorita. Pasará los inviernos en París, y nosotros vendremos á pasar los veranos en Charmilles. Vea V. si soy un marido complaciente.

Pareció no haberme oído; seguía removiendo la tierra con el pie. Me preguntó sobre ciertos detalles de

mi historia por los que pasé ligeramente y que le interesaban mucho.

—Es una verdadera novela—dijo;—pero las únicas aventuras que me gustan son las en que el héroe y la heroína son pobres; el señor y la señora de Mauserre son los dos ricos, muy ricos, ¿verdad?

—La señora de Mauserre dejó su dote entre las garras de su primer marido, pero después ha heredado de su padre.

—¿A quién pertenece Charmilles?

—Al señor de Mauserre, que posee además dos casas en París. A riesgo de hacerle perder para siempre la estimación de V., debo confesar que el pobre hombre tiene doscientas mil libras de renta.

—Pronuncia V. la palabra de renta con algún énfasis—dijo Meta sonriendo;—se llena V. la boca con ella. Se lo repito á V., era muy pequeña, y ya no me gustaban más que las novelas en que el hambre se casa con la sed. Lo que me ha contado V. me agradaría más si el señor y la señora de Mauserre se hubieran fugado juntos para vivir en una mala buhardilla, donde habrían trabajado amándose. ¡Santa pobreza!—exclamó con cierta exaltación.—¡Tú lo purificas todo! ¡Tú reemplazas la inocencia! ¡Tú eres la poesía y la dicha!

Iba yo á replicarle; pero llegó Lulu sin que se la hubiera llamado. Meta dió algunos pasos hacia ella, y, cogiéndola en brazos, la estrechó contra su corazón con una impetuosa ternura que habría encantado á la señora de Mauserre. Volvimos donde estaba el carruaje, en el que me hicieron un sitio. La niña no tardó en inclinar la cabeza y dormirse; Meta la acostó en sus

rodillas. En varias ocasiones traté de reanudar la conversación; pero me contestó con aire distraído. Miraba vagamente la campiña; decididamente estaba pensativa.

Cuando llegamos á la verja del castillo:

—¿Cree V.—me preguntó de pronto—que el señor y la señora de Mauserre sean dichosos?

—Lo serían más si pudieran casarse; pero se acostumbra uno á todo.

—El hombre ha nacido para el orden—contestó—y cuando lo olvida, el orden se venga.

Me pareció que tomaba la cosa demasiado en serio. Le di en la boca con la punta de una rama que había traído del cementerio.

—Lo que me tranquiliza para esta casa de desorden—le dije—es que los armarios de V. le harán encontrar gracia ante el Señor. Están tan bien arreglados, que desde lo más alto de los cielos el ejército de los querubines tiene un placer extremo en contemplarlos.

Meta me quitó de las manos la rama, y me replicó:

—Si quiere V. complacerme, trate de ser menos francés y menos artista.

Y añadió:

—Prométame que no hablará á nadie de lo que ha pasado hoy entre nosotros, y que ni á mí misma me volverá á hablar de ello hasta el 1.º de Setiembre.

Le contesté con uno de los cuatro versos que ella había admirado:

—No tema V., le dije:

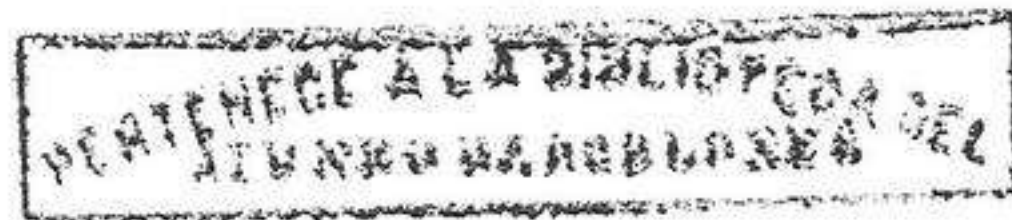
Contento de su dicha, supo encerrarla.

En la mesa y durante toda la velada redobló sus atenciones respe-

tuosas con la señora de Mauserre; parecía querer probarle que, aunque lo sabía todo, no la consideraba ni la amaba menos. Hizo más; al darle las buenas noches, le cogió la mano y se la besó humildemente.

—¡Ah, querida mía!—le dijo la señora de Mauserre.—He aquí la primera cosa que hace V. que me disgusta desde que está V. aquí; quiero enseñarle á V. cómo se besan las amigas.

Y la besó tiernamente en las dos mejillas.



IV

Aunque Meta Holdenis fuera tan sabia en el empleo del tiempo que le sobrara para todo, no encontró en seis semanas un momento para hablar á solas otra vez con este servidor de V. No parecía que me huyera; pero no me buscaba.

Por lo demás, había caído sobre ella un exceso de ocupación. El conde de Arci nos dejó para ir á pasar algún tiempo en una finca que había heredado en Turena, y su mujer fué á reunirse con él algunos días después. Su padre la vió partir con sentimiento. Había casi terminado los dos primeros volúmenes de su historia de Florencia; y pensaba en imprimirlos así que acabara de ponerlos en limpio. Como le ordenaran que no fatigara sus ojos, que tenía muy delicados, su hija estaba encargada de copiar el manuscrito lleno de enmiendas y de llamadas; ella sabía entenderse en aquel enredo. Después de su parti-

da, su padre quiso tomar un secretario. Meta le ofreció sus servicios; él rehusó al pronto, pero acabó por aceptarlos, y quedó encantado de su nueva copista. Meta tenía mejor letra y más inteligencia aún que la condesa de Arci, y, lo que le encantó más, tomó la joven tanto gusto á su noble ocupación, que le costaba trabajo separarse de ella. Encontraba la historia de Flcrencia admirable y al historiador un gran hombre. Estas son cosas que á un autor no disgusta oír repetir: los hay que lamentan no poder dar una renta á todos los que los admiran; pero todo el mundo no tiene en el mismo grado el talento de la admiración. No bastan la voz, el gesto; es preciso que se una á ello la mirada, que acentúe el elogio, y que sus caricias inflijan á la modestia del paciente un delicioso suplicio. La mirada de Meta hablaba. Saint-Simon ha dicho de una gran señora de su tiempo, que se mezcló en grandes asuntos, que era «morena con ojos azules que decían sin cesar todo lo que le agradaba». Meta Holdenis se parecía mucho á aquella gran señora.

Prestó al señor de Mauserre otro servicio más esencial aún: le salvó la vida ó poco menos. Sus nervios le atormentaban por intervalos. El remedio que usaba para aliviarse era salir de noche á caballo y recorrer la campiña; la fatiga le traía el sueño. En uno de sus paseos nocturnos se enfrió, y aquel enfriamiento degeneró en una pleuresia que llegó á ser alarmante. Su mujer quiso desde luego cuidarlo y velarlo sola; sus fuerzas se agotaron bien pronto, y tuvo que hacerse ayudar por Meta. Como el mal empeorase, fué devorada por inquietu-

des que no sabía ni dominar ni ocultar, y el médico le ordenó que no se acercase al enfermo. Se trató de llamar á la condesa de Arci, pero Meta aseguró que ella bastaba para todo, y cumplió su palabra. Cuando hubo conocido el encanto de ser cuidado por ella, el señor de Mauserre, que en sus enfermedades era un verdadero niño mimado, no quiso tomar ya más remedios que de su mano, ni sufrir que otra persona entrara en su alcoba. No sólo la joven poseía algunos conocimientos en medicina y el genio de las pociones, por haber tratado á sus hermanos y hermanas en algunos casos graves; tenía también la dulzura, la paciencia, el pie ligero, la mano suave y la infatigable sonrisa de una enfermera cumplida. Sus cansancios eran cortos. Después de una noche en claro, se dormía en una silla y se despertaba al cabo de una hora, fresca, viva, tan dispuesta como antes. He aquí lo que es amar á Dios y al prójimo: estos sentimientos hacen milagros.

Tantos trabajos fueron recompensados. El señor de Mauserre entró en convalecencia y se restableció rápidamente, como sucede á las naturalezas nerviosas, que caen y se levantan de pronto. Una mañana, después del almuerzo, apoyado en el brazo de la señorita Holdenis, que llevaba en el otro brazo una silla de tijera, y precedido de Lulu, que había prometido ser buena como un niño de coro, consiguió, mediante algunos descansos, dar la vuelta al parque. La señora de Mauserre no podía dar bastantes gracias á Meta por sus cuidados y su afección. Queriendo darle una débil muestra de su gratitud, rogó á la condesa de Arci, que á su vuel-

ta debía pasar por Lyon, que comprara el reloj más lindo que pudiera encontrar, guarnecido de brillantes, para reemplazar al modesto relojillo de plata que marcaba á aquella amable joven las horas de una vida tan útilmente ocupada.

El mismo día en que los condes de Arci llegaron á Charmilles, tuve yo que marcharme; me llamaba á París un cuadro que el comprador reclamaba y que yo no quería entregar sin haberle dado los últimos retoques. Meta, á quien vi un momento antes de mi partida, me deseó un feliz viaje; no me preguntó cuándo volvería y la encontré demasiado discreta. Hacía ochos días que estaba yo en mi estudio de la calle de Douai, cuando me escribió la condesa de Arci para hacerme un encargo. El final de su carta estaba concebido así: «Mi marido y yo tenemos razones particulares para desear que vuelva V. lo más pronto posible.» Esta postdata me sorprendió; no sabía que fuera tan necesario para la dicha de la condesa. Me había propuesto no volver á Charmilles hasta fin de mes. Adelanté mi marcha algunos días, y al llegar al castillo encontré en la escalinata á la señora de Arci, que me dijo á media voz:

—Pasan aquí cosas que nos disgustan.

—¿Qué quiere V. decir?—le pregunté.

—No crea V. más que á sus ojos —me respondió.—Deseo que nos engañemos.

A decir verdad, nada pasaba en Charmilles que fuera digno de ser notado; pero, diga lo que quiera la aritmética, nada sumados acaban algunas veces por ser algo. El señor de Mauserre, restablecido por com-

pleto, se ocupaba de su historia de Florencia, y á pesar de la vuelta de su hija, no la había repuesto en su cargo de copista.

Ya he dicho á V. que Meta tenía mejor letra que la condesa. Observé también que tenía la costumbre de dar todos los días después del almuerzo un gran paseo por el parque; que algunas veces duraba dos horas. Sólo le acompañaban Meta y Lulu; si algún indiscreto entraba en la expedición, hacía sentir al intruso, con su aire frío y preocupado, que estaba de más. Hay que convenir en que su carácter era más desigual que antes de su enfermedad; con frecuencia estaba sombrío, taciturno; á sus melancolías sucedían alegrías algo forzadas. Cuando un hombre ha tenido la pleuresía, es muy sencillo que se resienta su humor, y hay que perdonar mucho á un historiador que se esfuerza en aclarar algunos puntos controvertidos de la conjuración de los Pazzi. La misma Meta no se encontraba en su estado ordinario. Tenía distracciones, durante las cuales, dejando vagar sus ojos, miraba volar las moscas. En otros momentos se notaba en ella algo de agitación, de tensión, prolongadas respiraciones, que podían hacer creer que no había en la habitación aire bastante para sus pulmones ó para sus esperanzas; pero había que ser el conde de Arci para figurarse que ella esperaba algo. Era más natural pensar que sus fatigas de enfermera y sus noches en claro habían influido en su salud.

La noche de mi llegada, como cantara de una manera encantadora yo no sé qué pieza de *Don Juan*, tuvo un ataque de nervios. Se puso muy pálida y cayó bruscamente hacia

atrás. Felizmente, el señor de Mauserre se encontró precisamente á punto detrás de su banqueta para recibirla y llevarla á una butaca. ¿Hay medio de transportar á una mujer sin cogerla por el talle? Tal vez, después de haber dejado su carga; tardó algo en desprender su brazo; á los cincuenta años no se tiene la agilidad de un joven. El día siguiente, el implacable conde de Arci se permitió dar broma á Meta sobre su desvanecimiento; su suegro acogió ásperamente sus pullas.

Lo que me pareció cierto, es que la señora de Mauserre no daba malicia á nada de todo esto; tenía su rostro, su belleza, su sonrisa de todos los días. Creía en su marido como V. puede creer en Dios, señora; lo tenía por ser sobrenatural, superior á todas las comunes debilidades, de una lealtad tan inviolable como la palabra de Júpiter cuando había jurado por la Estigia. Y, además, aquella alma de cristal se imaginaba que todo el mundo era transparente como ella, y que lo que se le ocultaba no existía; ¿pero se le ocultaba algo? Yo estaba dispuesto á creer que la condesa compartía demasiado ciegamente las prevenciones de su marido. Su padre le había dicho un día delante de mí: — ¡Oh! Tú, hija mía, si te dijera tu marido con su tono decisivo que ve las estrellas á mediodía, después de una corta vacilación, verías perfectamente toda la vía láctea sin que faltara en ella una estrella.

El 29 de Agosto, por la tarde, fui á mi estudio, que, como sabe V., estaba en el primer piso de una torre aislada y á algunos centenares de pasos del castillo. Me había puesto otra vez á trabajar con ardor

en mi cuadro de Boabdil. Para estar seguro de que nadie fuera á distraerme de mi trabajo, cerré con cerrojo la puerta, y quité la llave de la cerradura. Hacia media hora que pintaba, cuando el viento me trajo por la ventana entreabierta murmullo de voces y de pasos. Eran el señor de Mauserre y Meta, que, acompañados de la niña y de la niñera, volvían de su paseo acostumbrado. La torre ocupaba el centro de un terraplén que tenía vista sobre el castillo; en uno de los extremos había una hamaca y un columpio. Lulu dijo á su niñera que la meciese; al principio no oí más que sus ruidosas carcajadas. Bien pronto me pareció que se acercaban dos personas. Llamaron á la puerta, trataron de abrir; yo me estuve quieto. Se retiraron, juzgando que el taller estaba vacío; encerraba, sin embargo, un par de oídos muy atentos, que pensaban tener el derecho de serlo.

Mientras que Lulu se mecía, las dos personas que no habían podido entrar en la torre comenzaron á pasear por la explanada. Cuando volvían, atrapé al vuelo algunos trozos de su conversación. Al pronto no fueron más que algunas palabras sueltas, luego una frase completa pronunciada por una voz muy dulce: «Jamás ha conocido nadie tan bien á los hombres.»

Se acercaron más, y se pararon precisamente bajo mi ventana. La misma voz dulce dijo:

— ¡Ah, señor! V. ha nacido, no sólo para escribir la historia, sino para hacerla. ¿Por qué no había yo de ser reina ó emperatriz? Vendría á Charmilles á buscar mi primer ministro. Lo arrancaría á su retiro, diciéndole que los hombres superio-

res se deben á la sociedad, que Dios no les permite sepultar los talentos que les ha dado.

El señor de Mauserre replicó vivamente :

—Es V. cruel. ¿No ve V. que abre de nuevo una herida mal cerrada?

—Perdóneme V. —respondió ella con acento de contrición.—He hablado demasiado de prisa, había olvidado...

—Tiene V. el derecho de hacerme sufrir—interrumpió él.—¿No le debo la vida?

Hubo un silencio, después del cual el señor de Mauserre habló mucho tiempo en voz baja. Su discurso fué perdido para mí, fuera de la conclusión, pronunciada acentuadamente :

—Cuando hice ese sacrificio no había medido su extensión.

Y reanudaron el paseo. — ¡He aquí de qué se habla cuando se pasea por el parque! Pensé recogiendo mi pincel que había dejado caer.

Algunos minutos después estaban de nuevo bajo la ventana, y de nuevo apliqué el oído.

—Habla V. de compensaciones—decía el señor de Mauserre.—No conozco más que una, y es que se acaba por envejecer, y que llega un tiempo en que ya no se juzga uno digno de sus propios lamentos.

—No piense V. en ello, señor; ese tiempo no vendrá tan pronto.

—¡Oh! ¿Qué edad me da V.?

—No sé... Deben Vds. tener, la señora y V., ella un poco menos, V. un poco más de cuarenta años.

El se echó á reír, con una risilla que salía de un corazón satisfecho.

—Mal ojo tiene V.; quítele á ella diez y añádame doce, y tendrá V. la cuenta de los dos.

—¡Cómo engaña su cara de V.! Pero hago mal en acusarla, dice la verdad. V. tiene la eterna juventud del corazón y del espíritu, y jamás tendrá V. edad.

Se interrumpió para gritar á la niñera que columpiaba á Lulu:

—¡Lleve V. cuidado! ¡No tan alto! Y añadió:

—He ahí la verdadera compensación. Revive V. en esa querida niña que se le parece, que no tiene más que de V. ¡Oh, toco á otra herida! ¡Puede cerrarse esta pronto, llegar el día en que Lulu sea por completo su hija.

El dió un bastonazo contra la puerta de la torre, y respondió secamente:

—Si conociera V. el Código, sabría V. que eso es imposible.

Estuvieron tan largo tiempo fuera del alcance de mis oídos, que creí que no oiría ya nada. Lo hubiera sentido; su conversación me interesaba. Felizmente Lulu no se interesaba menos en su columpio; resultó de todo esto que tuvieron aún tiempo de dar una vuelta, y que cinco minutos después oí una voz grave que decía:

—¿Cree V. que ella sufre también?

—Es tan buena, señor—contestó una voz suave—que le oculta á V. sus penas, sus disgustos, su aburrimiento. Está formada para el mundo, para brillar y ser admirada en él. A juzgar por su retrato, ha debido ser maravillosamente hermosa.

Estuve á punto de asomarme á la ventana y gritarle:

—Aunque no le plazca á V., aún es la mujer más linda de Francia.

No dije nada; y el señor de Mau-

serre tuvo tiempo de dirigir á Meta no sé qué pregunta. Ella contestó:

—Me pone V. en un aprieto, señor. El amor es tan exigente, tan egoísta, que raramente tiene en cuenta los sacrificios que impone. Me parece, sin embargo, que si yo tuviera la horrible desgracia de ser impedimento para la carrera del hombre á quien amara, Dios me daría la fuerza de separarme de él, de sacrificarme, feliz si su reconocimiento y su cariño fueran alguna vez á buscarme en mi soledad.

Esta vez se me escapó decir á media voz:

—¡Oigan, la lengua de serpiente!

—Creo que han hablado—dijo el señor de Mauserre, y gritó:—¿Está V. ahí, Tony?

Yo no respiré.

—Se ha engañado V. Yo no he oído nada—dijo Meta.

Poco después llamó á Lulu, diciéndole que ya era tiempo de volver al castillo. Como la niña no dejara su juego, fué á buscarla y dió orden á la criada de llevársela; luego volvió al lado del señor de Mauserre que la había esperado, creo, en un banco de piedra á algunos pasos de la torre.

—Señor—le dijo—tengo que hacerle una confidencia, y que pedirle un consejo. No sé si tendré valor para ello.

—Nada tengo oculto para V., y sería muy dichoso con pensar que poseo toda su confianza, como V. tiene la mía.

Meta se enredó en un largo preámbulo, que él le suplicó que abreviara.

—¿Qué significan esos rodeos? Vamos al hecho, se lo suplico—le decía.

Al fin se resolvió la joven á emprender su relato, hablando tan

bajo que á duras penas llegaban á mis oídos algunas sílabas. Me pareció que en varias ocasiones pronunciaba mi nombre. El señor de Mauserre estaba muy conmovido con su historia; exclamaba de cuando en cuando:

—¿Es posible? Estaba yo á mil leguas de sospechar una cosa semejante.

Cuando hubo concluido, como él guardara silencio, ella le preguntó si, sin saberlo, había dejado escapar alguna palabra que pudiera disgustarlo ú ofenderlo. El le replicó vivamente:

—¿Qué le aconseja á V. su corazón?

—¿Qué sé yo? Temo comprenderlo mal.

Después de una nueva pausa:

—¿Ama V. á Tony ó no lo ama?—prosiguió él con la misma vivacidad donde asomaba la cólera.

La respuesta fué tan confusa, que con mucho sentimiento de mi parte no la pude coger.

—¿Quiere V. que la aconseje?—dijo él con todo suavizado.—A mi vez, me siento embarazado. Habla V. hace un momento del egoísmo del amor: la amistad tiene el suyo. No hace más que tres meses que nos conocemos, y su sociedad se me ha hecho una costumbre tan dulce, que tiemblo á la idea de renunciar á ella, tan vivo es para mí el encanto de nuestras agradables conversaciones. Sin embargo, quiero olvidar esto para no consultar más que su interés. Estoy muy ligado al hombre de quien habla V.; me ha hecho servicios que no olvidaré nunca. Cualquiera que sea su mérito, dudo que fuese V. dichosa con él. Es artista, lo es de alma; la pintura y la gloria son sus dos amadas, su mu-

jer estará después que ellas. Sufrá V. que yo le diga todo mi pensamiento: será V. algún tiempo su juguete, para no ser en seguida más que su ama de gobierno. Mi amistad le desea á V. un marido que tenga con V. perfecta comunidad de gustos y de sentimientos, que sepa todo lo que V. vale; un hombre capaz de apreciar su rara inteligencia, su carácter á la vez tan sólido y tan flexible, esa encantadora complacencia de su espíritu, que sabe entrar en los pensamientos que le son más extraños y vivir, por decirlo así, en el espíritu de otro. Ese marido lo encontrará V. algún día, y hará de V. su compañera favorita, la confidente de todos sus pensamientos, su consejera y su amiga en el sentido más íntimo y más dulce de esta palabra.

Las últimas frases fueron pronunciadas con tanto calor, que Meta pareció enternecerse.

—¿De modo que V. me aconseja rehusar?—exclamó la joven.—No tengo más que tres días para decidirme.

—¿Quiere V. creerme? No vaya V. el 1.º de Setiembre á Ville-Moiron. Esto será lo mejor. Le es á V. fácil evitar esa entrevista con el señor Flamerin; si apremiara mucho, encárgueme V. de explicarme con él.

—¡Sea como V. lo entiende!—respondió ella con el tono sumiso de una carmelita que pronuncia sus votos.

Era tan grande mi curiosidad, que yo me había deslizado hasta la ventana y levantado una punta de la cortina. Lo hice en el momento en que el señor de Mauserre cogió la mano de Meta y la besó ligeramente la punta de los dedos. Tenía

ella el rostro medio vuelto de mi lado; su frente estaba radiante, sus labios entreabiertos respiraban la emoción del gozo. Así sonríe el hombre de los campos cuando, después de penosas sementeras y los rigores de un largo invierno, ve alzarse el grano y contempla en esperanza la mies que se promete entrojar.

Un instante después ya no vi nada; se habían ido.

Me embuté en una butaca, donde permanecí algún tiempo inmóvil, los brazos entorpecidos, la cabeza pesada, y pienso que la mirada triste. De pronto, por un esfuerzo de mi voluntad, me encontré en pie, palpándome el cuerpo como un hombre que ha caído de un balcón sin matarse y que se asegura de que tiene todos sus miembros. Después de aquel rápido examen, di dos veces la vuelta al taller, y fui feliz al descubrir que todavía sabía silbar. Me acordé de que fué en Dresde donde había cultivado este talento; pensé en el retrato de Rembrandt, y Rembrandt me hizo pensar en Velázquez. Creí oír una voz que decía: «Este es el nuevo dios que no engaña.» Abrí el cajón de una mesa, saqué una vieja pipa de espuma que había heredado de mi padre, la cargué, la encendí y me sorprendí diciéndome: «¡Tonelero de Beauce, tu hijo se encuentra bien!» Luego me volví á sentar delante de mi caballete y retoqué los paños de mi Boabdil. Debo confesar, sin embargo, que mi pincel temblaba un poco, y que nunca me fué tan necesario el tiento.

Al cabo de una hora llamaron de nuevo á la puerta de la torre. Aquella vez no era ni el señor de

Mauserre ni Meta; me encontré frente á frente con la más desvergonzada, con la más negra de las gitanillas. Tenía ojos parecidos á manchas de tinta y el aire burlón de un ave nocturna á la que asusta la luz. Habiendo encontrado por la mañana aquella belleza entre la banda de bohemios que había hecho ladrar tanto á nuestros perros, me había prendado de su diablería, de sus gracias picarescas, y la había invitado á venir de modelo á mi estudio. Me apresuré á introducirla, encantado de que tuviera palabra. El cielo me enviaba en su persona un modelo y una compañera de que tenía mucha necesidad. Mientras bosquejaba mi croquis, me complacía en hablar con ella. Ya he dicho á V., señora, que cuando he encontrado en el mundo ciertas virtudes, me acuden al corazón santas ternuras por la canalla. En verdad, estos son transportes bastante peligrosos.

Declinaba el sol cuando levanté la sesión y salí con mi modelo. Al atravesar el terraplén, vi al pie del columpio un objeto brillante: era el medallón de Lulu, que lo había perdido al balancearse. Lo recogí, y en el mismo instante vi á Meta al extremo de la gran alameda. Venía hacia nosotros, inclinada la cabeza, mirando alrededor suyo y deteniéndose de cuando en cuando para escudriñar en la maleza. Dije algunas palabras al oído á la bohemia, y le deslicé una moneda de oro en la mano. No tuve necesidad de explicarme mucho; además de que era lista, la moneda que tenía entre sus dedos ganchudos y que contemplaba sonriendo le iluminaba la mirada y la inteligencia. Pagándolo bien, señora, se le ha-

bría hecho aprender el chino en ocho días.

Ella y yo estábamos medio ocultos por un macizo. Meta, absorta en sus investigaciones, llegó hasta á diez pasos de nosotros sin vernos.

—Me he entretenido en mi paseo—dije en voz alta á la gitanilla.—Se hace tarde; hay que dejar nuestra sesión para mañana.

El aya de Lulu se paró de pronto, como cortada; evidentemente no era á mí á quien buscaba en las malezas. Pareció poco encantada del encuentro, y se disponía á batirse en retirada.

—Lulu ha perdido su medallón—le dije—helo aquí.

Ella me dió las gracias y se acercó á tomarlo. Antes de entregárselo:

—Le presento á V.—le dije—una hija de Egipto. ¿Verdad que es encantadora?

Aquella cara morenilla no le gustó. La miró con severidad y algo inquieta; se habría dicho que era una paloma á quien se pide su opinión sobre un cuervo.

—Es una muchacha—añadí—que tiene todos los vicios, pero que no carece de honor á su manera. Si es embustera como un lacayo de casa grande, no es falsa, se da poco más ó menos por lo que es. No cree ni en Dios ni en el diablo; así no toma jamás al uno por el otro. Cuando se los encuentre en el otro mundo, tendrá el placer de la sorpresa, y Dios le dirá: «Gitanilla, ven á mi diestra; prefiero las gentes que no me conocen á las que me comprometen.» Le concedo á V. que es glotona como un sollo, enamorada como una gata; note V., sin embargo, que ama á los hombres uno después de otro, que su

corazón no canta dos canciones á la vez. Para acabar de pintarla, ha robado esta mañana tres gallinas y dos patos; pero le doy á V. mi palabra de que jamás ha merodeado en la dicha de los demás, que nunca les ha estafado lo que amaban.

Después, volviéndome hacia la bohemia:

—Adivinadora de mi corazón— le dije—tú no has leído á Juan Pablo, ni su tratado de la educación de las mujeres. Tú serás siempre incompleta y de una bajeza deplorable; pero creo en tu sagacidad en las cosas de aquí abajo. Hace un momento me has anunciado lo que debe suceder pasado mañana en un cementerio donde hay rosas; ahora hazme el favor de revelar su destino á esta señora enojada, que trata de huir.

Yo le cerré el paso, y me apoderé de su mano izquierda.

—Gitanilla—exclamé—dime el secreto de esta mano que yo no he sabido adivinar.

La hija de Egipto adelantó la cabeza é hizo un gesto de estupor. Parecía sumida en tan viva admiración, que Meta quedó impresionada y entró en curiosidad; consintió en colocar su mano en la de la bohemia, apartando su rostro y sonriendo con lástima, como si se hubiera prestado por complacencia á una niñería que reprochaba.

Le aseguro á V., señora, que aquella era una escena digna de ser pintada. Con su mirada siniestra y profunda, el cuervo había magnetizado á la paloma. Con voz ronca, triunfante, cantaba en español:

«Salada, resaladita,
La de las manos de plata,
Eres paloma sin hiel,

Pero á veces eres brava.
Un lunar tienes, ¡qué lindo!
¡Ay, Jesús, qué luna clara!»

En aquel momento, el sol poniente iluminaba vivamente el castillo donde todos los cristales centelleaban. Las cuatro torres flanqueaban en los cuatro ángulos, la terraza de balaustrada de mármol blanco y adornada con dos leones monumentales que arrojaban agua por las narices, la escalinata en herradura, los salientes de la fachada, el gran atrio de pilastras cuyas aristas se perfilaban sobre un cielo ópalo mezclado de verde, todo nadaba en una luz vivísima. La bohemia seguía cantando:

«Salada, resaladita,
La de las manos de plata,
Eres paloma sin hiel,
Pero á veces eres brava.
Un lunar tienes, ¡qué lindo!
¡Ay, Jesús, qué luna clara!»

De pronto, cambiando de voz, exclamó en una nota clara:

—Señorita, V. vivirá cien años; hay corazones que no se gastan nunca.

Después, haciendo un gesto grande como el mundo y abrazando en el círculo que describía su índice el parque y el castillo, murmuró dulcemente:

—Esos robles, esas alamedas, esas torres, esas veletas, esos leones, todo eso será un día de V., resaladita.

Yo contemplaba fijamente á Meta. Vi como una llamarada brotar de sus ojos, sobre los que se apresuró á bajar los párpados; sintió que mi mirada estaba fija en ella, y, perdiendo la serenidad, me volvió bruscamente la espalda para ocultarme su turbación y su rubor.

PERTENECIÓ A LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

La gitanilla no le soltó la mano, que seguía examinando. De repente frunció las cejas, paseó lentamente su dedo sobre dos líneas que se cruzaban, y dijo con burla salvaje:

—Señorita, un consejito: no corra V. nunca dos liebres á la vez.

Al decir esto, echó á correr y escapó á lo largo de la avenida, llevándose la moneda de oro que había ganado bien.

Creo que Meta estuvo á punto de llamarla; pero, volviendo en sí, ocultó su emoción, como persona acostumbrada á dominarse, y sin aceptar el brazo que yo le ofrecía, emprendió el camino del castillo. Yo iba á su lado; había en su mirada un brillo singular, y andaba tan de prisa que se hubiera dicho que se dirigía al fin del mundo.

—Y bien—le dije—¿qué le parece mi bohemia?

—No comprendo—me contestó con su dulzura ordinaria—que un hombre como V. se interese por una que dice la buenaventura y por su estúpido oficio.

—No está probado—le contesté—que su oficio sea estúpido. Unos creen en la quiromancia, otros en los grandes y en los pequeños profetas, porque hay que creer en algo. V. sabe mejor que yo lo que se entiende por los soliloquios bíblicos, y estoy seguro de que los practica V. Por poco bíblico que yo sea, me permito esta mañana abrir el santo libro al azar, y como su porvenir de V., que es hasta cierto punto el mío, me ocupa mucho, decidí que el pasaje sobre el cual cayera se referiría á V. Y he aquí el versículo que encontró mi primera mirada: «Dios dijo á Abraham: He hecho alianza contigo, y te daré la tierra de Canaán, donde moras como ex-

tranjero». ¿No le choca á V. esta coincidencia? La Biblia y los bohemios parecen haberse puesto de acuerdo.

Meta me respondió secamente:

—No hace V. por complacerme: ya sabe V. que es un género de bromas que no puedo sufrir.

Y hablando así, apretó el paso y llegó al castillo sofocada. Al subir la escalinata detrás de ella, iba yo recitando entre dientes los versos de Enrique Heine que V. conoce: «Sobre los ojos de mi bien amada he compuesto los más bellos romances, y sobre su boquita los mejores tercetos, y sobre sus mejillas las estancias más magníficas; si mi bien amada tuviera un corazóncito, compondría sobre él un lindo soneto.»

V

Al día siguiente por la noche, un criado me anunció que la señora de Mauserre me esperaba en el salón. Encontré una mujer fuera de sí, que en su turbación no podía decir nada sino:

—¡Ah, Tony, mi querido Tony, si V. supiera!...

Temiendo que la sorprendieran en aquel estado, me llevó á una pieza vecina que la servía de salón particular. Se dejó caer sobre un sofá, y sacó del bolsillo, para hacerme leer, una carta que acababa de recibir de su madre, y que contenía estas palabras: «Espero, Lucía, poder darte muy pronto la más feliz de las noticias».

—¿Qué piensa V. que significa

esto?—me preguntó fijando en mí sus ojos, donde se reflejaba el desorden de su espíritu.

—La cosa me parece clara—le dije—y heme tan contento como V. Eso significa...

—Nolo diga V., Tony—interrumpió poniendo la mano delante de mi boca.—Y sin embargo, sí, V. no se engaña, eso quiere decir, eso... Estaba tan lejos de esperarlo, que he experimentado hace un momento una sorpresa y, si es preciso que lo confiese, un transporte de alegría... ¿No está mal que me regocije así de la muerte próxima de un hombre á quien debería en este momento cuidar ó llorar? Bien me ha hecho sufrir. Estuvo gravemente enfermo hace tres años; le escribí que se lo perdonaba todo y que le suplicaba que me lo perdonase todo. Le aseguro á V., Tony, que en aquella carta había corazón; habría debido decirse al leerla: «Ella vale más de lo que yo pensaba.» ¿Sabe V. lo que hizo? Hizo que me contestara por una de sus queridas, y aquella contestación era tan dura, tan insultante, que estuve llorando durante ocho días. Ahora aún lloro, pero hay alegría en mis lágrimas. La verdad, Tony, ¿no soy muy culpable?

—Yo lo soy más que V., porque experimento una alegría sin mezcla de que ese viejo tunante haya entregado su alma á Dios.

Ella me dirigió un gesto suplicante.

—¡Cállese V.! Hay palabras que atraen la desgracia.

Para borrar el efecto de ellas, hizo, ó poco menos, el elogio de su brutal marido.

—Por lo demás—prosiguió—¿tengo el derecho de reprochar nada á nadie? Se me podrá replicar: «Tú

misma, ¿qué has hecho en tu vida de virtuoso y meritorio?» Esto estaría bien contestado, porque, en fin, Tony, todos los males del hombre que uno y otro rehusamos nombrar, se reducen á haberse hecho tan dichoso como es posible, y á su manera, que en verdad no era buena. ¿No he hecho yo otro tanto? Un día que yo estaba triste, la dicha pasó cantando bajo mi ventana, me hizo una seña, y la seguí al fondo de Italia, de donde me trajo á Charmilles. Hemos aquí establecidos él y yo, cada día más contentos de vivir juntos. Hay momentos en que me pregunto qué es lo que he podido hacer para merecer esta dicha, y me acuden inquietudes, no encontrando en mi pasado una sola acción meritoria.

—Había uno—interrumpí—que se vanagloriaba de no haber hecho durante su vida más que una mala acción, y le dijeron: «¿Cuándo acabará?» V., señora, no tiene en su cuenta más que una buena acción, que consiste en hacer todos los días la dicha de todo lo que la rodea, sin hablar de los pobres.

—¡Oh!—contestó.—No hay acciones verdaderamente buenas más que las que cuestan. V. es demasiado indulgente, Tony. Le aseguro que, si Dios no consultara más que su justicia, en vez de una buena noticia, me enviaría uno de estos días alguna gran pena.

—Y yo sostengo que hay una justicia en el cielo, puesto que el tunante cuyo nombre nos repugna pronunciar, se ha decidido á reventar. Un solo punto me inquieta; la cosa aún no está hecha. Disponemos de la piel del oso; ¡al diablo, si se le ocurriera resucitar!

—Eso es verdad—dijo ella viva-

mente.—Mi pobre madre puede tomar sus deseos por realidades; me ha dado ya más de una vez falsas alarmas, y yo soy una loca en hacerme ilusiones con una palabra en el aire, que, después de todo, no dice nada. ¿Verdad Tony, que haré mejor con no hablar de esta carta á Mauserre? Se volvería loco de alegría; y si luego supiera que se había regocijado demasiado pronto, su pena sería muy amarga.

—¡Oh, muy amarga!—repetí articulando y acentuando cada palabra con energía.

Reclinó sobre el cojín su encantadora cabeza, y quedó algunos momentos con los ojos cerrados, mordiendo el encaje de su pañuelo; después, irguiéndose:

—Se me acusa—continuó—V. el primero, de no ser más que una perezosa. Y es cierto; este es un vicio de nacimiento. Sin embargo, en mis largas perezas, mi cabeza no descansa, mis pensamientos trabajan siempre. Vaya, soy menos aturdida, menos insustancial de lo que se imaginan. No hay día en que no me diga. ¿Era yo digna de que él me sacrificara su porvenir? Lo que me consuela algo, pero muy poco, es que en Dresde hice todo lo posible para conseguir que renunciara á mí. Me juró que no se arrepentiría nunca, y, en verdad, creo que así es. Mi gran defecto, después de mi pereza, es que soy demasiado sensible á los juicios del mundo. Muy á menudo he estado tentada de decir á Mauserre: «Vamos á París; allí estarás en el centro de todo lo que te interesa, y de tus estudios favoritos.» Pero me ha faltado el valor; París me espanta, me parece que allí leería mi historia en las miradas de unos y otros.

Decididamente, mis ojos tienen miedo á los ojos de los demás.—Y añadió juntando las manos:—¡Ah, Tony, si un día fuera su mujer! ¡Si algún día, mi brazo en el suyo, volviera á la sociedad y en seguida á su carrera!...

—Tenga V. confianza; ese tiempo vendrá.

Se levantó, se pasó la mano por su admirable cabellera. Sus cabellos, señora, se rizaban tan naturalmente, que, á decir verdad, no tenía necesidad de peinarse; sacudía la cabeza y ya estaba.

—Querría ser hermosa ese día—continuó—y que Mauserre estuviera orgulloso de mí, que todo el mundo dijera: «Hizo una gran locura, pero esa locura no fué una tontería...» ¡Oh, yo soy quien está loca!—Y señalándome su retrato que estaba en frente:—O me aduló V. indignamente hace cinco años, ó he perdido mucho. ¿Qué le parece á V.?

Y se miraba en el espejo ó alzaba los ojos al retrato moviendo la cabeza, lo que no le impidió exclamar:

—Después de todo, me parece que aún no estoy tan fea que asuste.

—V. es la más cándida, la más inocente, la más amante y la más linda de todas las mujeres—le dije, besándole la mano con una efusión cuyo motivo no sospechó.

Cuando levanté la cabeza, noté que se había abierto la puerta y que Meta acababa de entrar en la habitación. Cuando quería, tenía el andar tan ligero y tan sutil, que no se la oía llegar. En aquel momento me pareció fea. Hay sitios que no tienen nada de encantador por sí mismos y á los que hacen deliciosos ciertos juegos de la luz, hasta el

punto de que se les prefiera á paisajes más graciosos y más rientes. El alma tiene también su luz que transforma un rostro, y por esto es por lo que en ciertas horas Meta me parecía encantadora; pero había notado que raramente tenía esta ventaja al lado de la señora de Mauserre, no por el efecto de una comparación imposible de hacer, sino porque sentía en su presencia turbación, contrariedad, un secreto malestar que se ocupaba en ocultar. Desde hacía poco, sabía la razón de esto.

Mirábamos con sorpresa la expresión de su rostro; era á la vez dura y embarazada.

—¿Sabe V.—le dije—de qué hablábamos? La señora de Mauserre me sostiene que es menos linda que su retrato.

—El que ha hecho el retrato es un gran artista—respondió:—el que ha hecho el modelo es más que artista.

—Es un asunto que dilucidar entre Dios y yo; pero los retratos tienen la ventaja de no envejecer, y la señora de Mauserre pretende que está en camino de ser una vieja de treinta años.

—¡Ah, señora, de nosotras dos yo soy la vieja, y no tengo más que veinticuatro—respondió con acento de melancolía.

—Los dos son Vds. viles adadores—dijo la señora de Mauserre.—Hablabamos, querida, de otra cosa además; he recibido una carta...

—Señora—interrumpí, haciendo señas con los ojos—el rey Luis XIV tenía costumbre de decir que no hay que vanagloriarse demasiado pronto del porvenir porque se quita la gracia de la novedad al acontecimiento.

—Eso es lo que pensaba Luis XIV—dijo Meta—pero la opinión del señor Flamerin es que no es bueno fiarse de todo el mundo.

—¿Qué está V. diciendo?—exclamó la señora de Mauserre.—¿De quién me fiaré si no me fio de V.? Tome V., lea pronto esa carta; estoy segura de que participará V. de la emoción que me ha causado.

No tuvo tiempo de entregársela ni de añadir una palabra; sonó la campana que llamaba á comer, y Lulu, que tenía hambre, acudió á llamarnos. Durante la comida, el conde de Arci dió rienda suelta á su humor burlón. Sea distracción, sea ostentación de modestia, Meta había ido á la mesa con su traje gris de por la mañana; él le hizo la guerra, y le preguntó por qué le gustaba tanto el gris, y si era á título de hermana gris. Ella le dió las gracias por la atención que ponía en su manera de vestir, y le contestó que en todo tiempo le habían nombrado Maüschen, que había nacido ratón, que ratón moriría, y que le gustaba llevar la librea de tal.

—He aquí—dijo el conde—lo que me explica muchas cosas. Siempre he pensado que hay dos clases de ambiciosos, los voraces y los roedores; los primeros engullen el pedazo, los otros lo van comiendo poco á poco.

—¡Venga la aplicación, señor!—dijo la joven con alguna impaciencia.

—¡Oh! su ambición de V. es muy loable: trata V. de conquistar todos los corazones; desde Lulu hasta mí, no hay aquí persona que no la adore.

—Su secreto es bien sencillo—dijo la señora de Mauserre—se pasa

la vida olvidándose de sí para pensar en los demás.

—Eso es precisamente lo que yo quería decir—replicó el conde vaciando su copa.

Un instante después criticó el lazo oscuro que la señorita Holdenis se había puesto en los cabellos; afirmó que lo oscuro y lo gris no casaban bien, que el uno es un color franco, y el otro un color hipócrita, y se entregó á mi arbitraje. No tuve tiempo de pronunciarlo. El señor de Mauserre le reprochó ser el espíritu más analizador y más decisivo que había conocido en la vida, y el conde de Arci se guardó su cumplimiento; sabía por experiencia hasta dónde podía ir.

Dos horas después estábamos en el salón. Meta acababa de salir para ir á acostar á Lulu. Entró un criado y entregó un pliego á la señora de Mauserre. Esta lo abrió y lanzó un gran grito; lloraba con un ojo y reía con el otro. Se levantó, y con paso vacilante corrió á echarse al cuello del señor de Mauserre; los sollozos ahogaban su voz. Al fin consiguió decir:

—Alfonso, héme libre.

El se desprendió con alguna viveza, la curiosidad hace impaciente. Cogió el despacho, y dió un salto: la sorpresa produce estos efectos. Luego abrió los brazos á su mujer exclamando:

—Bien nos ha hecho esperar.

Como ve V., señora, es falso que el primer movimiento sea siempre el mejor.

A todo esto, Meta volvió al salón, y la señora de Mauserre corrió hacia ella entregándole el despacho y gritándole:

—¡Venga V., señorita!

Meta leyó á su vez. Si era dueña

de su lengua, lo era menos de su rostro. La víspera había yo creído ver brotar una llama en sus ojos; en este momento la vi ponerse pálida como una muerta, y creo que estuvo á punto de ponerse mala. El conde de Arci la miraba, como yo, con una sonrisa equívoca. Ella tuvo el recurso de arrojarse con brío en los brazos de la señora de Mauserre y de abrazarla con tanta fuerza, que el conde acabó por decirle:

—Permítame V., señorita, se abraza á las gentes pero no se las ahoga.

Luego, describiendo un arco de círculo, añadió:

—Querida señora, reciba V. las felicitaciones de su yerno.

—Gracias—le respondió la señora de Mauserre—pero todavía tenemos ante nosotros diez meses de espera.

—Así lo quiere la ley—dijo el señor de Mauserre con tono resignado.

La pobre mujer nos abrazó á todos, y escapó á su habitación, donde se encerró sola. Su felicidad le producía escrúpulos, su alegría le daba miedo; experimentaba la necesidad de ocultarse, y, como ella decía, de no hablar de ello más que con el que lo comprende todo.

El conde de Arci no ocultaba la suya, y era tan ruidosa, que por una razón ó por otra, se hizo importuna á todo el mundo. El señor de Mauserre cogió un periódico; yo tomé un pedazo de papel y me puse á dibujar. Una sombra vino á interponerse entre la lámpara y mi lapiz. Levanté los ojos; Meta estaba de pie á mi lado. Ya no estaba fea; tenía la tez animada, el aire coquetón, una languidez febril en la mirada.

—¿No se puede saber—me preguntó en voz baja—lo que le predijo á V. la bohemia?

—¿A propósito de qué?

—Sobre lo que debe ocurrir pasado mañana en un cementerio donde hay rosas.

—Me predijo que no ocurriría nada.

—¿Nada absolutamente?

—Nada absolutamente.

—¿Por qué razón?

—Por una razón muy sencilla, y es que ni V. ni yo pondremos los pies allí pasado mañana.

—¿Ni V. ni yo? La bohemia ha mentido á medias; yo iré allá y le esperaré á V.

El señor de Mauserre dejó el periódico y se acercó á nosotros. No sé qué había podido coger de nuestra conversación. Dijo á Meta con el aire más natural:

—Puesto que todos estamos contentos, me parece conveniente que Lulu también lo esté. Hace mucho tiempo que arde en deseos de ver el lago Paladru, que, si no recuerdo mal, es un lago encantador. He decidido, señorita, que la llevemos allá pasado mañana, 1.º de Setiembre.—Y añadió con un tono que más parecía pedir que no se aceptara la proposición:—¿Será V. de los nuestros, Tony?

—Seguramente.

—Y yo también, papá—dijo la condesa.

—Puesto que no se me invita—dijo á su vez el conde—me invito yo.

Escribí, en grandes letras, en el papel, que Meta no había dejado de mirar: «La quiromancia no es un arte engañoso.»

Cuando me retiraba, el señor de Arci corrió hacia mi en el corredor, y tirándome de la manga:

—Señor Flamerin—murmuró á mi oído—mañana tendré que hablarle de un asunto serio.

VI

El día siguiente llovió toda la tarde; el señor de Mauserre y la señorita Holdenis no se pasearon por el parque. Yo aproveché una clara para ir á mi taller, donde debía comenzar el retrato de la condesa de Arci. Ella se me reunió allí cuando acababa de cargar mi paleta. La acompañaba su marido, que exclamó, cerrando la puerta con estrépito:

—¿Señor Flamerin, juremos no salir de aquí antes de haber acordado el medio de desembarazarnos de esa intrigante!

Su acento era tan trágico, que le pregunté si se proponía emplear el puñal ó el veneno.

—Para deshacernos de un ratón bastan los medios corrientes. Si acaso sabe V. de alguno más dulce, consiento en examinarlo.

Se instaló en una mecedora, acercó una butaca á la condesa, me senté á su lado en un taburete, y se abrió la sesión. Se hubiera dicho, por nuestra gravedad, que aquello era un consejo de guerra reunido para deliberar sobre un plan de campaña.

—¿Cómo se denunció!—dijo el conde.

—Es cierto—le contesté—que palideció y se turbó.

—Tenía el aire de un alma en pena—añadió la condesa—y durante toda la noche no hizo más

que cambiar de sitio, porque en ninguno se encontraba bien.

—Hay que tenerle eso en cuenta, todavía no es maestra en el arte de fingir.

—Desde el primer día que la vi, me fueron sospechosas sus intenciones, y me desagradó su hocico tudesco.

—Eso prueba —dije— que tiene V. más vista ó más prevenciones que yo; jamás me ha desagradado su hocico tudesco.

—Lo que me confunde es que haya conseguido embrujar á mi pobre papá.

—Eso prueba, señora, que V. no comprende nada de los sentimientos que inspira la mujer que lo ha cuidado á un enfermo que tiene el corazón sensible.

—Pero ¿qué tiene en su favor esa aventurera? Es fea.

—Ya sabe V. que yo no creo nada de eso.

—¿Le encuentra V. el talento tan brillante?

—Señora, no tiene el que brilla, tiene el que sirve, y acaso ha escogido la parte buena.

—Diga V. más bien que su talento consiste en embelecocos y zalamerías.

—¡Ah! Los políticos más refinados triunfan muy á menudo por medios groseros, porque toman á los hombres por lo que son, es decir, por niños grandes.

—¡Me parece que nos hace V. su elogio!

—¡Ah, señora! No es de buen general despreciar á su enemigo.

El conde hizo un gesto de impaciencia, y creo que soltó un juramento.

—¡Estamos perdiendo el tiempo! —exclamó.—Concedo de buen gra-

do que el ingenioso talento de la señorita Holdenis no es uno de esos arbustos inútiles que son adorno de los jardines; reconozco en él uno de esos arbolillos frutales que, mediante algunos cuidados, una poca de lluvia y mucho sol, producen mucho á sus propietarios. ¡Dios la bendiga á ella y á sus espalderas! No nos hemos reunido para discutir sus méritos sabrosos ni sus gracias virginales. Nuestro común deseo es enviarla lo más pronto posible á su querido Floreciente, á su humilde y virtuoso hogar, á su tierno padre, que se queja de que en su ausencia sus jamones de Mayenza han perdido toda su poesía, á sus encantadores hermanitos, cuyas ropas se caen á pedazos desde que ella no está allí para remendárselas bajo las miradas del Señor. ¿Somos dignos de poseer esta paloma mística? Confieso, señor Flamerin, que V. está menos interesado que nosotros en la buena obra que meditamos; nosotros combatimos *pro avis et focis*; pero V. profesa á mi suegro una amistad tan fiel, que debe ocupar para V. el lugar del interés. ¿Estamos de acuerdo?... Bueno, continúo. Sin querer hacerle reproches, V. me había afirmado por su honor que mi suegro, que tiene cincuenta y tres años cumplidos, había dejado ya todas sus pretensiones, y que sería hasta el fin de sus días el más razonable de los hombres. Sobre la fe de esa gran seguridad, me presté á un arreglo, del que desde luego no tuve más que por qué felicitar-me. Tuve la agradable sorpresa de descubrir en la mujer que le había hecho cometer la más imperdonable locura una persona cuyos sentimientos elevados y delicados me inspiraron desde el primer día

tanta estimación como cariño. No me queda más que una cosa que desear, y es que puedan legitimar por un matrimonio en forma una unión que les prometía un porvenir dichoso á los dos. Desde ayer ha desaparecido todo obstáculo legal; pero sobre Charmilles se ha alzado una luna roja, y henos amenazados de una espantosa catástrofe. No se encoja V. de hombros, el caso es grave: estamos en peligro de ver al padre de mi mujer deshonorarse por un cobarde abandono y llevar al altar el aya de Lulu, que aspira á ser el ama de Charmilles y de todo lo que hay dentro.

—¡Gracias por mí!—interrumpí.
—Eso es prever las desgracias desde lejos.

—Hágame V. el favor de escucharme hasta el fin—continuó.— Soy un hombre sereno, y no tengo la costumbre de conmoverme por asuntos de poca importancia. Le aseguro que mi suegro está completamente desimpresionado de sus primeros amores; ¿qué digo?, por hermosa que sea todavía su mujer, tiene ya por siempre para él una cara desagradable, la cara de una gran tontería que le impidió ser embajador en Constantinopla ó en Londres. Y he aquí lo que es no tener la sinceridad de decirse: «¡Tú lo quisiste, fraile mostén!» Para su desdicha, tanto como para la nuestra, el cielo y el señor Tony Flamerin han atraído aquí á una de esas gazmoñas que miran á las nubes y se palpan con una mano el corazón mientras que la otra interroga discretamente al bolsillo del prójimo. Sin hablar de su talento para preparar las tisanas y para sacudir el polvo á las mesas, esta buena pieza ha seducido á nuestro

diplomático retirado con sus atenciones, sus zalamerías, sus palabras almibaradas, sus aires contristados, los éxtasis de su admiración y sus ojos de carpa desmayada, que le repiten desde la mañana hasta la noche, en alemán, que es un gran hombre. Libre es él de declararle su llama, libre es ella de rendirse á discreción, eso es cuenta de ellos, y no tengo nada que decir; pero á esa Maintenón se le ha metido en la cabeza casarse con él. Representará el dragón de virtud, le despedirá siempre afligido, jamás desesperado, y ya verá V. cómo, irritado por sus rigores, por profundo que sea el foso, un día ú otro él lo saltará. ¡Aceptar á esa pícara por suegra... muchas gracias! Es pedirme demasiado, y me propongo ir en seguida á ver á mi suegro y tener con él una explicación franca y perentoria. Una de dos cosas: ó la damisela se va mañana de Charmilles para no volver más, ó á la noche ya no estamos aquí mi mujer y yo. Mi suegro ama á su hija; me complazco en creer que mi arenga le hará alguna impresión.

La condesa había escuchado con pena este discurso algo brutal, pero tuvo cuidado de no demostrarlo; si amaba á su padre, antes se habría ahorcado que contradecir á su marido. Me dió las gracias con los ojos cuando me oyó contestar en estos términos:

— Mi querido conde; sus premisas me parecen excesivas y sus conclusiones muy aventuradas. El señor de Mauserre tiene el temperamento melancólico; es un hipocondríaco que no ha obtenido del destino lo que esperaba de él y que cree tener motivos para quejarse de su injusticia. Consideremos también que

está en la edad en que el amor no es ya apenas para la mayoría de los hombres más que la necesidad de una sociedad con arreglo á su corazón; las mujeres que les agradan son las que los compadecen ó los admiran, los divierten ó los consuelan. Han querido el cielo y un americano que se aburría, porque Tony Flamerin se lava en esto las manos, enviar aquí una persona que no es ni una damisela ni una pícara; las injurias nunca han probado nada, y la señorita Holdenis es sencillamente una persona inteligente, diestra, insinuante, que posee el arte de entrar con facilidad en los sentimientos de las gentes, en sus luchas con la vida, y de rascarles donde les pica. Yo no niego que el encanto que arrastra al señor de Mauserre pudiera llevarlo muy lejos si se abandonara á él; ni que la señorita Holdenis sea una ambiciosa, cuya imaginación acaricia ciertos sueños que absuelve su religión. Digámoslo todo: si la señora de Mauserre muriera de aquí á mañana, acaso le costaría á V. trabajo impedir que su suegro se casara con el aya de su hija. Tiene el espíritu demasiado liberal para que las consideraciones de fortuna y de nacimiento pudieran apartarlo de seguir sus inclinaciones; no conozco hombre más libre de toda preocupación. Felizmente, la señora de Mauserre está viva, muy viva, y el señor de Mauserre es un hombre de honor para quien su palabra es sagrada. Lo que yo temo, amigo mío, es una intervención torpe, que lo irritaría y lo estropearía todo. Es de la raza de los soberbios; se rinde algunas veces á sus propias reflexiones, considera en poco las reflexiones de los demás, y su or-

gullo no acepta nunca lecciones de nadie. Por amor de Dios, renuncie V. á dárselas. Sus explicaciones demasiado sinceras lo empujarían á terribles arrebatos de sinrazón, y acaso concedería á su cólera lo que rehusará seguramente á su pasión, puesto que quiere V. llamar así un gusto muy raro por una persona que, por gracia suya, se las arregla mejor que nosotros para hacerle compañía.

—Creo que el señor Flamerin tiene razón—se apresuró á decir la condesa, mirando á su marido con el rabillo del ojo para saber lo que podía aventurar.—Es posible que veamos las cosas demasiado negras, mi querido Alberto, y que el peligro no sea tan inminente como pensamos. Sin embargo, ¿no hay que hacer nada, señor Flamerin? ¿Dejaremos que la enfermedad siga su curso, sin ensayar ningún remedio? Nos cuesta tolerar al enemigo instalado en la plaza; se nos hace tarde para desembarazar á un pobre padre de su señorita de compañía, que no es una señorita de honor. Si la intervención de mi marido le parece á V. peligrosa, dirijámonos á la señora de Mauserre. Tengo la certeza de que sus observaciones serán escuchadas; no se es amada durante seis años sin que quedé algún fuego bajo las cenizas. Vamos á verla, quitémosle la venda, curemos su ciega confianza, que es el verdadero peligro, y busquemos con ella el medio de librarnos sin ruido de los funestos ojos azules que nos presagian tempestades.

—¡Ah, señora, me hace V. temblar!—exclamé.—¿No ve V. que esa confianza que V. trata de ciega, y que yo encuentro adorable, será nuestra salvación? Con ella es con

lo que la señora de Mauserre tiene en jaque, sin sospecharlo, los secretos manejos de la señorita Holdenis, y pone á su padre de V. fuera de estado de querer nada, de esperar nada, y hasta de desear nada. Un hombre de corazón, ¿haría traición á una mujer que cree en él como en el Padre Eterno? Desilusionarla es querer perderlo todo. A la primera palabra que le diga V., perderá la cabeza, se volverá loca de inquietud y de pena. No espere V. de ella ni prudencia, ni tino, ni habilidad; estallará y hará el juego del enemigo. ¡Singular medio de salvar una plaza sitiada, abrir uno mismo brecha!

—Rechaza V. todo lo que se le propone—me replicó el conde con mal humor.—Trate V., al menos, de encontrar algún expediente; si no, vuelvo á mi gran remedio para matar ratones.

—Suplico á Vds. que me den carta blanca—respondí.

—Y ¿qué hará V.?

—Pretendo obtener del sitiador que levante el sitio.

—¿Acudiendo á su exquisita sensibilidad y á la delicadeza de su hermosa alma?

—No; por otros medios. No me pregunten Vds. por cuáles; ese es mi secreto.

—¿Y se compromete V. á triunfar?

—Haré por conseguirlo; prométanme Vds., por su parte, no hablar de nada á la señora de Mauserre, y hasta poner buena cara á la señorita Holdenis.

El conde me respondió que era exigir mucho de él; pero que, sin embargo, consentía en prestarse á mi ensayo, después de lo cual recobraría su libertad, y procedería á su

manera. Salió retorciéndose el bigote y tarareando el estribillo favorito del gran Federico:

«Je le traiterai, biribi,
A la façon de barbari,
Mon ami.»

Por la noche cesó la lluvia, el tiempo aclaró. Al día siguiente, cuando despertamos, ya no había una nube en el cielo. No habían dado las seis, cuando dos carruajes tirados cada uno por tres vigorosos percherones nos esperaban delante de la verja de la terraza. Todo el mundo fué exacto á la cita, sin exceptuar á la señora de Mauserre, á quien la felicidad hacía realizar proezas. Cuando se nos reunió, los ojos hinchados de sueño, envuelta en pieles como en lo fuerte del invierno, su marido invitó á la bella friolera á montar en la carretela, cuya capota levantada la protegería contra la frescura de la mañana. El subió en el breack, que se proponía guiar, y llamó á su lado á Lulu y al aya. No había contado con su yerno, que se dió el maligno placer de unirse á ellos, con pretexto de que quería aprovechar la instructiva conversación de la señorita Holdenis. Fué sordo á todas las objeciones, y afectó no notar los fruncimientos de cejas de su suegro, que tuvo que resignarse á su molesta compañía. Yo monté en la carretela con la señora de Mauserre y con la condesa.

Si desea V. conocer el Viennois, señora, y tiene V. tiempo de ir allá, estudie la excelente guía de Joanne; pero me sería imposible describirle exactamente el país que se atraviesa para ir de Cremieu al lago de Paladru. Aunque aficiona-

do á los bellos paisajes por gusto y por profesión, yo había dejado en Charmilles mis ojos de pintor; yo no era ya más que Tony Flamerin, preocupado con mi idea. En la inquietud, y diré casi el espanto, que me causaban los planes de campaña del conde de Arci, me había hecho audaz, y, tomándolo todo sobre mí, había obtenido un voto de confianza. ¿Qué iba á hacer?

Los medios secretos que me había vanagloriado de poseer me parecían, al examinarlos, de un efecto dudoso, y no estaba muy decidido á servirme de ellos. Para ver claro en mi conducta, habría sido preciso que viese claro en mis sentimientos. Creía por intervalos odiar como á la peste al enemigo que me había encargado de combatir, y me prometía tratarlo sin misericordia; un instante después me sorprendía dudando de mi odio, en el que entraba acaso más de resentimiento, más de celos que de aversión. V. ha leído al Tasso, y el episodio de la selva encantada que Tancredo se había comprometido á desencantar; habría debido comenzar por desencantar su corazón, porque V. sabe lo que fué de él y de su espada cuando el árbol que se disponía á hendir le mostró el rostro de aquella Clorinda que él se lisonjaba neciamente de no amar ya. Me preguntaba yo si estaba del todo desenamorado de Clorinda, si no sentiría en el momento decisivo temblar en mi mano la espada de la justicia. Mi único recurso era contar con lo imprevisible, con cualquier incidente que me inspiraría una resolución; pero, ¿qué es una habilidad que se entrega á los incidentes? El conde se habría burlado bien de mí si hubiera leído en mi pensamiento.

Así trabajaba mi espíritu, y V. me perdonará de haber visitado, sin verle, uno de los parajes más hermosos del mundo. Me acuerdo, sin embargo, de largas series de colinas sombreadas de robles, que servían de márco á fértiles llanuras cubiertas de ricos cultivos. Caminamos durante horas por un terreno accidentado; al llegar á la cima de uno de aquellos accidentes veíamos otros que se desarrollaban en anfiteatro alrededor nuestro, coronados de bonitas aldeas, de campanarios puntiagudos y de macizos castillos. Me acuerdo igualmente de que atravesamos lindos caseríos, cuyas casas, blanqueadas con cal, nos miraban pasar; me acuerdo de que bajo el cobertizo de todas aquellas casas colgaba un zarzo de secar quesos, y de que de todas sus ventanas salía un vago ruido de tornos y de telares. Me parece que al salir de aquellos caseríos había grandes nogales, cuya sombra prolongada dormía apaciblemente en el polvo del camino, á derecha y á izquierda de los pajares; luego, hasta perderse de vista, campos de trébol, de maíz, de trigo, en medio de los cuales corrían viñas desgredadas, cuyos pámpanos se manchaban de rojo, y que todas se cogían de la mano para danzar como locas. De que tenían aire de fiesta y de alegría doy á V. mi palabra de honor; pero no sabría decirle qué era lo que les alegraba.

Nuestros percherones se pusieron al paso para subir una ladera, y entonces se aclararon mis ideas y consideré largo tiempo un fresco valle que se parecía á esos cuadros de Poussin, donde se complació en reunir todas las diversas escenas de los campos. En el fondo, una ladri-

llera, donde dos hombres abrían una zanja, mientras que un tercero reunía los ladrillos en montón; algunos pasos más lejos, una plantación y mujeres ocupadas en la cogida de los garbanzos, otras que lavaban ropa en un arroyo, niños que cortaban mimbres, una pradera donde pastaban vacas y un caballo blanco; en la ladera del valle, un campo labrado, bien graso, bien luciente, por el que se paseaba un rastrillo tirado por cuatro bueyes. Hombres, mujeres, niños, toda aquella gente hablaba y reía; la ladrillera interpelaba á la de los garbanzos el rastrillo apostrofaba á las lavanderas; sin dejar de pacer, las vacas decían su frase, y la gravedad del animal expresaba un juicio sobre las alegrías del hombre. Esparza V. sobre esta escena un vapor transparente y la dulzura de un sol de otoño, bebiendo gota á gota los sudores de la tierra; no, Poussin no lo habría hecho mejor.

Conozco algo más interesante que los más bellos paisajes: es el espectáculo de un alma feliz, cuando está alma, por supuesto, no es la de un malvado ni la de un tonto. La señora de Mauserre me ofrecía este espectáculo. Era la felicidad en persona; brillaba en sus ojos, en su sonrisa, estaba envuelta en ella como en un fluido. Se habría podido creer que no vivía sino desde hacía dos días; el mundo era para ella de una novedad encantadora, los objetos más insignificantes le producían asombros, arrobamientos. En verdad, ¿no fué aquel día cuando descubrió el sol? Su mirada le decía: «¡A propósito, ¿sabes que dentro de diez meses serás su mujer!» Aquella alma tierna habría querido esparcir su alegría en de-

rredor suyo, derrochar su embriaguez en limosnas á todo lo largo del camino. Vió á una pavera bastante andrajosa que cuidaba de sus pavos en un prado. Hizo parar el carruaje, y corrió á besar á la niña, con la que se puso á hablar sentada en una piedra; los pavos, alborotados, cloqueaban alrededor y hacían la rueda. Al separarse de ella, le puso en la mano dos monedas de oro. Un poco más lejos, vació el resto de su bolsillo en el sombrero de un viejo ciego. La condesa y yo nos mirábamos con el rabillo del ojo; esta mirada decía muchas cosas.

Desde el valle que me había hecho pensar en Poussin hasta la aldea de Abrets, donde debíamos hacer alto para almorzar tuve menos distracciones, y puedo certificarle á V. que el camino que seguíamos acaso no tiene igual. Corre á través de los verjeles más rientes, más frescos, tapizados de una hierba tan aterciopelada que me daban ganas de ser carnero para comerla; las dos filas de árboles entre las cuales pasábamos entrecruzaban sus ramas, que se encorvaban por encima de nuestras cabezas. No alcanzamos el breack hasta Abrets; había corrido como el viento, sin pararse á hablar con las paveras, guiado por un hombre de mal humor que estaba satisfecho de tener tres parcherones que fustigar al alcance de su mano.

No puede V. figurarse hasta qué punto, según las circunstancias, se parecía poco á sí mismo el señor de Mauserre. Había en él dos hombres, el uno de los cuales estaba tan atento á dominarse como poco lo estaba el otro. Durante mi estancia en Dresde había tenido él que tratar un asunto espinoso, y lo había visto oponer

á todas las contrariedades un rostro impasible é igual; fuera de los negocios y desde que se trataba de él, incapaz de disimular, sus despechos aparecían candidamente en su cara, donde se les leía como en un libro abierto.

Estuvo sombrío durante todo el almuerzo como la puerta de una prisión. Su yerno se hacía el candoroso y lo exasperaba con sus atenciones. Al levantarnos de la mesa, tomó su desquite. Había en el jardín de la posada un tiro de pistola; el señor de Mauserre, que era de primera fuerza, desafió á su yerno é hizo tres blancos seguidos. El público aplaudió, y la perla de las ayas exclamó:

—¡Díganos, señor, de una vez para siempre, qué talento es el que no tiene V.!

El conde de Arci envió su primera bala muy alta; echó la culpa á la pistola que dijo era detestable. El segundo tiro no fué mucho más feliz; se obstinó en tirar hasta que hubiera hecho blanco, hasta el punto de que, al dejar el jardín, tuvo el disgusto de ver que el breack había tomado la delantera sin esperarlo. Se vió obligado á montar en la carretela con nosotros.

—¡Buena se la han jugado á V.!

—dijo riendo la señora de Mauserre; y en tono más serio:—Mi marido se queja de que tiene V. la mala costumbre de dar matraca á la señorita Holdenis; á la larga esas bromas podrían perjudicarla en el espíritu de su discípula... ¡Estamos tan contentos con el imperio absoluto que ha sabido tomar sobre nuestra indócil cabrita!

El conde se echó á reir burlonamente, yo le pellizqué el brazo, y se tragó su contestación.

Al salir de Abrets, subimos durante más de una hora una pendiente bastante rápida; después de haber llegado á la cima, se deja la carretera para entrar en un camino vecinal que lleva en veinticinco minutos á la aldea de Paladru, á algunos pasos del lago, al pie de una iglesia que se alza en una colina.

Señora, puedo hablarla á V. como inteligente del lago Paladru; lo he visto de muy cerca, he hecho con él un conocimiento más íntimo de lo que habría deseado. Si le gusta á V. la estadística, le diré que está situado á mil quinientos pies sobre el nivel del mar, que tiene cerca de dos leguas de largo por una media legua de ancho, que es muy profundo, que sus aguas son minerales y muy activas contra muchas enfermedades, y que tienen un ligero gusto jabonoso, lo que no les impide ser abundantes en pescado. Prefiero decir á V. que no es permitido ir á Cremieu sin hacer una visita á este lindo lago, que los alrededores son deliciosos y que se encuentran allí soberbios fresnos, que los montes que sirven de marco á sus dos orillas son los unos más cultivados, los otros más cubiertos de bosque y más salvajes, que, según la hora del día y el capricho del viento, pasa del color del nácar á un azul celeste y al gris del plomo, que, en fin, la naturaleza se ha complacido en reunir en sus orillas los accidentes más diversos, caletas, ensenadas, promontorios, aquí bosquecillos de árboles que se inclinan sobre el agua y mojan en ella su cabellera, allí una estrecha playa que lavan las ondas, más lejos derrumbaderos que azotan las olas. Tendrá V. cuidado de detenerse sobre uno de esos

derrumbaderos, á algunos pasos de la aldea y de mirar á su izquierda. Más allá del lago y de sus juncales, verá V. en primer término una cortina de sauce de follaje plateado; más allá de los sauces, una altura sombreada por hermosos nogales, á través de los cuales se ve un campanario y las torrecillas de un castillo, y si el tiempo es claro, á favor de la abertura que dejan entre sí las colinas verá V. el Mont-Blanc con todo el brillo de sus nieves centellantes, descubriendo á la vez sus dos vertientes, una que baja por escalones del lado de Francia, la otra, parecida á una gigantesca muralla, donde parece que las mismas águilas deben sentir el vértigo.

La *Guía del viajero* le dará á V., señora, una idea de las bellezas del lago Faladru; pero no le dirá que es un paraje donde se hacen experiencias desagradables. La que yo hice me demostró claramente que el oficio de predicador tiene sus peligros, y que las alemanas tienen á veces caprichos bien extraños.



VII

Dos horas después de nuestra llegada, la señora de Mauserre, fatigada del camino, harta del lago y del Mont Blanc, descansaba en uno de los canapés del hotel de los Baños, y Lulu, acostada en un almohadón, dormía á sus pies. Mientras llegaba la hora de la comida, el señor de Mauserre que era tan fuerte en el ajedrez como en la

pistola, y que buscaba una nueva ocasión de humillar á su yerno, le propuso una partida, y éste la aceptó, en la esperanza de una quimérica revancha.

Meta no tardó en salir; fué á pasear sus pensamientos por la plaza, donde hacía poco había abordado una barca procedente de la otra orilla del lago. Los bateleros que la tripulaban acababan de amarrarla á una estaca, después de haber arrollado la vela alrededor del mástil. La joven tuvo el capricho de entrar en ella; la vi sentarse cerca de la proa y permanecer allí inmóvil, inclinada sobre el agua, que le servía acaso de espejo. Pareciéndome propicia la ocasión, algunos segundos después estaba yo á su lado, soltaba disimuladamente la amarra, y, cogiendo los remos, me iba lago adentro con ella.

Al pronto pareció asustada de encontrarse sola conmigo sobre aquella cáscara vacilante; me suplicaba que la volviera á tierra. Hice como que no la oía, y seguí remando. Poco á poco se tranquilizó y se resignó. Se sentó en la popa junto á la caña del timón. Cuando hubimos pasado de la mitad del lago, solté los remos y deje la barca bogar á la deriva. Meta me miraba con atención, interrogando mi rostro y mi silencio.

Como encontrara la víspera en uno de los estantes de la biblioteca del castillo una antigua edición de las *Provinciales*, tuve la curiosidad de hojearlas. Un pasaje me había impresionado singularmente, y quedó incrustado en mi memoria. Reclinándome contra el mástil y cruzando los brazos exclamé: « En verdad, padre mío, tanto valdría habérselas con gentes que no tienen

ninguna religión que con los que están instruidos en ella hasta en la dirección de intención, porque, en fin, la intención del que hiera no alivia nada al que está herido. No advierte nada de esta intención secreta, no siente más que la del golpe que se le asesta. Y ni siquiera sé si se preferiría verse matar brutalmente por gentes arrebatadas á sentirse dar de puñaladas concienzudamente por devotos.»

Y añadió:

—¡Ah, que gran hombre era Pascal, y qué peligrosa ciencia es la casuística!

—¿A qué habla V.?—me preguntó Meta sonriendo.—¿Al cielo, á los peces ó á mí?

—A alguien—contesté—que me ha reprochado más de una vez ser un hombre ligero, y le respondo: Gracias sean dadas á los espíritus ligeros, porque desharán mañana el mal que hicieron ayer. Más temo á los que lo hacen por convicción. De ellos es de quienes dijo Pascal que no se es jamás tunante tan por completo y tan alegremente como cuando se es por conciencia.

La joven miró alrededor suyo:

—No veo el jesuíta á quien se dirige el discurso de V.—dijo dulcemente.—Debería V. saber que he sido educada para no amar á esos buenos padres más de lo que los ama V. mismo.

Volví á coger los remos; pronto doblamos un cabo, cuyos árboles nos ocultaron la aldea y el hotel. Meta no tenía ya miedo: me dijo con tono apacible:

—¿Qué le contestarán á Lulu si al despertar pregunta por su aya? ¿Es esto un rapto?—añadió.—¡Ah! Olvidaba que estamos á 1.º de Setiembre, y que hoy debíamos tener

una explicación; pero un lago no es un cementerio.

Después volvió la cabeza, y contempló el Mont-Blanc, que asomaba vagamente detrás de un macizo de nogales.

Solté de nuevo los remos, y recostándome otra vez contra el mástil, hice un cigarrillo que encendí.

—Los jesuitas tienen buenas espaldas—continué.—Es posible que hayan inventado ellos el gran arte de prevaricar con tranquilidad de conciencia; digo, sin embargo, que la casuística es cultivada en más de un país donde no los quieren. Se ve en esos países espíritus que emplean su sutileza en encontrar buenas razones para justificar los casos más injustificables. Se ve otros que desprecian la moral corriente de bajo vuelo de las gentes honradas según el mundo; estos la alambican y sus máximas quintaesenciadas los autorizan á concederse pequeñas licencias que se negaría el común de los mártires. Otros se sirven de su religión, que es sincera, para santificar sus deseos. Sus acciones más interesadas son obras piadosas. Estos hijos de Dios miran toda la tierra como herencia suya, y convencidos de que el cielo les ha encargado el cuidado de obligar á los malvados á restitución, se apoderan, con lágrimas en los ojos, *de sus bienes, que se aplican.*

Tiré el cigarrillo al lago y proseguí:

—Se me ha hablado de una pecadora que, á decir verdad, no había pecado más que una vez; la vida había sido tan indulgente para ella que encontró la dicha en su falta. Pasó una santa, y al ver á aquella feliz culpable, exclamó: ¡Qué triste ejemplo! La ley divina de este mun-

do es el orden que esta mujer ha transgredido. Interesa al cielo y á las buenas costumbres que le quiten su felicidad tan mal adquirida; le quitaré su casa, le quitaré su marido, le quitaré su hijo, le quitaré su pasado y su porvenir, sus recuerdos y sus esperanzas, se lo quitaré todo, y Dios me dirá: «¡Bien hecho, ángel de luz! Hay en el mundo un desórden menos.»

Meta se puso encendida, y me dijo:

—Desde hace algunos días habla V. por enigmas; dígame de una vez lo que tiene en el alma y qué infamia sospecha V. en mí.

—Hay allá—le repliqué—en una posada de aldea, una mujer que duerme tranquilamente. ¡Así no despertara! Porque un día se volverá loca de desesperación al descubrir que la señorita Meta Holdenis ha concebido el honrado y atrevido proyecto de casarse con el señor de Mauserre.

Su rostro tomó una expresión cólerica y seca que no le había visto nunca. Aquello no fué más que un golpe de teatro, la escena cambió muy pronto. La mirada casi feroz que sus ojos clavaban en mí, como el aguijón de una abeja, se dulcificó por grados; sus labios apretados se abrieron, su frente contraída se puso lisa como un espejo, bajó la cabeza, y me pareció que bajo sus párpados rodaban lágrimas. Esperé un momento á que me hablara; pero esperé en vano.

Los lagos de las montañas son caprichosos y fantásticos. Cuando nos embarcamos, no había un soplo en el aire, ni un rizo en la superficie de las aguas, que estaban de un azul plateado. Bien pronto la sombra de la costa había tomado un co-

lor de esmeralda; el verde, corriéndose poco á poco sobre el cielo, había invadido todo el lago, que tuvo como un estremecimiento y comenzó á cabrillar. La barca había derivado al largo. Cada vez más embarazado con el silencio de Meta y con el mío, me decidí á volver. Puse la proa á la aldea de Paladru, adonde la brisa nos empujaba en derechura, y desplegué la vela, preguntando á Meta si quería encargarse del timón pues no se trataba más que de mantenerse derechos. Me respondió con los ojos, y cogió la caña con mano decidida. Se hinchó la vela, la barca emprendió su carrera como un caballo que hubiera sentido la espuela; las cañas y los peñascos de la orilla se hacían ya más visibles.

Meta había levantado la cabeza; su boca entreabierta bebía el viento, y su pecho se henchía.

—Quiero decirle á V. una vez más el *Rey de Tulé*—murmuró:—escuche bien.

Y con la misma voz que en otro tiempo me recitó los versos que, gracias á ella, sabía yo de memoria:

«Es war ein König in Thule
Gar treu bis au das Grab,
Dem sterbend seine Buhle
Einen golden Becher gab.»

El viento refrescaba de segundo en segundo; de repente una ráfaga sacudió rudamente la vela, que batió el mástil y se tendió hasta á hacerlo crujir. El lago había pasado del verde al gris; se cubría de espuma y se erizaba con aire de mal humor. A un movimiento torpe que hizo Meta, la barca, inclinándose bruscamente, hizo agua.

—Tenga V. cuidado — le dije—

bastaría una distracción para hacernos zozobrar.

La joven había llegado á la última estrofa:

«Er sah ihn stürzen, trinken,
Und sinken tief sin Meer.
Die Augen thäten ihm sinken;
Trank nie einen Tropfen mehr.»

Repitió dos veces estos cuatro versos; luego me miró, y su cara me pareció singular. Se quitó su toca; el aire jugaba con sus cabellos, que voltijeban sobre su frente; tenía las mejillas encendidas, y en el fondo de sus ojos asustados sobre mí una misteriosa locura agitaba sus cascabeles.

—La bohemia de V.—exclamó—era una embustera; ¿no me predijo que yo viviría cien años?—Y bajando la voz, añadió:—Hoy debemos decidir si pasariamos nuestra vida juntos; puesto que V. no piensa ya en ello, yo quiero morir con V.

Al decir esto imprimió al timón tan violenta sacudida, que un segundo después la barca tenía la quilla en el aire, y su servidor de V. seis pies de agua sobre la cabeza.

Señora, no se sabe en este mundo lo que conviene y lo que perjudica. Jamás habría imaginado que la compañía de mi amigo Harris pudiera tener para mí la menor utilidad. Sin embargo, cuando salí de mi aturdimiento y del fondo del agua á la superficie, mi primer pensamiento fué felicitar me de haber pasado con él tres meses en Ginebra, porque, bañándonos todos los días en el lago, había hecho de mí un hábil nadador; esté V. segura de que en aquel momento todos mis

cuadros pasados y futuros me parecían bien poca cosa al precio de la facultad que poseía de sostenerme sobre el agua.

Al despejarse mis ideas, mi segundo pensamiento fué que tenía á mi lado una mujer que se ahogaba, y que yo estaba resuelto á salvarla ó á perecer con ella. V. creerá lo que quiera, señora; pero no era un movimiento de humanidad ni de compasión lo que me impulsaba: sentía por la primera vez una especie de furor amoroso. Se lo había perdonado todo á Meta en favor de la encantadora y loable intención que había tenido de ahogar á Tony Flamerin; me parecía que la vida no era posible sin ella. Este sentimiento le parecerá á V. extravagante, y va V. á creer que el agua del lago Paladru, de que yo había bebido un gran trago, une á sus demás virtudes la de subirse á la cabeza más que el vino del Rhin. Señora, no hay necesidad de beber para disparatar; en todas las pasiones humanas hay algo de sinrazón. El corazón es lo que se le sube á la cabeza al hombre.

Me sumergí y no vi á Meta. Me acometía el espanto, cuando noté que, habiéndose enganchado su falda á la caña del timón, había quedado cogida debajo de la barca. La desenganché en seguida. Había perdido por completo el conocimiento; pero no podía yo tener serias alarmas, pues no había permanecido más de un minuto bajo el agua. Un ligero movimiento que hizo con los dedos me tranquilizó por completo. Sosteniéndole la cabeza con la mano izquierda, nadé tan vigorosamente con el brazo derecho y las dos piernas, que el gran Harris mismo habría quedado contento de mí. Al

cabo de algunos instantes, que encontré largos, tuve la infinita dicha de tomar tierra.

Mi primer cuidado fué acostar á Meta; abrió los ojos y volvió á cerrarlos en seguida. La cogí en brazos, y eché á correr hacia la posada, que no estaba lejos. A la mitad del camino fuí alcanzado por dos bateleros furiosos que, llenándome de injurias, me reclamaban su barca. Se la señalé con la mano, asegurándoles que estaba bien, aunque no lo pareciera. En el fondo eran buenos, y mi portamonedas, que les di, estaba tan lleno, que cambiaron de tono y quisieron ayudarme á llevar mi preciosa carga; pero yo no quería que nadie me aliviara de ella. La señora de Mauserre, que se había despertado, asombrándose de no vernos, acababa de salir del hotel con Lulu para buscarnos. Nos vieron, y creyendo en una desgracia irreparable, una y otra lanzaron gritos penetrantes. Había hecho entrar fácilmente en razón á los bateleros que me reclamaban su barca; me costó más trabajo calmar á Lulu, que me pedía cuentas de su aya. Lo peor es que sus gritos fueron oídos por el señor de Mauserre. Abandonó su partida de ajedrez, se precipitó al patio, y creí que iba á tener un lance serio con él. Me miraba con aire amenazador y furibundo. Me apresuré á disipar su inquietud, afirmándole que Meta estaba viva; pero la inquietud lo atormentaba menos que el disgusto de verla en mis brazos, que la apretaban estrechamente, su mejilla contra la mía, sus cabellos pegados á mis sienes.

Se lanzó hacia mí, levantados los puños, y gritó:

—¡Es V. un miserable loco!

Este grito me hizo medir la profundidad de su herida.

—No sabe V. lo que se dice, caballero—le respondí friamente.

Y, rechazándolo con el hombro, entré en la posada, donde deposité mi carga. No hay entusiasmo que sostenga, yo estaba sin fuerzas.

El conde de Arci había acudido; se encogió de hombros al ver á Meta, que estaba pálida como una muerta, y me dijo:

—¡Qué cómica!—Luego murmuró entre dientes:—La idea era ingeniosa, pero le ha faltado á V. corazón.

VIII

Los solícitos cuidados de la señora de Mauserre, ayudada por su hijastra y por la posadera, resucitaron bien pronto á la perla de las ayas. La desnudaron y la pusieron en una cama calentada, donde no tardó en recobrar todos sus sentidos. La primera palabra fué para llamar á Lulu, que se arrojó en sus brazos con transportes de alegría.

Durante este tiempo, yo había cambiado mis ropas mojadas por un traje de campesino, y bajé á calentarme á la cocina. Allí encontré al señor de Mauserre de pie delante de la chimenea.

—Tiene V. que darme explicaciones—gritó.

—Dispense V.—contesté en tono vivo,—me parece que soy yo quien debe pedir las.

Nuestra antigua amistad triunfó de sus celos y de su orgullo, y dijo con el aire más afectuoso:

—Dispense V., se lo suplico, y abracémonos.

Le estreché la mano sin darle, á propósito de mi naufragio, las aclaraciones detalladas que él deseaba. Todo lo que pudo sacar de mí fué que la señorita Holdenis había escogido el momento en que el viento soplaba con toda su fuerza, para soltar imprudentemente la caña del timón.

—Esto prueba una vez más —añadí— que las mujeres son malos pilotos; no nos dejemos gobernar por ellas ni en agua ni en tierra.

Impacientado por mi reserva, me llevó al hueco de una ventana, y, mirándome á los ojos, me dijo á quemarropa:

—¿Tiene V. proyectos serios sobre la señorita Holdenis?

—¿Qué le importa á V.?—le contesté.

—Me intereso por ella y por V., y no creo que estén Vds. hechos el uno para el otro.

—¿Para quién está hecha?—le pregunté, mirándole fijamente á mi vez.

—Para mi hija, á quien es muy necesaria. Hablemos con buena fe. Su corazón de V. ¿está enamorado con buen fin?

—Acaso—le dije—pero no debo cuenta de mis sentimientos más que á ella sola.

En esto estábamos, cuando nos anunciaron que estaba servida la comida. Yo me sentía con un apetito borgoñón; bien lo había ganado. Hice honor á la comida, y sobre todo á un pescado cogido aquella mañana cerca del sitio donde habíamos zozobrado; este producto del lago Paladru me pareció delicioso, tan poco rencorosa tengo el alma. El señor de Mauserre comía poco

y no pronunció tres palabras. Su mujer no dejaba de preguntarme sobre mi aventura náutica, y de darme las gracias por haber salvado á una persona que le era tan querida. El conde tragaba bocado tras bocado para ponerse en la imposibilidad de hablar. La condesa me miraba con su tranquila sonrisa, diciéndome por lo bajo:

—Algo hay oculto.

A los postres la señora de Mauserre nos dejó para ir á ver cómo seguía Meta. Volvió á decirnos que se encontraba muy bien, que después de haber tomado una taza de caldo quería á toda costa levantarse, y que como sus vestidos no estaban aún secos, se ocupaban en buscarle otros. Lulu, que no podía pasarse sin su aya, pedía ir á su lado. Le negaron el permiso; y se puso á llorar y á patalear como en sus buenos tiempos. Para calmarla, el conde de Arci le hizo pajaritas de papel; todo el mundo se puso á ello, y bien pronto quedó la mesa cubierta de pajaritas. Después de haber dado mi contingente, me escapé para ir á fumar un cigarro en el jardín.

La luna, en cuarto creciente, plateaba la mitad del lago; la otra estaba en una sombra oscura. No estaba ya alborotado, pero le quedaba como una sorda emoción; por intervalos, sus olas balbuceaban frases entrecortadas: se habría dicho que era un niño sorprendido por el sueño en su cólera y que gruñe por lo bajo soñando. Se me ocurrió la idea de ir á buscar á Meta; me parecía que, después de lo que había pasado, teníamos que hablar los dos.

Entré en la posada por la puerta trasera. Subí con precaución la escalera, me deslicé á lo largo del

corredor, y ya iba á llamar, cuando noté que Meta no estaba sola, decía á alguien:

—Deme V. noticias de mi salvador.

—Está de buen humor—respondió una voz sombría, que reconoció por la del señor de Mauserre.

Mi primer movimiento fué empujar bruscamente la puerta, el segundo contener el aliento y aplicar el oído; pero las buenas conciencias producen escrúpulos como las buenas tierras dan buen trigo. Para evitar la tentación, deshice el camino, y me fuí á escondidas á donde había estado para cambiarme de ropa; las mías se secaban junto á un buen fuego. Estaba ocupado en volverlas, cuando noté que después de una pausa las dos voces habían reanudado su conversación. Acuértese V., señora, cuando visite el lago Paladru, de que en el Hotel de los Baños las camas son blandas, las comidas abundantes y bien servidas, los pescados deliciosos, pero que los techos y las paredes son delgados como una hoja de cartón y que de una pieza á otra se oye todo, y que se escuchan los secretos y hasta el andar de las hormigas. *Non bis in idem*, dicen los juristas, lo que significa que no se debe tener conciencia dos veces seguidas en el mismo asunto. Esta vez escuché y oí:

—¿No puedo, pues, saber quién de Vds. dos ha tenido la primera idea de este paseo por el lago?—decía el señor de Mauserre con tono seco, casi imperioso.

—No lo sé yo misma; me parece que la amarra se soltó ella sola.

—¿Y V. ha encontrado muy natural esta aventurada conversación á solas con un hombre á quien amo,

á quien estimo, pero que acaso es mal juez en las cuestiones de conveniencia?

—He hecho mal—dijo ella humildemente.—Olvidé mi posición; el aya de su hija le pide, señor, toda clase de excusas.

—En este momento no soy el padre de mi hija; soy un hombre que cree tener el derecho...—No acabó la frase; prefirió comenzar otra:—¿No estamos en 1.º de Setiembre? Hoy es cuando Tony debía pedir á V. su mano. ¿Qué le ha contestado V.?

—No he tenido que contestarle nada, señor, porque nada me ha pedido.

—Sin embargo, una barca es un sitio bien elegido para hacer una declaración; no se arriesga el ser molestado. La suya ¿ha sido ardiente? ¿Ha sabido aprovechar la circunstancia como hombre hábil? ¿Ha sido atrevido?

—¿Piensa V. bien, señor, con quién habla?

—Estoy tentado á creer—prosiguió el señor de Mauserre—que el naufragio no ha sido un accidente. El señor Flamerin ha querido procurarse el placer de salvarla á V., el placer más dulce aún de llevarla durante diez minutos en sus brazos. ¿Qué estrechamente la apretaba á V. contra su corazón! ¿Es cierto que estaba V. desvanecida por completo?

Ella ahuecó la voz, y á su vez habló alto:

—¿Pues bien, sí!—exclamó.—El señor Flamerin se ha tomado hoy conmigo grandes libertades. Lo que me consuela, es que acaso algún día será su mujer.

—Eso no será.

—Si lo quiere, ¿quién podrá im-

pedirlo?... ¿Olvida V. que él es libre?

Esta frase lo abrumó, y creí oírle lanzar un profundo suspiro. También pudo ser esto una ilusión; en ciertas ocasiones me zumban los oídos.

—Si desprecia V. mis consejos— continuó él con tono más dulce— quiero creer que da V. alguna importancia al consentimiento de su familia. Puedo asegurarle á V. que su padre no autorizará jamás ese matrimonio.

—¿Le ha escrito V.? ¿Cómo abusa V. de mis confidencias!

—Me ha contestado á vuelta de correo que el señor Flamerin era sin duda un buen partido, pero que él no aceptaría para yerno más que á un hombre de un espíritu serio y de principios severos, y que los hombres de principios no se encuentran apenas entre los artistas. Tal delicadeza le honra, tanto más, cuanto que se encuentra, á lo que parece, en una situación apurada.

—¿Le ha hablado á V. de sus asuntos?—preguntó la joven con emoción.

—Le agradezco su confianza. Hay quien le propone tomarlo por asociado en una empresa que le permitirá rehacer en poco tiempo su fortuna; pero le exigen que aporte un capital que no posee.

—¿Y qué le ruega á V. que le adelante?

—Me consideraría dichoso con poder hacer alguna cosa por el padre de Meta Holdenis.

—¡Ah, señor! ¿Por qué obliga V. á una hija á hablar á V. contra su padre, y á advertirle que, por honrado, por leal que sea, es hombre de proyectos quiméricos, que tiene la mano desgraciada en todo lo que

emprende, que le haría V. un servicio fatal alentando sus ilusiones, que no volvería V. á ver su dinero, y que mi dignidad no se consolara jamás de ello?... Exijo, señor, que tenga V. el valor de rehusar. Estoy dispuesta, si es preciso, á pedir á V. esta gracia de rodillas.

—Cálmese V. Rehusaré, puesto que me lo ruega V. Déjeme decirle que tiene V. el corazón más noble y más delicado que conozco.

—Y V., señor, es la bondad misma... Sin embargo, hace un momento me ha hecho V. los cargos más injustos.

Me pareció que él cambiaba de sitio para acercarse á ella.

—Por última vez: ¿lo ama V. ó no lo ama?—le dijo.

—Dejemos ese asunto, señor; me cuesta mucho disputar con V.

—¿Se niega V. á serenar mi inquietud?—dijo el señor de Mauserre con tono suplicante.

—Me cuesta trabajo creer en su inquietud; más bien creería en su despotismo, si no fuera V. tan bueno.

—¿Y mi tiranía le parece á V. insoportable?

—Estoy muy dispuesta, señor, á dejarme gobernar por V.; pero vivimos—añadió alegremente—en un tiempo en que los pueblos más sumisos piden á su gobierno que se explique.

—¿Quiere V. que me explique? ¿Quiere V. obligarme á decirle lo que me había prometido callarle siempre?... Sí, soy un déspota, y mi secreto... ¡Ah, no me obligue V. á hablar, me ha adivinado V.!

Hubo un largo silencio, al menos me pareció muy largo. Al fin lo rompió el señor de Mauserre, diciendo:

—No sé lo que V. pensará de mí; mi confesión ¿le parece odiosa ó ridícula?

—No lo juzgo á V., señor; creo soñar. V. se engaña, V. se hace ilusiones. ¿Quién soy yo, pobre joven sin talento y sin belleza, para haberme hecho amar por un hombre como V.? Esto será la eterna gloria de mi vida; pero á este honor peligroso prefiero la paz que he perdido... ¡Era tan feliz á su lado!... ¡Oh! Heme condenada á abandonar desde mañana Charmilles. Señor, ¿qué ha hecho V.? ¿Qué cruel es!

—¿V. me abandonaría?—exclamó él con vehemencia;—no lo sufriré.

—Si tuviera la debilidad de quedarme, ¿qué vida llevaría en una casa donde me gustaba buscarlo á V., y donde en adelante la prudencia, el deber, todo me mandará que le huya? ¡Adiós esa dulce libertad que tenía tantos encantos para mí como para V.!

—V. se quedará, se lo digo, y no tendrá V. necesidad de huirme. Le prometo que no oirá más de mí una palabra que pueda herirla ó asustarla. Este día es un día nefasto; borremoslo de nuestra memoria. Que mañana sea como ayer; olvidemos el uno y el otro que hemos venido los dos á un lugar maldito, donde los celos me han hecho divagar...

—¿Qué exige V. de mí, señor? El olvido le será á V. fácil; pero yo desconfío de mis recuerdos.

—Yo se lo suplico; trátame como á un enfermo cuya razón se dirige, á quien se pasan, por temor á algo peor, sus más absurdos caprichos. Esté V. segura de que condeno mi locura; pero me da miedo, y, si V. me abandona, no respondo de nada; seré capaz de algún arranque que

nos hará desgraciados á todos. Júreme que no dispondrá V. de su mano antes de haberme consultado, y que no abandonará Charmilles sin mi consentimiento.

—¡Me espanta V.!--dijo la joven con voz trastornada.

—No saldré de aquí hasta que me haya dado V. su palabra.

—La tiene V., señor; se la doy con la esperanza de que me la devolverá.

Esta conversación, señora, me excitaba horriblemente; me era insoportable, y buscaba el medio de ponerle fin, cuando oí abrirse una puerta. Un instante después reconocí la voz de la señora de Mauserre, que decía:

—Veo con placer, querida, que está V. en buena compañía. Ya está bien; ¿verdad, Alfonso?

—Gracias á los buenos cuidados de V., señora, que agradeceré eternamente—le respondió Meta.—Me felicito de haber visto la muerte tan de cerca, puesto que he tenido la ocasión de convencerme de que se digna V. quererme algo.

—¿Lo dudaba V.? ¡Buen miedo me ha hecho V. pasar!

Y la señora de Mauserre partió de aquí para volver á detallar sus emociones; le gustaba repetir las cosas.

Yo me esquivé discretamente. Volví al jardín, donde medité largo tiempo sobre lo que había oído. No sabía bien cómo juzgarlo. Había en mí un fiscal que acusaba y un abogado muy hábil que buscaba respuesta á todo. El tribunal flotaba en la duda y reclamaba mayor información. Mientras consultaba conmigo mismo, contemplaba las estrellas, y no pude sacar de ellas ninguna aclaración.

Sonidos de piano me arrancaron á mis reflexiones. Meta, envuelta en el abrigo de la señora de Mauserre, había bajado á la sala común y tocaba un nocturno de Chopin, que seguramente había pensado en mí al componerlo. La música describía los sentimientos de un hombre que está á punto de ahogarse con la mujer que ama; también decía ella: «¡Puesto que se niega V. á vivir conmigo, quiero morir con V.!» El piano era un mal clavicordio de aldea, al que Meta conseguía hacer hablar; tiene razón el proverbio «no hay mala herramienta para un obrero que tiene el diablo en el cuerpo». Me pareció igualmente que ella tenía el diablo en los ojos. Había yo ido á apoyarme en el alféizar de la ventana, y la observé largo tiempo, sin que ella pudiera verme. La dulzura habitual de su mirada había sido reemplazada por una vivacidad asesina; pero hay buenos diablos, y, con ayuda de la música, trataba yo de persuadirme de que el que habitaba en aquellas azules pupilas me prometía la dicha. Por intervalos me parecía esto evidente: cuando Meta hubo cerrado el piano, ya no miré la cosa como tan segura.

Dormí muy mal aquella noche: en primer lugar, porque agitaba en mi espíritu un problema de matemáticas trascendentales; después, porque mi vecino de la derecha, el señor de Mauserre, estuvo en pie hasta el amanecer, yendo y viniendo como un oso enjaulado. Su insomnio consolaba el mío.

A petición de Lulu, quedó decidido que almorzaríamos en Paladru y que no partiríamos para Charmilles hasta la tarde. A cosa de las once bajé al comedor. La condesa

estaba sentada cerca de una ventana y miraba á su madrastra, que paseaba por el jardín con Meta. Me las señaló con el dedo una después de otra, diciéndome:

—¿Cómo es posible desear ésta cuando se tiene aquélla?

—Hay que comprenderlo todo—le contesté.—Aquélla no muestra todo lo que vale más que en la sociedad, en una fiesta, en un baile; pero en Charmilles no se dan bailes, y hay que convenir en que en el campo, un día de lluvia, esta otra mujer ofrece muchos recursos.

—Añadid—dijo la condesa—que la una es tan sincera, tan verdadera, tan segura, como hipócrita, tortuosa y cazurra es la otra; y es cosa constante que los hombres no han adorado jamás más que á las mujeres peligrosas.

—A muchas gentes—le repliqué—no les gusta viajar más que por los países donde hay precipicios.

En aquel momento, la señora de Mauserre nos vió y nos gritó:

—Tienen Vds. el aire de conspiradores. ¿Se puede saber lo que fraguan?

—Fraguamos—le dije—de traerla á V. aquí dentro de diez meses, y de darle en el lago Paladru una fiesta veneciana, cuyo programa me encargo de redactar.

Ella me dió las gracias con un movimiento de cabeza, y continuó su paseo.

Después de haber tomado la precaución de cerrar las ventanas, la condesa me hizo sufrir un interrogatorio, sin recibir de mí más que respuestas evasivas. Le recordé que había obtenido de ella y de su marido un voto de confianza y un crédito de tiempo.

—V. acabará por rendirnos cuen-

tas—me dijo el conde, que se nos reunió en este momento.—Sus intenciones son buenas; solamente le reprocho de falta de constancia y de ser demasiado buen nadador.

—No quiero la muerte del culpable; trabajo en su conversión.

—Está bien que predique V. á las gentes; pero sería mejor que no las pescara.

—Déjeme V. obrar, y acuérdesese de su promesa.

—No diré nada que pueda irritar á mi suegro, y no haré nada que pueda inquietar á su mujer. ¿Está V. contento?

—Lo estaré del todo si conseguimos evitar una crisis que aprovecharía seguramente al enemigo.

—Esté V. tranquilo—me dijo la condesa.—Hemos reflexionado en sus recomendaciones, y nos ha convencido V. de que en tanto que mi madre política no sospeche nada, será invulnerable; su confianza es su seguridad.

Le hice señas de que se callara; acababa de oír en la habitación vecina, cuya puerta estaba entreabierta, pasitos de ratón. Me aseguré de que, en efecto, Meta no estaba en el jardín.

—¡Dios quiera que no nos haya oído!—dije á la condesa.—Crea V. en mi experiencia; las paredes de esta posada son pérfidas.

Dos horas después estábamos en camino. No sé si fué por precaución contra su yerno ó contra sí mismo, por lo que el señor de Mauserre rogó á su mujer que montara en el breack. Yo subí á la carretela con mis dos aliados. Yendo á Paladru, estaba pensativo; á la vuelta, estaba soñador. Por muchos esfuerzos que hice para ocuparme del paisaje, volvía á ver siempre un lago alborota-

do, una barca volcada y dos ojos muy abiertos y algo enloquecidos, que me miraban fijamente y parecían gritarme: ¡El amor ó la vida! He aquí, señora, cómo ocurrió que recorriera dos veces un país muy hermoso sin verlo.

IX

Estuve algunos días sin poder hablar con Meta. No se resentía nada de su baño; pero Lulu había tenido un enfriamiento á la vuelta, y su aya la condenó á no salir de su habitación, donde le hacía compañía de la mañana á la noche. Esperaba yo con impaciencia á que saliese de su prisión voluntaria, cuando estalló la crisis. Debo hacer al conde la justisia de que no tuvo parte en ella para nada; la crisis funesta que, según mi predicción, debía favorecer los propósitos del enemigo, fué el enemigo quien la provocó. Decididamente había que desconfiar de las paredes del hotel de los Baños.

Una noche, antes de la comida, cuando la señora de Mauserre, que pensaba en todo más que en aquello, estaba sola en su saloncito, vió entrar á la señorita Holdenis pálida y el rostro descompuesto, que se arrojó llorando á sus pies. Se figuró al pronto que Lulu estaba muerta ó moribunda; Meta pudo tranquilizarla.

—Pero entonces, ¿qué pasa, querida? Me espanta V. ¿Ha recibido V. alguna triste noticia?

Meta movió la cabeza.

—¿Le han dado á V. algún disgusto? ¿Se habría permitido el con-

de?... Cuénteme en seguida sus penas. Sería yo bien desdichada si no consiguiera consolarla.

—Sus bondades me abruman—respondió Meta—que no cesaba de llorar. Trátame V. como enemiga, écheme de su casa; para V. y para mí, es bueno que yo no siga aquí un día más.

No pudo decir más, las lágrimas le cortaron la voz. La señora de Mauserre la estrechó á preguntas, y sus respuestas eran breves, confusas y oscuras; pero cuando se ha estado algún tiempo en las tinieblas, se acaba por ver algo, y la señora Mauserre entrevió de pronto la cruel verdad.

—¡Ah, gran Dios!—exclamó.—Mi marido... La ama á V., y se ha atrevido á decírselo... ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Qué ha pasado? Quiero saberlo todo.

—Demasiado he dicho ya—contestó Meta.

En aquel momento, apoyaba la cabeza sobre las rodillas de la señora de Mauserre, que la rechazó con sus dos brazos violentamente; pero en seguida se arrepintió de su arrebató.

—¡Qué injusta soy!—le dijo.—Me irrito con la amiga valerosa que ha venido á decirme la verdad y á advertirme...

—¡Ah, señora, no encomie V. mi valor! ¡Más bien tenga lástima de mi debilidad! El señor de Mauserre me ha sorprendido la promesa de no abandonar Charmilles sin su beneplácito. Me ha hablado como amo, he temido disgustarlo, y he jurado. Dígale V., se lo suplico, que he venido á denunciarlo á V.; en su cólera me devolverá mi palabra.

—No, ciertamente, no abusaré

de la noble confianza de V. No hablaré más que en mi nombre, y le suplicaré...

—No le suplique V.... Ordene, exija. Esté V. segura de que no he podido inspirarle un sentimiento serio, y de que no tiene por mí más que el capricho de un día, del que le harán avergonzarse los reproches de V., y que se apresurará á sacrificar. ¡Quién soy yo para disputar á V. su corazón, á V. que es tan hermosa como buena! V. ha conservado todo su imperio sobre él: la primera palabra que V. le diga, le hará volver en sí. Declárele que ha tenido V. sospechas, que mi presencia aquí turba el reposo de V. que, si él no lo hace, V. está dispuesta á despedirme. O, si estas explicaciones le asustan á V., busque algún pretexto, acúseme de olvidar mis deberes, de descuidarme en los deberes que debo á su querida hija.

Diga V. lo que quiera, yo no la desmentiré en nada, y me iré de aquí con el corazón destrozado, pero llena de gratitud para la mano que me habrá arrojado.

La señora de Mauserre permaneció algunos instantes cortada, trastornada; meditaba como se medita al borde de un precipicio.

—No—respondió al fin—no me daré el trabajo de inventar nada; me costaría demasiado calumniar á una persona que no me ha hecho daño sino á pesar suyo. No me pida V. que mienta; no sirvo para eso. Si hablo, diré la verdad, y se la digo á V. en este momento confesándole que á la vez la admiro, la amo y la aborrezco.

A su vez, se echó á llorar; como Meta tratara de consolarla, le impuso silencio, y, besándola con esfuerzo, la despidió.

De ordinario éramos siete á la mesa; aquel día no fuimos más que dos. El conde y la condesa de Arci habían aceptado una invitación en casa de unos vecinos; la señora de Mauserre alegó una violenta jaqueca que la obligaba á no salir de su habitación, y Meta el compromiso sagrado que tenía de comer con su enfermita en la *nursery*. El señor de Mauserre se resignó cortésmente á comer solo conmigo, y puso á mal tiempo buena cara. A pesar de nuestra buena voluntad, la conversación era embarazosa, lánguida; ¡teníamos tantas cosas que no decirnos! Después del café me dejó para dar un paseo á caballo; esta era su costumbre cuando estaba preocupado.

Acababa yo de entrar en mi habitación, cuando me hizo llamar su mujer. Acudí al momento, y no tuve necesidad más que de mirarla para asegurarme de que sufría de otra cosa que de una jaqueca. Tenía los rasgos trastornados, los labios temblorosos, los ojos muertos. Me tendió la mano tratando de sonreírse; aquella semisonrisa, que no olvidaré nunca, me pareció la imagen de la dicha aniquilada.

—Al fin ha venido el castigo que temía—me dijo;—pero es más terrible que todo lo que hubiera podido imaginar.

Y después de haberme hecho prometer el secreto, me contó su conversación con Meta. Yo le dije todo lo que se me pudo ocurrir para calmarla y darla ánimos; perdí el tiempo. La había juzgado bien; aquella alma abandonada á todas sus impresiones, extrema en sus penas como en sus alegrías, era incapaz de poner buena cara á la desgracia; el primer golpe la había

echado por tierra, y no podía ya levantarse.

—¿Es preciso que le diga á V. lo que siento?—me dijo interrumpiéndome.—Hace un momento, cuando vi aparecer aquí á la señorita Holdenis, la expresión de su mirada, era tan funesta que comprendí en seguida que un gran duelo acababa de entrar en esta casa; mi primer pensamiento fué que había muerto mi hija. Que Dios me perdone: si mi hija hubiera muerto sufriría menos; mi amor me era más querido que mi hija.

Tomé el partido de dejarla hablar; el dolor se fatiga charlando, y esta fatiga lo alivia.

—No, no sueño, Tony—me decía;—no tenía que esperar más que diez meses para ser su mujer. Dios me condena á naufragar á la vista del puerto. ¡Ah, si V. supiera lo que él era para mí! Había llegado á amarle mil veces más que el día en que me robó, porque, en fin, Tony, ¿verdad que fué él quien me robó? Aparentemente él sabía lo que hacía. Le resistí mucho tiempo; pero me atormentó tanto, que acabé por ceder, más por debilidad ó por lástima ¿se lo diré á V.? que por amor. V. estaba allí, y debe saberlo todo. Sí, en aquel tiempo él me amaba más que yo á él. ¡Cómo han cambiado los papeles! Se ha convertido en mi ídolo, y por esto me ha castigado Dios, que detesta todas las idolatrías.

Algunos instantes después, reprochaba á este Dios celoso su injusticia, su crueldad. ¿No podía encontrar en el mundo una mujer más culpable que ella á quien castigar? ¿No debía reservar sus grandes castigos, sus grandes golpes, para las faltas orgullosas é insolentes? ¿Es-

taba interesada su gloria en abrazar una caña?

Después exclamaba de pronto que Meta se había engañado, que había demasiada inverosimilitud en su historia.

—¿Cómo ha de haber podido agradarle, Tony? ¿Se atreverá V. á sostener que es más bella que yo? ¿No se acuerda V. de que el mismo día en que llegó á Charmilles, mi marido la encontró fea? Disputamos sobre esto; su cara no me disgustaba. Es agradable, porque tiene el aire inteligente y bueno; pero esto es todo. Francamente, Tony, ¿le parece á V. tan extraordinaria? ¿Hay en ella algo que se me escape? ¡Ah! Vds., los hombres, tienen ojos bien extraños, que ven lo que Vds. quieren hacerles ver; son testigos falsos que mienten impudentemente para justificar las infidelidades de Vds.

Y, en seguida, cambiando de lenguaje:

—¡Oh! Todo esto se explica muy bien; yo habría debido prever que Meta le haría hacer comparaciones y reflexiones bien peligrosas para mí.

Tiene todos los talentos que me faltan. Es activa, está sin cesar ocupada, y yo no puedo estar diez minutos en pie sin caerme de fatiga. Ella sabe educar un niño, gobernar una casa; yo no he sabido nunca gobernar más que mi abanico, cuando no es él el que me gobierna. Mi marido puede hablar con ella de todo lo que le interesa; ¡es tan inteligente! Lo comprende, lo distrae, le aconseja. Sí, es la mujer seria que conviene á un hombre serio. Tiene las virtudes de una hormiga y yo soy la cigarra. ¿Qué digo? Las cigarras cantan, yo no

canto; y ocurre que la hormiga es la que es música, y V. sabe que á él le entusiasma la música... Y luego, hay que decirlo todo, ella lo adula; convenga V., Tony, en que ella lo halaga. Yo lo adoro, pero jamás lo he adulado, y, aunque sea un Dios para mí, no le digo á cada momento que es un gran hombre. Siempre me ha parecido que había en la adulación como un secreto desprecio para lo que se ama. Yo lo amo, esta es mi única ciencia, y he aquí lo que me ha perdido. Los hombres no se cansan de ser admirados, acariciados, adulados; pero un amor demasiado constante les aburre. Estoy segura de que desde hace mucho tiempo estaba harto de mí; se decía: es siempre la misma cosa, y, asombrándose de haberme amado tanto, me ocultaba por lástima el mortal cansancio que le causaba su dicha. No he sabido ver nada; si no me hubieran desengañado, nunca habría adivinado nada. Tony, el amor es imbécil; ¿pero porqué quitarme mi ilusión? ¿A qué abrirme los ojos? ¡Bastante hemos adelantado! Cuando se ha visto la verdad cara á cara, ya no se tiene más que una idea, la de irse á una isla desierta ó al otro mundo.

Hablaba de este modo sin pararse, mezclando todos los tonos, contradiciéndose, pero volviendo siempre á esta invariable conclusión: — «¡Ah, Tony, qué desgraciada soy!» — Y echaba de nuevo á llorar.

Como rehusara obstinadamente escuchar mis consuelos, me incomodé, la traté de loca, de mala cabeza; le dije algo rudamente que las cosas no estaban en lo que ella creía, que el único peligro que me parecía serio era la exageración y la extravagancia de su pena.

—Eso es lo que sabremos muy pronto — me replicó frunciendo las cejas.

—¿Cómo? ¿Qué pretende V. hacer?

—Tener esta misma noche una explicación con mi marido.

Estuve á punto de estallar y de decirla tonterías; se empeñaba en realizar mis más siniestras previsiones.

—¡Pero desdichada! — exclamé; —¿quiere V. echarlo todo á perder?

—Estoy resuelta — me respondió — á ver claro en mi situación, á saber exactamente dónde estoy. —

Y con apariencia de lógica, añadió: —O bien, como V. dice, no se trata más que de un capricho sin consecuencias, y mi marido no vacilará en sacrificármelo; ó, como temo, el asunto es más grave, y en este caso ¿por qué esperar? ¿Qué ganaré? Deseo conocer mi suerte lo antes posible.

—¿No sabe V. — repliqué — que basta una oposición intempestiva para afirmar á un hombre en un capricho, y lanzarlo á exageraciones cuya idea le habría hecho estremecer. Cuanto más se agría uno en la discusión, más se obstina; se interesa el orgullo, y se acaba por querer lo que ni siquiera se atrevería á desear. Pase todavía, señora, si tuviera V. un poco de habilidad, un poco de diplomacia; pero V. es la mujer menos diestra que conozco.

Me respondió que la juzgaba bien, que no tenía pretensiones de destreza, que era á la vez demasiado torpe y demasiado orgullosa para servirse de medios pequeños, que quería perder su pleito ó ganarlo francamente.

—Por otra parte — prosiguió — bien ve V. que la señorita Holde-

nis, que se ha portado como joven honrada y como verdadera amiga, me ha comprometido á explicarme lo más pronto con mi marido.

—No dudo — le dije — que la señorita Holdenis está animada de las mejores intenciones; pero dudo mucho que la quiera á V. tanto como yo. Créame V., siga mis consejos mejor que los suyos.

—¿Y qué me aconseja V.?

—Tener paciencia, contemporar, disimular y dejar obrar á sus amigos.

—¡Ah, Tony — contestó sonriendo tristemente — me pide V. lo imposible! Un buen médico consulta el temperamento de su enfermo, y no le ordena más que remedios que pueda soportar. Jamás he sabido contenerme ni disimular nada; soy así, tómeme V. como soy. Aunque renunciara á tener una explicación con mi marido, mis ojos hablarían demasiado y le dirían mis inquietudes, mis celos... Abandóneme V. mi miserable destino, y deje á la piedra rodar al fondo del abismo adonde la arrastra su peso; si la detiene V. hoy, antes de dos días se le escapará de la mano.

No me di por derrotado, y le dirigí las más vivas, las más elocuentes representaciones; le supliqué, la traté con aspereza, casi la injurié, y ya me iba irritando, cuando de repente se abrió la puerta y apareció el señor de Mauserre. Si hubiera visto asomar al diablo en persona, mi emoción no habría sido más desagradable.

Pareció sorprenderse de encontrar á su mujer á solas conmigo, más sorprendido aún de nuestra agitación y de nuestra turbación, que no conseguimos ocultarle.

—Me felicito, querida mía — dijo

poniendo su sombrero sobre la mesa —de ver que tu jaqueca no te condena á la soledad.

No sé lo que ella se disponía á contestarle, la detuve con un gesto, é hice mal: el señor de Mauserre acababa de aproximarse á la chimenea, encima de la cual había un espejo. Sin embargo, no dió á entender que hubiera visto nada en aquel espejo; acercó una butaca, se sentó, y dijo con el tono más tranquilo:

—Tienes mala cara, Lucía; Tony sabe algo de medicina; en otro tiempo me curó de un dolor de reuma, en el que su sabio diagnóstico había creído reconocer un ataque de gota. Sus remedios son, á lo que parece, eficaces, porque es positivo que me curó. ¿Te ha tomado el pulso?

—La señora tiene una poca de fiebre—dije—y creo que sobre todo tiene necesidad de reposo; una buena noche la pondrá buena.

Y levantándome, le miré de un modo que significaba: «me voy, amigo mío; V. debería hacer lo mismo.»

—No tengo sueño, y no me acostaré en seguida—exclamó la señora de Mauserre.

Y á su vez me dirigió un gesto suplicante que quería decir: «¡por el amor de Dios, no se vaya V.!»

—Mal nos ha probado la excursión á Paladru—dijo el señor de Mauserre.—Lulu ha cogido un constipado. ¿Te ha permitido tu jaqueca hacerla esta noche una visita?

Ella tuvo un estremecimiento de todo el cuerpo.

—No habría dejado de hacerlo—respondió,—si Lulu hubiera estado sola; pero Lulu no está sola, y la persona que la cuida...

Me apresuré á interrumpirla:

—En efecto—dije con tono jovial,—la señorita Holdenis no tiene sólo amistad para sus enfermos, es celosa de ellos, y no permite que se les acerque nadie.

Reinó silencio durante dos minutos, interrumpido sólo por el tic-tac del reloj, que me parecía tener también fiebre: su pulso estaba alterado, daba uno ó dos latidos por segundo.

—La noche es soberbia—dijo el señor de Mauserre.—La luna entrará en el lleno mañana, esta noche estaba ya redonda como un queso.

—He notado una cosa—le observó su mujer.—Sales á caballo siempre que estás preocupado ó que consultas contigo mismo. ¿Tienes esta noche algún cuidado?

—¿Qué cuidado quieres que tenga?

—¿En qué pensabas hace un momento, durante tu paseo?

—En tu jaqueca, que ha condenado á Tony á comer solo conmigo; el resto del tiempo no he pensado en nada.

—Alfonso, un hombre de tu carácter piensa siempre en algo ó en alguien.

El la miró con aire asombrado.

—¡Ah, querida señora!—exclamé—los hombres de talento son más tontos de lo que V. cree; y los tengo por perfectamente capaces de pasearse durante una hora á la luna sin pensar en nada.—Y, acercándome á la ventana, añadí:—Cierto que la noche es muy hermosa. ¿Quiere V. venirse á fumar conmigo un cigarro en la terraza?

Mi proposición le agradó, y se acercaba ya á su mujer para darle las buenas noches, cuando ella le dijo:

—Un momento, Alfonso, tengo que hablarte.

A pesar de lo que yo había trabajado, no había conseguido impedir el peligroso choque que temía; no hay medio de luchar contra la obstinación de una mujer. Me dirigí vivamente á la puerta, y ya tenía la mano en el picaporte, cuando me dijo la señora de Mauserre:

—Quédese V., Tony, se lo suplico; desde que lo conocemos, mi marido y yo no hemos tenido secretos para V.

—Quédese V., querido—me dijo él con tono sardónico—y no tome V. ese aire de disgusto, ó me figuraré que sabe V. ya de qué quiere hablarme mi mujer.

Tomé el partido de volver á sentarme, caídos los brazos, los ojos en el techo, dirigiendo á la cornisa una oración mental y conjurándola á desplomarse sobre nuestras cabezas.

—Vaya, Lucía: ¿qué es lo que tienes que decirme?—preguntó el señor Mauserre, que estaba sin duda más inquieto de lo que quería aparentar.—¿Cuál es el asunto de esa conversación que inicias tan solemnemente? ¿Redactaremos un acta? ¿Formularemos un protocolo? ¿Es preciso que Tony tome la pluma?

—Tengo que hacerte una súplica—murmuró ella.

—¿Una súplica? ¿Qué palabra más singular! En seis años que tengo la dicha de vivir contigo, jamás me has hecho una súplica.

—Eso es lo que me anima, y creo que no rechazarás la única súplica que te he dirigido. Te conjuro á que me hagas un sacrificio, que acaso te costará mucho.

Esta ingeniosa manera de coger el toro por el asta me produjo un movimiento de rabia, y envié, interiormente, todas las mujeres á los

demonios; en aquel momento, no pensaba en V., señora.

—¿Qué le pasa á V., Tony?—me dijo el señor de Mauserre. Luego miró ante sí y esperó.

Después de un instante de vacilación:

—¿Me harás el favor—le dijo su mujer—de alejar de esta casa á la señorita Holdenis?

El se estremeció en la butaca.

—¿He oído bien?—exclamó.—¿Cómo! ¿Esa persona que admiras, que ensalzas, que pones en las nubes, que llamas la perla de las ayas! He aquí un cambio de viento de los más inesperados. ¿Qué ha hecho la señorita Holdenis para enajenarse tan súbitamente tus simpatías, y qué le reprochas?

—Nada de que ella sea responsable. Te agradecería mucho que me dispensaras de decirte mis motivos. ¿No los adivinas?

—Veamos, buscando se encuentra. ¿Te disgusta que se haya hecho muy útil y muy necesaria aquí? ¿Te quejas de que, á fuerza de buen sentido y de paciente firmeza, haya hecho entrar en razón á una niña que ni tú ni yo sabíamos educar, y que, abandonada á nuestros cuidados, se habría hecho insoportable? ¿Le haces un cargo de tener el espíritu de orden y de gobierno, de haber tomado autoridad sobre tus criados? ¿O bien te desagrade los cuidados atentos y cariñosos que me consagró durante mi enfermedad, ó el placer que encuentro algunas veces en hablar con ella? Habla, explícame tus agravios.

—La acuso de haber sabido á pesar suyo, hacerse amar de ti—respondió la señora de Mauserre con voz temblorosa.

El no dejó de turbarse algo, y á

fin de ocultar su estado, hizo atrás vivamente su asiento y se puso en la sombra de la pantalla de la lámpara.

—¿Qué significa esa locura?—exclamó.—¿Y quién es el excelente amigo que te ha hecho el buen servicio... ¿Lo conoce V., Tony?

—No, le repliqué secamente.—Estimo, como V., que hay casos en que el primer deber de la amistad es callarse, y el silencio me ha sido tanto más fácil, cuanto que no había votado nada que mereciera la pena de ser dicho.

—Tony ha combatido mis sospechas—dijo ella—pero no ha conseguido tranquilizarme. ¡Buen Dios! No te reprocho un crimen, Alfonso; convén en que la señorita Holdenis te ha inspirado una afición que tengo el derecho de encontrar excesiva. Ella me ha hecho conocer esa horrible enfermedad que se llama celos; sí, por la primera vez de mi vida, me siento celosa, y tú me amas demasiado ¿verdad? para sufrir que lo esté mucho tiempo.

—Di más bien que estimo demasiado tu buen sentido, tu juicio, para suponerte capaz de sufrir mucho tiempo de un mal imaginario y de obstinarte en una fantasía que me es imposible tomar en serio.

—Alfonso—dijo ella, alzando la voz—¿me prometes que se irá la señorita Holdenis?

—Sí; tan pronto como hayas descubierto en alguna parte una institutriz que valga lo que ella, que tenga su corazón y su talento, que sea apta como ella para educar á tu hija, para enseñarla muchas cosas que ni yo tengo tiempo ni tú espacio ni gusto de enseñarle.

Al oír estas últimas palabras, la señora de Mauserre estalló:

—Muy bien—exclamó.—La señorita Holdenis saldrá de Charmilles ó saldré yo misma.

—Esto es demasiado—dijo él, golpeando el suelo con el pie.—Si te escuchara más, temería incomodarme, y desconfío de mi arrebató. Apelo de tus sinrazones de hoy á la razón que tuviste ayer y que seguramente tendrás mañana. Buenas noches, querida; te dejo con tu confidente. ¡Puede él darte consejos prudentes y sobre todo desinteresados!—añadió lanzándome una mirada no muy tierna. Y salió á escape del salón, cuya puerta cerró ruidosamente.

Su mujer se levantó inmediatamente después y comenzó á pasear por la habitación con paso seco y febril; el piso resonaba bajo su cólera. Al pasar por delante de la chimenea, arrojó á ella su abanico. Jamás la había visto así. Su dignidad herida le inflamaba las mejillas; tenía no sé qué de erizado, como un águila á la que atacan el nido; me parecía oír el sordo zumbido de su corazón. Se adelantó hacia una puerta-ventana que abría sobre un templete adornado con una estatua de Flora y rodeado de una verja curiosamente labrada, que representaba espinos y cactus, verdadero zarzal de hierro. Contempló algunos instantes la estatua y la verja. Tuve miedo y la seguí. Pero volvió á entrar en sí bien pronto; la espantó su locura, y retrocedió hasta la mitad del salón, donde lloró de modo que partía los corazones.

—Tony—exclamó—ya lo ha visto V., ya lo ha oído; ¿dirá V. ahora que me formo fantasmas, y que no me ha condenado en su corazón?

—He visto y he oído—le respondí—y le declaro á V. que no tiene

enemigo más mortal que V. misma; una rival, que hubiera jurado su pérdida no le haría más daño del que se hace V. misma. ¡Vive Dios! Merecería V. que se la abandonara á su triste suerte; pero quiero salvarla, á pesar de V., y la salvaré.

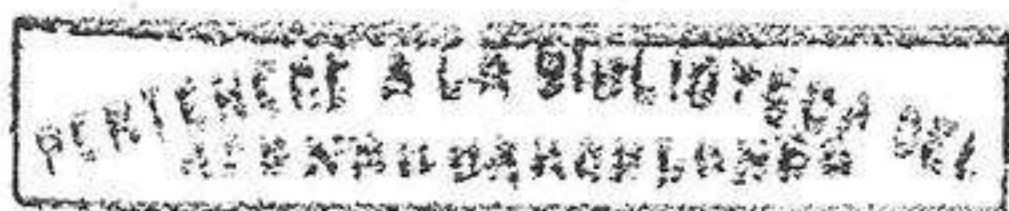
Me puso las manos en los hombros, y me miró algunos instantes á los ojos; parecía buscar en ellos su porvenir.

—No le pido á V. más que tres días — proseguí, desprendiéndome de ella. — Va V. á prometerme que durante esos tres días no hará V. un gesto, ni dirá una palabra, porque todo lo que pudiera V. decir y hacer se volvería en contra suya.

—¡Tres días! ¿Necesita más la pena para devorar á una mujer como yo? — Y luego, con el acento de un niño reñido que implora perdón, me dijo: — Le prometo ser prudente, muy prudente.

Y, á fin de darme sin tardanza una muestra de su prudencia, exclamó:

—Si fracasa V., Tony, me iré; pero, se lo advierto, no saldré por la escalera.



X

Es difícil, señora, hacer un buen cuadro; sin embargo, cuando se quiere hacer, se consigue algunas veces. No es menos difícil salvar á una mujer que se ahoga; pero se consigue cuando se es buen nadador. Se aprende á nadar como se aprende á pintar; pero hay un arte que ni se aprende ni se enseña, por-

que no tiene reglas fijas: el arte de vivir. Acaso tenga V. en este punto luces superiores; en cuanto á mí, estoy convencido, por mi experiencia, que querer calcular y dirigir las ocasiones de este bajo mundo es una pretensión tan vana como la de los astrólogos, y que las previsiones de los sabios valen lo que las predicciones de los bohemios. Se triunfa á menudo á despecho de todo buen sentido, y á menudo se fracasa teniendo todo en su favor; tal hombre se salva por lo que debía perderlo; tal otro se pierde por lo que debía salvarlo. No esperemos de la filosofía que nos enseñe á gobernar nuestro destino ni el de los demás; no puede servir más que para desinteresarnos de nuestros pequeños negocios. ¡Y aun así, es preciso que la vejez vaya á ayudar! He aquí nuestra suerte, señora, lo que no impide contar formalmente con que moriremos centenarios, V. y yo, y que seremos hasta el fin muy sabios y muy dichosos.

Dejo mis reflexiones para coger otra vez el hilo de mi historia. La señora de Mauserre me había prometido que haría un esfuerzo sobre su pena, que renunciaría desde el día siguiente á su jaqueca y á su reclusión. Este esfuerzo le pareció demasiado grande, y se obstinó, á pesar de mis súplicas en hacerse la enferma y en encerrarse en su cuarto; no tenía el valor, decía, de afrontar ciertas miradas en las que creería leer su condenación.

La condesa, que había ido á averiguar noticias de ellos, no tuvo necesidad de interrogarle mucho tiempo para saber, poco más ó menos, lo que había pasado. Me encontró media hora después, y me dijo:

—¿Ha sucedido lo que V. temía?

— Sí ; felizmente no tenemos nada que reprocharnos.

—¿Y ahora qué vamos á hacer?

—El agua entra en el buque por la brecha; que cada cual acuda con su estopa.

—¿No quiere V. obrar de acuerdo con nosotros?

—El conde sería para mí un aliado comprometedor ; cantamos la misma música, pero la letra no es la misma. Devuelvo á Vds. su libertad ; déjenme la mía.

Se fué asombrada de mi reserva.

Algunas horas después, la señorita Holdenis bajó á la terraza con su discípula, que estaba restablecida de su indisposición. Se sentó en un banco, y la miró saltar á la cuerda. La condesa, que se paseaba del brazo de su marido en otra parte del jardín, se separó de él para ir derecha á Meta, y le pidió el favor de un instante de conversación.

—Monina—dijo á la niña—vete á jugar un poco más lejos ; te llamaremos en seguida.

—No hay más que una persona que tenga el derecho de mandarme—contestó Lulu, consultando con la vista á su aya, cuyos ojos le intimaron la orden de alejarse. La niña obedeció inmediatamente.

—Ejerce V. sobre esa niña un imperio singular—dijo la condesa; —la maneja V. como una seda.

—La quiero mucho, señora ; este es todo mi secreto.

—Estoy persuadida, señorita, de que tiene V. tanto corazón como inteligencia, y esto me decide á hacerle á V. una petición, apelando á la delicadeza de sus sentimientos. ¿Presiente V., sin duda, lo que quiero decirle?

—No, señora ; pero estoy dispuesta á escucharla.

—Hay aquí cerca una mujer que es muy desgraciada ; V. es la causa involuntaria de sus sufrimientos. Con razón ó sin ella ; las atenciones que tiene con V. mi padre le han inspirado algunos celos, y, como sus impresiones son muy vivas, ha concebido alarmas que, estoy segura de ello, son exageradas. ¿No hará V. nada por devolverle el reposo y la felicidad?

—¿Qué puedo yo hacer, señora?

—Partir lo más pronto posible, llevándose nuestra estimación y nuestro cariño.

—¿Le há encargado á V. el señor de Mauserre que me despida? Obedeceré con alegría. Crea V. que siento impaciencia de salir de Charmilles. Soy muy desgraciada.

—Mi padre no me ha encargado de nada, señorita.

—Vaya V. á verle, señora, y consiga que me ordene marcharme ; le quedaré á V. reconocida.

—¿Pero hay necesidad, señorita, de esperar esa orden? ¿No se la da á V. su corazón?

—Si estuviera V. mejor informada, señora, sabría V. que en un momento en que yo pensé hacerlo, el señor de Mauserre me obligó á quedarme, arrancándome la promesa de obtener su consentimiento antes de irme.

—Me asombra V., señorita. ¿Es capaz tal promesa de retenerla á V. una hora en una casa donde, sin quererlo, ha sembrado V. la cizaña y traído el trastorno y el disgusto?

—He dado mi palabra, y no la olvido jamás.

—Creía yo—dijo la condesa animándose—que el deber nos mandaba sacrificar las pequeñas obligaciones á las grandes.

—Acaso no tenemos la misma

idea del deber—respondió Meta dulcemente.—V. tiene su conciencia; yo tengo la mía.

—La de V. es misteriosa, señorita; la desesperación de la señora de Mauserre la es indiferente.

—Es V. temeraria en sus juicios, señora. Pregunte V. á la señora de Mauserre; ella le dirá si soy indiferente á sus penas; y puesto que parece creer V. que le debo cuenta de mi conducta, sépalo V. bien, señora, yo he sido quien le ha suplicado que solicite y consiga que me despidan.

—¿De veras, señorita? Pues bien; ¿quiere V. saber lo que yo habría hecho en su lugar? Me habría marchado ya.

—¡Ah, señora, haga lo que haga, estoy condenada de antemano en su espíritu. La soberbia justicia de la condesa de Arci no se cree obligada á ser equitativa con una pobre muchacha que no tiene nada y que no es nada. Felizmente, hay arriba un Juez supremo que mira lo mismo á los grandes que á los pequeños.

—Pero, en fin—replicó con vivacidad la condesa de Arci, á quien aquella dulzura obstinada irritaba cada vez más;—si la señora de Mauserre no consigue que se la despida á V....

—Lo conseguirá, no lo dude V.—interrumpió Meta sonriendo.—Dígnese V. tener un poco de paciencia; mañana ó pasado mañana habré vuelto á mi nada, y se verá V. libre para siempre de mi importuna presencia.

—Pero supongamos que la señora de Mauserre, que es menos ingeniosa, menos persuasiva que V., señorita, y que no sabe nada del arte de ganar sus pleitos por dies-

tras insinuaciones, supongamos, digo, que se las arregla torpemente y que sufre una negativa, ¿puedo saber qué hará V.?

—Interrogaré á Dios de rodillas, y El me contestará—dijo el aya, alzando los ojos al cielo.

El conde de Arci se había acercado poco á poco, mezclándose en la conversación.

—El Dios, de V., señorita—exclamó—lo conozco: es el Dios de los intrigantes, de los hipócritas, y cuando lo interroge V. de rodillas, ese Dios, muy complaciente, le contestará: «No te vayas, gatita; hay aquí doscientas mil libritas de renta que ganar, que tú cogerás un día llorando, porque lloras fácilmente, y hay que llorar siempre al tomar.» ¡Por vida de sanes! ¡Que no pueda yo ver en esta terraza un ateo de buena fe para besarlo en las dos mejillas!

—¡Mi Dios tiene horror de las blasfemias!—replicó Meta, levantándose;—pero perdona á los que las profieren cuando no saben lo que hacen.

Como ella se iba, él la detuvo por el brazo; quería desahogarse. Pero en aquel instante, Lulu, que se había acercado á un matorral, lanzó un grito. Su aya corrió hacia ella.

—¡Una víbora!—le dijo la niña muy pálida, retrocediendo y señalándole con el dedo el más inocente de los bichillos.

—Se asusta V. sin motivo—le dijo Meta, cogiéndola de la mano.—Las víboras tienen la cabeza aplastada y un aspecto menos agradable.

—No te fies, Lulu, de la historia natural de tu aya—gritó el conde de Arci.—Yo te enseñaré víboras que no tienen la cabeza aplastada,

y cuya mirada es dulce como un confite.

Meta le interrumpió con un gemido; y fijando en él sus ojos llenos de lágrimas, le dijo:

—Caballero, cuando esté sola, diga V. lo que quiera; pero, por favor, no me insulte V. en presencia de esta niña.

Y se llevó á Lulu, que, al verla llorar, se volvió al conde y lo miró con el aire foroz de un Eliacin ante quien insulta á Jehová.

—¡Malo, la haces llorar!—le gritó.—Yo se lo diré á papá.

Como la víspera, ni la señorita Holdenis, ni la señora de Mauserre, aparecieron á la comida, que fué corta y silenciosa. Al levantarme de la mesa, me fuí á recorrer la campiña. Resuelto á tener aquella misma noche con Meta una explicación decisiva; me proponía acorralarla en su impenetrable *nursery*, aunque tuviera que entrar por la ventana; pero quería esperar á que Lulu estuviera dormida.

El parque tenía dos salidas, una á la carretera que conduce á Cremieu, la otra á un valle salvaje, cuya melancolía y desnudez recordaban al señor de Mauserre ciertos sitios de la campiña de Roma. En aquella soledad es donde él paseaba por las noches sus pensamientos. Cruzaba el parque en su longitud, y se escapaba por una puertecita de polea cerrada con un simple cerrojo. Tan perseverante como sutil, había, á fuerza de paciencia, enseñado á su caballo á empujar aquel cerrojo; estaba más orgulloso de este resultado que de haber escrito la historia de Florencia. Desde el sendero que yo seguía, le vi encaminarse á lo largo de la avenida; absorto en sus pensamientos, no me

vió. Lo dejé adelantarse, y, cuando salí detrás de él por la puertecita, había desaparecido.

Algunos instantes después estaba yo recostado en el talud de un foso, á la orilla de un camino desierto. A mi derecha veía desplegarse la inmensidad de la llanura en el gris de la noche, que comenzaba á cerrar. Una claridad rosada esparcida al poniente, se extinguía de minuto en minuto. Asomaban ya algunas estrellas, y la tierra callaba para escuchar el silencio del cielo. Ningún otro ruido que el canto de un grillo y el chirrido de una hoz que repasaba una vez más un segador retrasado. En frente de mí se alzaba un peñasco pelado, de aristas pronunciadas y coronado por un penacho de cardos de Nuestra Señora que se perfilaban sobre el horizonte. A la dudosa luz del crepúsculo, los objetos más insignificantes toman un sentido y un aspecto; tienen actitudes y gestos. Aquellos cardos eran de hecho lo que me ocupaba, me decían lo que sentían. La luna vino bien pronto á mezclarse en nuestra conversación. Se alzó en el hueco que dejaban entre sí dos montañas; la vi apuntar al extremo de una larga calle de sauces, cuyas ramas se unían por encima de ella en forma de dosel. Me imaginaba que se desprendía del cielo para venir á mí, y que los sauces se estremecían á su aproximación. Esto es decirle á V., señora, que mi espíritu no estaba en su asiento acostumbrado; no tengo la costumbre de creer que la luna se moleste tan fácilmente por mí. Me tendí al borde del foso, y cerré los ojos. Si pasó alguien por el camino, debió tomarme por un hombre dormido. No dormía; pen-

saba en afirmarme en mi resolución cuyos azares calculaba. Me erguí, diciendo á no sé quién: «¡Al diablo el ergotista! Es seguro que estoy enamorado, y casi seguro que soy amado.»

Acababa de volver á entrar en el parque por la puertecilla; de pronto vi á unos cien pasos de mí una sombra que se dirigía rápidamente adonde yo estaba. Me oculté detrás del tronco de un árbol, y la vi acercarse. Reconocí á Meta. Iba envuelta en una capa oscura, cuya capucha se había echado sobre la cabeza; llevaba un saquito de viaje en la mano.

Cuando iba á pasar por delante de mí, salí precipitadamente de mi emboscada y le cerré el paso. Hizo un gesto de espanto.

—¡Por favor—me dijo—déjeme pasar!

—¿A dónde va V. tan de prisa?

—No lo sé. Huyo de una casa donde soy desconocida, odiada, ultrajada. V. no sabe lo que me han dicho esta mañana. ¡Que no estuviera V. allí! Habría V. ladrado con la jauría.

—Yo no la he insultado á V. nunca—le repliqué.—Le he reprendido, acaso duramente; ¿pero no tengo derecho á ello, puesto que, á despecho de mi razón, de mis sospechas, de mis justas cóleras, á despecho de todo, tengo la tontería de amarla aún?

Se le escapó un suspiro, ó, por mejor decir, un grito mal ahogado.

—No juegue V. conmigo—balbuceó—y déjeme marcharme.

—No lo haré. Me había prometido tener esta noche una explicación con V.: gracias á la casualidad, que me quiere bien, no tendré necesidad de echar abajo su puerta ó su ventana. Una sola cosa me inquieta.

Meta me interrogó con la mirada.
—¿Por qué—le dije—ha escogido V. este camino para irse?

—Porque pensaba no encontrar en él á nadie.

—Dispéñeme: V. estaba casi segura de encontrar á alguien que se pasea por aquí todas las noches á caballo.

—Habría sabido evitarlo—respondió vivamente.

—Me complazco en creerlo; de otro modo sus enemigos la acusarían á V. de haberse querido proporcionar una vuelta triunfal.

Ella exclamó con indignación:

—¿No ve V. que también V. me insulta?

—Estando celoso, soy desconfiado. Y ahora, siga V. su camino, si quiere; no la detengo, pero sabré á qué atenerme.

Tiró el saco á tierra con violencia, y dejándose caer sobre un banco:

—¡Ah, Dios mío—exclamó—todo es imposible!

Me senté á su lado y la dije:

—Hay una cosa posible y que lo arreglaría todo; sería...

—¡Oh, hable V.! Estoy tan cansada de la vida que llevo hace algunos días, que le prometo hacer todo lo que me diga.

—Esa solución posible sería carnosos.

Se estremeció; alzó lentamente la cabeza, me miró con estupor, y dijo muy bajo:

—Mucho daría por creer que me habla V. seriamente.

—Sigue V. dudando de mi seriedad—le contesté, pasando dulcemente mi brazo alrededor de su talle.—No sé tomar el tono elegíaco ni actitudes inclinadas; no he nacido sauce llorón. En cambio, puedo dar

me el testimonio de que jamás he engañado á nadie. V. me conoce; V. sabe que soy un cándido y que no tengo más que una palabra. Mi conducta ha sido clara; creí encontrar oscura la suya, y había jurado renunciar á V.; pero desde el día en que quiso V. ahogarme en el fondo de un lago ¡que mi razón me lo perdone! la adoro. La cara que puso V. al ejecutar aquel hermoso golpe me acosa, me persigue, la veo en sueños. No consiguió V. morir conmigo; volvamos á nuestro primer plan, que era el más sensato, y vivamos juntos haciéndonos el uno al otro tan dichosos como nos sea posible. Le dije en otra ocasión que jamás había estado enamorado más que de Velázquez; me retracto: la amo á V. tanto como á él, aunque de otra manera, puesto que nunca he sentido deseos de casarme con Velázquez. Mis explicaciones carecen, acaso, de claridad; mi idea, sin embargo, me parece bien clara. ¿Le sería á V. posible, por su parte, no adorarme, no puedo ser tan exigente, pero sí amarme algo y no amar á nadie más que á mí? Le pregunto por la última vez si consiente en ser mi mujer, y me comprometo por la luna que nos contempla á ser un marido muy cariñoso, muy complaciente y muy bueno. ¿Estamos de acuerdo? Quien calla otorga. Sólo que deseo que este asunto quede arreglado esta misma noche; no quiero dejarla entregada á sus vacilaciones, ni estar veinticuatro horas más en las angustias de mis perplejidades. Va V. á volver al castillo, donde, después de pensarlo, me escribirá V. una carta, en la que me responderá un sí tan claro, tan preciso, tan tierno como sea posible. No tema V. exagerar un

poco sus sentimientos, ni extremar sus expresiones; no abusaré de sus hipérboles, no soy un fatuo. Mañana me presentaré al señor de Mau-serre con su carta de V. en la mano, y le diré redondamente:—«La señora Holdenis había prometido no abandonarlos á Vds. pero no dispone ya de si misma, pertenece á un quidam que debe casarse con ella, y ese quidam soy yo; partirá en seguida para Ginebra, donde esperará el día muy próximo de nuestro matrimonio.

Me interrumpí un instante y apliqué el oído; había creído oír el relincho de un caballo.

—Si prefiere V. no escribir—continué—en seguida pasará alguien por aquí, y le explicaremos de viva voz...

—¡Oh, no — exclamó — no quiero verle ni hablarle. Hay en él no sé qué, me impone y me da miedo. Prefiero escribir. ¡Dios sea con V.!

Al decir esto, se levantó de un salto; luego, inclinándose hacia mí y tapándome herméticamente los ojos con sus manos, me plantó en la boca un largo beso, que hizo que mi cabeza girara como un trompo de Nuremberg. Me permitió saborear aquel beso; pero no quería que lo viese. Cuando retiró las manos y abrí los ojos, me pareció que había en el cielo dos ó tres lunas, y que vertían sobre todos los árboles del parque una lluvia de plata que caía de rama en rama y de hoja en hoja como granizo.

Entre tanto Meta había recogido el saco y había echado á correr. Me lancé en su persecución. Al cabo de diez pasos me detuve, poniéndome la mano sobre el corazón, que latía con mucha fuerza. «Tony—me dije

—no hagamos locamente una cosa razonable.»

Estaba mal repuesto de mi emoción, cuando vi dibujarse cerca de mí, sobre la arena de la alameda, la sombra de un caballo y de un jinete. Una voz me gritó:

—¿Es V., Tony? Me alegro de encontrarlo; tenía que decirle dos palabras. Esta mañana se han permitido ultrajar indignamente á una persona á quien estimo y á quien debo protección, porque forma parte de mi casa. Parece que se ha formado el propósito de echarla de aquí á fuerza de malos procederes y de disgustos. Sea V. bastante bueno para insinuar al inventor de ese complot que hace un juego peligroso y que arriesga lanzarme á resoluciones extremas, de que yo sería acaso el primero en arrepentirme.

Luego, sin esperar mi réplica, picó espuelas, y bien pronto lo ocultó á mi vista una espesura.

Aquella misma noche, la señorita Holdenis se presentaba en la habitación de la señora de Mauserre. Encontrando corrido el pestillo, llamó tímidamente con la mano y murmuró:

—Abra V., señora, se lo ruego; vengo á anunciarla una buena noticia.

La puerta se entreabrió.

—¡Una buena noticia!—respondió la señora de Mauserre, que no pudo resolverse á coger la mano que le tendía Meta. ¿Y es V. quien la trae?

—¡Qué pálida está V., señora! ¡Da pena verle á V. la cara! Dentro de un momento, cuando me haya V. oído, volverán á florecer las rosas en sus mejillas, y sonreirá como en otro tiempo. Sepa V.... Señora,

estoy tan trastornada que no sé por dónde comenzar.

Acabó, sin embargo, por encontrar su comienzo, y como una seda contó la conversación que había tenido conmigo y nuestras comunes conclusiones. La señora de Mauserre tuvo un estremecimiento de alegría, y la estrechó contra su corazón como si hubiera querido ahogarla.

—¡Cuánto la quiero á V., hija mía!—exclamó.—Bien lo merece V., desde luego porque es V. un corazón honrado y franco como el oro, pero sobre todo porque ama V. á Tony, porque lo ama V., ¿verdad? y se casará V. con él. ¿Por qué hármelo ocultado?

—Dispéñseme V., señora; me costaba trabajo poner en claro mis propios sentimientos. Estaba vacilante, contenida, insegura de ser amada. La primera vez que me dijo: «¿Quiere V. ser mi mujer?» tenía el tono medio bromista, y me pareció que se burlaba de mí. Un día me habló tan duramente, que creí que me despreciaba. Dudaba de él, hoy ya casi no dudo. Adiós, señora, he querido procurarle á V. una buena noche, y creo que lo he conseguido.

Se retiraba, y la señora de Mauserre la llamó:

—Y esa carta que debe salvarlo todo y repararlo todo, ¿la ha escrito V.?

—¡Tengo tan mala la cabeza!—respondió la joven.—Acabo de pasar una hora delante de mi mesa, tratando en vano de reunir mis ideas, que bailaban alrededor mío como colegiales revoltosos. Además, me temblaba tanto la mano, que no habría podido escribir nada legible. Vale más que el sueño calme mi emoción: escribiré mañana.

—¿Mañana?

—No tema V.: Tony tendrá mi carta antes de mediodía.

—No, querida. Hay que escribir esta noche; mañana no nos pertenece. Yo le ayudaré; algunas veces sale uno del paso con alguna ayuda, y, si le tiembla á V. la mano, yo le serviré de escribiente; no tendrá V. más que el trabajo de copiar.

Y en seguida, á pesar de las protestas y de las resistencias de Meta, puso en la mesa un tintero, una pluma y una papelerá, de donde sacó un pliego de papel de color de rosa.

—¡Vea V. qué papel tan bonito! —decía.—Va á inspirarnos, porque es preciso que nuestra epístola sea muy amorosa, ¿verdad?

—Me ha recomendado que la haga todo lo tierna posible—respondió Meta sonriendo—y eso es lo que me embaraza; ¡soy tan novicia en este género de literatura!

—¡Cuando le digo que yo le ayudaré! Cojo la pluma; ¿cómo empezaremos? Voy á escribir: «Tony, le adoro á V.»

—¡Ah, señora, yo se lo ruego, tenga V. consideración con mi dignidad!—dijo la joven conteniéndola la mano.—Y además, V. lo llama Tony, tiene V. derecho á ello; pero eso es una libertad que nunca me he tomado con él...

—Y que hay que tomar hoy—replicó la señora de Mauserre.—No olvide V. que la carta que vamos á componer es lo que se llama en diplomacia una carta ostensible.

Después de muchas tergiversaciones y discusiones, quedó redactada, bien ó mal, aquella desdichada minuta; decía así:

«Lo que la sorpresa y la alegría me han impedido decir á V., se lo escribo, Tony; ¿pero por qué es pre-

ciso que escriba? Creía habérselo dicho á V. todo sin hablar. He soñado que estábamos juntos una noche, que el relincho de un caballo nos hizo estremecer, que me desprendí de su brazo rodeado á mi talle, y que antes de huir.... Aquél beso, Tony, ¿no era una respuesta? ¡Necesita V. otra! ¡De modo que es cierto que desconfía V. de mí! Queda V. satisfecho: esta carta le dirá, si lo ignora V., que lo amo; que desde hace mucho tiempo mi corazón le pertenece por completo. Tony, le abandono el cuidado de mi destino; dispuesta estoy á seguirle al fin del mundo. No me engañe V.; el día que quiera, seré su mujer.»

Después de haber trazado la última palabra de este borrador, que releyó en voz alta:

—Está muy bien—exclamó la señora de Mauserre;—no falta más que la fecha. Pronto, á la obra, querida. Aquí hay papel. ¿Le tiembla á V. la mano todavía?

—No, señora—respondió Meta—que mojó resueltamente la pluma en el tintero.

—Permítame V.—dijo la señora de Mauserre—ovidaba que este papel tiene mis iniciales; si se viera, se podría creer que yo tengo algo que ver en el asunto y que le he apuntado la lección... V. escribirá en su cuarto en seguida. ¿Está V. segura de su memoria, ó quiere V. llevarse este papel?

—Es inútil, señora—le contestó alegremente Meta.—Sé mi lección por la punta de las uñas; ¿desea V. que se la recite?

Y al decir esto, arrollando el pedazo de papel, se disponía á quemarlo en la bujía. La señora de Mauserre se lo arrancó de las manos y lo guardó en su papelerá.

—Temo que cambie V. de opinión. Este borrador es un testigo, y quiero conservarlo hasta mañana para confundirla, si la copia no es exacta; si es preciso, se lo enseñaré á Tony. Así está V. obligada á transcribirlo bien fielmente; ¡júremelo V. por todas las lágrimas que me ha costado.

Después la cogió y le sacudió las dos manos, y la puso á la puerta diciéndose:

—O soy engañada, ó antes de poco mi enfermo estará curado, y yo seré la más consolada de las mujeres.

XI

El día siguiente fué un día de grandes emociones, de que no me gusta acordarme; felizmente, no hay muchos semejantes en mi vida. Me desperté en las mejores disposiciones, viendo de color de rosa el porvenir y las gentes que se casan, contento de mí, de mi conducta, de mi sabiduría, del compromiso que había contraído. Lejos de echar de menos mi dulce libertad, bendecía el collar que yo mismo me había puesto en el cuello.

Esperé toda la mañana la carta de Meta, y me asombraba que me la hiciera esperar, pero no concebía ninguna inquietud: estaba seguro de su corazón como del mío. Había preparado mi discurso al señor de Mauserre; entrada en materia, exordio, peroración, de un extremo á otro aquella obra de elocuencia era admirable y me pareció de un efecto irresistible.

Dieron las doce; no había recibido aún nada, y se apoderó de mí la impaciencia. Salí de mi cuarto; y al pasar por delante de la habitación del señor de Mauserre, cuya puerta estaba entreabierta, vi un gran baúl lleno de ropa, que su ayuda de cámara acababa de arreglar. Aquel baul me dió mucho en qué pensar. La suposición en que me detuve fué que el señor de Mauserre, habiendo hecho al despertar prudentes reflexiones y habiendo pensado que los viajes son el mejor medio de olvidar, acababa de resolverse á partir para el país donde hay naranjos y no Meta. Esta determinación me pareció honrada y digna de él. Tuve la sorpresa de encontrar en el comedor á la señora de Mauserre, que había roto al fin su clausura. Estaba pálida, seria, pero en sus ojos había esperanza.

Mi conjetura no me había engañado: el señor de Mauserre nos dijo durante el almuerzo que tenía que hacer investigaciones en los archivos de Florencia, y que se pondría en camino aquella misma noche ó el día siguiente por la mañana. El conde de Arci fué bastante dueño de sus sentimientos para ocultar la íntima satisfacción que le producía aquella noticia. No sé qué iba á escapársele á la señora de Mauserre, cuando su mirada encontró la mía que le aconsejaba el silencio. Se calló. En cuanto á Meta, creí notar alguna alteración en su rostro y en su humor; tenía la cara alargada, movible el entrecejo, la mirada distraída, su voz estaba sorda y como velada. Conocía yo por experiencia las ondulaciones singulares de su carácter; aquel terreno movedizo me había faltado ya dos veces bajo los pies; pero aquel día yo

estaba alegre como un jilguero, y aparté de mi espíritu todo pronóstico desagradable.

Después del almuerzo, me encontré solo con la señora de Mauserre en el salón.

—Imagino—le dije—que ya está V. contenta.

—¿Cómo he de estarlo, Tony? Ama profundamente, cuando tiene necesidad de viajar para aturdir su pena.

—V. es también demasiado exigente—le dije riendo.—Quite V. una muñeca á Lulu, y le permitirá V. enfurrñarse durante veinticuatro horas. En ciertos momentos, los más grandes hombres son Lulus.

—¡Y Dios sabe cuándo volverá!

—Volverá, señora, tan pronto como no esté aquí la señorita Holdenis.

—¡Ah, Tony! Se me pasan buenas ganas de preguntarle...

—No le pregunte V. nada, acepte V. lo que él le diga. Se lo suplico, retírese V. á su habitación, y cuando vaya á despedirse, abrácelo tiernamente, sin aparentar censura ni aprobación. Tan malo sería lo uno como lo otro.

—Haré lo que me aconseja V., ¿no es V. mi salvador? V. es quien lo ha decidido á huir del peligro.

—Se engaña V., yo no entro por nada en su decisión.

—No sea V. tan reservado conmigo. La señorita Holdenis me lo ha dicho todo; convenga V....

No pude decir nada; su marido acababa de entrar en el salón, y nos miraba con ojos desconfiados. Aquella mirada la desconcertó, se turbó y se fué.

El se acercó á mí, y me dijo:

—Me disgusta, Tony, interrumpirlo siempre en sus misteriosos

coloquios con mi mujer; pero tengo que hacer á V. una declaración muy indiscreta y poco cortés: heme aquí en gran embarazo.

Tenía el aire tan afligido, que le contesté:

—¿Qué es lo que puede embarazarlo á V.? Me sería muy difícil hoy negarle cualquier cosa.

—He visto esta mañana—continuó—á la señorita Holdenis para anunciarla mi partida y rogarla que se quede aquí mientras mi mujer encuentra con quien reemplazarla. Ha consentido por cariño á mi hija, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que se vuelva V. esta misma noche á París, en atención (estas son sus propias palabras) á que le es imposible permanecer un día más en Charmilles con V.

Me quedé estupefacto, fuera de mí, suspendido entre la duda y la cólera. Durante dos ó tres segundos, me pareció que el piso daba vueltas ó cabeceaba como el puente de un barco mecido por las olas.

El señor de Mauserre gozaba malignamente.

—¿Qué le ha hecho V.?—continuó.—Yo los creía á Vds. en las mejores relaciones. Le he preguntado, pero se ha atrincherado en un impenetrable silencio.

—No sé más que V.—le respondí, componiendo de cualquier manera mi rostro, que sin duda gesticulaba algo.—No importa; esta misma noche no estaré aquí.

—¿Sin rencor?—me dijo con afecto.—Obro con libertad con V. como con un antiguo amigo; pero, mire, puede V. hacer algo mejor: debería V. esperar hasta mañana y acompañarme á Florencia.

—¡Oh, eso no!—contesté.—No

tengo que hacer investigaciones en los archivos, y se me hace tarde para verme otra vez en mi taller de París.

Se separó de mí, y así que se hubo alejado corrí á llamar con golpes redoblados á la puerta de la *nursery*. Ninguna respuesta. Traté de forzar la consigna, el cerrojo estaba corrido y resistió noblemente á mis esfuerzos. Fui á moverme un poco en la terraza, tenía mucha necesidad de ello. Al extremo del huerto vi á Lulu, acompañada solo de su niñera. Deduje que su aya estaba retenida en su cuarto por algún asunto; volví á su puerta, pero no llamé: el señor de Mauserre estaba con ella, y hablaban con mucha animación. Volví á pasar una hora después; esta vez entré, el pájaro no estaba ya en el nido. Subí á mi cuarto y comencé á hacer la maleta. De pronto vi por la ventana á mi invisible, que había bajado á buscar á su discípula en el parque y la traía al castillo. Bajé corriendo la escalera, y llegué á la escalinata cuando ella estaba abajo, reprendiendo á una doncella con un tono altanero que contrastaba con su modestia acostumbrada. Su rostro, su entrecejo, su actitud de Semíramis, me llenaron de estupor. Cuando acabó de reprender, contempló algunos instantes un gavián que se cernía sobre el castillo lanzando agudos graznidos. Apretaba los labios é hinchaba las narices; me pareció que ella también olfateaba una presa, que en su corazón había un gavián que, así como el otro, tenía hambre, batía las alas y graznaba.

Comenzó á subir los escalones con el mismo paso que se sube al asalto; sus pies elásticos, vencido-

res, parecían decir: ¡Esta escalinata es nuestra! Me apoyé en la balaustrada, y la esperé cruzado de brazos. Me miró como se mira á un desconocido; se podía creer que no me había visto jamás ni jamás hablado, que trataba de adivinar quién era yo. Sólo un aficionado á contar pamplinas habría podido pretender que la víspera por la noche me había dado ella por aventura un largo beso en la boca. No tuve fuerza para decir una palabra; pasó por delante de mí. Más fácil me habría sido estrangularla que hablarla.

Cuando me dirigía á mi cuarto, la condesa de Arci, que parecía muy agitada, me cogió por un botón de la americana, y, llevándome al salón:

—¿Pero qué pasa?—me preguntó con voz temblorosa.

—No sé nada, y el diablo me lleve si me cuido de saberlo,—le contesté.—Todo es posible, comenzando por lo imposible.

Traté de esquivarme, pero ella me detuvo.

—Hágame el favor de escucharme y de darme un consejo. Hace un momento, con el asentimiento de mi marido, me he presentado en las habitaciones de mi padre para ofrecerle acompañarlo á Florencia. Estaba con él la señorita Holdenis; han pasado juntos toda la tarde, tan pronto como en el cuarto de ella, en el cuarto de él. Al cruzar la antecámara, la he oído exclamar: «Presénteme V. esa prueba, y le prometo no vengarme». Al verme se ha detenido, y cuando ha sabido lo que me llevaba, me ha rogado que me retirara, diciendo: «No me voy.»

—Le repito á V. que mi único

asombro es encontrarme todavía aquí—dije colérico,—pero no estaré ya mucho tiempo. Esta casa me es odiosa; estoy cansado de las mujeres que lloran y que hay que consolar con mentiras; cansado de las mujeres que mienten y que hay que descifrar como jeroglíficos; cansado de ver á dos hombres que no son tontos, sufrir que una chiquilla les pase por turno la pluma por la nariz; cansado de mis escuelas y de las escuelas de los demás; cansado, en fin, de oír conjugar todos los días el verbo partir: ella partirá, yo partiré, nosotros partiremos, y nadie parte, excepto yo ¡voto á sanes! Quédese quien quiera en este endiablado castillo, ó perderé al final mi alegría, mi juventud y mi talento.

Inmediatamente di orden á mi criado de que fuese á tomarme un carruaje en Cremieu, y subí á mi cuarto, bien decidido á estar encerrado y á cubierto hasta mi marcha y á no despedirme de nadie. Sin embargo, cuando tuve arreglada mi maleta, me pareció imposible irme sin saber lo que había sucedido, qué pretexto había inventado Meta para alejarme, por qué el señor de Mauserre, después de habernos anunciado su partida no partía ya, y qué significaban aquellas palabras: «Presénteme V. esas prueba y le prometo no vengarme». Comencé á sospechar que había en aquello alguna nueva maquinación, y me perdía en conjeturas. Acababa de ponerse el sol; me introduje sin avisar en la habitación del señor de Mauserre, y no le encontré. Supe por un criado que había bajado al cuarto de su mujer, y allí me fui; allí me esperaba una escena bien imprevista.

La señora de Mauserre se había conformado con mis instrucciones; había pasado la tarde junto á su chimenea sin cambiar una palabra con nadie, y no había salido más que para dar un corto paseo en carruaje. Acababa de volver, y aún tenía puesto el sombrero cuando recibió la visita de su marido.

—Alfonso—le dijo—espero saber de ti mismo que has renunciado á tu viaje.

—Sabrás de mí—le replicó él—que el hombre más seguro de su voluntad está sujeto á cambiar de opinión tres veces en un día. Esta mañana estaba resuelto á partir solo; hace dos horas pensaba llevarme á Lulu...

—¿Y á su aya?—interrumpió ella vivamente.

—Acaso... Pero tranquilízate, estoy detenido aquí por un asunto importante.

—¿Qué asunto es ese, Alfonso? ¿De qué se trata?

—Esta mañana—prosiguió el señor de Mauserre esforzándose por tener calma—cuando comuniqué mi proyecto á la señorita Holdenis, no pudo contener un movimiento de espanto, y me hizo entender que hacía mal en alejarme. Un instante después, como yo la rogase que se quedara aún algunos días en Charmilles, me puso por condición que se fuera esta misma noche á París Flamerin. Había en esto, convendrás en ello, motivo para hacerme entrar en curiosidad. He vuelto á verla esta tarde; la he apremiado, abrumado á preguntas. Durante más de una hora la he tenido en el banquillo, se quejaba de que la sometía al tormento. Al fin, he conseguido arrancarle su secreto; pero no podía bastarme una simple afir-

mación, necesitaba pruebas. Para obtenerlas, le he prometido solemnemente que no me vengaría, y hasta que me iría sin hablarte de nada. Tales promesas no comprometen, y yo sería incapaz de mantener la mía;—ya sabes quién soy y lo que Flamerin puede esperar de mí.

—¿Te he entendido bien?—exclamó ella.—¿Te vengarás de Flamerin porque ha tenido la audacia de amar á la señorita Holdenis y de querer casarse con ella?

—Esa comedia está puesta en claro, y ya no puede servir. Tony se las había arreglado tan bien, que me había engañado; pero te repito que en este momento lo sé todo, y que tengo en la mano la prueba de que es tu amante.

Ella quedó como petrificada, no dando crédito á sus oídos y preguntándose si soñaba. Repetía maquinalmente:

—¿Tienes la prueba de que Tony!... Alfonso, ¿estás en tu juicio?

De pronto cruzó por su espíritu un rayo de luz; corrió á la mesa y abrió precipitadamente la papelería.

—¿Me he adelantado, he aquí lo que buscas!—le dijo su marido, abriendo una cartera y presentándole el peligroso papel de color de rosa.

La señora de Mauserre me contó que en aquel momento sintió su alma desgarrarse en dos, dividida, como estaba, entre el horror de una perfidia que excedía de todo lo que pudiera imaginar y la loca alegría de descubrir que su marido la amaba todavía bastante para estar celoso. Cuando recobró sus sentidos, se lanzó al cordón de la campanilla, que sacudió con mano febril, diciendo:

—Es preciso que venga aquí la

señorita Holdenis; quiero que sea ella misma quien te lo explique todo.

Al cabo de algunos minutos apareció Meta, y la señora de Mauserre se quedó asombrada, como me había quedado yo un poco antes, del cambio súbito que se había operado en su actitud y en su rostro. Alta la cabeza, apretados los labios, el hablar breve y rápido, la mirada dura, tenía la actitud de una persona que quiere tomar una decisión audaz y empeñar con la suerte una partida que está decidida á ganar, cueste lo que cueste. La señora de Mauserre la examinó un instante en silencio.

—La he hecho venir, querida—le dijo—para pedirle noticias de su matrimonio.

—¿De qué matrimonio, señora? ¿Con quién?

—Con el señor Flamerin. ¿No se trata ya de ello? Los proyectos se hacen y se deshacen en este castillo con una facilidad inaudita.

—Ese no me era conocido, señora.

—¿No se acuerda V. de que anoche tuvo V. en el parque una conferencia íntima con Tony, que le pidió á V. su mano, que quedó convenido entre Vds. dos que V. le escribiría, y que su carta de V. sería enseñada al señor de Mauserre?

—No sé lo que quiere V. decir, señora.

—¿Soy yo quien le habla á V.? ¿Es V. quien me responde? ¿Es falso que anoche compusimos las dos el borrador de esta carta, que estuvimos sentadas, V. y yo, en esta mesa, que yo escribía y V. dictaba?

—Verdaderamente, señora, V. ha soñado todo eso.

La señora de Mauserre se acercó

á Meta y la miró á los ojos; por la primera vez vió su fondo, y lo que vió en él la espantó.

—¡Ah, señorita—le dijo—me da V. miedo! ¿Quién, pues, es V.?

—También eres tú demasiado exigente—la dijo su marido.—¿Cómo quieres que apoye con su testimonio una explicación tan poco verosímil? Pase todavía si hubieras tenido cuidado de prevenirla y de concertarte de antemano con ella...

En aquel momento acababa yo de entrar en la habitación, y paseaba por el espacio los ojos asombrados, tratando de adivinar qué escena se representaba entre aquel hombre que afectaba mal la sangre fría, y aquellas dos mujeres de las cuales una tenía el rostro de una loca, la otra la palidez y la espantosa rigidez de una estatua.

—Venga V., Tony—me gritó la señora de Mauserre.—Pasan aquí cosas bien extraordinarias. ¡Figúrese que es V. mi amante, que la señorita Holdenis lo afirma y que mi marido lo cree!

Cogí el papel de color de rosa que ella me señalaba con el dedo. Después de haberlo recorrido con la vista:

—El hombre — exclamé — que pueda imaginarse seriamente que esta carta me ha sido escrita por la señora de Mauserre, es un miserable loco.

Ella vino á mí, y comenzó con voz entrecortada un relato que me costaba mucho trabajo seguir. Su marido nos interrumpió:

—No es este el lugar de explicarnos—me dijo con tono de autoridad, y añadió con acento de amenaza:—Salgamos; trataremos nuestra cuestión á solas.

La mujer corrió á colocarse entre la puerta y él.

—Señorita—dijo á Meta:—¿sostendrá V. hasta el fin una mentira que pone dos vidas en peligro?

Yo mismo avancé hacia Meta; no pudo soportar mi mirada, que aparentemente era tan terrible como la de un juez con toga roja. Vi su cara descomponerse por grados. Su acción era demasiado fuerte y demasiado pesada para su valor; se doblaba bajo su peso; me pareció que asistía al derrumbamiento de una voluntad. Creí que las piernas iban á faltarle y que caería de rodillas. Sin embargo, consiguió tenerse en pie; conservaba en su desfallecimiento no sé qué sombría fiereza.

—No me mire V., señora—dijo á la señora de Mauserre, que se había acercado;—no me hable V., ó no confesaré nada. Por mucho que haya hecho para ello, jamás he podido amar á V.; V. es rica y yo soy pobre; V. es bella, y yo no lo soy; había una insolencia oculta en sus bondades. Más de una vez me ha parecido que haría una obra meritoria robándola á V. su dicha, que es la injusta recompensa de una falta, y que V. hace mal en mostrar demasiado. Anoche me hizo daño su alegría; y salí de aquí menos buena que había entrado.

Después, dirigiéndose al señor de Mauserre:

—Sí, señor, la venganza que medita V. sería un crimen, porque yo mentía hace un momento; ¿pero no mentía V. mismo al darme su palabra de que me amaba bastante para no vengarse?

Al decir esto, se separó de la pared contra la cual se apoyaba, y atravesó la habitación para llegar á

la puerta. Al pasar delante de mí lanzó un grito desesperado, y balbuceó:

—¡Que no me ahogara hace ocho días en el lago Paladru!

Después que salió, el señor de Mauserre quedó algunos instantes inmóvil, sin color y sin voz. ¿Estaba contento? ¿Estaba disgustado? Sospecho que lo uno y lo otro. Le encontraba en la situación de espíritu de un hombre que ha descubierto un gran error en su libro de cuentas y que rehace la suma preguntándose cómo ha podido engañarse, á la vez confuso de su equivocación y satisfecho de haberla notado á tiempo. Sus ojos estaban clavados en el suelo. Los levantó, y contempló la puerta por la que acababa de salir y de desaparecer para siempre un sueño que acaso sentía, imagino que se consultaba para saber con qué le reemplazaría: la naturaleza humana tiene horror al vacío. Es posible también que yo avance demasiado, y que no supiera él mismo dónde estaba. Lo que es cierto es que volvió en sí, me abrazó, y me dijo con voz conmovida:

—¿Me perdonará V. alguna vez?

—No lo espere V.—le contesté.—

Me propongo escribir un libro titulado *De la tontería de los hombres de talento*.

Y añadió:

—Hay aquí alguien cuya indulgencia le es á V. más necesaria que la mía.

Y, cogiéndolo de la mano, lo llevé hacia su mujer. Ella lo miró largo tiempo con una sonrisa indefinible, luego se echó á llorar y me saltó al cuello, exclamando:

—¡Bien es menester que se le perdone todo, mi buen Tony, porque ha querido matarlo á V.!

XII

—Tiene V. la bondad, señora, de concederme talento; pero siempre ha dudado V. de mi prudencia. No sé qué pensará V. dentro de poco; estoy más orgulloso de lo que voy á decirle que del mejor de mis cuadros.

El conde de Arci había pasado la velada en mi cuarto. Estaba enterado de todo, y le aseguro á V. que se volvía loco de alegría.

—Gracias á Dios, no hemos pasado más que el susto—me decía.— Es una verdad que el malo hace algunas veces una obra que lo engaña. La señorita Holdenis es más cándida de lo que yo suponía; ha unido inocentemente lo que quería desunir para siempre. ¿Cómo no ha comprendido que los celos sobreviven al amor y en ciertos casos lo resucitan? Tomad al hombre que menos estime sus riquezas y gritad: «¡Al ladrón!» Se llevará la mano al bolsillo.

—Hay más—le respondí—el señor de Mauserre acaba de experimentar que no es tan fácil como se piensa desembarazarse de sus recuerdos. Nos sucede creerlos muertos; de repente salen, no se sabe de dónde, y se nos arrojan al cuello. Lo mejor es no ponerse mal con ellos.

—Es posible—replicó—pero de buena hemos escapado. ¡Ah, la tunanta!—Y se frotaba las manos con encarnizamiento.

Se separó de mí á media noche. Todo lo que había pasado por mí y al-

rededor mío hacía veinticuatro horas, me había conmovido tanto que, convencido de que no podría dormir, renuncié á acostarme. Daba vueltas por mi cuarto, y resolví prolongar este ejercicio hasta la mañana. Deseaba asistir desde lo alto de mi torrecilla á la partida de Meta. Comprendía que hasta entonces no quedaría tranquilo; que debía esperar, para respirar más libremente, á haber visto con mis ojos desaparecer, al extremo de la gran alameda, el carruaje que se llevaría á aquella enemiga de mi reposo. Acabada apenas la lectura de un capítulo muy desagradable del libro de mi vida, se me hacía tarde para volver la hoja.

Iba, pues, y venía, tratando de pensar en el alquicel de mi Boabdil ó en la teoría de los colores complementarios, y pensando en cualquiera otra cosa. Por intervalos me apoyaba en el alféizar de mi ventana. Contemplaba los macizos de árboles que se recortaban sobre el cielo estrellado, una sucesión confusa de techos y dos veletas que el viento hacía rechinar; me parecía que aquellas veletas, aquellos árboles, aquellos techos sentían una gran emoción de que trataban de reponerse, y que el castillo tenía el aire espantado de un gallinero que ha recibido la visita de una garduña.

De pronto oí arañar en mi puerta; apliqué el oído. Arañaron de nuevo, y grité: «¿Quién anda ahí?» Se abrió la puerta, y se me apareció Meta Holdenis, con su falda gris y su blusa de tul plegado, sobre la que pendía de ordinario una cruz de cornalina. Aquel era su traje de mañana; pero me pareció notar que la blusa, cuya gola le acariciaba la barba, estaba flamante, que la ha-

bía sacado expresamente de una caja en honor mío. Ella misma me hizo el efecto de una Meta completamente nueva, que yo no había visto todavía. Su mirada tenía un brillo húmedo de una dulzura particular; sus ojos, que habían llorado mucho, estaban como dilatados por el sufrimiento. Eran tan grandes, que se comían, por decirlo así, la parte baja de su rostro y el contorno algo anguloso de la barba. La frente nadaba en la luz; se habría dicho que el querubín del dolor ó del arrepentimiento había vertido sobre ella celestial rocío. La belleza es siempre semejante á sí misma, no hay nada como los rostros con carácter para renovarse sin cesar: son cajas de sorpresa.

Señora, un artista tiene, como todo el mundo, cóleras, indignaciones, desprecios; pero su cólera está á veces á merced de sus ojos. Estima, como Bridoisson, que la forma es una gran cosa, y es indulgente con los crímenes que están acompañados de hermosos efectos de luz. Mi primer movimiento fué coger un lápiz y decir á la singular persona que me hacía una visita nocturna: «Quédese V. ahí, como está, de pie en el dintel de la puerta, y no se mueva hasta que haya acabado de bosquejarla.» Pero me rehice: por nueva que se me apareciera, despertaron mis recuerdos y la saludaron llamándola por su nombre. Reconocí distintamente su talle esbelto y flexible que había estrechado entre mis brazos, dos manos que se habían puesto sobre mis ojos, una boca á la que los besos costaban tan poco como las promesas.

Volví la cabeza é hice un gesto muy expresivo que quería decir: «¡Váyase V. en seguida!» Ella re-

trocedió; luego, recobrando valor, entró en la habitación y cerró la puerta. ¡Hela aquí sola conmigo y en mi cuarto! El reloj del castillo daba las dos.

—¿Qué me quiere V.?— le grité brutalmente.—¿No ve V. que me da horror?

—Tenga V. piedad de mí— me respondió con voz sofocada.—Antes de partir quiero maldecir mi falta delante de V. é implorar de rodillas su perdón.

Se arrojó en una silla, colocó los codos sobre la mesa, y con una abundancia de lágrimas y de adjetivos que me abrumaron, comenzó lo que ella llamaba su confesión, es decir, un verboso discurso lleno de incoherencias y de contradicciones, donde me costaba gran trabajo separar la verdad de la mentira. Dijera lo que quisiera, la creía á medias; era menos un alma falsa que una conciencia falseada. Entregada desde muy temprano á la gimnasia del sofisma, había contraído en ella una funesta flexibilidad y la habilidad de persuadirse de todo lo que le agradaba. Es buena la gimnasia, señora; pero hay que usar de ella con discreción. No consienta V. que se enseñe á sus hijos á dislocarse los miembros, ni á andar de cabeza, y no permita V. tampoco que se haga razonar demasiado á su conciencia. ¡Antes zopenco que juglar! Si alguna vez tengo hijos, esta será mi máxima.

Meta comenzó por fustigar humildemente su culpa, cayendo sobre sí misma con implacable dureza y ajando su conducta sin escoger las palabras. Llegó poco á poco, si no á disculparse, al menos á presentar circunstancias atenuantes, á paliar sus daños, y sus excusas habrían

sido bien impudentes si no hubieran sido tan cándidas. Me dijo que cuando el señor de Mauserre se presentó en su cuarto para anunciarle su marcha, se había sentido picada de la facilidad con que se resignaba á dejarla; que su coquetería (empleó esta palabra) se había sublevado, que de repente pensó en el terrible uso que podía hacer del papel de color de rosa; que había rechazado en seguida la idea con horror, para abrazarla bien poco después con una especie de pasión ciega é irresistible. Comparó el movimiento fatal á que había cedido á una especie de alucinación y al atractivo mezclado de espanto que ejerce un precipicio sobre el desdichado atacado por el vértigo; concluyó que aquello era una prueba que Dios le había enviado; que al hacerla sucumbir había querido enseñarla la virtud divina del arrepentimiento que aún desconocía.

Así hablaba. Se lo repito á V., era una conciencia que jugaba con los ojos vendados; las bolas partían, saltaban, se cruzaban en el aire. Tony Flamerin habría aplaudido si no hubiera preferido indignarse.

—Muy bien — le dije interrumpiéndola. — En adelante el ladrón que haya forzado un *secretaire* alegará que estaba alucinado; el hijo que haya dado de puñaladas á su padre, se lamentará de haber tenido el vértigo; el cuchillo tenía su idea, la voluntad estaba ausente, no le costará trabajo probar la coartada. No condenemos ni á los estafadores ni á los asesinos; Dios los ha inducido á obrar mal para perfeccionarlos por el arrepentimiento. Se me ocurre una dificultad: no basta persuadirse á sí mismo, hay que persuadir á su juez.

Meta me interrumpió á su vez, y sacando del bolsillo una carta que había recibido de su padre por la mañana:

—¡He aquí lo que me he perdido! —exclamó.

Cogí aquella misiva, que era muy larga, y recorrí rápidamente las primeras hojas. El señor Holdenis daba en ella á su hija noticias circunstanciadas de todo el palomar, hablándole largamente de sus hermanas y de sus hermanos, y asegurándole, á lo que me pareció, que Hermán, así como Tecla, Annecher, Minnchen y Lenchen hacían de día en día grandes progresos en idealidad. «Figúrate—añadía,—que ayer nuestro queridito Niklas, después de haber mirado el cielo que estaba puro como tu corazón, exclamó: —¡Buenos días, Dios!—Esta cándida exclamación nos conmovió hasta hacernos llorar, á tu buena madre y á mí.»

Por mucho que me interesara Niklas, leí más atentamente la última página de la carta, donde ya no se hablaba de él. Decía así:

«Las confidencias que nos hace nuestro querido ángel, nos han sumido en indecible perplejidad. Que se mire bien antes de decidirse y de rechazar las brillantes perspectivas que se abren ante él. Nos insinúas que tu corazón estaba enamorado, yo te respondo: No creas fácilmente á tu corazón, querida hija. A la distancia á que estamos el uno del otro, estoy embarazado para aconsejarte; pero ¿puedo admitir que el cielo destine para marido de nuestra Meta á un artista que no tiene otro dios que su talento, y permíteme añadir, un hombre que se ha conducido indignamente con tu padre, y no le servirá nunca de ayu-

da? Cuanto más pienso en la combinación de circunstancias verdaderamente providenciales á las cuales debes el conocer al señor de Mauserre, menos puedo evitarme reconocer en ello un consejo misterioso de la soberana sabiduría, sobre ti y sobre ese hombre distinguido; se propone, sin duda, purificar su corazón y emplear mejor sus bienes. Los impíos lo atribuyen todo á la casualidad; no hay aquí casualidad. Dios te ha escogido visiblemente para hacer que su luz brille ante el mundo; ¿no serías tú culpable respecto de él, si, por complacencia con una inclinación irreflexiva de tu imaginación novelesca, rehusaras la alta posición á que parece convidarte? Querido ángel: reflexiona mucho, y en tus reflexiones escucha á tu pobre padre, que te abraza como te ama.»

El efecto que me produjo esta lectura fué templar mi cólera con una dulce alegría. Hacía mucho tiempo que no había yo leído la prosa del señor Holdenis, y sus teorías providenciales me parecieron encuadrar perfectamente en su rostro de predestinado.

—¿Para qué me ha enseñado V. esta carta?—pregunté á Meta.—¿Es posible que este miserable pedazo de papel, haya podido tener la menor influencia sobre sus decisiones? ¿Por qué no ha hecho V. como yo?

Y desgarré los ocho plieguecillos en pedacitos, y me entretuve en ver voltijear por la habitación aquel enjambre de mariposillas.

—Quería probarle á V.—me respondió—que las apariencias engañan á menudo...

Se quedó cortada un instante, pues se embarullaba, pero remedió

bien pronto aquel entorpecimiento de su espíritu y de su lengua. Y añadió bajando los ojos:

—¿No le prueba á V. esta carta, que si he parecido serle á V. infiel, mi corazón no lo ha sido nunca?

En seguida, sin dejarme meter baza, me contó impetuosamente que me había amado siempre, que no había podido consolarse de mi partida de Ginebra, que mi imagen había quedado grabada en su corazón, que había venido á Charmilles en la seguridad que le había dado Harris de que me encontraría allí. Luego se quejó de mí, y pretendió que no había sabido á qué atenerse sobre mis sentimientos por ella.— La había tomado yo—decía—siempre de un modo tan ligero, que jamás había tenido la certeza de ser amada; la declaración algo ligera que me había yo permitido aventurar en el cementerio, la había ofendido; al aceptar las atenciones del señor de Mauserre, se había propuesto excitar mis celos, sin prever las funestas consecuencias que podría tener aquel juego; en una palabra, tenía yo mucha culpa en lo que había pasado, y la víspera todavía, después de nuestra entrevista en el parque, se había preguntado si hablaba yo en serio, si no aprovecharía el primer pretexto para prescindir de mi palabra.

Al oír esto, solté una carcajada homérica, é instalándome en una butaca tan lejos de ella como era posible:

—Eso ya es demasiado, querida —le dije.—Ya verá V. que el criminal soy yo; que V. tiene por qué quejarse de mis traiciones y de mis perfidias; que la otra noche, después de haberla abrazado tiernamente, me fuí corriendo á ofrecer

á otra mujer mi corazón y mis labios. ¿No podría V. ser sincera una vez en la vida y concederme que si es V. más sensible que tierna, es V. aún más ambiciosa que sensible? El secreto de su conducta está en la frase de la bohemia. Convenga en que las mujeres de su carácter tienen la manía de correr dos piezas á la vez, y que se ha divertido V. en apuntar alternativamente á un conejo, que es su servidor, y á una liebre que en tanto se ha llamado el barón Grüneck, en tanto el señor de Mauserre. La liebre se ha escapado; la desafío á V. á que atrape el conejo.

Lanzó un grito de horror, y me intimó que me callara, que no insultara su amor; sin embargo, acabo por confesar que había una parte de verdad en mi explicación.

—Pues bien; sí, lo confieso—exclamó con voz desgarradora—todavía ayer tenía yo dos almas que se combatían como en campo cerrado. Loado sea Dios, ha sucumbido una, la desgracia la ha aniquilado; en mí ya no hay viva más alma que la que le ama á V., que es suya por completo.

Tres segundos después, antes de que me diera cuenta de ello, estaba arrodillada á mis pies, y por más que luché para impedirlo, se apoderó á viva fuerza de mis manos. ¡Que no pueda yo dar idea á V. de los arrebatos de su elocuencia! Me hizo las declaraciones más tiernas, las más apasionadas, que mi modestia se niega á repetir, á saber: que me adoraba, que había cometido conmigo faltas incalificables; que si yo la perdonaba, emplearía su vida en redimirlas; que sería amado como jamás lo habría sido otro hombre; que no sospechaba yo los tesoros de

entusiasmo y de abnegación que encerraba su corazón; que no viviría, no respiraría más que para mí; que yo sería su todo, su universo, su ideal y su Dios.

A riesgo de que me tache V. de fatuo, me atreveré á decir que en aquel momento era sincera; añado que, sincera ó no, estaba extrañamente hermosa, con una hermosura que tenía á la vez del demonio y del ángel. El dolor y la pasión parecían modelar su rostro como el dedo del escultor el blando barro; había en su cuello, en sus mejillas, en su frente, un juego de sombras y de luces cuyo secreto desespere de encontrar. En la vivacidad de su acción, sus cabellos se habían soltado y se esparcían en desorden por sus hombros; su blusa había sufrido también alguna avería y dejaba á mi vista una peligrosa libertad. Tenía los labios ardientes; sus ojos húmedos no dejaban los míos. Me decían claramente:—¿No ves que soy tuya? ¿Haz de mí lo que quieras!—Decían también, á manera de *aparte*:—Si sucumbes á la tentación, me guardarás, y me casaré contigo.

Aquel fué, señora, un momento crítico. Yo estaba muy conmovido, respiraba con esfuerzo, mi cabeza se encendía como un escenario de ópera, y no sé, en verdad, cómo habría acabado aquella escena, cuando ocurrió de pronto... Señora, ocurrió sencillamente que uno de los gallos del castillo se puso á cantar á garganta desplegada en su corral, y su voz clara, penetrante, metálica y guerrera me hizo dar un salto en la butaca. Volví á ver á mi padre en su lecho de muerte: me miraba. El gallo cantó de nuevo; oí al tonelero de Beauce que me decía: «¡Tony, la vida es un combate; descon-

fía de tus arrebatos!—Y como el gallo diera por la tercera vez su toque, contemplé fijamente á Meta; me pareció que sus grandes ojos limpidos se parecían á esos hermosos lagos africanos de aguas azules, en los cuales hay cocodrilos.

Ella me observaba con ansiedad, preguntándose qué es lo que yo tenía. La rechacé dulcemente, me puse en pie, y la obligué á hacer otro tanto; la cogí por el brazo, crucé la habitación con ella, abrí la puerta, y le señalé con el dedo el corredor, la escalera y la lámpara que los iluminaba. Tuvo un desfallecimiento, pero triunfó de él en el mismo instante. Retorciendo los cabellos en sus manos, me gritó con tono profético y como dominada súbitamente por los furioses de una sibila:

—¡Maldita sea la mujer á quien ames!

Dicho esto, desapareció como un fantasma.

Tres horas después había salido de Charmilles, donde su partida dejaba algunos corazones aliviados y una niña completamente inconsolable. Al ver arrancar el carruaje que se llevaba á su aya, la pobre niña llenó el aire con sus gritos.

¿Es necesario añadir que el señor y la señora de Mauserre están casados? Lulu no tendrá ya otra institutriz que su madre, que desde su aventura se ha hecho algo menos confiada y un poco más madrugadora. El señor de Mauserre ha vuelto á entrar en la vida pública por la diputación; se sienta en la Cámara en la parte más razonable del centro derecho, pero teniendo cuidado de votar algunas veces contra el gobierno. Se aseguraba el otro día que estaba en visperas de ocupar un puesto importante.

Una noche del invierno último, viajaba yo de Lyon á Valence, adonde iba á ver á un amigo. Partí de la estación de Perrache solo en mi vagón, cuya lámpara lucía débilmente. Me calé mi gorro de pieles, me tendí en un almohadón, y comenzaba á dormirme, cuando en Vienne montaron tres mujeres en mi departamento. En su traje las reconocí como diaconisas protestantes, y por algunas frases que cogí al vuelo creí comprender que iban á Italia á dirigir una escuela evangélica. Eran jóvenes y muy parlanchinas; hablando alemán, no tuvieron dificultad en continuar su conversación delante de mí. Embutido el rostro en el cuello de mi capote, no di ninguna señal de vida; Dios sabe, sin embargo, que las escuchaba.

Una de las tres parecía ejercer sobre las otras dos el prestigio de una abadesa, y, aunque su voz era dulce, tenía un tono de autoridad donde había un dejo altanero. A propósito de la última guerra, llegó á decir que los franceses son un pueblo amable, pero muy inmoral y muy corrompido: en apoyo de esto, dijo que había entrado como institutriz en una casa francesa, donde se encontraba un pintor de gran renombre, que desde el primer día se había atrevido á perseguirla; que el padre de su discípula, declarándose á su vez, había hecho todo lo posible para seducirla; que aquellos dos gallos enamorados y locos de celos habían estado á punto de degollarse, y que, para sustraerse á sus obsesiones, se había visto obligada á huir una noche á través de mil peligros, de los que la había salvado la gracia de Dios.

Cuando el tren llegó á Valence,

había cesado la conversación. Los dos más jóvenes de aquellas hijas de Sión dormían con el sueño de la inocencia; la tercera, la que hablaba tan bien, entornados los ojos, pensaba en su pasado ó en su porvenir. Antes de bajar del vagón me incliné hacia ella, y con viva sorpresa suya le recité los dos primeros versos del *Rey de Tulé*, que me tomé la libertad—; Goethe me lo perdone!—de retocar un poco: «Había en Tulé—le dije al oído—un ratoncito que mintió hasta en su lecho de muerte.»

«Es war ein Mäuschen in Thule
Das log bis an das Grab.»

Me preguntará V., señora, si pienso todavía en aquel ratoncito, y si en el fondo del corazón... Este es mi secreto; adivínelo. Me preguntará V. también lo que hay que deducir de mi historia, porque á V. no le gustan las historias de que no se deduce nada. La mía prueba que es útil saber lo que significa el canto del gallo; si mi padre no me hubiera enseñado esta bella ciencia, acaso haría yo hoy el viaje de la vida con una compañera muy distinguida, pero muy peligrosa. Después mi historia le explica por qué, al ofrecerme la mano de una joven encantadora que tiene ojos celestes, me ha puesto V. en desconfianza. Convengo en ello; los ojos celestes me dan miedo; hay que mirarlos de cerca y hasta el fondo. ¡Dios la bendiga á V., señora; á V., que no tiene dos almas, y nos preserve á todos por siempre de los terrenos resbaladizos, de los caminos con barrancos, de las voluntades flotantes, de los caracteres equívocos, de los corazones turbios y de las conciencias sutiles!

V. CHERBULIEZ.

EL CREDO DEL AMOR

CUENTO

Ese había sido siempre su ideal: ser la mujer de un poeta... Pero el implacable Destino, en vez de la existencia romántica y febril que ambicionaba, le arregló una vida dichosa y muy tranquila, casándola con un rico rentista de Auteuil, amable y dulce, un poco viejo para ella, y que sólo tenía una pasión — completamente inofensiva y pacífica: — la horticultura. El bueno del hombre pasaba el tiempo, con la podadera en la mano, en cuidar, en hacer frondosa una colección de rosales, en caldear la estufa, en regar los arriates; ¡y vive Dios que convendréis en que para un corazoncito hambriento de ideal, todo eso no era bastante! Sin embargo, durante diez años seguidos, su vida se mantuvo rígida y uniforme, como las alamedas enarenadas del jardín de su marido, y la subió por sus pasos contados, oyendo con resignación el ruido fastidioso y seco de las tijeras de jardinería, siempre en movimiento, ó la lluvia monótona, infinita, que caía de las regaderas sobre las tupidas plantas. Aquel horticultor furibundo tenía con su mujer el mismo meticoloso cuidado que con sus flores. Medía el frío y el calor que debían reinar en su salón, lleno de ramos y hojas, y temía que tomase el rocío de Abril ó el sol de Marzo; y como á esas plantas colocadas en cajones que se sacan ó se meten en determinadas épocas del año, así la hacía vivir metódicamente, con la vista puesta en el barómetro y en las variaciones de la luna.

Así vivió ella largo tiempo, aprisionada entre las cuatro paredes del jardín conyugal, inocente como una clemátide, pero con aspiraciones hacia otros jardines menos regulares, menos burgueses, donde los rosales crecieran con todas sus ra-

mas, donde las matas silvestres subieran más arriba de los árboles y estuviesen cargadas de flores fantásticas, desconocidas, en libertad, y acariciadas por un sol más fuerte. Esos jardines no se encuentran más que en los versos de los poetas; así es que la pobre leía muchos versos á escondidas del horticultor, el cual, en materia de poesía, no conocía más que los dísticos de los almanques alusivos al tiempo.

Sin poder elegir, glotonamente, la infeliz devoraba los peores poemas, con tal de que en estos encontrara rimas de *amor* y de *pasión*; luego cerraba el libro y pasaba las horas muertas soñando despierta y suspirando: «¡Este es el marido que yo necesitaba!»

Probablemente todo eso se hubiera quedado en el estado de las vagas aspiraciones, si en el momento, terrible para las mujeres, de los treinta años, que es la edad decisiva para la virtud de la mujer, como el mediodía es la hora decisiva para la belleza del día, no se hubiese encontrado en su camino al irresistible Amaury. Amaury es un poeta de salón, uno de esos exaltados, de frac y guante blanco, que van entre diez y doce de la noche á contar en sociedad sus éxtasis de amor, sus desesperaciones, sus embriagueces, melancólicamente apoyados en las chimeneas, á la luz de las arañas y

candelabros, mientras las mujeres, en traje de baile, los escuchan, sentadas formando círculo, extasiadas detrás de sus abanicos.

Amaury pasaba por ser el ideal del género. Cabeza de zapatero fatal, ojos hundidos, color pálido, peinado á la rusa y muy untado el pelo con pomada húngara. Es uno de esos desesperados de la vida, como gustan á las damas, siempre vestidos á la última moda; un lírico puesto á enfriar, en quien el desorden de la inspiración sólo se adivina por el lazo un poco flojo de la corbata, hecho descuidadamente. Así es que son admirables sus éxitos cuando con voz estridente recita una tirada de su poema *El Credo del amor*. Sobre todo, aquella que termina con este verso asombroso

¡Yo creo en el amor como creo en Dios!

Observad que, no sé por qué, sospecho que á ese farsante le tiene tan sin cuidado Dios como todo lo demás; pero las mujeres no se paran en tan poca cosa. Se dejan impresionar fácilmente por el sonido de las palabras, y cada vez que Amaury recita su *Credo del Amor*, están seguros de ver alrededor del salón boquitas sonrosadas que se abren y se dirigen como á tragar ese fácil anzuelo del sentimiento. ¡Ahí es nada! ¡Un poeta que tiene un bi-

gote tan bonito y que cree en el amor como cree en Dios!...

La mujer de nuestro jardinero no se le resistió. En tres sesiones fué vencida. Solamente que, como había en el fondo de aquella naturaleza elegiaca algo de honrado y altivo, no quiso cometer una falta mezquina. Además, en su *Credo* el poeta mismo declaraba que no comprendía más que una clase de adulterio: aquel que camina con la cabeza erguida, desafiando á la ley y á la sociedad. Tomando, pues, el *Credo del Amor* por guía, la joven se evadió bruscamente del jardín de Auteuil, y fué á echarse en brazos de su poeta.—«No puedo vivir más tiempo con ese hombre. ¡Llévame!» En casos así, el marido se llama siempre *ese hombre*, aunque sea jardinero por afición.

Amaury tuvo un momento de estupor. ¿Cómo imaginarse que una mujer de treinta años tomaría por lo serio un poema de amor y lo seguiría al pie de la letra? Sin embargo, puso á mal tiempo buena cara; y como en su jardincito de Auteuil, tan bien resguardado, la muchacha se había conservado fresca y bonita, se la llevó sin murmurar. Los primeros días, aquello fué delicioso. Temían las persecuciones del marido. Fué necesario ocultarse con nombres supuestos, cambiar de fonda, vivir en barrios inverosimi-

les, en las afueras de París, en los últimos rincones. Al anocheecer salían furtivamente, daban paseos sentimentales por las fortificaciones. ¡Oh poder del romanticismo! Cuanto más miedo tenía ella, cuantas más precauciones eran necesarias y más balcones cerrados y más persianas corridas, más grande le parecía su poeta. Por la noche abría la ventana de su habitación, y contemplando las estrellas que se veían más allá de los faroles del ferrocarril, próximo á la casa donde vivían, ella le hacía recitar sus versos.

¡Y era tan bueno!

Desgraciadamente aquello no duró mucho. El marido les dejó en paz. ¿Qué queréis? *Aquel hombre* era filósofo. Cuando su mujer se hubo marchado, él cerró la puerta de su oasis, y siguió dedicándose á criar rosales, pensando que afortunadamente las plantas echan raíces muy hondas, se agarran á la tierra y no se pueden marchar tan fácilmente. Nuestros enamorados, ya tranquilos, volvieron á París, y de pronto parecióle á la joven que se le habían llevado su poeta y le habían traído otro poeta. La fuga, los temores de ser sorprendidos, las perpetuas alarmas, todas esas cosas que mantenían viva su pasión, ya no existían, y entonces comenzó á comprender, á ver claro. Además, á cada instante, en la instalacion de

su casita y en esos mil pormenores burgueses de la vida íntima, el hombre con quien vivía se daba á conocer mejor.

Lo poco que había en él de sentimientos generosos, heroicos ó delicados, lo había desleído en sus versos, sin quedarse con nada para su consumo particular. Era mezquino, egoísta y, sobre todo, roñoso, que es cosa que el amor no perdona. Además, se había afeitado el bigote, y aquel disfraz le sentaba muy mal. ¡Qué diferencia con aquel sedoso y rizado bigote que se le había aparecido una noche, recitando su *Credo* entre dos candelabros! Ahora, en el forzoso retiro que sufría por culpa suya, se entregaba á toda clase de manías, la mayor de las cuales era la de creerse siempre enfermo. ¡Diablos! A fuerza de hacerse siempre el tísico, acaba uno por imaginarse que efectivamente lo está. El poeta Amaury era aficionado á las tisanas, se envolvía en papel Fayard y llenaba la chimenea de frascos y de botes. Durante algún tiempo, la pobre mujer tomó en serio su papel de Hermana de la Caridad. La abnegación daba al menos una excusa á su falta, un objetivo á su vida. Pero se cansó pronto. A su pesar, en la ahogada habitación donde el poeta se envolvía en franela, pensaba ella en su perfumado jardín; y el buen jardi-

nero, visto de lejos, rodeado de sus arriates de macetas, y hasta de sus hortalizas, le parecía tan sencillo, conmovedor, desinteresado, como egoísta y exigente el otro.

Al cabo de un mes amaba á su marido, y lo amaba realmente, no por afecto impuesto por la costumbre, sino con verdadero amor. Un día le escribió una extensa carta, apasionada, de arrepentimiento. El no contestó. Tal vez no creyera que estaba todavía bastante castigada.

Entonces ella envió cartas y más cartas; se humilló, suplicó que la dejase volver á su hogar, diciendo que preferiría morirse á vivir con aquel hombre. Ahora le tocaba al amante ser *ese hombre*. Lo raro es que se escondía de él para escribir; porque creía que aún estaba enamorado de ella, y aunque pedía perdón á su marido, temía la exaltación de su amante.

«Jamás dejaré que me vaya», le decía.

Así es que cuando, á fuerza de ruegos, obtuvo su perdón, y el jardinero—¿no os he dicho que era un filósofo?—consintió que volviese á vivir con él, aquella vuelta al hogar conyugal tuvo todos los aspectos misteriosos y dramáticos de una fuga. Positivamente hizo que su marido la robase. Fué su último goce de culpable. Una noche que el

poeta, harto de la vida en común y muy orgulloso con su bigote, ya crecido de nuevo, se fué á una reunión á recitar su *Credo del Amor*, ella se metió en un carruaje, en el cual la esperaba su marido en la esquina de la calle, y así regresó á su jardincito de Auteuil, curada para siempre de la ambición de ser la mujer de un poeta...

¡Es verdad que aquel poeta era tan poco poeta!

ALFONSO DAUDET.

Á UN CRISTO EMPEÑADO

Desde la santa cumbre del Calvario
á la del monte-pío del prendista,
pasó un cristo á formar entre la lista
de prendas repugnantes de un armario.

Oye misa y confiesa de ordinario
con mucha contrición el agiotista;
¡y secuestra á Jesús! ¡Jesús le asista!
por ruín, y por ladrón, y por falsario!

Ver mayor humildad jamás espero;
digna es sólo de Aquel que se dejara
dos veces insultar sobre un madero.

Fuera yo el enclavado, y no quedara
en este mundo vil un usurero
que del leño sagrado no colgara.

MANUEL URIBE VELÁZQUEZ.

LAMENNAIS SEGÚN SU CORRESPONDENCIA

A la distancia de muchos años, cuando tantos graves acontecimientos han venido á distraer la atención pública, sería inútil hablar de los debates que se han suscitado entre los representantes de la familia de M. de Lamennais y el mandatario designado para editar sus obras póstumas. La detención convenida entre las partes impedía á M. Forgues publicar cierto número de cartas que había recogido en distintos lados, con objeto de completar su obra, y que no estaban estrictamente comprendidas entre los papeles del ilustre muerto. Lo que nos consuela de las supresiones ordenadas por el tribunal es la certidumbre de que las cartas suprimidas hubiesen arrojado poca luz sobre el hombre mismo y sobre las diversas bases de su doctrina. En cualquier período de su vida política y religiosa que se con-

sidere á Lamennais, sea cualquiera la opinión en que se precipite, siempre es el mismo en todas sus cartas; en cada una de ellas se revela de cuerpo entero, con la intensidad de sus pasiones que casi nunca se detienen, con la energía de un estilo que no conoce trabas, con una persistencia en la queja ó en la cólera que revela la violenta unidad de su carácter en la misma contradicción de las ideas. Con unas cuantas cartas basta para conocer cada período de esta vida tempestuosa.

El mal efecto que sobre ciertos puntos nos deja la publicación de M. Forgues queda atenuado por la reciente publicación de M. Blaye, sobrino de Lamennais, quien nos ha dado las cartas de la juventud del filósofo, llenando una laguna, que era verdaderamente interesante cubrir. Así se ha podido conocer esta vida en toda la suce-

sión de sus impresiones íntimas, desde sus primeras turbaciones y las agitaciones ocultas en sus soledades de Bretaña, hasta el último acto del drama, cuyo teatro fué esta alma extraordinaria. No podemos, sin embargo, estar seguros de conocer hasta el fondo al grande agitador de ideas, cuya vida fué constantemente una aspiración al reposo, que jamás pudo encontrar ni en sí mismo ni en los otros.

Muchas veces se ha estudiado ya en M. Lamennais el talento y la doctrina, la sucesión de ideas que dominaron su inteligencia y las poderosas facultades de expresión que los impusieron á la atención del público. Unicamente nos proponemos estudiar aquí sus sentimientos. No es la doctrina ni el talento; es el alma misma tal como se nos manifiesta en la correspondencia.



I

M. de Lamennais nació triste; lleva en lo más profundo de su alma la impresión de los lugares en que vió la luz; de aquel rudo mar, de aquellas nubes que la brisa marina hace huir, velo eternamente agitado y suspendido entre las húmedas playas y el pálido sol que las alumbra,

de aquellas ráfagas que lanzan en las noches de invierno sus clamores furiosos; de aquellas costas ásperas cortadas á pico en el granito socavado por la ola. Durante el estío, aquellos parajes se alegran, y durante algunos días se revisten de un encanto extraño. Pero durante nueve meses el invierno reina allí con la tormenta.

Conocida es por propias confidencias la impresión extraordinaria que causa en todo niño la proximidad del mar. Gustaba de referir que un día que se paseaba por las murallas de Saint-Malo, á la vista del Océano azotado por violenta tempestad, «*creyó ver el infinito y sentir á Dios*», y que, asombrado de lo que pasaba en su alma y volviéndose hacia la multitud, se dijo á sí mismo: «Miran lo que yo miro, pero no ven lo que yo veo». Entonces tenía ocho años.

El Océano ha dejado en esta alma algo de lo infinito y de su tristeza. M. de Lamennais llevaba á la vida un fondo de impresiones sombrías, un gusto amargo, una predisposición á sentir más viva y profundamente que los otros esas heridas de la mediocridad propensa al odio ó de la frivolidad humana, esas injurias y esas brutalidades de la suerte á las que los hombres verdaderamente fuertes oponen un desprecio desdeñoso ó una enérgica resigna-

ción. Añadid á estas disposiciones innatas, una imaginación viva y de extensión poco común, que por la intensidad de las sensaciones agrandaba desmesuradamente todas las perspectivas. Más docta y más alta que fuerte, áspera y atormentada, agitada de tiempo en tiempo en sus más profundos móviles, mezclando entonces á la ola de la fe la arena y el cieno de sus pasiones irritadas, cayendo después de lo alto de su cólera en una calma que era más bien desfallecimiento que reposo, y arrastrándose penosamente por las orillas devastadas de su vida con el gemido de una laxitud desesperada, tal fué esa alma, imagen del Océano natal.

¡Una gran tristeza en una gran imaginación! Chateaubriand, nacido en la misma playa, bajo las mismas impresiones de lugar y clima, había también recibido ese don que hace pagar tan caros sus formidables favores, no exigiendo menos que la felicidad de toda la vida como premio del prestigio que concede á sus elegidos. En Chateaubriand la tristeza tenía un carácter menos doloroso, llegándose á convertir en regocijo agudo de un nuevo género, en voluptuosidad literaria, una forma de la poesía en cuya virtud busca tan ardientemente y solicita la felicidad el autor de *Los Mártires*. La tristeza no fué en

él más que la melancolía, analizándose á sí mismo con cierta complacencia de amor propio, descubriéndose á los demás como algo superior á ellos, dejando adivinar, no sin placer, detrás de la nube, la divinidad fastidiada de su éxito. El fastidio, he aquí el nombre de este mal. La ausencia de convicción, he aquí el mal mismo.

Muy distinta, más profunda y más sincera es la tristeza de Lamennais. No se paga de sí misma, no se junta jamás con el placer de gozar de estas nubes vanas y amargas. No es la ausencia de la fe, sino más bien el color sombrío que la fe toma en esta alma. No engendra esa aristocrática ociosidad de la pasión soñadora, que es la melancolía de René. Tiene por objeto la acción; es una tristeza activa, al menos para el ejercicio viril del pensamiento. No sueña; medita y razona. Su pensamiento trabaja sin alegría, pero trabaja hacia un fin preconcebido. El objeto varía muchas veces, pero siempre hay alguno. No solamente se escucha el ruido de sus grandes alas: su vuelo se sostiene; si cambia de dirección; siempre se dirige á alguna parte.

He aquí la grande diferencia entre la tristeza de Chateaubriand y la de Lamennais. Mientras que al uno no le impulsan más que motivos poéticos y novelescos, el otro con-

centra inspiraciones y fuerzas para el combate. Para el uno la vida no es más que un largo sueño de fastidio y de gloria; para el otro es una acción perpetua, un apostolado armado de invectivas y de anatemas.

Existe un misterio fisiológico y psicológico á la vez en esta tristeza violenta, sin tregua, sin reposo, aun en los mismos días de gloria que esclarecen con tan vivos rayos esa frente pensativa sin disipar su eterna nube. Al leer la correspondencia de *Felicité* de Lamennais con su hermano el abate Juan, se está bien cerca de adivinar este irritante enigma.

Hubo al principio, como causas predisponentes, ese temperamento poco sano que explica muchas cosas, esa vivacidad febril de que nos habla, ese humor fantástico, irritable, esos accesos de cólera terrible que se terminan desde la infancia por desvanecimientos, esa larga inacción soñadora que le posee durante toda su juventud, antes de llegar la hora de la vocación, bajo los árboles de la Chesnaie, leyendo al azar, trabajando sin objeto, sumido en un océano de amarguras y de incertidumbres. La nota habitual de este candor es un desencanto precoz, sincero y sin afectación ninguna. «No siento ningún deseo ni de vida, ni de muerte, ni de alegría, ni de dolor. Todo me es igualmente

indiferente. La vista de estos campos que se marchitan, de estas hojas que caen, de este viento que silba y que murmura, no traen á mi espíritu ningún pensamiento ni á mi corazón sentimiento alguno. Todo se desliza sobre un fondo de apatía estúpida y amarga. Sin embargo, los días pasan y los meses y los años arrastran la vida en su rápido curso. Por lo demás, todas estas reflexiones no son las de mi estado habitual reducido actualmente á una resignación tranquila... Parece que el día solo se levanta para convenirse cada vez más de mi perfecta inepticia. No acertaba ni á estudiar, ni cantar, ni hacer nada. Esta incapacidad absoluta me tranquiliza un poco sobre la inutilidad de mi vida. No puedo huir ni hacer valer un talento que no tengo. ¿Para qué soy yo bueno? para sufrir. Esta debe ser una manera de glorificar á Dios. Te vería con placer, y, sin embargo, ningún deseo tengo de verte, ni á ti ni á nadie. Dios sólo, Dios sólo.» (La Chesnaie, 1811.)

Este grito dirigido á aquel que solamente podía llenar el vacío de su alma, esta esperanza de consuelos místicos, ¿no era una última ilusión? He hablado de la vocación de Lamennais. Debiera haber hablado de su vocación equivocada. Esta fué, no lo dudo, la causa secreta de las tristezas enfermizas de

su juventud: este fué el suplicio de su edad madura. Haciéndose clérigo, M. de Lamennais cede á influencias fatales de imaginación y á la complicidad funesta de consuelos y de oraciones, cuyo origen era alto y puro, pero que arrojan su vida en un falso camino, donde se aventurarán con excesivo ardor y de donde se retirarán con igual violencia. Es la explicación verdadera de esas contradicciones que han asombrado á sus contemporáneos.

Es preciso seguir en la correspondencia la traza de sus vacilaciones y de sus perplejidades ante la decisión suprema, causa más tarde de su desesperación, en el momento en que el acto definitivo se cumple y en que siente el irreparable comienzo. Se le escapan entonces confesiones significativas que no hacemos más que recoger para componer el doloroso poema de su corazón desgarrado.

En 1811, á la edad de veintinueve años, recibió las órdenes menores. El ejemplo de su hermano, el aislamiento, el sentimiento bastante vivo de ligeras faltas de firmeza, la lectura perpetua de libros ascéticos, la falta de aptitud para la vida práctica, todo parecía impulsarle insensiblemente hacia el estado sacerdotal. Un impulso secreto le contenía. Pasaron muchos años sin que llegase á resolverse á decir

la palabra suprema que debía cerrarle toda salida. Se decidió, al cabo, mediante las largas conversaciones que tuvo en Londres, en donde se había refugiado durante los Cien Días, con un admirable clérigo, M Carrón, cuyo ejemplo, sus virtudes, su piedad eran irresistibles, y que no se engañó, sin duda, más que una vez, pero gravemente, cuando se propuso sujetar á la Iglesia con lazos indisolubles aquella alma rebelde por naturaleza. ¡Qué grave responsabilidad es la que se contrae con semejante iniciativa, causante de una especie de contrato moral que un celo engañado por su mismo ardor ejerce sobre una libertad vacilante! Aquí es menester hacer algunas citas. Ningún comentario vale lo que la impresión directa de semejantes testimonios. «Heme aquí, escribía M. de Lamennais á su hermano, gracias á mi bueno y tierno padre (el abate Carrón) decidido, irrevocablemente decidido. Jamás hubiera salido por mí mismo de mis eternas irresoluciones; pero Dios me había preparado en este país los auxilios de que yo tenía necesidad; su providencia, por un encadenamiento de gracias admirable, me ha conducido al término en que me esperaba, lleno de amor hacia un hijo rebelde, el más indigno de los pecadores, y me arranca á mi patria, á mi fami-

lia, á mis amigos, á ese fantasma de reposo que me esforzaba yo en perseguir, y me conduce á los pies de su ministro para que confiese mis extravíos y hacerme saber sus voluntades. Vergüenza, confusión, humillación profunda al miserable que durante tan largo tiempo ha huido delante de su divino Maestro, y con una horrible obstinación ha rehusado la felicidad de servirle. ¡Ay! En este mismo instante, demasiado lo siento, si mi voluntad entera no estuviese en las manos de mi bien amado padre, si sus consejos no me sostuviesen, si no estuviese completamente resuelto á obedecer sin vacilar sus saludables órdenes, sí, en este momento caería en mis primeras incertidumbres y en el abismo sin fondo de donde me ha sacado una mano caritativa.

Este momento de alegría, ya mezclado de cierta restricción, es el primero y el único: algunos días después la nota cambia. Al través de la inflexible resolución se echa de ver un vivo sentimiento de amargura. «Sin M. Carrón, jamás hubiera tomado el partido á que él me ha impulsado: otras corrientes me lanzaban en distinta dirección. Hoy mismo, si me pongo á pensar en la vida tranquila y solitaria de los campos, en nuestros libros, en la Chesnaie, en la calma esparcida por todos estos objetos, hacia los que se

encaminan todos mis deseos y mis ideas todas de felicidad aquí abajo, no puedo menos de sentir angustiado mi corazón por aquel sentimiento que hacía decir á cierto rey desposeído: *Siccine separat amara mors*. Mas preciso es vencerlo todo renunciando á todo. (Londres 12 Setiembre de 1815.) Un mes más tarde. «Al decidirme, ó, más bien, al dejarme decidir por el partido que se me ha aconsejado tomar, no sigo seguramente ni mi voluntad ni mi inclinación; creo, por el contrario, que nada habría en el mundo que fuese más opuesto. Espero, sin embargo, en lo venidero mayores contradicciones. Pídele á Dios para mí que me conceda el soportar la vida. Cada día se me hace más pesada.»

Median algunos meses entre la resolución suprema y su cumplimiento. El día 23 de Diciembre es declarado subdiácono en París, y escribe al día siguiente: «Vengo de San Sulpicio, después de haber recibido el subdiaconado. *Esta determinación me ha sido muy costosa. Sea todo por Dios.*» A los pocos días le asaltó un escrúpulo que, de habersele ocurrido á tiempo, lo hubiera podido remediar todo. Siendo joven, á la edad de veintiún años, se había batido en duelo en Saint-Malo, y había herido á su adversario de una estocada. Existía, pues, un caso,

cuando menos dudoso, ante el derecho canónico. «La irregularidad *ex infamia*, por razón de duelo, ¿existía en Francia? Me sorprende que no hayas pensado jamás en tal cosa.» Parece que la autoridad eclesiástica no se detuvo ante este escrúpulo, ó que fué allanada la dificultad. Lamennais se ordenó de cura en Vannes el 9 de Marzo de 1816, á la edad de treinta y cuatro años y ocho meses.

Sus angustias no habían pasado inadvertidas para sus consejeros íntimos. Uno de sus más tiernos amigos, cura también, M. Tesseyre, escribía algunos días antes de que aquél tomase las órdenes: «Adoro, querido amigo, los designios misericordiosos que el Señor ha tenido para vuestra alma. Os felicito de que os haya privado de toda felicidad en este mundo, hasta el punto de que no experimentéis la dulzura de su amor, ni aun la gloria del sacerdocio. Habéis ido á él como la víctima al sacrificio. El santo altar no tiene para vos sus hermosos ornamentos; el cáliz ha perdido sus delicias, y desnudo váis á abrazaros á la Cruz, desnuda también. *Nudus nudam crucem sequor*. ¿Qué habéis hecho al Padre celestial para que desdeñe trataros como á un hijo bien amado? ¿Por dónde habéis merecido esa parte que os hace objeto de envidia para las almas más gran-

des? ¡Ay! Como somos seres imperfectos, hemos celebrado nuestra misa en el monte Thabor; á vos os será dado celebrarla en el monte Calvario. Vuestra alma permanecerá como la de Jesús, triste en la agonía, triste hasta la muerte.»

Imprudentes palabras. Mucho más hubiera valido para el pobre Lamennais, para la misma Iglesia, que una piedad más clarividente, advirtiéndole de que era la víctima marchando al sacrificio, le protegiese contra ella misma, salvándola de su propia ilusión, le diese su libertad interior, visiblemente comprimida y violentada por la conjuración de algunas santas almas.

¡Al cabo hace explosión esta libertad, y con qué acentos! Es preciso citar toda esta carta á su hermano. «Aunque M. Carrón me ha recomendado muchas veces que guarde silencio acerca de mis sentimientos, creo que puedo y debo explicarme contigo una vez para siempre. *Soy y no puedo menos de ser en adelante extraordinariamente desgraciado*. Que se razone cuanto se quiera, que se alambique cuanto plazca, para probarme que nada existe en mí diferente á lo que existe en los otros hombres, no es difícil creer *que no se logrará sin gran esfuerzo persuadirme de que no existe un hecho evidente que yo siento*. Todo asunto puedes decirme que se

reduce al vano consuelo de que tengo que hacer de necesidad virtud. Así, pues, sin fatigar inútilmente el espíritu de los demás, me parece que puede cada uno fácilmente encontrar en el suyo usos tan nuevos. En cuanto á las advertencias que á esto pudieran hacerse, la experiencia que tengo, de tal modo disminuye mi confianza, que á menos de ser impulsado á pedir, estoy completamente resuelto á no prevenir á nadie que se tome el trabajo de concederme algo... No aspiro más que al olvido en todos sentidos, y pluguiese á Dios que pudiese olvidarme de mí mismo. La única manera de servirme verdaderamente es no ocupándose en mí de ninguna. Yo no molesto á nadie, que se me deje en paz, me parece que no exijo demasiado. Se sigue de todo esto que nada hay que no me sirva de carga pesada. Escribir me fastidia mortalmente, y de todo cuanto pueda decirseme, nada me interesa. Lo mejor es, de una y otra parte, sujetarse, en punto á cartas, á lo más estrictamente necesario. Tengo treinta y cuatro años cumplidos; he visto la vida bajo todos sus aspectos, y no se me alcanza dónde existen las corrientes de ilusión que pudieran agradarme todavía. *A nadie dirijo recriminaciones; hay destinos inevitables*, pero si hubiese sido menos confiado ó

menos débil, mi posición sería hoy otra. En fin, es lo que es, y lo que me queda que hacer es separarme de estos pensamientos, y, si es posible, *dormirme al pie del poste á que me sujeta mi cadena*; feliz si puedo obtener que nadie venga, bajo pretextos fatigosos, á turbar mi sueño.» (París 25 de Junio de 1826).

Esta carta contiene toda el alma, el alma verdadera. Revela también, para el que sabe leer, el porvenir de este alma. Algunos días después casi tiene remordimientos de esta confidencia, demasiado viva. «No puedo desdecirme del fondo de esta carta, porque me parece demasiado verdadero y porque no debe abusarse de lo que se siente, pero debiera haberme esforzado en hacer que fuese más mesurada la expresión. De todos modos, creo que lo mejor es evitar de una y otra parte tratar de semejantes asuntos. Todo lo que con ellos se relaciona de cerca ó de lejos me causa una emoción que no está en mi mano moderar.» He aquí otras reflexiones. «¿De qué sirven los libros? No conozco más que un libro divertido, consolador y que se ve siempre con placer; es un registro mortuorio. Todo lo demás es vano y á nada conduce.»

Después de estos testimonios que no hemos hecho más que desflorar, siguiendo el orden de las fechas que marca también el orden y la

progresión desoladora de los sentimientos, ¿no se comprende por qué Lamennais está siempre triste? ¿No se tiene la clave del secreto de todos los acontecimientos futuros? ¿No se adivina la ruptura final en cada línea? Este alma que cree haber sido poderosamente comprendida ¿no está destinada á lanzar gritos de rebelión del mismo modo que ahora se inmola con una sombría lamentación?

¡Ah! Semejante ejemplo debería inspirar prudencia á la piedad, á la santidad misma, completamente asegurada por la rectitud de sus intenciones y por su candor. Todo el destino de Lamennais arranca de su falsa vocación; largo tiempo suspendida sobre su juventud como una necesidad moral; largo tiempo aplazada, aceptada al fin como un sacrificio en un momento de entusiasmo comunicado, y que pesa sobre su vida entera como la fatalidad antigua sobre los héroes de Homero ó de Eschilo. Para apartar esta quimera de la fatalidad, sólo le hacía falta á Lamennais un amigo clarividente. Restablezcamos la responsabilidad allí donde debe existir; no le faltaba á Lamennais más que una hora de voluntad clara y de decisión. Su debilidad violenta le impulsa. Fué víctima de sí mismo y de sus irresoluciones fatales antes de serlo de los otros y de sus indiscretos ardores.

II

Veamos cómo se desarrrolla ante nuestros ojos ese destino, la historia completa de esa alma arrojada como por un arranque de desesperación fuera de su camino.

¡Qué de cóleras amasadas en el secreto de este corazón entregado á tan crueles combates!

Al pronto, su inteligencia se vuelve al cielo y busca en las enseñanzas del catolicismo un alimento para su fe. Fué aquel un período de ascetismo al mismo tiempo que de apostolado. En la segunda mitad de su vida, tan violentamente separada de la primera, dos casos subsisten al través de la diversidad de las doctrinas: el ardor del apóstol y el tono sombrío é irritado de su dialéctica. Sólo que en lugar de desplegarse contra los enemigos de la teocracia, esta dialéctica arrebatada se vuelve con ímpetu súbito contra los adversarios de la democracia. Aspera ironía, elocuencia sobrecargada de imágenes fuertes y lúgubres, desprecio furioso de las doctrinas que combate, tono imperioso de un jefe de ejército en una batalla sin tregua, vida totalmente ocupada en luchar, aunque la causa porque

lucha haya cambiado por completo en el intervalo de unos cuantos años, he aquí cómo se traduce en M. de Lamennais, sin distraerse ni disiparse jamás, la tristeza que llena su alma y que se desborda tumultuosamente.

La pasión del apostolado supone casi siempre espíritu de dominación. No falta este espíritu en M. de Lamennais. Parece que no encuentra placer en concebir ideas, sino por imponerlas á los demás. Su esfuerzo perpetuo, su deseo visible, es el de agrupar en torno suyo inteligencias dóciles, penetrándolas con su aliento, animándolas con sus ideas, lanzándolas como otros tantos discípulos al través del mundo. Con nadie acepta compartir su influencia ni transacción de ideas. Quiere mandar ó no ser nada. Fué jefe de doctrina en el seno de la Iglesia hasta en los últimos años de la restauración, é imprimió sus brillantes y peligrosas teorías en todos los espíritus jóvenes de la clerecía francesa. Pero aún fué más allá; quiso ser jefe de escuela, y publicó *El Porvenir*. Vagamente amenazado, trató de fundar un partido en la Iglesia, más que un partido, una secta, y reunió en el Paracleto de la Chesnaie á sus más ardientes discípulos.

Más tarde, cuando hubo vibrado el último rayo, y arrojádole con

choque terrible al otro extremo de las opiniones humanas, busca, sin encontrarlo, su puesto, no en las filas, sino á la cabeza de la democracia. Quiso ser filósofo, y hubiera aceptado el cargo de legislador. ¿Qué digo lo hubiera aceptado: lo tomó! Intentó ser el Solón ó el Licurgo de la República del 48. Llevó al comité constitucional, del que era miembro, un proyecto completo, un sistema de gobierno pronto á funcionar al día siguiente; pero quiso imponerlo por la autoridad y el derecho de una inteligencia superior, y no consintió en someterlo á un debate, retirándolo en cuanto estuvo convencido de que había de discutirse. Existía entonces la pasión más que las costumbres de la democracia.

M. de Lamennais es, por sus gustos, un dominador intelectual; pero le faltan muchas cualidades para el cumplimiento de su vocación. Como político, no se daba cuenta de los hechos; jefe de escuela, no se cuida de los hombres; escritor, no tiene el arte de las demostraciones tranquilas. Su política se convierte á cada instante en utopía. Su supremacía intelectual acaba por el aislamiento. Su elocuencia no es á menudo otra cosa que una retórica sombría ó inflamada.

También le faltaba para influir sobre los hombres el tacto moral,

cierto vigor físico, el prestigio material de una voz fuerte, de un gesto firme, la plena posesión de sí mismo, esa excitación dominadora que produce en algunos hombres la vista de la multitud, ó la contradicción humana. El imperioso pensador sentía radical timidez en medio de otros hombres. Jamás logró sobreponerse á este defecto de su carácter, á este sufrimiento. Para ser dueño de todas sus facultades, hacía falta que de antemano estuviese seguro del asentimiento deferente de sus discípulos, ó al menos de la probable amistad de los que le escuchaban. Fuera de este centro elegido y preparado, se turbaba y balbuceaba; no era, en todos casos, más que la sombra de sí mismo.

La misma falta de aptitud para las relaciones de negocios ó de partido. Durante los últimos quince años de su vida, le vemos evitar cuidadosamente su estancia en París: iba allí á menudo, pero sólo permanecía de pasada y cuando le era absolutamente preciso. Todo le ofende y le irrita en París. Como todos los hombres puramente especulativos, es inhábil para la vida, y propongo á acusar á los hombres, cuando bien á menudo debería acusarse á sí mismo. No es dudoso que en Roma, adonde fué á ofrecer sinceramente una reconciliación, y de donde no sacó más que incurable

amargura, debió sin duda dificultar la situación, hasta llegar á un rompimiento, por aquella detestable altanería y aquella actitud desconfiada, que son á menudo el disfraz de la timidez en ciertos hombres superiores. Gustaríamos de ver la verdadera dignidad sin tanta cortedad y embarazo.

Le faltaba, para ser lo que era en realidad, la atmósfera moral de la más indulgente amistad. Entonces parecía otro hombre. Vencida la primera timidez, se explayaban con efusión su alma y sus ideas. Sin embargo, aun en las más raras circunstancias, la forma en que se expresaba era siempre algo contenida: era poco amigo del diálogo, de la discusión, de la réplica. Era menester que tuviese delante de sí, para desarrollar su pensamiento, tiempo y espacio. Su espíritu no se enardecía más que con arreglo á medida, sosteniéndose en su remontamiento gradual por medio de divisiones lógicas, trazando al rededor de cada parte del asunto series de cuadros que recorría sucesivamente. Sus conversaciones, salvo los casos en que aquéllas recaían sobre cosas familiares de la vida, tomaban también en este escritor, por cierta invencible costumbre, el rumbo teológico. El teólogo persistía siempre.

Tal nos le pinta en una animada página uno de sus amigos, el joven

M. Forgues, cuando nos da cuenta de las belicosas y encantadoras reuniones matinales de la calle de San Lázaro, en casa de M. de Vitrolles. Así también nos le representa un antiguo amigo, el cardenal Wissemann cuando, refiriéndonos sus recuerdos, nos habla de este hombre de pequeña talla, débil, falto de autoridad en la mirada y sin gracia alguna exterior, sentado, con la cabeza inclinada sobre el pecho, juntas las manos ó suavemente enlazadas, arrojando de un golpe en la conversación, después de largos intervalos de silencio, un torrente de palabras y de ideas con motivo de una sencilla cuestión, apoderándose del asunto en su unidad, dividiéndole con maestría, desarrollando cada una de estas divisiones, concluyendo después, con una voz dulce, monótona, interior, sin interrupciones ni vacilaciones, como en esos soliloquios en que el alma medita con ella misma.

Pero donde M. de Lamennais está en su centro, como en su casa, es en la Chesnaie, en una soledad poblada de jóvenes entusiastas. Aquí es donde hay que verle, en la seguridad absoluta de su espíritu, desplegando su originalidad, tanto especulativa y mística, tanto libre y familiar. M. de Lamennais tuvo siempre amor á los jóvenes: este es el lado más humano de esta alma.

El solo sentimiento muy afectuoso que ha experimentado ó mostrado en su vida, parece haber sido á la edad de treinta y tres años por cierto joven inglés, Enrique Moorman, al cual prodigó hasta la muerte de este prosélito todas las riquezas de una sensibilidad que más tarde se cierra, se contrae de una manera dolorosa.

Conservaba un poco de esta viva amistad en las reuniones de tarde en la Chesnaie, hacia aquellos brillantes jóvenes que se estrechaban en torno suyo con admiración y deferencia. Gerbet, Cazales, Lacordaire, Elie de Kertongny y algunas veces Montalembert, los cuales vivían bajo el imperio de esta gran inteligencia, en todo el brillo entonces de su gloria y de sus primeras luchas, antes de la ruptura y cuando nada parecía irreparable. Verdaderamente, en esta lejana fecha de 1832, á pesar de la distancia del tiempo y del intervalo más grande aún de los acontecimientos y de las ideas, las tardes de la Chesnaie, nos ofrecen un agradable y curioso espectáculo. Varios jóvenes de mérito juntos en este cenáculo, bajo la presidencia de aquel que parecía reunir en sí todas las grandezas del genio, del sacerdocio y acaso de una próxima persecución; esta asociación de inteligencias y de estudios en la gran obra de la res-

tauración de la libertad, anuncio de una nueva era en la Iglesia afianzada y en la sociedad regenerada; en fin, la tentación misma de un gran peligro vagamente sentido, la seducción de las luchas posibles en defensa de la verdad, de la cual el favor divino ha constituido á un solo hombre como mandatario de los demás; todo esto debía influir poderosamente sobre las imaginaciones de cada uno de los discípulos, puesto que nosotros mismos no somos insensibles á estas impresiones lejanas. En esta vida de esfuerzo y de pasión, hubo una hora de tiempo tranquilo que debió contener á esta alma de combatiente.

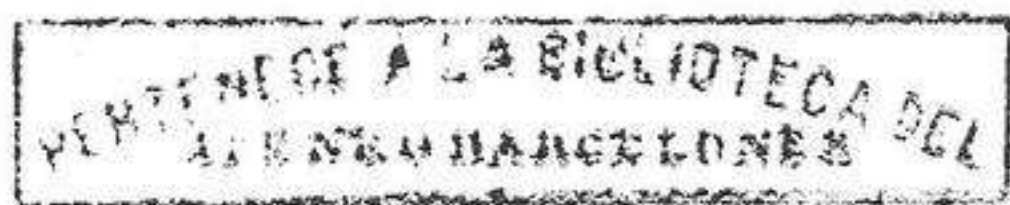
El signo característico de la admiración oficial al rededor de Lamennais, era el recuerdo de San Pablo en medio de los gentiles, de San Juan en Patmos. La lucha de los *poderes interiores* del apóstol con los más terribles misterios del espíritu de Dios que le visita, el porvenir entrevisto, la contemplación de los abismos de espantosas profundidades, todas esas imágenes místicas arrojaban á los jóvenes en una especie de exaltación permanente y de éxtasis agitado. El auditorio estaba preparado para poner al orador en su centro y hacerle disponer de todas sus fuerzas.

Sin embargo, algunas veces se in-

terrumpía la solemnidad de la idea, y entonces nos encontrábamos con un Lamennais inesperado. ¡Qué viva y expresiva pintura nos ha dejado de él uno de sus discípulos de aquel tiempo, el poeta desconocido del cenáculo, Mauricio de Guerin! Estaba allí, cerca del grande hombre, por las tardes, después de comer, cuando se formaba el círculo en derredor del inmenso sofá bajo el retrato del abuelo. Era la hora de la conversación. «Entonces si entráis en el salón, veréis allá abajo en un rincón una cabecita, nada más que la cabeza, mientras que el cuerpo está hundido en el sofá, con los ojos lucientes como carbuncos; oiréis también una voz tan pronto grave, tan pronto burlona, y algunas veces largos accesos de risa aguda: *Es nuestro hombre*. Política, filosofía, viajes, anécdotas, historietas, daires, malicias, todo ello sale de su boca bajo las formas más originales, más vivas, más ingeniosas y más inusitadas, y con los relatos más nuevos y profundos, algunas veces con parábolas admirables por el sentido y la poesía. Un poco más lejos se ve un rostro pálido, de ancha frente, cabellos negros, hermosos ojos, manifestando una expresión de tristeza y de sufrimientos habituales y hablando poco: es M. Gerbet, el *más dulce y entristecido de los hombres*.»

A pesar de estas agradables pinturas, el joven discípulo confiesa muchas veces que él no se acerca más que raras veces á M. de Lamennais y nunca sin cierta emoción. Las efusiones alegres no eran más que un accidente en la vida común; el entusiasmo un poco sombrío, teñido de los mismos colores de esta alma angustiada, dominaba entre aquellos severos jóvenes consagrados al trabajo y preparándose interiormente para la persecución.

¡Hora tranquila y encantadora ésta del cenáculo de la Chesnaie! Bien pronto este cenáculo va á dispersarse y á quedarse en la soledad M. de Lamennais. Empieza el desgarramiento... Réstanos referir los incidentes psicológicos de este gran divorcio.



III

La correspondencia publicada por M. Forgues nos permite seguir y notar las fases del cambio que va á prepararse y á cumplirse. En un espacio de diez años, de 1825 á 1836 próximamente, se reconcentra el interés de nuestro estudio. Este intervalo, relativamente corto, está singularmente nutrido. En un mismo hombre encontraremos muchos per-

sonajes diferentes, que, aun cuando en la apariencia se continúan, se alteran y modifican hasta incurrir en la más violenta contradicción.

Al principio es el apologista, iba á decir el padre de la Iglesia, en toda la gloria de la lucha victoriosa, el autor del *Ensayo sobre la indiferencia*, que combate porfiadamente, insistiendo con elocuentes frases en favor de su propia causa, que identifica con la de la religión y contra las doctrinas heréticas y liberales, satánicas y democráticas, galicanas y ateas (*La Religión considerada en sus relaciones con el orden civil y político*, 1826; *Los progresos de la revolución*, 1829). Es después el teócrata iluminado por el rayo de 1830, defendiendo todavía las ideas católicas; pero esta vez con las armas y la lengua de la libertad moderna, fundando *El Porvenir* con el doble entusiasmo de su alma renovada y de algunas inteligencias jóvenes, abrasadas del fuego que á él le devora, creador del partido católico, que debe sobrevivirle, modificando y atenuando su programa. Es en 1832 el peregrino de Roma, que, inquietado en el ardor del combate por la amenaza de las censuras eclesiásticas, se dirige al Vaticano, y después de una larga permanencia, llena de incidentes dilatorios, regresa desalentado, llevando en el corazón incurable herida: es el solitario

de la Chesnaie, exaltándose en sus meditaciones bajo las cadenas druidicas, que, en lugar de la calma esperada, arrojan sobre su alma una turbación fatal semejante al vértigo; es en fin, el viajero que llega arrastrado más allá de su pensamiento por el éxito mismo de la obra, bien decidido en un principio á no ejercer su libertad reconquistada más que en el orden político; pero impulsado por la situación movible en que se ha colocado, obligado á extender cada vez más esta esfera de acción, hasta que, franqueando los últimos límites, él hijo respetuoso de la Iglesia, un instante tan celoso por su causa, parcialmente independiente después, llega un día en que se rebela, y en el cual, después de haber tenido, según una frase célebre, el gusto del cisma, acaba por tener el valor.

Triste biografía de una gran inteligencia errante al través de las más diversas situaciones con que su impetuosa movilidad le empuja, haciéndole tropezar, y cuyo vuelo quebrantado se dirige con indomable energía, ya en uno, ya en otro sentido. No arroja la correspondencia nueva luz sobre el interior ensombrecido de esta alma durante las crisis en que se consume. Pero nos hace asistir casi día por día á esta psicología enfermiza, en la cual cada incidente parece que es una

explosión, durante diez años, los más agitados que ha vivido hombre alguno.

Uno de los rasgos de esta correspondencia es la personalidad imperiosa que reina en toda ella. No más que un personaje presente, el autor. Los otros no parece que están allí más que para dar ocasión á la réplica ó al discurso.

Las principales personas á quienes dirige su correspondencia, en este período de su vida, son la condesa de Lenfft, M. Berryer, M. de Vitrolles y M. de Coriolis. Pero con dificultad se conocerá al pasar de una á otra carta que se pasa de una persona á otra. Que M. de Lamennais dirija sus reflexiones á *la pudorosa alemana* (mujer de un diplomático austriaco, embajador en Turín), ó á su hija, la condesa Lucía, ó al grande abogado de la legitimidad que hacía notar ya su puesto en la primera fila de la abogacía, ó á tal hombre de Estado ó á tal amable marqués gascón, mitad personaje político, mitad literato, que tenía mejor *sprit* en su prosa que en sus versos, el tono de la correspondencia jamás cambia sensiblemente.

Cada carta ostenta el sello distintivo del gran escritor y de su fuerza de imaginación; pero en todas falta esa gracia insinuante y vaporosa, ese arte delicado de hablar á

cada uno su lenguaje, de dar á las ideas el giro particular que conviene á diferentes personas. Salvo las primeras y las últimas frases, donde se nota alguna que otra fórmula de salutación ó despedida, todas sus cartas se distinguen por el mismo tono de amargo dogmatismo. El escritor no prescinde de sí mismo, jamás contiene sus músculos ni sus nervios. No abandona su pasión fija, y cuando alguna vez se abandona es para lanzar al adversario alguna trivialidad enorme. La correspondencia no es entonces, en honor á la verdad, más que una larga serie de cortas sentencias. De aquí una fatigosa monotonía y la falta de encanto.

Buscando con cuidado, se encontrarán algunas raras derogaciones de esta costumbre en un espíritu que se impone tal como es, incapaz de plegarse á las circunstancias, á las situaciones, á los varios caracteres de las personas. Dos ó tres cartas nos ofrecen cuidados inesperados para la piedad ortodoxa y asustadiza de Mad. de Genfft. Era por la época en que lanzó al mundo la obra colérica titulada *Las Palabras de un creyente*. «Va á aparecer, escribe, un librito que os ha de desagradar; ya oiréis hablar de él. Os suplico que no lo leáis; unos no lo entenderán; otros no podrán entenderlo. En rigor, este no es un libro

del presente; es un libro de instinto, de presentimiento y de conciencia. Las palabras del autor son ásperas; pero no las creo injustas. Sin embargo, ellas herirán, deben herir. Una vez más os suplico que no lo leáis. Hay en el fondo de todo ello como un deber misterioso, como un entero sacrificio de sí, que, no sólo no se busca, sino que se huye y que saca del alma angustiada esta frase: *Transeat calix iste*. Es preciso, sin embargo, beber este amargo cáliz, y beberlo hasta las heces.» Se adivina en estas líneas una atención delicada hacia un alma de mujer, atención que hay que agradecer á ese dominador soberbio, que cuando cambia de idea no admite transacción alguna con las ideas de los otros.

El fondo de todas estas cartas, es al principio, el interés de la Iglesia, el éxito de la situación en que debe colocarse ante el siglo, la celosa preocupación de su independencia, que no le parece asegurada más que á condición de que domine á las coronas; más tarde es el interés de la humanidad, su porvenir, su emancipación de todas las formas de la tiranía; siempre la política. Todas las cuestiones filosóficas ó religiosas vienen á resolverse, para él, en apreciaciones acerca de los hombres y de los acontecimientos contemporáneos en re-

lación con su pensamiento dominante. Aun en los tiempos de mayor fervor católico, vano sería buscar en estas cartas algún rastro de dirección de las almas ó alguna efusión de orden interior. Se coloca á la cabeza de la masa humana, con su bandera, retirándose á disgusto de ese tumulto y de esa arena, donde combate con ideas cuando carece de armas. En cuanto al cristianismo espiritual, aquel que se preocupa menos de regular los destinos de los imperios que de tocar los resortes delicados y secretos del alma para llevarla á la perfección religiosa, esa mística solicitud, es completamente ajena al autor de la correspondencia.

Sólo la política le impulsa á manejar la pluma y le lanza en esas disquisiciones epistolares que, en último resultado, no son más que juicios improvisados con febril ilusión acerca de las cosas públicas. Es todo su tiempo visto al través de las ilusiones de un pesimismo injurioso y desolado.

Si no hay nexo de unión en estas cartas, según las personas á las que están dirigidas, no lo hay tampoco con relación á los personajes que el azar de la política coloca bajo el fallo de este implacable juez. Parecía que Francia estaba entregada á la imbecilidad, á la locura, al charlatanismo. El sistema representativo

es bufón, es tan sólo una gran parada; el galicanismo no es más que el régimen representativo en la Iglesia. En las cartas de 1825, Chateaubriand y *Los Debates* son tratados con un desprecio furioso.

Los tres poderes del Estado parecen ser una *emanación* de la *Fuerza*, de *Santa Pelagia*, de *Charenton*. M. de Frayssinous, en su doble cualidad de prelado y de ministro, recibe todos los golpes. Es el perseguidor de la Iglesia. Cae enfermo, y he aquí el grito de M. de Lamennais: «No se crea que en adelante pueda ir lejos. ¡Qué cuenta tan terrible tendrá que rendir! Todos sus adversarios están condenados. M. de Vatimesnil tiene hambre y sed de persecuciones: en la Iglesia harta su rabia. Los ministros tienen todas pasiones feroces. El ministerio es, en grande, la carroza de Thpis, con una diferencia: que en lugar de untarse con las heces del vino, puede embadurnarse de sangre.» Tiene la alucinación del crimen: por todas partes ve el infierno desencadenado.

Las más siniestras predicciones acompañan sus escritos como un estribillo lúgubre. No solamente anuncia en cada página la caída de los Borbones, convertidos (¿quién lo creería?) en los verdugos de la Iglesia. Pero es Francia, es la sociedad toda que va á cubrirse de

tinieblas. El mundo se va, los tronos vacilan por su base, resbalando en la sangre. El cisma va á presentarse. (Lamennais ni siquiera duda que este cisma pueda cumplirse.) Hay en el aire tempestad de crímenes. Si la causa que él defiende no triunfa, la sociedad perecerá. «Si no flota nuestra bandera sobre la cumbre de la sociedad regenerada, flotará sobre las cumbres del mundo. *La vieja sociedad está podrida. La sociedad es idiota; ella sola se va á la Morgue pasando por la Salpêtrière.*»

Todas estas imágenes sombrías empujadas la una contra la otra, todas estas declamaciones violentas, se envían, por decirlo así, unas á otras, el eco monótono de la misma alma, todo ello á propósito de los más simples incidentes de la vida política ó de la vida parlamentaria, de algún debate ó de alguna dotación, de una medida administrativa, menos que esto, á propósito de un artículo de periódico. Estas citas están tomadas de la parte de la correspondencia anterior á la revolución de 1830, anterior á la actitud extrema que tomó en *El Porvenir*, y, por consiguiente, á todo desacuerdo, ni aun el más remoto, con la Iglesia; pertenecen á ese período relativamente tranquilo, donde se cree encontrar, á lo menos en algún intervalo de la vida militante de Lamennais, un

poco de paz, algunas meditaciones dirigidas al interior del alma ó hacia el mundo ideal como parece que convendría á un clérigo.

No es seguramente elocuencia ni talento lo que falta en sus cartas; es la justicia, la proporción, el sentido lúcido de las cosas. No hay ni enlace en los juicios, ni grados en esta cólera, que de un salto llega al paroxismo y que en él se mantiene durante mil páginas. Los hombres que no se mueven en el sentido de ciertas ideas muy particulares, no pueden ser más que criminales ó locos sin distinción ó sin remisión. M. de Lamennais no tiene dos maneras de clasificar á los hombres; no tiene más que una. Los términos medios se le escapan. Por una singular ilusión de óptica moral, no ve más que los dos extremos de la gran línea; el bien y el mal. Nada encuentra entre ambos términos, y cuando un historiador ó un observador no alcanza á ver claramente este punto intermedio, nada comprende ni en el modo ni en la vida.

Tal es la enfermedad de este violento espíritu; no advierte que pierde por su exageración crédito para con sus lectores. ¿Cuál es el verdadero nombre de esta enfermedad violenta y desarreglada del juicio? El fanatismo; pero aquí el fanatismo se complica y se agrava con la retórica. Fácilmente se notan sus

procedimientos literarios, la hipérbole y la profecía, resultando de todo ello un juego tristemente pueril. Se conoce el esfuerzo de la imaginación que se eleva desde lo más injurioso hasta lo más trágico. No es bastante llamar perversos á los adversarios, esto es vano y frío; llamarlos almas viles, el efecto no es aún bastante fuerte; hay que recargar la expresión y llegar hasta la hipérbole del odio, llamándoles *almas cadavéricas* (1). Tal es su procedimiento.

¡El odio cincelado en la expresión con tan gran cuidado literario! ¡Tanta solicitud en escribir bien; la preocupación del efecto en medio de tan violentos movimientos del alma! Todo lo que Lamennais escribe tiene también una mezcla singular de imágenes, de metáforas preparadas, sostenidas, graduadas por los más sabios artífices del estilo, y al mismo tiempo anatemas revestidos de tono bíblico. La pasión de Rousseau, mezclada á veces con la retórica de Thomas, se mezclan en las primeras inspiraciones de este alma nutrida con la lectura de la Biblia, alternando con predicaciones místicas, apocalípticas, y produciéndose esta sucesión de efectos que van siempre exagerándose y buscando grado

(1) En *El Pueblo constituyente*, después de la insurrección de Junio de 1848, á propósito del general Cavaignac.

mayor: tal es la impresión que nos deja su correspondencia.

No conozco espectáculo más penetrante que la pintura de la humanidad bajo el pincel que la ultraja ó la deshonra, á voluntad. Cuando se dejan estas tristes páginas, parece que se sale de uno de esos círculos del infierno del Dante, en que se ve agitarse bajo una lluvia de fuego en lagos de lodo las tropas aulladoras de condenados. Se siente necesidad de volver á contemplar la hermosa luz del día, de encontrar el rostro amado de algún niño, la sonrisa y el afecto de un amigo. Se tiene necesidad de creer en la primavera y en la vida.

La hipérbole es la forma de lo absoluto en política. Lamennais pertenece á esa raza de espíritus quiméricos que pretenden imponer al conjunto tan complejo y delicado de las cosas humanas, el mecanismo rígido de un sistema, que tratan á la vida social en forma de silogismo, que no quieren ver entre la idea pura y el hecho esa multitud de obstáculos que no se suprime ni por el desprecio ni por la cólera, y de los cuales es preciso hacerse cargo si se quiere influir sobre la realidad. Raza eterna y siempre renaciente, que usa en la pura quimera de grandes dones y de grandes fuerzas, y que, sin embargo, se mueve en el vacío.

Lo absoluto no transige ni con los hombres ni con las cosas. De aquí la intolerancia y la ausencia completa de sentido práctico. La intolerancia de M. de Lamennais está bien probada. La correspondencia, que no es más que una larga requisitoria contra su tiempo y contra su país, lo testifica suficientemente. La ausencia de sentido práctico se marca en todas las cartas en que trata de definir el estado social á que aspira. Fuera de algunos bellos apóstrofes á un porvenir más celebrado que descrito, á la revolución que ha de conducir de estación en estación al género humano sobre el Thabor á la libertad, que sería el reinado de Dios sobre la tierra, al derecho natural y divino que quiere que las naciones no pertenezcan á nadie más que á ellas mismas, que dejen de ser la propiedad de un solo hombre ó de una clase de hombres; fuera de unas cuantas bellas máximas sobre un cristianismo social que será la solución tan deseada del problema del pauperismo, y las afirmaciones mil veces repetidas acerca de la aurora de la nueva Era que agujerea ya las tinieblas del viejo mundo y que deslumbra hasta el pueblo mismo de los sepulcros, no se encuentra nada, absolutamente nada, que revele una intención práctica, un programa seriamente estudiado. Es una aspiración, no una doctrina.

Lo absoluto en política no contiene solamente el error de ser impracticable y de andar eternamente errante, fuera de los hechos; contiene además el inconveniente grave de estar inclinado á cambiar rápidamente y por completo hasta la contradicción. En lo absoluto no caben términos medios. Por el movimiento interior de las ideas ó por el efecto del conflicto de las fuerzas exteriores, ocurre que estos espíritus están prontos á modificarse. Cuando lo hacen, no es que cumplan una evolución; es una revolución violenta como ellos mismos, y que imprime en la imaginación popular la idea instintiva de un grande escándalo.

Esto es lo que ocurre á Lamennais. No es muy difícil penetrar hasta el fondo de esa alma inquieta, apasionada, móvil, y demostrar cómo se ha preparado lentamente ese movimiento que le arrebató bruscamente de un polo á otro en el mundo de las ideas, de lo absoluto de la teocracia á lo absoluto de la democracia.

De un extremo á otro lo que colma el abismo, ó lo que, por lo menos, permite comprender de qué modo se ha franqueado ese abismo en un día, es la teoría misma de la certidumbre, que es el fondo del *Ensayo de la indiferencia*, y que transporta la autoridad de la razón

individual, así sea la del genio mismo, á la razón universal, verdadero sistema de democracia aplicado á la metafísica, teoría del sufragio universal desarrollado en la región de las ideas; esta misma costumbre, este carácter particular de su espíritu le lleva á preocuparse del cristianismo social y político, más bien que del cristianismo interior y espiritual (1); es, en fin, el odio igual y continuo que le anima, en los períodos más diversos de su vida contra los poderes humanos, usurpadores de la autoridad y del derecho. Se mezcla también hasta en los arrebatos de su teoría ultramontana una especie de democracia, que hacía de su política la más singular mezcla de ideas teocráticas y de lenguaje revolucionario. Al principio reclamaba los derechos de los pueblos para colocarlos bajo la única tutela cuya legitimidad reconocía: la del Papa. Más tarde suprimió el tutor, y confió directamente los derechos del pueblo al pueblo mismo. Su democracia ultramontana, una vez condenada, se inclina sencilla y puramente á la democracia.

Su nueva fe estaba preparada,

(1) M. de Sainte-Beuve, en un retrato fechado en 1836, y que es el más verdadero que se ha trazado de Lamennais, ha tocado este punto con una sagacidad singularmente penetrante, adivinando el porvenir.

nutrida, desarrollada por las luchas ya tenidas, por los argumentos amontonados, por la costumbre de combatir á los ministros y á los reyes. Cuando la crisis llega, se ve bien claramente que la fe antigua estaba profundamente minada. Cayó la fe, y apareció el nuevo hombre con todo el ardor de sus convicciones democráticas. Su tenacidad tomó rumbo contrario: esto fué todo. Roma le pareció desde entonces condenada á ser la antítesis de la revolución, el símbolo de la muerte, enfrente de la doctrina de la vida. No fué escéptico ni un solo instante. Ni una hora estuvo pendiente su pensamiento sobre el abismo: de un solo salto lo había franqueado. No hubo intermitencia en su vida moral ni intervalo en su fe; era de esos espíritus á quienes manda la voluntad, y que experimentan la imperiosa necesidad de apoyar sus fuerzas en un punto fijo. No arman la lucha más que con lo exterior, huyen con una especie de terror de las incertidumbres, de los combates interiores, de la angustia de la duda. Se dominan bastante para imponerse una fe nueva cuando la antigua fe les falta.

Eso es lo que claramente resulta de la correspondencia. La actitud de esa alma implacable y fiera es curiosa de estudiar en el momento de la crisis que va á cortar en dos

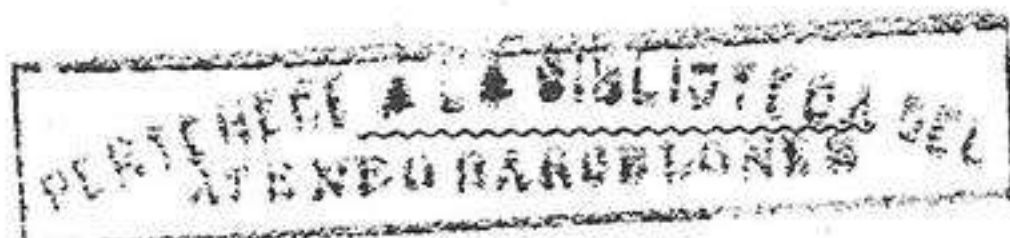
esta vida. Ni mirada melancólica hacia el pasado, ni inquietud ante el porvenir que se abre á sus ojos con sus perspectivas ilimitadas y oscuras, en una edad en que tan difícil es desterrarnos de nuestros hábitos, de nuestro lugar intelectual y moral, de las más caras amistades... á los cincuenta y dos años. Ni una queja, ni un gemido que pueda enternecer á los testigos de esa gran crisis. Ni un grito que revele angustia. El autor parte con la frente alta por las regiones nuevas que se propone recorrer. Franquea los límites de este viejo mundo, del cual ha sido uno de los más gloriosos hijos, sin volver la cabeza, sin lanzar una palabra de despedida á todo lo que tanto amaba. A las excitaciones que se le dirigen no da más que una respuesta. «Roma en adelante nada tiene que decirme, ni nada tengo yo tampoco que decir á Roma.» «Cada uno tiene su día, que no ha escogido, su día providencial por donde es preciso que marche. Un irresistible empuje nos conduce adonde debemos ir. A las almas piadosas que dirigen al caminante un grito de tierna desesperación, les contesta: «No os apresuréis á juzgar. Dios no dejará al mundo en esta grave y terrible incertidumbre.» He aquí todo; bien pronto se aleja, mezclándose en lo más vivo de las luchas democráticas. Un año des-

pués volvemos á encontrarle en París entre los defensores de los acusados de Abril. Todo el pasado ha muerto, completamente muerto; parece no recordarlo más que por su tristeza. Es, sin embargo, el gran partidario de la revolución, el tribuno del pueblo, pero un tribuno cada día más solitario, misántropo, humanitario, incurablemente triste.

¡Qué hubo angustias en esta alma en el momento de la ruptura y en la continuación de ella, no es posible dudarlo, mas con qué cuidado nos oculta todo rastro de ellas! ¡En qué abismo de silencio las ha sepultado! Podemos ir más lejos de lo que va la correspondencia é intentar sorprender el secreto de esa alma que ha querido ocultarlo hasta la muerte, redoblando en los últimos momentos su dignidad sombría y su fiereza inquebrantable. El mismo exceso de este estoicismo, esa insensibilidad impenetrable sobre el lecho fúnebre, esa actitud elegida, una actitud semejante á la de un luchador que trata de erguirse al caer, lo que prueba la fuerza, pero una fuerza que se aplica y emplea por completo. No es ciertamente esa actitud de un alma mediana. Mas ¿quién osaría decir que es esta la actitud de una voluntad segura de haber elegido bien? La serenidad no existe en su muerte. En ese silen-

cio violento se oye el grito comprimido de grandes dolores. Yo me digo. ¡Cómo sufre! Y en seguida el grito de la carta profética de 25 de Junio de 1816 me vuelve al espíritu con la ola de amarguras que de él se escapa. «Acontezca lo que quiera, en adelante no puedo menos de ser extraordinariamente desgraciado...» Hay destinos inevitables.

E. CARO.



DESPEDIDA AL PIANO

Tristes los ojos, pálido el semblante,
De opaca luz al resplandor incierto,
Una joven, con paso vacilante,
Su sombra traza en el salón desierto.

Se sienta al piano: su mirada grave
Fija en el lago del marfil que un día
Aguardó el beso de su mano suave
Para rizarse en olas de armonía.

Agitada y febril, con insistencia
Evoca al borde del teclado mismo
A las hadas que en rítmica cadencia
Se alzaron otras veces del abismo.

Ya de Mozart divino ensaya el estro,
De Palestrina el numen religioso,
De Weber, triste, el suspirar siniestro
Y de Schubert el canto melodioso.

—¡Es en vano!—exclamó la joven bella,
Y apagó en el teclado, repentino,
Su último son, porque sabía ella
Que era inútil luchar con el destino.

—¡Adiós!—le dice—eterno confidente
De mis sueños de amor que el tiempo agota,
Tú que guardabas en mi edad riente
Para cada ilusión alguna nota;

Hoy mudo estás cuando tu amiga llega,
Y al ver mi triste corazón herido,
No puedes darme lo que Dios me niega:
¡La nota del amor ó del olvido!

ANÓNIMO.

LA MÚSICA

La música es una ley moral. Da alma al universo, alas al pensamiento, vuelos á la imaginación, encanto á la tristeza, regocijo y vida á todas las cosas. Es la esencia del orden, y eleva hacia todo lo bueno, justo y bello; de lo cual es forma invisible, pero deslumbradora, apasionada, eterna.

(PLATÓN.)

En cierto sentido, la música es mucho más antigua que el hombre; y desde el comienzo de la existencia humana, la voz ha sido una fuente de melodía. Por desgracia, la historia primitiva de la música está sepultada en una profunda oscuridad. El uso de las letras ha precedido con mucho á la invención de las notas, y la tradición nos revela muy poca cosa acerca de este particular. En cuanto á los instrumentos de música, es probable que primero se inventaran los de percusión, luego los de viento, y, por último, los de cuerda; es decir, primero el tambor, después la flauta, y al cabo la lira.

El debate entre Marsyas y Apolo

simboliza, según se supone, la lucha entre la flauta y la lira; Marsyas representa la flauta primitiva, Apolo es el campeón de la lira. Naturalmente, venció esta última, y dió vuelo á la voz: el sonido musical. «Nacido del aliento humano, va más derecho al alma que ningún sonido producto de las manos solas.» (Lewis Morris.)

Diferentes mitos se han formado para explicar el origen de la música. Una tradición griega pretende que las cigarras fueron seres humanos antes de venir al mundo las Musas. Cuando las Musas aparecieron, los seres humanos, ebrios de gozo, «cantaron y cantaron tanto, que se olvidaron de comer y murie-

ron de hambre por amor al canto. Fueron transformados en cigarras. Estas recibieron el don de cantar siempre, sin comer ni beber, y ellas son quienes revelan á los Musas el nombre de los que aquí abajo las veneran». (Platón.)

Los antiguos autores y comentaristas cuentan que Pitágoras, «meditando un día acerca de la necesidad de una regla para guiar al oído, análoga á la que dirige á los otros sentidos, pasó por acaso junto á una fragua y notó que los martillos, en número de cuatro, resonaban muy armoniosamente; los pesó, y vió que su peso era proporcional á seis, ocho, nueve y doce. Siguiendo este principio, tendió cuatro cuerdas iguales en longitud y diámetro, ató en cada una de ellas pesos en la proporción antedicha y descubrió que emitían los mismos sonidos que los martillos, es decir, la cuarta, la quinta y la octava del tono más bajo». (Crowest.) Sea como fuere, parece ser que la lira no tenía primitivamente más que cuatro cuerdas; dícese que Terpandro añadió tres más, y después otra, sumando ocho.

Los chinos indican las notas por medio de palabras ó de sus iniciales. La más baja se llama *kung* ó el emperador, por ser la nota fundamental, base de todas las demás; la segunda, *tschang* ó el primer mi-

nistro; la tercera, el *súbdito*; la cuarta, los *asuntos públicos*; la quinta, el *espejo del cielo* (1). Los griegos también tenían un nombre para cada nota. Por desgracia, no tenemos ninguna muestra de la música griega y romana, ni siquiera de la Iglesia cristiana primitiva. Las que se llaman, porque sí, notas gregorianas, no fueron inventadas hasta seiscientos años después de la muerte de Gregorio.

El monasterio de Saint-Gall posee un ejemplar del *Antifonario* de Gregorio, compuesto hacia el año 780 por un cantor enviado de Roma á Carlomagno para reformar la música del Norte; en ese manuscrito están indicadas las notas por *neumas*, de donde poco á poco han salido nuestras notas; al principio estaban colocadas en una sola línea, después se han añadido otras poco á poco. Pero no podemos extendernos acerca de este interesante asunto.

El más antiguo trozo de música que se conoce para cuatro voces es una canción inglesa para cuatro hombres: *Summer is i-comen in* (*El verano ha venido*), que, según se pretende, data lo menos de 1240; se conserva en el Museo Británico.

En lo que concierne á la música, los ingleses de cierto han merecido

(1) Rowobotham: *Historia de la música*.

bien de la humanidad. Hacia 1185, Giraud de Cambrie, obispo de Saint-David, dijo: «Los britanos no cantan aires al unísono como los habitantes de las demás comarcas, sino de varias partes. Por eso, cuando se reúnen los cantores, según costumbre de ese país, oiréis tantas partes diferentes como cantores hay.»

El embajador de Venecia, en tiempo de Enrique VIII, hablando de la música religiosa inglesa, decía: «La misa fué cantada por los cantores de S. M., cuyas voces son más celestes que humanas; no cantan como hombres, sino como ángeles.»

El doctor Burney dice que los ingleses pueden estar tan orgullosos de Purcell como compositor de música, cual de Shakespeare como autor dramático, de Milton como poeta épico, de Locke como metafísico, ó de sir Isaac Newton como filósofo y matemático; y, sin embargo, por desgracia, la música de Purcell es muy poco conocida entre nosotros, «con gran perjuicio nuestro», según pretende Mac-Farren.

Purcell murió joven, y en su tumba se encuentra el célebre epitafio: «Aquí yace Henry Purcell, quien ha abandonado esta vida para ir á un lugar bendito, único donde su música puede ser superada.»

Son desconocidos los nombres de los compositores de algunas de las más lindas melodías que poseemos, hasta de melodías comparativamente recientes. En ese caso, por ejemplo, se encuentra esta exquisita canción de *Drink to me only with thine eyes* (1), cuya letra tomó Ben Johnson de Filóstrato y que se considera como la más bella de todas las canciones populares.

La música del *God save the queen* ha sido adoptada por más de media docena de países diferentes, y, sin embargo, no se sabe quién es su autor; unos la atribuyen al doctor John Bull, otros á Carey. Es probable que esta canción fuese cantada por primera vez en una taberna de Cornhill.

La música y la letra de *O Death, rock me to sleep* dícese que son de Ana Bolena (Anne Boleyn); y *Stay, Corydon* y *Sweet Honey-Sucking Bees*, de Wildye, el primer compositor de madrigales (2). *Rule Britannia*, compuesto por Arne, se encontraba al principio en *La Máscara de Alfredo* (3), representado por primera vez, en 1740, en Cliefden, cerca de Mai-

(1) No brindes por mi salud sino con tus ojos.

(2) Canciones sin acompañamiento instrumental.

(3) Comedia de carnaval en Inglaterra, en los siglos XVI, XVII y XVIII.

denhead. A Arne se le debe la música de *Where the bee sucks, there lurk I*; el *Vicario de Bray* ha sido adaptado á un aire conocido, *A Country Garden*. Debemos *Come nuto these yellow sands* á Purcell; *Sigh no more, ladies*, á Stewens; *Home sweet home*, á Bishop.

Nuestra música nacional tiene algo de extraordinariamente melancólica; por eso, en general, está en modo menor, como casi toda la música de los salvajes. Estos no parecen tener cantos de amor.

Herodoto nos refiere que durante toda su estancia en Egipto no oyó más que una canción, y era una canción triste. Lo mismo me ha sucedido á mí. Parece que la melancolía es inherente á la música, y no es Jessica la única en decir: «Nunca estoy alegre al escuchar dulces melodías (1).»

Las historias de la música narran curiosas anécdotas acerca de las circunstancias que acompañaron á la composición de ciertas obras.

Cuenta Rossini que escribió la ópera de la *Gazza ladra* el mismo día de la primera representación, en un granero de lo alto de la Scala donde había sido encerrado por el director, bajo la vigilancia de algunos maquinistas que arrojaban el manuscrito por la ventana,

hoja por hoja, á medida que lo iba componiendo. Preténdese que Tartini compuso en un sueño el *Trille du diable*, su mejor obra. Rossini, hablando de su coro en *si* mayor *Dal tuo stellato soglio*, nos refiere que, mientras lo escribía, mojó de pronto la pluma en una botella de medicina, en lugar de mojarla en el tintero: «Hice un borrón, lo sequé con arenilla y tomó la forma de un becuadro; lo cual me sugirió la idea instantánea de cambiar el *si menor* en *si mayor*, y á ese borrón se debe todo el efecto de esa pieza.

Hay otras especies de música que, aun cuando no merecen en rigor ese nombre, pueden proporcionar, sin embargo, vivísimos placeres. Para el cazador, ¿qué música aventaja á los ladridos de los perros corriendo? El graznar de las cornejas, citado á menudo como un ruido desprovisto de toda belleza propia, es delicioso, sin embargo, por los recuerdos que evoca.

Hay, no obstante, una verdadera música de la naturaleza: el canto de las aves, el rumor de las hojas, el murmurio del agua sobre la playa arenosa, las lamentaciones del viento y del mar. Es muy antigua la idea de que los cuerpos celestes emiten sonidos lo mismo que luz. «La música de las esferas» es una expresión proverbial. «No hay una sola de las más pequeñas esferas que contem-

(1) Shakeaspere: *El Mercader de Venecia*.

plas, que, en sus evoluciones, no cante como un ángel del cielo y que no una su voz al coro de los querubines de cándidos ojos. Esta misma armonía se encuentra en las almas inmortales. Pero en tanto que llevamos puestas las groseras vestiduras de fango y corrupción que nos envuelven, no podemos oirla.» (Shakespeare.)

En efecto, la música muchas veces creo que apenas pertenece al universo material, sino que es «el eco de un mundo muy lejano del nuestro, donde el hombre, la claridad de la luna y el sentimiento forman una sola cosa». (Swinburne.)

Hay música en la palabra lo mismo que en el canto; no sólo nos parecen musicales la voz de los que amamos ó la que despierta en nosotros dulces recuerdos, sino que hay en ciertas voces una verdadera melodía.

Dice Milton: «Callóse el ángel y dejó en el oído de Adán su voz de mágico timbre; tanto que, creyendo que aún le hablaba, permaneció inmóvil el hombre, escuchándole.»

¿No es extraño que no se tome tanto trabajo por la voz natural como por el canto? Porque «¿qué causa, por sucia y mala que sea, defendida por una voz armoniosa, no parecerá más pura de toda apariencia del mal?» (Shakespeare.)

Regla general: «El hombre que

no tiene música en sí mismo y á quien no le conmueve el acorde de los sonidos armoniosos, es capaz de toda clase de traiciones, de estratagemas y de depredaciones.» (Shakespeare.)

Sin embargo, pueden citarse excepciones notables. Al doctor Johnson no le gustaba la música; oyendo decir un día que una pieza era muy difícil, manifestó su sentimiento de que no fuese imposible de ejecutar.

Como pudiera esperarse, los poetas han celebrado alabanzas del canto, en versos de una armonía exquisita. Por supuesto, lo han hecho desde puntos de vista muy diferentes.

Milton lo invoca y habla de él como de un arte voluptuoso: «Para ahuyentar los cuidados devoradores, mécame con dulces aires lidios que, desposados con versos inmortales, penetren el alma enternecida en cuanto la toquen, con notas de ritmo entrelazado, de una suavidad continua y que arrebatan; mientras que con loco afán y una sabia sencillez la voz acariciadora, corre á través del dédalo de los sonidos, desatando todas las cadenas que apresan el alma oculta de la armonía.

Algunas veces se considera la música como un instrumento de seducción; así, Spencer dice de

Phædria: «Y más dulce de oír que cualquier ave de la espesura, unía á menudo sus cantos á los de él, y se esforzaba por aventajar (era capaz de ello) la instintiva música de él con el arte refinado de ella.»

Otras veces mírase como un elemento de pura dicha:

«Hay en el alma una simpatía con los sonidos; y lo mismo que se conmueve el espíritu, los oídos se encantan con aires tiernos ó bélicos, vivos ó graves; entonces, una cuerda que vibra al unísono con lo que oímos, queda tocada dentro de nosotros y el corazón responde. ¡Cuán suave es la música de esas campanas de aldea que, á intervalos, hieren el oído con dulces cadencias, que ahora se extinguen á lo lejos, ahora suenan fuerte, cada vez más fuerte, claras y sonoras, cuando sopla el viento de tempestad!» (Cowper.)

También se nos muestra conmoviendo el corazón humano:

«El alma de la música dormita en la caracola, hasta que se despierta y se anima con la palabra mágica del dueño; también, si tocas tú á los corazones sensibles en el buen sitio, derramarán oleadas de melodía desconocidas hasta entonces.» (Rogers.)

Es también un medio de educación:

«He enviado allí libros y músi-

ca, y todos los instrumentos que sirven á los grandes genios para evocar lo futuro de su cuna y lo pasado de su tumba, y hacer de lo presente un manantial de pensamientos y de goces que dormitan, pero no pueden perecer, envueltos en su propia eternidad.»

(Shelley.)

Puede, en fin, inspirar ideas religiosas:

«Lo mismo que por el poder de los himnos sagrados pusiéronse en movimiento las esferas y cantaron las alabanzas del gran Dios Creador todos los bienaventurados allá arriba, así también cuando en la postrera y tremenda hora desaparezca la vana apariencia de este mundo, se oirá la trompeta en los cielos, vivirán los muertos, los vivos morirán, y su toque de llamada romperá la armonía de los espacios celestes.» (Dryden.)

O como dice el poeta:

«¡Oid cómo descende! Resbala como esas lejanas campanas sobre el lago, por la tarde, cuando todo está apacible; y ahora el sonido se eleva como cuando los coros de numerosas y dulces voces entremezclan sus cantos fúnebres, que á cada postura repercuten en olas de armonía sobre las techumbres de la vieja catedral. ¡Oh! Me siento levantado de la tierra, mi espíritu se cierne más allá de los cielos y

deja tras de sí las estrellas. Ya los ángeles me conducen á esas felices riberas donde cánticos de triunfo llenan los aires. ¡Adiós, miserable tierra, adiós! Mi alma esta libre.» (Shakespeare.)

Nunca se ha descrito el poder de la música más hábilmente que lo hizo Dryden en *La Fiesta de Alejandro*, aunque allí no pudiera tratarse de la influencia de la música en sus más elevados aspectos.

Los poetas han atribuido siempre á la música (¿y quién querría contradecirles?) un verdadero poder hasta sobre las fuerzas inanimadas de la naturaleza. Shakespeare explica las lluvias de estrellas por la atracción de la música: «El rudo mar se calma al oír su canto, y algunas estrellas se precipitan locamente fuera de sus órbitas para escuchar la voz de la sirena.»

La música ha inspirado á algunos prosistas páginas de grandilocuencia. «La música — dice Platón — es una ley moral. Da alma al universo, alas al pensamiento, vuelos á la imaginación, encanto á la tristeza, regocijo y vida á todas las cosas. Es la esencia del orden, y eleva hacia todo lo bueno, justo y bello; de lo cual es forma invisible, pero deslumbradora, apasionada, eterna.» «La música — dice Lutero — es un magnífico y glorioso don de Dios. Por nada del mundo

querría yo renunciar á mi humilde participación en ese beneficio.» «La música — dice Halévy — es un arte que Dios nos ha dado y en el cual pueden unir sus plegarias con un ritmo armonioso las voces de todas las naciones.» «La música — dice también Carlyle — es una especie de lenguaje inarticulado, insondable, que nos conduce al borde de lo infinito y nos permite echarle una momentánea mirada.»

«Hay siete notas en la escala, pongamos catorce — dice Newman. — ¡Qué poca cosa para tan vasta empresa! ¿Cómo puede la ciencia sacar tan magnífico partido de tan flacos recursos? ¡Y de qué pobres elementos se vale el compositor para crear un mundo nuevo! ¿Diremos que esta fecundidad de imaginación no es más que una simple habilidad, una astucia artística, como un juego de moda, sin realidad, sin sentido alguno? ¿Es posible que esos inagotables cambios y disposiciones de notas, tan ricos y sencillos, tan complejos y bien regulados, tan varios é imponentes, no sean más que simples sonidos destinados á pasar y desaparecer para siempre? Esas misteriosas agitaciones del corazón, esas profundas emociones, esas extrañas aspiraciones hacia lo desconocido, y esas terribles sensaciones cuyo origen se ignora, ¿pueden ser producidas

por lo que no tiene ninguna realidad, por lo que no viene más que para desaparecer y encontrar en sí mismo su principio y su fin?—No; esto no es, no puede ser así. No; han brotado de alguna esfera superior, son las efusiones de la eterna armonía transmitidas por sonidos terrestres; son los ecos de la casa paterna, las voces de los ángeles, los *magnificat* de los santos, las leyes vivas del reino divino ó los atributos de Dios; encierran algo superior á ellas mismas, que no podemos medir, que no podemos expresar; y, sin embargo, un hombre mortal, que acaso no se distinga de sus semejantes bajo ningún otro aspecto, tiene el don de evocarlas.»

Tomamos también la siguiente cita de Helmholtz, uno de los más profundos intérpretes de la ciencia moderna: «Como el Océano siempre en movimiento, ese flujo y reflujo de sonidos repetidos de una manera rítmica, y sin embargo variada siempre, fijan nuestra atención y nos arrastran; pero al paso que en el mar sólo están en movimiento las ciegas fuerzas físicas y la impresión final en el espectador es una impresión de soledad, en una obra musical es la emoción del artista quien pone en movimiento las olas de la armonía. Ya deslizándose con suavidad, ya saltando con gracia, aquí violentamente agitado y conmovi-

do, allí luchando penosamente con la expresión natural de la pasión, el torrente de los sonidos en su prístina frescura hace nacer en el alma del oyente emociones que no podía concebir y que sólo el artista ha oído cantar dentro de él; lo eleva, en fin, hasta ese lugar de reposo y de eternal belleza, de que Dios sólo ha permitido ser heraldos á un pequeño número de sus electos.»

La poesía y la música se unen en el canto. Desde las edades más remotas, la canción ha sido la dulce compañera del trabajo. El áspero cantar del barquero flota sobre las aguas, el pastor canta en la colina, la lechera en la lechería, el labrador en los campos. Cada oficio, cada ocupación, cada acto y escena de la vida, tienen desde mucho tiempo acá su particular género de música; desde tiempos inmemoriales, la desposada es conducida al altar, el trabajador va á su obra y el viejo á su eterno descanso, cada cual con la música que le conviene.

La música ha sido definida con feliz acierto como madre de la simpatía, secuela de la religión; no ejerce su pleno y completo efecto, como decía el emperador Carlos VI á Farinelli, más que cuando no se limita á encantar el oído, sino que trata también de tocar en el corazón.

Hay personas que consideran la

vida presente como extrañamente prosaica y mercenaria. Dudo de que esto sea exacto; pero, en ese caso, más que nunca tenemos una necesidad imperiosa de música.

Por lo mismo que tanto ha hecho ya la música en pro de la humanidad, más podemos esperar de ella en lo venidero.

Además, es un goce para todos. Para apreciar la ciencia y el arte se necesita una educación especial; no cabe duda de que un oído ejerci-

tado apreciará más completamente las bellezas de la música; pero aun cuando hay individuos y hasta razas en quienes no existe el amor á la música, por fortuna son en extremo raros.

La buena música no es por necesidad ocasión para gastos muy cuantiosos; en la actualidad ya no es lujo y privilegio del rico, y podemos esperar que cada vez más ha de conseguir ser regocijo y consuelo del pobre.

JOHN LUBBOCK.

VERDAD AMARGA

I

Me despertaba llorando,
cuando niño, muchas veces,
porque en mis sueños veía
acercárseme la muerte.

II

Hoy, enfermo, solo y triste,
cada vez que lo recuerdo,
lloro también; pero lloro...
¡porque todo ha sido un sueño!

ALVARO FONTOSO.

APLICACIONES JUDICIALES Y MÉDICAS

DE LA ANTROPOLOGÍA CRIMINAL

El tipo criminal en el arte.

Lo que hemos dicho respecto á la literatura, aplíquese aún más á las Bellas Artes (pintura, escultura).

El doctor Eduardo Lefort, en una bellísima monografía (*El tipo criminal, según los sabios y los artistas*, Lyon, editor Storck, 1892), acaba de demostrar que en todas las obras maestras, y particularmente en las de la pintura, el tipo criminal, tal como lo ha comprobado científicamente la nueva escuela, ha sido completamente comprendido por los grandes maestros, aun de los siglos más atrasados.

Así, en la *Degollación de los Inocentes*, de Giotto, uno de los soldados verdugos tiene el cráneo estrecho, los labios gruesos, y prognatismo del maxilar inferior.

En el *Martirio*, de Fray Angélico de Fiesole, uno de los verdugos tiene enorme desarrollo de

los pómulos y de las mandíbulas.

En el *Juicio final*, de Miguel Angel, varios condenados tiene tipo mongólico ó negro y las orejas puntiagudas y en forma de cucurucho; en este fresco encontramos también una cabeza de demonio con la frente deprimida hacia atrás, nariz puntiaguda, orejas grandes y en forma de cucurucho.

Algunas cabezas de condenados tienen enteramente un aire de imbecil, de idiota.

En uno de los lienzos de Andrés Mantegna, representando un mártir, el verdugo dispuesto á herir, tiene una cabeza horrible; frente huida, cráneo calvo, nariz chata, labios gruesos, avanzando el inferior sobre una barba cuadrada.

El Tiziano, en su *Martirio de San Lorenzo* y en su *Cristo coronado de espinas*, nos muestra los verdugos

con cabeza amazacotada, frente baja, extraordinario desarrollo transversal de la cara, cabellos que empiezan desde muy abajo, abundantes barbas desaliñadas.

Rafael, en la *Cena*, ha puesto á Judas con cabeza ancha, cejas contraídas, labio superior saliente.

En la *Subida al Calvario* y en la *Degollación de los Inocentes*, representa también á los verdugos con labios gruesos, cejijuntos, prognatismo del maxilar inferior, predominio del diámetro transversal de la cara y fuertes mandíbulas.

Pablo Cagliari, llamado el Veronés, en *La crucifixión* y en su *Jesús con la cruz áuestas*, nos presenta verdugos con cara de idiotas, disimetría vertical, cabellos espesos, barba rala, parte superior del rostro demasiado fuerte respecto á la inferior, boca estirada hacia atrás, labios comprimidos, enormes apófisis zigomáticas.

Los soldados y verdugos de Carraccio (Luis), en su *Coronación de espinas* y en *La flagelación*, tienen mirar atravesado, cabeza cuadrada, cejas muy en arco, nariz gruesa, boca ancha con labios contraídos.

Entre los maestros de las escuelas flamenca, española y francesa, hallamos repetidos los mismos caracteres.

Rubens pinta á *Judit cortando la cabeza á Holofernes*, con enorme

quijada y labios gordos y prominentes.

Ribera, llamado el Españolito, en el *Martirio de San Bartolomé* y en el *Suplicio de San Lorenzo*, nos muestra el verdugo y los asesinos con ojos fijos y penetrantes, nariz larga y fuerte, cara demasiado considerable para el volumen del cráneo, protuberancias frontales abultadas, frente huida, orejas grandes mal configuradas y puntiagudas, cráneo muy aplastado en la región parietal, y exuberante, por el contrario, en su parte cerebelosa.

Por último, Cousin, en el *Juicio final*; Le Poussin, en su *Martirio de San Bartolomé*, y en nuestros días, Horacio Vernet en *Los bandidos*; Géricault, en la *Cabeza de un ajusticiado*; Fourau, en la *Cabeza de Fieschi* y Ary Scheffer, en *El beso de Judas*, tienen verdugos, bandidos y demonios con rasgos fisonómicos que recuerdan con la mayor exactitud los del criminal nato, *el tipo criminal* conforme al de la nueva escuela antropológica.

Todas estas afirmaciones van comprobadas por la reproducción gráfica (108 grabados), lo cual redobla su importancia; y conviene advertir que esta preciosa monografía sale de una escuela (la de Lyon), donde se es muy mal recibido en hablando del *tipo*.

CÉSAR LOMBROSO.

LOS ROUGON-MACQUART

(CONTINUACIÓN)

Una de las constantes preocupaciones del autor de los *Rougon-Macquart* es ésta: «Hay que variar las obras, contraponerlas fuertemente unas á otras.» A cada nuevo libro, por temor á caer en la uniformidad, trata de hacer lo opuesto á lo intentado en el anterior. Así, después de *El Vientre de París*, que no es más que un inmenso «bodegón», nada tiene de extraño que pensase en una novela de pasión y de análisis. Su editor, M. Charpentier, era el primero en pedirle amistosamente «alguna cosa menos atrevida dentro del arte». Siguió este consejo y escribió *La Conquista de Plassans*, para la cual pocas notas tuvo que tomar. Casi todo el trabajo preparatorio se limitó á la composición de un plan, como siempre, muy detallado. Utilizó allí ciertos recuerdos antiguos de Aix, curiosas interioridades de una familia á quien conoció en otro tiempo, y ciertas historias escandalosas ocurri-

das en realidad y que adaptó á las necesidades del drama. En cuanto al caso particular de la locura de Mouret, todo el carácter de aquel hombre que al principio no es loco, pero pasa por serlo, y á fuerza de pasar por tal concluye luego por enloquecer efectivamente, la idea está tomada de uno de sus antiguos artículos del *Evènement*, rotulado *Historia de un loco*. Escribió el libro entregándose á él por completo, como de costumbre, pero sin gran contentamiento artístico. Y, cosa notable, el tomo se ha vendido siempre menos que los demás. Aun hoy día, á pesar del gran impulso que ha comunicado á la venta de toda la serie el formidable triunfo de *La Taberna* y de *Nana*, se ha quedado un poco atrás *La Conquista de Plassans*; al paso que libros en los cuales no hay nada que al parecer deba apasionar al público, verbigracia, *El Vientre de París*, han tenido mucha mayor venta. De donde

reulta que en arte el triunfo es siempre de las notas extremadas, y que la muchedumbre es una mujer á quien no hay por qué cortejar, porque sólo quiere que la fuercen.

Con *La Falta del abate Mouret*, nuestro novelista se permitió de nuevo otra hermosa orgía de arte. La obra se divide en tres partes distintas. En medio de las secciones que puede decirse que están dentro de la realidad, estalla enérgicamente como cubo de fuegos artificiales una especie de poema en prosa imitado del *Génesis*. Y á propósito, sin permitirme condenar ni aprobar, advierto que hasta hoy, en cada libro del autor de los *Rougon-Macquart* se encuentra alguna idea melódica del mismo género, una especie de intención extraliteraria, que no se revela en tal página más bien que en cual otra, sino que resalta con evidencia en el conjunto de la obra. Así, toda *La Fortuna de los Rougon* se ha hecho para el idilio de Miette y de Silverio, que en medio de un largo drama burgués, sangriento y estúpido, estalla de pronto como heroico toque de corneta. Respecto á *La Ralea* — pido perdón por citarme á mí mismo, y repetiré lo que hace muchos años hice notar en *La Campana* del 24 de Octubre de 1872 : — «Según el propósito del autor, el oro y la carne entonan allí en cada página su canción sonora. Estos dos temas se entrelazan uno con otro, se sostienen, se confunden, se apartan para reunirse bien pronto más estrechamente aún; y el fraseo melódico dura todo el libro, produciendo una música singu-

lar.» *El Vientre de París* es todo él prodigioso bodegón. Una de las páginas más intensas es aquella famosa «sinfonía de los quesos» que hizo taparse la nariz á cierto crítico, pobre hombre corto de vista, que no advirtió entonces que, de cabo á rabo, todo el libro es pura sinfonia: la de la manducatoria, el vientre, la digestión de una capital. En *La Conquista de Plassans*, obra de análisis puro, no hay idea melódica si se quiere; sin embargo, siempre hay una intención primera, no expresada en apariencia, pero que palpita en el fondo de cada página, una especie de alma latente del libro: la idea de la caída de una casa, presa de invisibles carcomas que la minan sin cesar, hasta el hundimiento final. Avanzando más en la serie, idénticas intenciones extraliterarias se ven dondequiera, calculadas, exactísimas. En *Una página de amor* hay cinco descripciones de París, bajo diversos aspectos, las cuales resurgen como el estribillo de una canción.

El Pecado del cura Mouret se escribió en 1874, en verano, en la casita donde á la sazón vivía Zola, calle de San Jorge, barrio de Batignolles. El verano era muy cálido; y el novelista, que no habiendo salido aún de la escasez, retrocedía ante el aumento de gastos de una temporada de verano, trabajaba en medio de una soledad absoluta, sin salir de casa ni recibir visitas. Recuerdo dos ó tres lecturas que hizo de la novela mientras estaba tejiéndola á la caída de la tarde, en el

ahogado recinto del jardinillo, rodeado de altos paredones y sito detrás de la casa. Este libro fué uno de los que más trabajo le dieron. Tuvo que reunir un montón de notas. Desde muchos meses antes, su mesa de trabajo estaba atestada de libros religiosos. Toda la parte mística de la obra, en especial el culto de María, está tomado de la lectura de los jesuitas españoles. De la *Imitación de Jesucristo*, hay muchos trozos casi textuales. Los documentos acerca de los años de Seminario se los comunicó oralmente un clérigo que ahorcó los hábitos. Por último, muchas mañanas seguidas, en la iglesia de Santa María de Batignolles, las escasas devotas que oyen las primeras misas debieron de quedar edificadas por la presencia de un hombre sentado en un rincón, devocionario en mano, siguiendo los menores movimientos del sacerdote con una atención tan profunda, que hubiese podido pasar por recogimiento. Después, de vez en cuando, con un lapicerito, garabateaba á escape dos ó tres palabras en la margen del libro. Pues bien; el fiel atendiente era el autor de los *Rougon-Macquart*, que preparaba *El Pecado del cura Mouret*. Me acuerdo de haberle acompañado así á la iglesia una mañana, y de haber asistido, sin comprender cosa mayor, á una representación de ese drama misterioso que se llama «la misa». Para penetrarse de sus menores peripecias, tuvo que recurrir á las explicaciones de ciertos manuales especiales para uso del clero. El poema en prosa que constituye la segunda

parte, el *Paradou*, también le costó largas pesquisas. Fué un prolongado y á veces doloroso esfuerzo. Las amplias descripciones de plantas y flores que allí se encuentran no han sido tomadas sólo de los catálogos, como suelen decir; el novelista llevó su escrupulosidad hasta el punto de ir á las exposiciones hortícolas con el fin de describir cada planta conforme á la realidad. También aplicó al asunto su antiguo amor idílico á la naturaleza, recuerdos del Mediodía, un retorno á las ternuras de su adolescencia por la vida campestre. No se olviden las largas caminatas del colegial de Aix, con sus dos inseparables Cézanne y Baille. Diez y seis años más tarde, el recuerdo de la hacienda «Galice» entre Aix y Roquefavour, inspirará al novelista la pintura del *Paradou*.

Para *Su Excelencia Eugenio Rougon*, sexta obra de la serie, Zola tuvo que ejercitar de nuevo todas sus facultades adivinatorias. El mundo habitual del segundo Imperio era aún más desconocido para él que el mundo agiotista de *La Ralea*. Pintar la corte imperial en Compiègne, cuando nunca se han puesto allí los pies, mostrar un consejo de ministros, sacar á la escena un presidente del Consejo, hacer hablar á Napoleón III, todo esto hallábase erizado de dificultades. Diez y ocho meses de crónica parlamentaria en *La Campana*, donde había dado cuenta de las sesiones de la Asamblea nacional, le sirvieron de mucho. Respecto á Compiègne en particular, casi todo se lo proporcionó un libro muy documentado

do: *Recuerdos de un ayuda de cámara*. Gustavo Flaubert, uno de los antiguos invitados á las famosas suarés, le refirió también ciertos detalles típicos, no sólo acerca de la residencia imperial, sino acerca del emperador mismo, su aspecto físico, su clase de ingenio, su modo de hablar, de andar, etc. Para el capítulo en que se describe el bautizo del príncipe imperial, el novelista tuvo que andar largo tiempo á la rebusca de documentos. El *Moniteur* de la época contenía algunos detalles, pero no todos. Por ejemplo, respecto á las calles demolidas, ¿cómo no cometer anacronismos? Según dice Carlos Baudelaire.

París viejo se va: nuestras ciudades
Se transforman aun antes que nosotros.

A veinte años de distancia, es ya muy difícil reconstituir un horizonte parisiense con alguna exactitud. En cuanto á los personajes de *Su Excelencia Eugenio Rougon*, como más tarde respecto á los de *Nana*, se ha pretendido dar diversas claves; pero salvo en lo que atañe al duque de Marsy, de quien realmente quiso el autor hacer un duque de Morny, todas las demás suposiciones son erróneas. Así, nadie querrá creer que el nombre de Eugenio Rougon no se haya elegido de propósito para indicar de una manera transparente á M. Eugenio Rouher. Y, sin embargo, no hay nada de eso. He aquí la verdad exacta: el nombre de Eugenio Rougon estaba adoptado desde 1868, época en que se hizo el plan de la serie. Cuando eligió el apellido

Rougon para juntarlo con el de Macquart, Zola en lo que menos pensaba era en M. Rouher; únicamente se decidió por «Rougon» porque este apellido, muy común en Provenza, lugar originario de la familia, le parecía eufónico y fácil de retener en la memoria. Por otra parte, habiendo tenido Pedro, el primero de los Rougon, cinco hijos en su matrimonio con Felicidad Puech, y habiendo recibido el nombre de Eugenio en los primeros tomos aquel de los cinco de quien más tarde quiso el autor hacer un ministro, no hubo más remedio que conservarle el nombre de pila. Siendo este un hecho consumado, cuando siete años más tarde se dedicó el novelista á delinear su personaje, confieso que tomó de la realidad, es decir, del exministro M. Rouher, dos ó tres pormenores, verbigracia, la actitud del viceemperador en la tribuna, su manera de combatir los argumentos de la oposición, su manía de solazarse en tener salidas y decir cosas ingeniosas. Pero aparte de estos dos ó tres puntos, más bien creo que el novelista se ha retratado á sí propio en el carácter del ministro. Eugenio Rougon, ese hombre casto que huye de la mujer y ama el poder intelectualmente, menos por las ventajas que el poder concede que como una manifestación de su propia fuerza, Eugenio Rougon es para mí Emilio Zola ministro; es decir, el ensueño de lo que pudo ser si hubiese aplicado su ambición á la política.

El éxito de *Su Excelencia Eugenio Rougon*, lo mismo que el de las nove-

las anteriores, no correspondió á las esperanzas del ambicioso literato. Sin embargo, era el sexto de la serie; y seis tomos forman ya torre. Los primeros tuvieron al principio dos ediciones de venta; del sexto se vendieron tal vez una ó dos ediciones más; aparte de eso, la aparición de cada nueva obra daba salida á algunos centenares de las anteriores. Ciertamente, M. Charpentier no perdía dinero; la serie iba llegando á ser un buen negocio de librería. Sólo que en el público no había pasión; nada de arrebatárselas de las manos. En los periódicos, no diré que existiese una conspiración del silencio, sino indiferencia, inclinación general á ocuparse de cualquiera otra cosa que no fuese crítica literaria, despegado por el arte asfixiado entre el barullo político. Sin embargo, de tarde en tarde un desesperado ladrido de Barbey d'Aurevilly, ó bien, en *Le Siècle*, algún estudio, cortés pero de poco alcance, de Carlos Bigot, tratando muy por encima el asunto. Todo ello era un mezquino resultado, después de seis obras que representaban más de seis años de trabajo excesivo, una suma de esfuerzos que asombra. ¡Soñar con llegar en literatura á capitán general, y quedarse de capitán á secas! Tal era el estado de ánimo del autor de los *Rougon-Macquart*.

¡Y decir que ese triunfo, que no llegaba en Francia, comenzaba, no obstante, á asomar en el extranjero, en Rusia; decir que quizá bastaría la circunstancia más leve para determinarlo! El menor azar feliz pudiera ser

la chispa que prende fuego á la pólvora.

En cuanto al novelista, lejos de desalentarse por lo despacio que llegaba al buen éxito, hizo lo que en tales casos hacen los fuertes. Llegado que hubo el verano, marchóse con su mujer y su madre á pasar tres meses en Saint-Aubin; allí, frente al Océano, se dedicó á buscar el plan de *La Taberna*.

Yo había ido á verle á la casita que alquiló. Una tarde, sentados ambos en la arena de la playa, hablábamos contemplando las olas. Hacía un tiempo sereno, y nuestra conversación iba y venía, á ratos, de los esplendores del espectáculo que teníamos á la vista á las dificultades del próximo libro que deseaba emprender. Este libro, un gran estudio acerca del pueblo de los arrabales parisienses, era una antigua idea largo tiempo acariciada y que por fin contaba poner por obra. ¡Conocía tan bien al pueblo! De niño, durante un viaje á París, ¿no había pasado algunas semanas en casa de un pariente que era obrero, en uno de esos caserones poblados de hogares pobres como el que deseaba describir? Más tarde, durante sus años de miseria, ¿no había vivido también mucho tiempo en medio de los obreros, en la calle de la Pepinière, en Montrouge, en la calle de Saint-Jacques y en el bulevar del Montparnasse? Acordábase de haber asistido á escenas asombrosas de color y movimiento: sobre todo, á una muerte, y á festejos, y á comilonas alegres, y á francachelas. Pues bien; sacaría partido de todos esos recuerdos; su libro se-

ría una monografía completa de la vida del pueblo. Habría allí una boda y un entierro típicos; todas las edades, todas las variedades del trabajador, el laborioso y el borracho, el mozo honrado y el chulo de burdel.

Para presentar á algunos obreros en su trabajo, herramientas en mano, ya había tomado notas, yendo á visitar, antes de salir de París, una fragua, un taller de tirador de oro y un lavadero. Por último, para hacer hablar á los obreros, habíase engolfado también en un estudio preparatorio de lingüística; y hasta registrando el «Diccionario de la lengua franca» de Delvass, había descubierto su título: *L'Assommoir* (la taberna). Lo único que aún no tenía, y le traía á mal traer, era el drama del libro, es decir, el hilo en que ensartase esos diversos documentos, la fábula en torno de la cual actuasen sus notas y sus recuerdos. En una palabra, «aún no tenía asunto», y esta idea apagaba su entusiasmo; y de pronto nublábase su frente con la expresión inquieta del que busca una incógnita.

—¡Necesito una cosa sencillísima!— suspiraba.

Ante nosotros, hasta perderse de vista, las olas al sol hacían bailar chispas. Sobre nuestras cabezas extendíase el cielo, profundo y azul. Y como ninguna nube empañaba la atmósfera, allá, á lo lejos, entre mar y cielo, la línea del horizonte se redondeaba en una inmensa curva muy limpia.

—Mire V.—me dijo de pronto, señalándome con el dedo aquella línea del

horizonte:—necesitaría encontrar algo como eso... una cosa sencillísima, una línea sin interrupción... El efecto sería quizá también muy grande...

Y añadió que se contentaría probablemente con la sencilla vida de una mujer del pueblo que hubiese tenido dos hijos de un amante, casada más tarde con otro hombre, buena al principio con él y animosa para el trabajo, llegando á establecerse de lavandera, y luego, á consecuencia de haberse dado á la embriaguez su marido, yendo á parar ella misma al desorden y á la miseria. Pero le faltaba el nudo, y no gritó el famoso ¡Eureka! sino cuando tuvo la idea de hacer que volviese Lan- tier á su antiguo hogar doméstico. *La Taberna* existía.

Tal fué la gestación de esta sétima novela de la serie, que debía indemnizarle del fracaso relativo de las seis anteriores. Escribir *La Taberna* le llevó más tiempo que las otras obras. Sólo después de los dos primeros capítulos le ocurrió la feliz inspiración de emplear en el curso del relato, no, como dicen algunos, el caló especial de los ladrones y de las prostitutas, sino el lenguaje popular que todo el mundo comprende. Por consiguiente, había consultado los diccionarios de greguería, no tratando de formarse un idioma completo con ellos, sino queriendo sencillamente refrescar la memoria, elegir, de modo que no se le olvidase ninguno, los términos de que con mayor frecuencia hacían uso los obreros. Donde el autor toma la palabra, también él adopta atrevidamente

aquella lengua de los personajes del libro: ¡libertad de estilo, que no es sino refinamiento de exactitud! ¡Nuevo procedimiento de la novela moderna, en que el escritor se oculta lo más posible, con el fin de no interponerse entre la intensidad del drama y la emoción inmediata del lector! Esa forma nueva, pintoresca, fué sin duda una de las causas de la prodigiosa fortuna de *La Taberna*. El novelista, á quien la popularidad no había mimado aún hasta entonces, no imaginaba, al escribir su libro, que iba á abrirse paso por la literatura como una bala de cañón. Sin embargo, hubo ciertos síntomas precursores, significativos para un observador sagaz.

La Taberna comenzó á salir en folletín en *El Bien público*, diario democrático. Siendo Zola crítico teatral del mismo periódico, le vendió en diez mil francos el derecho de publicar *La Taberna* en folletín. Si los buenos demócratas habían creído á su crítico teatral capaz de escribir para ellos una obra de adulación populachera, susceptible de «hacer cosquillas» en los arrabales y servir de cebo al suscriptor republicano, no tardaron en conocer su error. La tirada no aumentó sensiblemente, al paso que los escasos suscritores se amoscaban. Como solía suceder al publicarse una novela de Zola en periódico, llovían cartas de lectores coléricos, iracundos; esta vez, sobre las acusaciones de inmoralidad se destacaba una acusación mucho más grave á los ojos de *El Bien público*: la de calumniar al pueblo é insultar al obrero. El desbordamiento

de injurias adquirió tales proporciones, que el director del periódico se vió obligado á interrumpir á la mitad la publicación de un folletín que, me apresuro á decirlo en elogio suyo, tuvo la honradez de pagar por completo.

Catulo Mendés, que dirigía entonces una revista literaria, *La República de las letras*, pidió á Zola que le dejase publicar la parte de la novela ante la cual había retrocedido el republicanismo de *El Bien público*. Fué idea óptima para *La República de las letras*, la cual no perdió los miles de francos que su director ofreció al novelista, pues fué durante algún tiempo revista muy leída y muy discutida. Aún no había aparecido en la librería *La Taberna*, y ya se hablaba mucho más de ella que de sus predecesoras. Agitaba la atmósfera un viento de discusiones apasionadas. Y recuerdo que por aquella época uno de mis amigos, Tony Révillon, que seguía con interés la novela en *La República de las letras*, me hizo la predicción siguiente:

—Diga V. á Zola que puede estar tranquilo: su libro se venderá como pan... *La Taberna* obtendrá un triunfo extraordinario.

El mismo Zola, inclinado á verlo todo negro, esperaba resultado feliz; pero sus más risueñas esperanzas no pasaban de cierto límite.

—Quedaría contentísimo—me decía—si llegase á la décima edición.

Después del éxito colosal, que excedió con mucho de sus previsiones, antes de ponerse en seguida á escribir *Nana*, especie de contraste de *La Ta-*

berna (obedeciendo siempre á la necesidad de variar), pensó que sería buena táctica poner entre dos obras de tono muy subido una nota de medias tintas, más dulce y más tranquila. Entre dos esfuerzos que se proponían igualmente mostrar con brío dos aspectos terribles de la sociedad, el autor de los *Rougon-Macquart* quiso descansar con un análisis íntimo, registrando un rincón de la humanidad que siente. Además, uno de sus antiguos planes era estudiar fisiológica y psicológicamente cómo se determina uno de esos fenómenos que se llaman *amor, pasión*. «Sería magnífico dedicar á tal problema un estudio sobrio, con dos ó tres personajes, de puro análisis», le había oído yo decir muchas veces. Tal era el pensamiento primitivo; pero, llegada la hora de ponerlo en vías de ejecución, otra antigua idea se apoderó de él á su vez—idea de los tiempos en que vivía en la calle nueva de San Esteban del Monte—hacer de París, visto desde una altura, una especie de ser viviente, mudo testigo de un drama, siempre presente, pero cambiando de aspecto, según los diversos estados de ánimo de los personajes. De esta idea artística, unida al proyecto de hacer el análisis exacto de una pasión, nació *Una página de amor*.

Gran parte de este libro se escribió también en un verano, el de 1877, en la Estaque, pueblecito á orillas del Mediterráneo, cerca de Marsella. Esta vez no tuvo Zola que tomar notas, excepto para las descripciones de París, que le hicieron subir muchas veces al

Trocadero. También había asistido á un baile de niños, para poder describir el que forma el cuadro de uno de los capítulos. Una cosa digna de mención es la división geométrica del libro: cinco partes, subdividida cada una de ellas en cinco capítulos. Y el último capítulo de cada parte es una gran descripción de París. «Una simetría de tablero de ajedrez»—decía, sonriéndose. Con paciencia, sin gran satisfacción artística, llenó una por una sus veinticinco casillas, no sintiendo escalofrío sino en los cinco capítulos en que hablaba de París. Ciertos gimnastas deben de padecer así la nostalgia del desnucadero: necesitan un trapecio sin red, muy alto, para poder trabajar con entusiasmo.

Con *Nana* se hallaba en su elemento el autor de los *Rougon-Macquart*: ¡en pleno desnucadero! Retratar de cuerpo entero á la prostituta moderna, producto de nuestra civilización avanzada, agente destructor de las altas clases; escribir una página de la historia eternamente humana de la cortesana; mostrar en una especie de capilla ardiente, en el fondo de un tabernáculo, el sexo de la mujer, y alrededor un pueblo de hombres prosternados, arruinados, alelados ó embrutecidos: tal era su asunto. Asunto vasto, cuyas dificultades se agravaban para él por la circunstancia de haber cosechado bien pocas impresiones personales acerca de la galantería de alto copete. En sus años de miseria, Zola no se había codeado más que con el vicio bajo, el de los figones y cuartitos amuebla-

dos en casas de huéspedes. Más tarde, teniendo dinero á su disposición, pero absorto en su idea fija de la literatura, no saliendo nunca de su casa sino para andar aprisa, regresando á ella molido, á menudo rabioso contra la estupidez universal, y no sintiéndose feliz sino en el interior de su hogar doméstico, nuestro novelista no había penetrado en la sociedad de las actrices descocadas y de las muchachas de vida alegre. De suerte que, igual que pasa en *La Ralea*, *El Vientre de París* y *El Pecado del cura Mouret*, vióse precisado á ir á caza de informes, con el fin de ver ciertos aspectos de la verdad y adivinar el resto. Conocía bien los bastidores de los teatros, porque había hecho representar ya tres obras. Desde tiempo antes había tomado notas acerca del movimiento escénico, los artistas, los figurantes, los maquinistas, las interioridades de escenario. Pero jamás había estado en el del teatro de Variedades, elegido por campo de su novela; y uno de nuestros autores dramáticos más parisienses, Ludovico Halévy, fué quien le sirvió de introductor. Pasaron allí juntos una función entera, mientras se representaba *Niniche*.

Un hombre de mundo, muy parisiense también y muy iniciado, á quien Zola había conocido en casa de Flaubert, almorzó en el Café Inglés, á solas con él, en un gabinete particular; y allí, después del café, en el mismo campo de batalla, el antiguo calavera, registrando sus recuerdos de alta galantería, se confesó con el novelista,

y le contó lo que más ó menos había observado en todas ellas: cómo pasan el día, cómo se dejan querer en la mesa, sus aficiones de cotorra, su conducta con los criados, los acreedores, el señor que paga, la cuestión del amante de corazón, etc. Escuchaba el novelista, tomaba notas y hacía nuevas preguntas. Algunos días después visitó en el bulevar Malesherbes el palacete de una de esas damas. Pudo verlo y anotar todo: la disposición de la sala, que comunicaba con un invernadero, el dormitorio, la importancia del tocador, hasta las cuerdas, todo ello para describir con conocimiento de causa la mansión de Nana. En fin, él, que no va á ninguna parte, también se hizo invitar á una gran cena en casa de una cortesana. Y durante los meses de la gestación de *Nana*, no nos recibía á los amigos sin sacar la conversación acerca de las mujeres y sin apelar á nuestros recuerdos. Alguien le dió todos los detalles acerca de la famosa mesa redonda de la calle de los Mártires, donde los clientes «besan en la boca á la patrona» al entrar. Otro le contó la llegada á las cinco de la mañana, á una cena de muchachas, de varios caballeros con levita negra, muy alegres por la virtud del licor, y á quienes nadie conocía. Otro le dió el detalle de las botellas de *champagne* vertidas dentro del piano. Y Zola escuchaba todo, lo anotaba todo, se lo asimilaba todo. Es muy antigua la comparación de la abeja que elabora la miel con el jugo de diversas flores. Pero eran verdade-

ras flores del vicio las que nosotros le llevábamos, ó recogía también él mismo á diestro y siniestro; en seguida hacía una severa selección, resistiéndose á menudo al atractivo de su belleza enfermiza, cuando no se ajustaban á la lógica del asunto; en una palabra, sin ceder á la imaginación, facultad peligrosa que Balzac llama con exactitud «causa de irregularidad y de extravío en la producción de las obras de arte».

Reunidos todos los materiales, elegidos después, asimilados, distribuidos metódicamente con arreglo á un plan—tarea que realizó en medio de la paz aldeana, en su vasto gabinete de trabajo de Médan, inaugurado en la primavera de 1879—Zola escribió con letras muy gordas en lo alto de una página *Nana*—título cuya brevedad y sencillez le encantaban—y comenzó el capítulo primero. La primera mitad de la obra fué compuesta en la soledad más profunda, no sin sentir cierto escalofrío interior algunas veces, al pensar que era preciso no hacerlo ahora peor que en *La Taberna*; en resumen, con pleno sosiego y perfecta salud literaria. Cada mes, en quince días de trabajo, hacía un capítulo de cuarenta á cuarenta y cinco páginas; ocupábanle en los otros quince días la crónica de teatros en el *Voltaire* y su artículo de Rusia, escrito en una semana, más un corto viaje á París. De mes en mes iban amontonándose los capítulos, y bien pronto se encontró hecha casi la mitad de la obra. Todo marchaba á las mil maravillas, cuando acaeció una sensi-

ble circunstancia; menos sensible para la obra, que afortunadamente no desmereció, que para la salud física y moral del autor.

He aquí lo sucedido. Estábamos á fines de Setiembre. Desde unos cinco meses antes había entrado nuevo director en el *Voltaire*, con propósitos de aumentar la suscripción del periódico publicando *Nana* en folletín, con mucho bombo y platillos; propaganda universal. Por otro lado, en sus tiempos de escaseces y oscuridad relativa, Zola podía sin inconveniente alguno dejar que un periódico empezase la publicación de sus novelas, antes de haberlas terminado él. Un adelanto de algunos capítulos le bastaba para no dejarse alcanzar; y eso sin sacrificar nada á la premura, sin caer en la fabricación. Por tanto, esta vez, aunque no le apremiaba la necesidad de dinero, apremiándole el impaciente director del periódico, creyó que debía acceder. Así, pues, el *Voltaire* anunció á *Nana* para el 15 de Octubre.

Pero Zola se dió cuenta de su imprudencia cuando ya era demasiado tarde para volverse atrás. El *Voltaire* se había entregado á un desate de publicidad, multiplicando los anuncios: en la prensa diaria, en las esquinas, en el pecho y la espalda de una legión de «emparedados» y hasta en la punta del tubo de goma donde se toma fuego en las expendedorías de tabacos: «¡Leed *Nana*! ¡¡*Nana*!! ¡¡¡*Nana*!!!» Y sólo estaba escrita la mitad de la novela. En el punto de su trabajo adonde había llegado el autor, no tenía aún certidumbre ninguna.

La obra lo mismo podía llegar á ser haches que erres. ¡Y estaba ya entregada como pasto á la multitud, devorada, discutida, aplaudida, y, sobre todo, ignominiosamente negada! Apenas apareció el primer folletín, cuando entablóse polémica en la prensa y hubo cronistas que, echándose de críticos en serio, demostraban ya por $A + B$ que la novela era un fiasco, un desastre, el acabóse. ¡Deplorables condiciones de trabajo para una complexión nerviosa! Por más que el novelista no se movía de Médan, dedicándose con más ahinco cada vez á su gran tarea, todos los días llegaban periódicos y cartas para desesperarle y hacerle dudar de sí mismo y de su obra, produciéndole perturbadoras y dolorosas distracciones. Sentarse á su mesa de trabajo ante una cuartilla en blanco, y sentir que le estaban apuntando con los trabucos de la crónica y del noticierismo, no es plato de gusto, ni mucho menos. ¡Cuántas veces, al dar á luz la novena novela de la serie debió de recordar melancólico el gran sosiego con que trabajaba antaño, antes del triunfo! Hoy, ganaba mucho dinero, su nombre estaba en boca de todos; pero nuevas angustias hacían febril su producción, y no era dichoso ya.

El resultado material fué magnífico. De *Nana*, que apareció el 15 de Febrero de 1880, se tiraron de una vez cincuenta ediciones, es decir *cincuenta y cinco mil ejemplares*: hecho inaudito y creo que único en la librería francesa. Esos cincuenta y cinco mil volúmenes estaban todos ellos vendidos de ante-

mano á los libreros de París, de provincias y del extranjero, muchos de los cuales habían hecho el pedido desde un año atrás. La prueba es que el mismo día de ponerse á la venta, Charpentier envió á su impresor la orden de tirar otras diez ediciones. Hoy, *Nana* ha pasado bastante más allá de la centésima edición.

La Taberna, cuyo buen éxito material, menos instantáneo que el de *Nana*, fué también formidable, le anda cerca, diferenciándose sólo en algunos miles de ejemplares. Y las otras siete novelas de la serie, arrastradas por la acción de estas dos favoritas, vienen después diversamente escalonadas, las más atrevidas, las que contienen menos concesiones, delante,—llevadas todas por un impulso general. Literariamente, aún son muy discutidos los *Rougon-Macquart*, y desconocidas, negadas, disfrazadas las intenciones más claramente manifiestas del autor; pero material y comercialmente son un triunfo, indeciso largo tiempo, obtenido por una acumulación de esfuerzos, hoy definitivo.

La serie debe constar de veinte novelas, cifra aproximada, que puede variar, según lo que á Zola le quede, no sólo de vida, sino de fuerza y de ánimo. ¡Cuántas veces, sobre todo desde hace algún tiempo, he oído suspirar melancólicamente á este gran trabajador por el minuto en que escriba la palabra «Fin» debajo de la última página de la «novela científica», la que debe contener la síntesis de la historia natural y social de toda la familia! «¿Y

qué hará V. luego?—¿Luego, amigo mío, luego? Tal vez haga otra cosa, algo muy diferente... Por ejemplo, Historia. Sí, tal vez alguna Historia general de la Literatura francesa... O cuentos para niños pequeñitos... O tal vez nada... ¡Seré tan viejo! Descansaré.»

De las once obras que aún le quedan por escribir á quien ya tiene sed de descanso, no podría dar yo lista exacta ni definitiva. No puedo hacer más que apelar á mi memoria y decir cuatro palabras respecto á algunas de las ideas favoritas que maneja con insistencia en sus conversaciones; planes de novelas que de seguro realizará, ignoro por qué orden y lo ignora él mismo.

El autor de los *Rougon-Macquart*, hará una segunda novela sobre el pueblo. *La Taberna* describe las costumbres del obrero; falta estudiar su vida social y política. En ella se analizarán las reuniones públicas, lo que se entiende por la cuestión social, las aspiraciones y las utopías del proletariado.

Una «novela militar» narrará la catástrofe de Sedán, el desastre del segundo Imperio. Cuando le llegue el turno, el novelista se propone ir á visitar el campo de batalla y hacerse explicar sobre el terreno, por algún oficial de estado mayor, las principales operaciones de la campaña. Estudiará la vida militar tal cual es, á riesgo de pasar por mal patriota.

En seguida, un gran estudio acerca de los campesinos. Desde que es propietario en Médan, vive en medio de

ellos y los observa. Apegado el campesino á la tierra, su gran amor, reservado, cazurro y desconfiado, sin decir nunca lo que piensa, y algunas veces hasta sin pensar en nada, es muy difícil de conocer. No creo que el novelista emprenda esa obra antes de haber acumulado con paciencia prolijas observaciones. Entre las cosas que ha visto y anotado ya, se encuentra esta escena fantástica: los labradores, hombres, mujeres y niños, á quienes despertó á altas horas de la noche una tempestad de granizo, corrian después del turbión, bajo un cielo negro como tinta, con linternas en la mano para ver el estado de sus cosechas.

Obra cuyos documentos le costará menos fatigas reunir es la novela que piensa hacer sobre el arte. Para ésta le bastará acordarse de lo que ha visto en nuestro mundo y él mismo ha experimentado. Su personaje principal ya está trazado enteramente, es aquel pintor, prendado de lo bello moderno, que se entrevé en *El Vientre de París*, aquel Claudio Lantier, de quien se dice en el árbol genealógico de los Rougon-Macquart: «Claudio Lantier, nacido en 1842;—mezcla, fusión;—preponderancia moral y física de la madre (Gervasia de *La Taberna*);—herencia de una neurosis que se convierte en genio;—pintor.» Su proyecto es narrar en esta novela sus años transcurridos en Provenza, aquella primera juventud tan curiosa, tan particular, de la cual intenté dar idea en otra parte. Necesitará un viaje al Mediodía para «hacer una Provenza verdadera». Sé que pien-

sa estudiar en Claudio Lantier la psicología espantosa de la impotencia artística. Alrededor del hombre de genio, centro, sublime soñador paralizado en la producción por una chifladura, gravitarán otros artistas, pintores, escultores, músicos, literatos, una trunca de jóvenes ambiciosos que han acudido igualmente á conquistar á París, que unos fracasaron en sus propósitos, otros triunfaron más ó menos, y todos ellos son casos de la enfermedad del arte, variedades de la gran neurosis actual. Naturalmente, Zola se verá obligado en esta obra á hacer que pechen sus amigos, á recoger sus rasgos más típicos. Por mi parte, si llego á encontrarme allí, y hasta si nó salgo bonito en el retrato, doy mi palabra de honor de no ponerle pleito.

Además de la novela científica, de la novela socialista, de la novela militar, de la novela campesina y de la novela artística, todas cinco de gran importancia, he aquí otros dos proyectos que acaricia especialmente Zola: una novela acerca de los grandes almacenes como el *Louvre* ó el *Bon marché*, y una novela acerca de los ferrocarriles.

El atractivo de estos dos asuntos consiste sobre todo en su modernismo, y creo que el autor de los *Rougon-Macquart* les concederá especial interés cuando les llegue la vez. Por una parte, emprenderla con el nuevo comercio, contar la historia de uno de esos inmensos establecimientos que ocupan todo un pueblo de empleados; tomarlo en sus modestos comienzos,

una tiendecilla que crece de día en día, arruina á las casas rivales y concluye por absorber toda la vida comercial de un gran distrito de París, y pintar al mismo tiempo el asombroso medio moderno, enteramente contemporáneo, producido por la aglomeración de empleados de los dos sexos, hormigueando dentro de una de esas prodigiosas hospederías. ¡Qué tema tan atractivo para el autor de *El Vientre de París!*

Por otra parte, un asunto también muy inexplorado y que pronto tratará, dedicándose á él de lleno, es la novela de los ferrocarriles. En Médan, frente á su casa, al pie del jardín en cuesta, cerrado por una cerca, pasa la línea de Normandía. Cien trenes diarios suben ó bajan, haciendo retemblar un poco las vidrieras de la amplia galería acristalada de su gabinete de trabajo; trenes expresos vertiginosos que pasan bajo el puente sobre el cual se ve la calle de hermosos árboles que conduce al Sena; trenes *omnibus* que se oyen venir desde más lejos, y cuyo ruido se prolonga después por el valle; trenes de mercancías, relativamente tan lentos, que casi pudieran contarse las vueltas de las ruedas, y que dan tiempo para ver salir de los vagones de ganados algún morro de buey, destinado al matadero de la Villette, alzándose con estupidez hacia las nubes. Cuando cierra la noche, cada locomotora ostenta un resplandor rojo, y la linterna granate del vagón último parece, durante algún tiempo, una estrella fugitiva. La desaparición en las tinieblas del mundo desconocido que se aleja,

parece más irremediable. Pues bien; á esa hora melancólica del anochecer, cuando ya no se ve lo suficiente para escribir, y mientras espera que enciendan las lámparas, puesto Zola de codos en el ancho balcón de su gabinete, me habló á menudo de este plan favorito:

—«Lo que yo veo, en medio de vastas llanuras peladas y desiertas como eriales, en una profunda soledad, es una de esas casetas de peón caminero, en cuyo quicio se divisa una mujer que alza en la mano el banderín verde, al paso de los trenes... Y allí, en el fin del mundo, y á dos pasos, sin embargo, del tole tole de la vía, del perpetuo río de vida que corre y va sin detenerse nunca, sueño con algún drama muy sencillo, pero profundamente humano, del que resulte una catástrofe espantosa, quizá un choque de dos trenes voluntariamente causado para asegurar una venganza personal... Esto ú otra cosa, pues ya sabe V. que el argumento de una obra no me apura y me importa poco... Lo que me importa, lo que quiero hacer vivo y palpable, es el perpetuo tránsito de una gran línea entre dos estaciones colosales, con estaciones intermedias, vía ascendente y vía descendente. Y quiero animar toda la población especial de los caminos de hierro: empleados, jefes de estación, cargadores, jefes de tren, fogoneros, maquinistas, guardavías, empleados del coche correo y telegrafistas. La telegrafía representará un gran papel en mi obra; lo mismo que en la realidad, se oirá á cada instante el repiqueteo del timbre eléc-

trico, anunciando un despacho. Se hará de todo en mis trenes: comer, dormir, amar, hasta habrá un parto en vagón; por último, morir... Y no basta; me va V. á tratar de romántico impenitente, pero quisiera yo que mi obra fuese como el trayecto de un tren considerable, que parte de una cabeza de línea para llegar á una estación final, con retrasos y paradas en cada estación, es decir, en cada capítulo.»

Así, pues, los ferrocarriles, los grandes almacenes, el arte, los labradores, el ejército, el proletariado y, para conclusión de toda la serie, la ciencia: tales son los siete grandes asuntos, de capital importancia, que de seguro tratará Zola y añadirá á las nueve novelas ya existentes haciendo un total de diez y seis (1). Si, como ya lo hizo con *Una página de amor*, obra de menor empuje y menos ambiciosa, ejecutada entre *La Taberna* y *Nana*, por táctica y también para descanso, intercala entre las grandes obras de que acabo de hablar obras más apacibles y menos grandiosas, de capricho, que se salgan de su habitual manera, á fin de dar variedad, quedará completa la cifra que he anunciado de veinte tomos.

Sólo me falta hablar de la novela que va á aparecer.

(1) Conforme predijo Pablo Alexis cuando, hace años, escribió este capítulo, que hoy resulta de gran interés con motivo de haber salido á luz *El Doctor Pascual*, última novela de la serie de los Rougon-Macquart, todas esas obras están ya publicadas á estas fechas, anunciándose otra acerca de Lourdes.—(NOTA DEL T.)

Después de *Nana*, proponíase Zola ejecutar una obra de simpatía y honradez, cuyo tema principal fuese «el dolor» y su principal personaje Paulina Quenu. Hacia fines del último invierno, en Marzo y Abril de 1881, se puso á trazar el plan de esta obra. Pero no llegó á quedar satisfecho. El drama que entreveía, de tres personajes y sencillísimo, muy conmovedor, presentaba ciertas lagunas. Por otra parte, en la novela acerca de «el dolor» sería preciso recurrir á recuerdos autobiográficos, que refrescarían cruelmente la herida de una reciente pérdida. Mientras dudaba, escribió para *El Figaro* un artículo titulado *El adulterio en la clase media*, que contenía esta frase: «Si en el pueblo el medio y la educación arrojan á las jóvenes á la prostitución, la educación y el medio, en la mesocracia las inducen al adulterio.» La noción del adulterio, como llaga dominante en la clase media, le preocupaba, y le condujo un día á calcular si no habría materia para escribir acerca de esta clase un libro que emparejara con *La Taberna*. Súbita claridad iluminó su espíritu. Concibió *La Olla*, dejando para más tarde la novela en cuyo plan trabajaba y cuyo asunto no quería salir.

Así como había tomado en la calle de la Gota de Oro una casa de obreros que rezumaba miseria y vicio, entonces le hacía falta elegir en algún barrio decente una de esas casas modernas, de exterioridad respetable; luego necesitaba estudiarla de arriba á abajo, hacer transparentes las paredes cual si

fuesen de cristal, arrancar sus secretos á los artesones dorados, ver todo lo que pasa detrás de una de esas fachadas de lujo y de hipocresía. Y lo primero que encontró fué el título: *La Olla*, es decir, el puchero burgués, el bullebulle del hogar, el guisote de diario, cocina terriblemente ambigua y embustera bajo su apariencia bonachona. A los burgueses que dicen: «Nosotros somos el honor, la moral, la familia», quería responderles: «Eso no es verdad; sois el embeleco de todo eso, vuestra olla de bazofia es la marmita donde se cuecen todas las podredumbres de la familia y todos los relajamientos de la moral.»

Con el fin de poner por obra esta idea, buscó en sus propios recuerdos y en lo que le contaron sus amigos, las cinco ó seis historias reales que necesitaba para el enmarañado plan que había concebido; especie de página anatómica arrancada de la vida. Después de un paseo á la calle de Choiseul, en la cual situaba su casa burguesa, y de una visita á la iglesia de San Roque, donde habían de ocurrir varias escenas, armado de todas armas, salió al campo y comenzó la obra. Lo primero, el plan. Enredó y distribuyó en diez y ocho capítulos las cinco ó seis historias que quería conducir paralelamente. La multiplicidad de los hilos, el gran número de los personajes á quienes hizo actuar, la excepcional diversidad de los hechos, le han llevado como de la mano á intentar en esta obra el ensayo de una fórmula literaria que busca desde hace mucho

tiempo. Quiere desprenderse cada vez más de las escenas de relumbrón románticas, poniendo todo su empeño en la sencillez y en la verdad. Nada más que descripciones de cinco líneas, lo estrictamente necesario. Comprendida así la novela, conviértese casi en teatro. El escritor se oculta cada vez más; no analiza sino con los hechos: cada capítulo es un acto nuevo, que los personajes representan ante el lector.

Ultimos informes. El almacén *A la dicha de las damas*, de que se trata en *La Olla*, es el embrión del Louvre ó del Bon Marché colosal que se estudiará en la novela acerca de los grandes bazares.

Me he propuesto no insertar más que

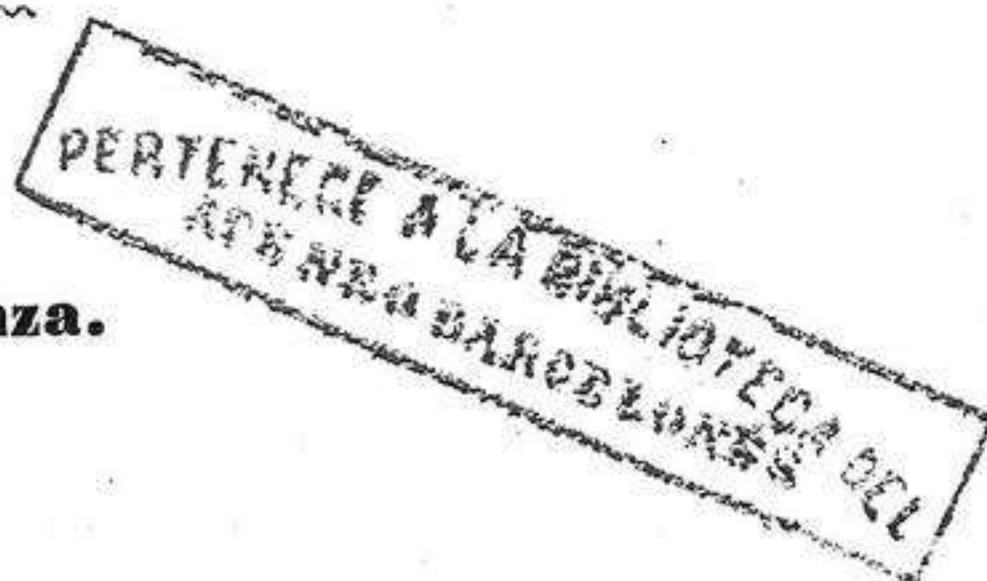
hechos en todo el curso de este trabajo. Concluiré con otro hecho. Según la proporcionalidad de la cifra de las ediciones de las diversas obras, de cada cien personas que han leído *Nana* y *La Taberna*, sólo quince ó veinte han debido de leer las restantes. Así, pues, de cien personas que tienen al autor de los *Rougon-Macquart* por un novelista que busca de propósito las sentinas, no habla sino el caló y se complace en la inmundicia, lo menos ochenta emiten un fallo sin valor, inicuo y precipitado. La única consecuencia que conviene sacar, hela aquí: no hallándose terminado el conjunto de la obra, es preciso aguardar, para condenarla ó admirarla con conocimiento de causa.

PABLO ALEXIS.

EUGENIO MOUTON (MERINOS)

HUMORISTA FRANCÉS

Semblanza.



Tal vez fuera difícil definir qué es un humorista; á bien que no es absolutamente necesario hacerlo, puesto que todo el mundo comprende esta palabra en el mismo sentido, un poco indeterminado. La definición encerraría al humorista en un círculo de donde no podría salir, y el humorista no aguanta de ningún modo que le encierren; bastaría que se le quisieran fijar límites, para que saltase por encima de ellos.

Es bastante singular que hayamos ido á tomar prestada la palabra *humour* á la lengua inglesa. ¿Será el *humour* una cualidad del ingenio inglés y no podremos pretender nosotros poseerla? Esta suposición no soporta el examen. Es cosa admitida en todos tiempos, á lo menos en Francia, que los franceses son el pueblo más chispeante de la tierra; y es muy justo que conserven esta reputación, que les ha costado bastante cara por la legítima dentera que causa á los otros pueblos. No tenemos inconveniente en confesar que nos faltan ciertas cualidades ó que las poseemos en menor grado; pero en cuanto á chispa, en eso jamás nos avendremos á ceder á otros la delan-

tera, y menos que á nadie á los ingleses, que nunca imperarán en Francia.

El *humour* nos pertenece, por ser una variedad del ingenio; no hemos pensado en darle un nombre especial, porque hubiera sido menester bautizar también á todas las demás variedades de nuestro ingenio, lo cual hubiese sido harto largo; se le ha dado nombre en Inglaterra, porque allí es la única agudeza que se conoce. Si esta explicación no es la verdadera, por lo menos tiene el mérito de satisfacer á nuestro patriotismo.

Es innegable que también tenemos humoristas nosotros; y el primer nombre que acude á la memoria, al querer enumerarlos, es el de M. Eugenio Mouton.

Aunque ha dado ya á luz quince ó veinte tomos, M. Eugenio Mouton no es escritor de oficio; esto quiere decir que no es redactor con título de un diario ó de una revista, ni proveedor corriente de un editor; no tiene esa buena clientela habitual que asegura una salida continua é igual á la prosa de algunos productores, y su público se compone de individuos aislados, sin enlace entre sí, que han leído cual-

quiera cosa de él y aprovechan con gusto la ocasión de leer otra. Para gustar de su lectura se necesita cierta disposición de ánimo, que puede faltar á gentes muy honradas, pues las hay á quienes este linaje de obras horripila. Los lectores que quieran verse halagados en sus ideas, que se gocen en ver impreso lo que piensan ellos mismos, harán bien en no enfrascarse con esta lectura, donde se verían harto contrariados por la inverosimilitud de las situaciones y por lo inesperado de las reflexiones que sugieren al autor.

El Inválido de la cabeza de madera, por ejemplo, que es el primero por orden de fechas y uno de los más conocidos de esos extravagantes caprichos, tiene una fuerza cómica tan violenta que no se compagina con todos los gustos: como se rompa á reír desde las primeras páginas, ya no se suspende la risa hasta el final; pero de no reírse en seguida, se queda uno consternado. El efecto es completo ó nulo: no hay término medio. Si se objeta que un hombre no puede vivir teniendo de madera la cabeza, es inútil tratar de explicaros esta historia: no la comprenderíais nunca. Sólo después de admitir la premisa, sin regatear, es cuando podréis sacarle gusto á dejaros pasear á través de todas las consecuencias de aquella caprichosa idea.

En efecto; uno de los principales rasgos característicos de la mayoría de los cuentos, novelitas y fantasías de M. Eugenio Mouton, es la lógica, el poder deductivo que emplea en sacar las consecuencias de su primera premisa, hasta el extremo límite de lo imaginable. Os pide, como Euclides, que le concedáis un postulado, por medio del cual en seguida se encarga de llevaros al fin del mundo. En *El Buey*, en *El Sapo blanco*, en *El Sable y los quevedos*, en la mayor parte de sus cuentos alegres, el autor consigue el efecto de sorpresa y de jocosidad por lo intenso de una reflexión prolongada; para recreo del lector, se toma el trabajo de sacar de una situación todo lo

que ésta puede dar de sí; en vano trataría de espigarse alguna cosa nueva después de él.

A todo el mundo le acontece ocurrírsele una idea rara; pero una idea rara pronto queda dicha, y no es de un gran uso. Las personas que conocen á algún autor le dicen á veces: «Tome V., he aquí un asunto de comedia ó de novela, se lo regalo.» Esto no es muy grande regalo, pues falta escribir la comedia ó la novela. Y lo que constituye el arte es, precisamente, saber sacar de una idea todo lo que contiene.

En su calidad de humorista, conócese, sobre todo, á M. Eugenio Mouton, como autor festivo, lo cual no es flojo mérito en unos tiempos en que la mayoría de los escritores ven la vida negra ó fea, y no sabrían contar una historia sin descubrir en ella todas las razones posibles para desconsolarse. Sin embargo, cuando se examina el conjunto de sus obras, encuéntrase en ellas tantos asuntos dramáticos como regocijados, y en unos y otros pone la misma intensidad de trabajo, y manifiesta la misma aptitud para elevar el efecto hasta su última potencia.

La Falúa del almirante, que se ha hecho clásica, es por completo de esta cuerda. Este breve relato, que en pocas páginas proporciona la sensación de la tempestad, puede colocarse, por lo sobrio de los detalles, el arte conciso de la descripción y lo fiel de las impresiones, al lado del famoso episodio de Mérimée, *La Toma del reducto*. Algunas otras novelitas, como *El Barbo maldito* y *El Gallo del campanario*, menos conocidas que *La Falúa del almirante*, muestran también el lado trágico del talento del autor, y no es la menor singularidad de sus obras este igual tesón en el efecto penetrante que en el efecto burlesco. Esta exuberancia de medios, esta continua intensidad en la expresión, llegan hasta el exceso, y á veces van más allá del fin propuesto.

Pero, sobre todo, en los cuentos filosóficos es donde aparece claramente la fuerza humorística de M. Eugenio

Mouton. *El Historióscopo*, por ejemplo, es una mezcla de la más exagerada fantasía y de los datos más puramente científicos. Sin hablar de los detalles de ejecución, la idea tiene profunda originalidad. Sabido es que la luz, por rápida que sea su velocidad de transmisión, emplea, sin embargo, cierto tiempo en recorrer el espacio; de suerte, que estrellas que vemos actualmente en el cielo, hace ya largo tiempo que no están en el punto donde las vemos, y hasta pueden haber dejado de existir hace millares de años en el momento en que llega á nuestros ojos su vibración luminica. No tiene nada de excesivo el imaginar un ser cuya vista natural, ó con ayuda de instrumentos ópticos, fuese lo suficiente delicada para ver los sucesos que ocurren en la tierra á una distancia tal, que tardase miles de años en llegar á él la imagen de esos sucesos, como acontece con la imagen que percibimos de las estrellas que ya no existen. Dicho ser vería, pues, hoy hechos que se realizaron muchos siglos ha; para él sería de actualidad lo que para nosotros ha llegado á ser historia antigua que se pierde en la noche de los tiempos. Tampoco va contra las leyes del entendimiento el imaginar que el referido ser esté dotado de una facultad de locomoción cuya velocidad supere á la de la luz. En ese caso, pudiera partir de nuestro planeta después de haber visto en él un acontecimiento, alcanzar y adelantarse á la vibración luminosa que lleva en sus alas la imagen de ese acontecimiento, é ir á situarse en el punto requerido para recibir por segunda vez en los ojos la impresión visual de un hecho ya visto. Colocándose en tal ó cual punto del espacio, vería así á su antojo la historia de tal ó cual época, y no habría para él ni pasado ni presente, puesto que siempre podría disfrutar de la visión actual de un hecho, cualquiera que fuere su fecha.

Evidentemente, este concepto no es susceptible de ninguna aplicación práctica; pero ofrece una amalgama de

ciencia y de fantasmagoría, no exenta de agrado para los ingenios curiosos que tienen vagar para ello, y puede emplearse el tiempo de un modo peor que en estas lubricaciones de alto vuelo.

En el género fúnebre, está *El Esqueleto homogéneo*, que es sugestivo hasta más no poder. Un artista, ávido de la verdad anatómica, quiere adquirir un esqueleto homogéneo; es decir, un esqueleto cuyos huesos hayan pertenecido todos ellos al mismo individuo, lo cual parece ser en extremo raro, pues los traficantes en esqueletos acostumbran á armarlos con huesos tomados de acá y allá. Se le ha prometido el esqueleto de un moribundo que está en el hospital, y el artista va todos los días á ver al infeliz de quien espera poseer el esqueleto, con una impaciencia mezclada de remordimientos. Sólo la idea tiene ya algo de siniestra y burlesca á la vez; por los detalles del relato y las reflexiones á que se presta, hace de ella el autor una cosa que aturde en absoluto.

La fortuna de los libros, como la de los hombres, á menudo es caprichosa y difícil de explicar. Hay obras de M. Eugenio Mouton que desde el principio han conseguido notoriedad; otras, que no valen menos, apenas han traspuesto el círculo de algunos aficionados. Así, la *Zoología moral* es poco conocida; sin embargo, contiene algunas maravillas de arte literario. Es un tratado acerca de las relaciones del hombre con los animales. Allí se encuentra hasta la historia natural de los animales que no existen, ó que por lo menos sólo tienen una existencia simbólica ó artificial. Baste citar algunos: Pegaso, Rocinante, la pava trufada, la bestia negra, el mono filosofal. Este último es notablemente curioso; sabido es que algunos muchachos saboyanos llevan un mono á quien hacen bailar, para ganar algunos cuartos; la teoría del autor es que todos nosotros, funcionarios, sabios, artistas, representantes del pueblo, tenemos cada cual nuestro mono, que explota-

mos para vivir. No se incomoda por eso; se sonríe con dulzura, y no quisiera hacer más daño á los monos de los demás que al suyo propio. Porque M. Eugenio Mouton es muy bueno: se adivina con leer sus libros. Hasta es fácil al enternecimiento, y se apiada de la suerte de las víctimas acaso más que ellas mismas.

Quiere á los animales, lo cual no es colocar mal el cariño, como pretenden los malos: es dar buen empleo á los afectos sobrantes, y más vale dárselos á los brutos que dejarlos perder.

Así, M. Eugenio Mouton no puede ver un perro de ciego sin que se conmueva hasta las entrañas; y refluye en el ciego un poco de su simpatía, aun cuando sea un ciego fingido. ¿Conocen Vds. la anéctota del perro de aguas? Pasaba todos los días M. Eugenio Mouton por delante de una puerta cochera, bajo la cual estaba arrodillado un hombre junto á un perro de aguas que sostenía una hucha; y, naturalmente, echaba limosna al perro. Un día advierte que el hombre no es ciego, y le hace esta observación. El hombre contesta que nunca se ha hecho pasar por ciego: está de rodillas bajo una puerta cochera y posee un perro de aguas que sostiene una hucha; pero todo el mundo tiene derecho á hacer otro tanto, y concluye su explicación con este argumento irrefutable: «Es verdad que no soy ciego: pero ¿preferiría Vd. que lo fuese?» M. Eugenio queda inmediatamente convencido por esta razón, que no tiene vuelta de hoja; no menosprecia por eso al hombre, y estima tanto más al perro de aguas.

El perro de aguas tenía ya su puesto en las clasificaciones de la zoología física; pero como perro de ciego figura, con justo derecho, en la zoología moral, en medio de los animales fantásticos, de los cuales M. Eugenio Mouton ha sido el primero en estudiar las costumbres y en reconstituir los elementos paleontológicos, con tanta pasión y tan buena fe, que llega á

quererlos como si fuesen animales vivos.

Hasta es de un fondo tan candoroso, que con harta facilidad le inclina á creer que el lector le seguirá por todas partes en su entusiasmo y en sus indignaciones. Bajo el exterior del hombre se encuentra á veces el corazón de un niño. Y por un contraste natural, este escritor, á menudo fluido y á veces alambicado, no tiene más que una pasión en materia de arte, de sentimientos ó de ideas: toda la estética de la literatura es la sencillez.

No es necesario conocer personalmente á un autor para apreciar sus obras, y hasta pudiera decirse que es inútil por completo, puesto que la posteridad sólo conocerá de él sus escritos; y es un antojo harto vano el de esas entrevistas en que los noticieros de periódico van á informarse á la menuda acerca de la fisonomía, costumbres domésticas y manías de los hombres de viso. Sin embargo, compréndese que los lectores de M. Eugenio Mouton tengan deseos de saber cómo es; se propende á imaginarse que no debe de ser como todo el mundo y que vamos á encontrarnos en presencia de un hombre original.

Esta esperanza no resulta fallida. Es imposible ser más propio de sí mismo, sin preocuparse de lo que puedan pensar los demás acerca de uno. A primera vista, dan tentaciones de exclamar que es feo, pero no persiste esta impresión y hasta se llega á encontrarle cierto género de belleza; aun cuando pasa con mucho de los sesenta años, disfruta con orgullo de una abundante cabellera casi negra; más flaco de lo razonable, produce, sin embargo, una impresión de fuerza poco común; y su elegancia tiene algo de refinada, que atestigua cierto rebuscamiento, pero independiente del gusto del día. Todo esto no produciría más que un efecto atemperado, sin el aire de ferocidad que da á su fisonomía un carácter enteramente especial. Este hombre excelente, tierno para las personas y los

animales, propenso á emocionarse con facilidad, de exquisita corte-ía en las relaciones sociales, tiene hasta el más alto grado lo que se llama «cara de perro». Nada más que de verle se queda uno helado; y fácilmente se imagina los malos cuartos de hora que cuando era magistrado debió de hacer pasar á los presuntos reos.

Porque, en el fondo y ante todo, M. Eugenio Mouton es magistrado. Lo es todavía, aun cuando dimitió en 1868 el cargo de procurador imperial; lo era ya, antes de que le nombrasen sustituto del procurador de la república en 1848. Vino al mundo para asustar á los malos, de tal suerte, que le cuesta trabajo tranquilizar á los buenos; lo severo del ojo garzo y frío que se ve á través de su monóculo, lo duro de su palabra, lo rígido de su apostura, le dan un aspecto tan aterrador, que se experimenta la necesidad de hacer examen de conciencia antes de entablar con él una conversación que parece como que ha de convertirse en un interrogatorio. Mucho ha debido de sufrir en el ejercicio de las funciones de promotor fiscal; pues, por algunos relatos donde ha fijado recuerdos del foro, se sabe que tenía el corazón lleno de lástima por los criminales á quienes tenía que acusar, colmándolos de espanto. Orador como no hay en los estrados de provincias, más de una vez, no sólo ha sacudido la soñolencia del foro, del tribunal ó del Jurado en las diversas jurisdicciones por donde pasó, sino que produjo asombro entre los abogados de París, que no esperaban encontrar en parajes lejanos aquella elocuencia enérgica y metafórica. Tomó por lo serio sus deberes de magistrado con una conciencia, casi debiera decirse con una candidez, que hoy podría sorprender. Todo el mundo se ocupó de él, con motivo de un proceso que en sus tiempos tuvo enorme resonancia: el proceso Plassiart. Tratábase de un alcalde de cabeza de partido, que ocupaba en la pequeña ciudad una situación preponderante; uno de esos tira-

nuelos de provincia como aún los hay, que acaban por tener en un puño á toda una población. Había cometido fechorías que le hicieron caer en las garras de la justicia; pero era un personaje oficial, apoyado por las más altas influencias, y el gobierno tenía decidido empeño en sacarle de aquel mal paso. De nada le valió: estaba en poder de M. Eugenio Mouton, y no le dió suelta; ni siquiera temió denunciar el abuso que de la autoridad municipal hacía el alcalde, persiguiendo á las gallinas de la oposición que se permitían picotear en el mercado de la villa, mientras se dejaba en paz á las gallinas ministeriales. Hubo risa para tiempo en la comarca. El alcalde fué condenado, pero también M. Eugenio Mouton; es decir, fué enviado en castigo al otro extremo de Francia, hasta el día en que cayó en la cuenta de que, no necesitando del empleo para vivir, era muy tonto eso de aburrirse allá lejos, en vez de volver á vivir tranquilamente en París.

Esos veinte años de magistratura no han sido inútiles para él, aun desde el punto de vista literario. Los ha consagrado á una obra de derecho, *Las leyes penales de Francia*, dos voluminosos tomos que casi nadie ha leído; sin embargo, es la única obra donde se encuentran enumerados y clasificados por orden lógico los dos mil cuatrocientos delitos y faltas diferentes en que cada uno de nosotros está expuesto á caer todos los días. Y hasta en una obra de este género ha encontrado medios el autor para seguir siendo el humorista que es.

Magistrado, cuentista y animalista no son más que las menores especialidades de M. Eugenio Mouton. Es también acuarelista y escultor. Y cuando se va á verle, puede decirse que no sabe escribir y no se incomodará por eso; pero no hay que poner en duda sus acuarelas ó sus estatuillas. Varias han sido admitidas en la Exposición anual de Bellas Artes. Esto algo prueba.

Y, además, es marino.

No porque haya navegado personalmente mucho: todas sus travesías parecen reducirse á un viaje que hizo á Guadalupe, su patria materna, cuando tenía unos cuantos meses de edad, y á una vuelta por Suecia, para donde el gobierno le había dado una comisión. Pero tiene otros títulos como navegante. En primer término, al verle pasar, se le tomaría fácilmente por un almirante inglés; después, y sobre todo, ha escrito los *Viajes y aventuras del capitán Marius Cougourdán*, que son lo más marino del mundo.

Sería superfluo analizar aquí una obra que es la más leída de las del mismo autor; además, sería imposible, porque todo estriba en el tono de ella.

Es una rara fortuna para un escritor el haber creado un tipo que produce la ilusión de la verdad real. Ya no se sabe si ese corsario marsellés es un producto de la imaginación ó si ha existido. En el siglo próximo ya no cabrá duda acerca de esto. Mario Cougourdán no pertenecerá á la novela, sino á la historia. Además, como dice M. Eugenio Mouton en su prefacio del *Cougourdán*, «el héroe muerto y el que jamás ha vivido están alojados en la misma posada, y la distinción entre los personajes reales y los personajes míticos es una simple sutileza escolástica. ¿No pasa la historia de Mario Cougourdán en esa región intermedia entre el ensueño y la realidad, única donde nosotros los espiritualistas podemos respirar con plena certidumbre?» El común de las gentes se perpetúan por medio de los hijos á quienes dan el ser; esto es un medio precario de transmitirse hasta las edades venideras. Cuando se ha creado un personaje adulto, entero y verdadero, se está mucho más seguro de vivir en la historia.

Sin embargo, á M. Eugenio Mouton le dió un día el capricho de hacerse inmortal en seguida, entrando en la Academia. Presentaba en apoyo de su candidatura otras muchas obras aparte de las citadas, sobre todo, un tratado

De la fisonomía comparada, al que se le acusa de ser demasiado científico para ser recreativo, y demasiado recreativo para ser científico; un estudio acerca del *Deber de castigar*; una novela filosófica titulada *Quimera*; además, *El Proceso de Scapin*, curioso trabajo acerca del modo cómo se apreciarían en nuestros días las tretas que parecen inocentes en el teatro de Molière; y *Fusil cargado*, que ha sido la primera campanada contra los abusos de la vida militar. En resumen, todo esto constituía un bagaje literario que no tenía trabajo para sostener la comparación.

A pesar de eso, M. Eugenio Mouton no ha obtenido más que tres ó cuatro votos, lo cual ya es algo. A otros les hubiera afligido este fracaso; pero él ha tomado galantemente su partido. Y por encima de todo, ¿de qué iba á quejarse? Ha ido á hacer la tradicional visita á los académicos, quienes naturalmente le han recibido con el agrado habitual, charlando acerca de las obras de él y de ellos. Se le han explicado las dificultades de la elección, se ha mezclado en las intriguillas que se agitan en torno de cada candidatura, ha visto y oído cosas divertidas. Y luego no le han nombrado; pero aún habla con gusto de su candidatura. ¿No es esto una amable y graciosa manera de desflorar los goces de este mundo, sin exponerse á la saciedad? Lo más chusco es que persiste en creer, á despecho de todo, que la elección para la Academia es el honor más grande á que puede aspirar un escritor.

En efecto, hay algo de académico en las obras de M. Eugenio Mouton, y es la manera como están escritas. Hay tal vez una cáfila de lectores que no ponen gran atención en este mérito: leen un libro para saber qué tiene dentro, y lo leen tan de prisa; que no tienen tiempo de reparar en la forma. Mas para el lector de sentido reposado, que sigue despacio el desarrollo de la frase, es un gozo el encontrar de

Pascuas á Ramos la belleza y la bondad del patrio idioma, brillantes galas de la idea.

El lenguaje de M. Eugenio Mouton es puro, claro y vivo; lo cual es un mérito que subirá de precio á medida que el lector comience á orientarse en medio del hacinamiento de libros bajo los cuales sucumbe en la actualidad. Preciso es admitir que no se lee por saber solamente qué contiene un tomo, pues de otro modo bastaría con leer el índice de materias ó un análisis bien hecho. También se lee por el gusto de leer, por la satisfacción de ver desarrollarse el pensamiento, en orden metódico, con cierta cadencia, á través de las sorpresas del camino, hacia la expresión final que acaba y resuelve el sentido. Esto parece poca cosa; en realidad, no dura ningún libro si no está sostenido por el estilo. Pueden interesar por un instante una acción fuertemente trabada, las ideas originales; pero si el libro está mal escrito, no dura su buen éxito. Todo el mundo puede repetir las ideas; la gloria de ellas queda para quien las ha dado su forma definitiva. Y esta perfección de lenguaje explica á veces triunfos cuya razón de ser no se encontraría en ninguna otra cosa.

Los mismos autores no siempre saben por qué tal ó cual de sus trabajos ha conquistado á la primera el aplauso del público. Hasta les sucede que les molesta esa parcialidad del público por una obra que no es la que ellos prefieren, ni siquiera la mejor. ¡No se le ha dado mala jaqueca á M. Sully-Prudhomme con su *Vaso roto*! En cuanto cualquiera se topaba con él, parece que les entraba comezón de hablarle del *Vaso roto*, el cual no cabe duda de que tiene sus encantos, pero que ha acabado por ser hartamente conocido. El no tiene la culpa; pero es lo cierto que cuando se ha oído á menudo la misma composición, por buena que sea, llega á causar horror. Hasta el ingenio de Voltaire logra fatigar á fuerza de haberle releído. Y además, M. Sully-

Prudhomme puede decir con razón que si ha escrito el *Vaso roto*, también ha escrito otras cosas.

También M. Eugenio Mouton ha hecho otras cosas que no son *El Inválido de la cabeza de madera* y *La Falúa del almirante*. Cuando se le habla de estos dos cuentos, por un poco los criticaría con amargura; y quejase sobre todo de que *Marius Cougourdán*, impreso bajo todas las formas, aplaste al resto de sus obras.

Cuando se ha leído el conjunto de las de M. Eugenio Mouton y se trata de desentrañar el rasgo saliente común de sus escritos, no se tarda en advertir que lo que constituye su especial encanto es que no proceden de la observación. Se puede decir que en ellas no hay nada observado, sino que todo es imaginado. No se pone ante las personas ó las cosas para describirlas; pónese ante sí mismo, para describir lo que siente, ó piensa á la vista de las personas ó de las cosas.

En estos últimos años se ha abusado terriblemente de la observación. Los escritores se han impuesto la tarea de contemplar la naturaleza, las situaciones, los caracteres, y reproducirlos minuciosamente. Los primeros, naturalmente, han observado lo que antes se presentaba á sus miradas; los que han venido después han querido encontrar algo nuevo, y han mirado los mismos objetos con lente de aumento para descubrir los detalles que se les habían escapado á los primeros observadores. Una vez alcanzado el límite de los instrumentos de agrandar imágenes, han buscado, para describirlos, objetos raros, situaciones excepcionales, personajes feos, y han caído en una literatura teratológica. Su constante preocupación era la exactitud, y no han advertido que la reproducción exacta de los detalles puede llevar á una reproducción falsísima del conjunto, si no se tienen en cuenta las diferencias de términos de plano. Esta manía de observación alentábala por otra parte el gusto del público, que pe-

día cosas vistas; hoy no se contenta ya ni aun con cosas vistas, sino que quiere libros con comprobantes; es preciso que si el autor no ha podido ver por sí mismo las cosas, por lo menos las narre según el relato de testigos oculares ó bajo la fe de documentos auténticos.

Esta manera de comprender la novela proviene de una confusión en los géneros: en efecto, la observación es un excelente método en los trabajos científicos, pero no en las obras literarias. No de observación vive la literatura, sino de imaginación. Sólo que es más fácil observar que imaginar, y los autores sin imaginación han conseguido hacer creer al público que la observación hacía las veces de todo. Pues bien; es evidente que en la novela es limitadísimo el campo de la observación. Aun cuando en la vida real se haya encontrado tal tipo de personaje, tal situación crítica, no se han visto sino superficialmente. ¿Cuándo es posible observar una escena de amor, la preparación de un crimen, el desarrollo de un drama? No se ven más que migajas, y se ven mal.

En realidad, el escritor más observador, hasta cuando produce en el público la ilusión de una observación exacta, no puede hacer más que observarse á sí mismo; se coloca imaginariamente en la situación, en el estado de ánimo de sus personajes; describe lo que él experimentaría si estuviese en el lugar de ellos; y cuando parece que ha observado bien, resulta que ha imaginado bien lo que hubieran dicho, hecho ó pensado sus personajes en en una situación dada.

Pues bien; la imaginación es la facultad eminente de M. Eugenio Mouton. Con seguridad, *El Inválido de la cabeza de madera* no ha sido observado; tampoco lo ha sido *La Falúa del almirante*, aun cuando produce la sensación de la realidad. Entre todas las aventuras del capitán Mario Cougourdán, no hay una sola que pueda haberse visto, y, sin embargo, tienen el

aspecto de haber sucedido. Como marsellés, se ha complacido M. Eugenio Mouton en escribir las aventuras de un marsellés; ha dado á su héroe la fisonomía más marsellesa, hasta hacerle hablar de parecido y desde el primer año de su vida, jamás ha vuelto el autor á Marsella. Consigue el parecido, no copiando del natural, sino de la imaginación.

Hay muchas maneras de tener imaginación. Esta facultad de representarse hechos que no han ocurrido y las consecuencias que hubieran podido tener, puede ser una cualidad de un orden inferior si no se representan más que cosas corrientes: eso es lo que les acontece á muchos literatos que, delante del papel blanco, son capaces de escribir durante horas y horas seguidas toda una sarta de hechos y conversaciones que conciben al correr de la pluma. Ese es también el procedimiento de los folletinistas que saben escribir interminables novelones sin hartarse ni hartar á su público con la vulgaridad de las aventuras ó de los sentimientos. Escriben vulgarmente para el lector vulgar.

Para gustar á lectores más difíciles, salvo no obtener el favor de los otros, hay que tomarse más trabajo. La imaginación consiste entonces en inventar hechos, no sólo jamás acontecidos, sino de los cuales ni siquiera tenga idea el lector. Se necesita que sean nuevos para lectores que también tienen imaginación, que han pensado ya en muchas cosas, pero á quienes encanta siempre el confesar que no habían pensado en aquello. Y no sólo el hecho imaginado puede ser nuevo, sino que también la manera de verlo y apreciarlo, y en esto, sobre todo, es en lo que despunta M. Eugenio Mouton. Inventa historias en las cuales jamás hubiera soñado otro, y en presencia de estos sucesos extraordinarios, ó hasta de sucesos muy sencillos, tiene de pronto salidas inesperadas que arrebatan de júbilo al lector sediento de la novedad. Ocúrrensele ideas que sólo á él se le

ocurren. Y quizá sea esta la verdadera definición del humorista: el hombre que tiene un modo personal, suyo propio, de ver los hechos y de juzgarlos.

Si el género humorístico nos parece más bien inglés que francés, consiste en que, en efecto, los ingleses tienen más independencia de criterio en sus apreciaciones; manifiestan un personalismo que llega hasta el desenfado, una especie de brutalidad que no tiene en cuenta las preocupaciones ni las susceptibilidades ajenas. Al paso que el francés, más urbano en sus maneras por educación, suele á menudo no aventurar sus opiniones, sino con ti-

midez y reserva, por temor de molestar las opiniones de quienes le rodean.

No puede decirse que haya brutalidad en el talento humorístico de M. Eugenio Mouton. Por el contrario, no hay en sus obras una línea que pueda chocar contra las convicciones de nadie ó atropellar las más delicadas conveniencias; pero tiene una personalidad independiente, una manera original de ver las cosas sin cuidarse de lo que se haya podido pensar acerca de ellas antes que él. Y por eso es humorista, lo cual ya es raro, y lo que tiene subido precio es un humorista francés.

GASTÓN BERGERET.

EL GALLO DEL CAMPANARIO

La villa de Saint-Vrain-sur-Mesle está con justicia orgullosa de su iglesia. Este monumento es una maravilla del arte ojival. Fué construida por los premonstratenses, quienes tenían allí su casa matriz y durante muchos años consagraron á esa obra la mitad de sus cuantiosísimas rentas.

La orden hallábase á la sazón en el apogeo de su poderío y de su riqueza; y los frailes, para elevar hasta las nubes el arranque de su piedad y la gloria de San Agustín, patrono suyo, quisieron que el campanario de su iglesia superase á todos los de Borgoña.

Este campanil, enteramente esculpido como un encaje, igual que todo resto del monumento, elévase en un solo cuerpo hasta la altura de trescientos pies; y desde allí, sobre una plataforma rodeada por un balconcillo de hierro forjado, sube hasta á cien pies

de elevación una aguja coronada por una cruz florida.

La aguja es octogonal, con una línea de piedras salientes á lo largo de cada arista.

Los arquitectos de este edificio no parecen haber caído en la cuenta de que hubiera que tocarlo nunca, y como si se hubiesen propuesto reservar su cima á las aves ó á los ángeles, no dispusieron ninguna subida hasta ella. A partir de la plataforma, no hay escalera, ni escala en lo interior; por fuera, la techumbre lisa y pulimentada, sin más relieve que las piedras salientes de las aristas y el rodete redondeado de las losas que forman la cubierta.

La torre de Saint-Vrain parece destinada, por años y quizá por siglos aún, á justificar la ciega fe que sus constructores tuvieron en su eternidad. Desde hace cuatro siglos que está en pie, ni lluvia ni sol, ni viento ni

rayo, le han podido arrancar una piedra, un grano de cemento. Comiéntase á creer que es indestructible; y en la comarca se susurra al oído que más de una vez, luego de una tormenta, á la madrugada, antes de que se despierten los vecinos de Saint-Vrain, manos invisibles han ido á componerla.

Por otra parte, preciso es convenir en que en una región un poco supersticiosa (porque Saint-Vrain está en pleno Morvan), el aspecto y la traza de esa espadaña se prestan por singular manera á las leyendas de todo género á que da margen.

Su prodigiosa altura parece duplicarse por la pequeñez del caserío que á sus pies se acurruca: se ve que si por desgracia se llegara á caer, aplastaría á la villa de un solo golpe. Positivamente, en el fondo, lo han temido así.

Es tan atrevida, tan esbelta, que apenas se concibe cómo puede sostenerse. Aseguran los campaneros que en los grandes ventarrones se balancea como un chopo, y que más de una vez les ha dado terror al sentirse mecidos así entre sus piedras.

Aunque rigurosamente conformes sus perfiles con los principios más puros y exquisitos del arte ojival, tienen arranques y atrevimientos que ponen carne de gallina y dan sudores fríos. Aparte de los campaneros, que nunca pasan de la parte de la torre donde están suspensas las campanas, nadie se ha determinado jamás á subir hasta la plataforma, salvo el inspector de los monumentos históricos, quien afirma haberlo hecho. Esta plataforma, saliente como un canastillo, es tanto más pavorosa cuanto que tres de sus lados caen á plomo sobre el atrio de ingreso, empedrado con anchas losas blancas que relucen al sol. La balaustrada, que apenas llega á la altura de la rodilla, está tan próxima al muro, que hay el espacio preciso para deslizarse nada más; y á medida que se cambia de sitio, andando de costado, para dar la

vuelta al balcón, siéntese, sobre todo al pasar por los ángulos del chapitel, el roce de la pared cual si os empujase al vacío.

Quien tuviese bastante sangre fría para examinar las esculturas de aquella parte de la torre, no podría mirar sin turbarse los extravagantes adornos y las figuras verdaderamente demoníacas que se retuercen y fisgan sardónicas en todas las rinconadas y en todos los salientes. Refiere una rancia tradición, que un extranjero que hace más de cien años se empeñó en subir á la plataforma, bajó de ella loco por haber mirado con fijeza cierta figura de diablo en cuclillas y con la barba apoyada encima de los puños.

Sin embargo, como en último término la pobre humanidad siempre encuentra medio, valga lo que valga, para proporcionarse un poco de buen tiempo entre lo que teme y lo que sufre, los vecinos de Saint-Vrain vivían en paz con su campanario, no sin mirarlo á veces con el rabillo del ojo, con aire equívoco. Por lo demás, salvo la historia del extranjero que se volvió loco, no se recordaba, ningún vivo á quien hubiera causado ninguna desgracia. Aún durarían hoy las relaciones de buena vecindad entre la humilde parroquia y la formidable torre, si un accidente inesperado (eso sí, producido por un poder digno de adversario tan colosal) no hubiese venido á inferir menoscabo á la majestuosidad del monumento arrancándole la más alta de sus insignias. El rayo había herido al gallo del campanario: no quedabande él sino jirones.

Este suceso causó nueva turbación en todos los ánimos. Las gentes supersticiosas veían en ello un presagio funesto para la iglesia, para la villa, para las cosechas; los feligreses ilustrados afligíanse como por un accidente irreparable que iba á privar á la villa de la única veleta merecedora de confianza. Y en último extremo, siempre había habido un gallo en la torre

de la iglesia, y de ahora en adelante nunca más lo habría. Estábase habituado á ese gallo; y se le amaba tanto más, cuanto que se le había perdido y no había esperanza ninguna de reemplazarlo, puesto que, según parecer unánime de todo el mundo, tenía-se por cosa imposible llegar hasta la punta de la aguja para poner allí otro.

Como en todas las ocasiones en que se prepara una gran calamidad, una siniestra sombra de sobrenatural había venido á proyectar su misterio en este acontecimiento: á fuerza de contemplar los restos del gallo fulminado que permanecían adheridos é inmóviles en lo alto de la cruz, acabóse por descubrir con espanto que, visto desde la puerta del presbiterio, este objeto informe destacaba el recorte de la estampa del demonio, pero tan parecido, que podía verse en ello algo más que un simple capricho de la casualidad.

Y es el caso, según todo el mundo lo sabía, que el bienaventurado Pancracio, prior de los Mostenses, hallándose un día en oración y pensando con exceso en la futura grandeza de su iglesia, que á la sazón estaba fabricándose, el diablo le había metido maliciosamente bajo la capucha un pensamiento de orgullo; y que el bienaventurado, mientras hacía á escape un acto de contrición, con mucho tiento había sacado del cinturón el rosario, se lo había arrojado al cuello al demonio, y, después de obligar á ese pícaro á dar tres ó cuatro vueltas por la celda rociándole con agua bendita, le había condenado á mantener en buen estado la iglesia, desde los cimientos al ápice de la cruz, *usque ad consummationem seculorum*.

Pero no había mentado el gallo. La leyenda no decía ni una palabra del gallo. Veiase claro que el demonio se vengaba hoy en el pobre animalejo.

El deán de Saint-Vrain, que era un sacerdote muy ilustrado, no tardó en tener conocimiento de esas necias historias. Tomó pretexto de ellas para amonestar severamente en una plática

fraterna á los supersticiosos temerarios, que no reparaban en barajar el nombre de Satanás con la historia del más venerando de los fundadores de la iglesia; y terminó prohibiendo á su grey que hablase más del asunto, advirtiéndoles por añadidura que iba á colocarse de nuevo el gallo.

Tan pronto como se difundió por la villa esta noticia, produjo en ella un inmenso alivio. A la vaga ansiedad que oprimía todos los corazones, sucedió ese inexplicable jolgorio de un pueblacho que á la postre va á tener su acontecimiento. Porque sería un acontecimiento: el campanario iba á recobrar toda su gloria, se haría la mamola al diablo; además (dicho sea entre nosotros, esto era el fondo de todo aquel regocijo), se iba á presenciar uno de esos dramas vertiginosos en que el espectador, desde el seno de la más perfecta seguridad, ve á uno de sus semejantes en lucha á brazo partido con la muerte y con el destino.

Nada parece más sencillo y á sus anchas que un gallo de hoja de lata girando á todos los vientos en la punta de un campanario; pero lo difícil no es verlo allá, sino colocarlo. Cuando la junta de fábrica se puso á deliberar acerca del modo cómo podrían arreglárselas para dar al gallo reemplazo, entonces entraron los grandes apuros. En vano se registró en el archivo de la iglesia, para saber qué dimensiones habrían de dársele; fué preciso entablar correspondencia con muchos curas de capitales de provincias. Transcurrió un mes en tales preliminares, cuya conclusión fué que el cuerpo del gallo, sin incluir la cabeza y la cola, debía ser de las proporciones de un carnero; que se construiría de cinc galbanizado, de dos milímetros de espesor y unos diez kilogramos de peso; y que en París, con unas señas que les indicaron, se encontraría quien lo construyese.

Quince días después, empaquetado con sumo esmero, desembarcaba el gallo en la casa rectoral; donde, en seguida que lo sacaron de su caja, fué

expuesto á la curiosidad y admiración de los fieles.

En los pocos días que duraron sus recepciones, ese avechicho no se mostró de lo más agradable para con los visitantes: su cresta, recortada en agudos dientes, desgarró con crueldad los labios á un nene que desde los brazos de su madre habíase inclinado para besar la cabeza del pajarraco; su pico rasgó la piel de la frente de una niña á quien unos chicuelos habían empujado á fuerza de apiñarse á empellones en torno del gallo, para verlo más de cerca; la punta de su cola se enganchó en la sotana del cura y le hizo un siete fenomenal.

¡Cosa que pasma! Hasta los mismos animales parecían sentir, al verlo, una repulsión con mezcla de terror: el perro del señor cura no pasaba por su lado sino gruñendo, bajando torcida la cabeza, y cuando estaba un poco lejos, volviéndose para ladrar; á veces iba el gato á sentarse delante de él, mirábale con extrañeza con sus verdes ojos, se levantaba después, enarcaba el lomo erizado y se largaba de allí, trazando en el aire con el rabo á lo zorro fantásticas circunvoluciones. Aquella influencia nefasta había concluido por perturbarle el ánimo al mismo cura párroco, hasta el punto de que un día, con motivo de hablarse acerca de colocar en su sitio el gallo, ese digno sacerdote no pudo impedirse de decir á su primer vicario:

—Escuche V., mi querido colega, no puedo menos de confesarle que tengo muchísimas ganas de que me quiten de enmedio este feo bicharraco.

Y, ya fuese remordimiento por ese relámpago de superstición, ya funesto presentimiento, miró un instante al espacio, inclinó la cabeza é hizo la señal de la cruz.

Ahora que ya conocen Vds. el lugar de la escena y el prólogo de la tragedia, voy á mostrarles la víctima.

El hombre que entra en este momento en la sala de la casa rectoral, es él: ese es quien va á morir.

¿Qué importa saber quién es, de dónde viene, cómo se llama? Si se quiere, es el primero que llega, el artesano que por casualidad se encontró allí en el momento de necesitarse un obrero de su profesión. En fin, repito, es un hombre. ¿No saben Vds. bastante con eso?

Ahí está, tan confiado en su propia vida como puede estarlo V. mismo en la suya propia en el momento en que le hablo. Gorra en mano, escucha con deferencia las palabras del sacerdote, meneando suavemente la cabeza á medida que le explican lo que se ha de hacer, computando con aire reflexivo é inteligente las dificultades y los gastos de su trabajo. Se pasa la mano por la frente; luego, acariciándose la barba, fija el precio de su salario: tanto por la percha, tanto por las cuerdas, tanto por los ganchos y anillos, tanto por el trabajo...

¿Y por la vida?...

El riesgo no se paga; eso es asunto del plomero.

Trato hecho. Saluda sonriéndose y se retira. Va á pasar la puerta.

El buen párroco, presa de una repentina ansiedad horrible, le grita que se detenga, le pregunta con tierna voz si está bien seguro de sus fuerzas y de su valor, si no teme que le acometa el vértigo, si ha previsto y calculado bien todos los riesgos de esta empresa.

El hombre le mira con aire sorprendido, se arremanga para enseñarle los brazos, golpea con la mano los enormes muslos, ensancha el pecho, y, levantando la cabeza, yérguese como un Titán pronto á escalar el cielo.

Llega el momento. El sol ha salido hace dos horas. Refrescado por un buen sueño, restaurado por una sólida refacción, el bravo plomero sube los peldaños del campanario, seguido de dos ayudantes que conducen hasta la plataforma el gallo, la pértiga y el cordaje.

El pueblo en masa de Saint-Vrain, reforzado por la concurrencia de gente de todas las parroquias comarcanas, se agita en compacta muchedumbre al

pie de la torre. Gendarmes de centinela van y vienen, con paso cadencioso alrededor del atrio, para mantener vacío un espacio, en el caso de que «alguna cosa» llegara á caerse desde lo alto de la aguja. La puerta principal de la nave mayor, que se abre junto á la torre, está condenada. En la iglesia, algunas viejas de corazón intranquilo y compasivo hacen encender cirios y rezan por el hombre desconocido que allá arriba va á exponer su existencia. El cura, volviendo con mano temblorosa las hojas del breviario, se agita en la sacristía, sin atreverse ni á salir para ver, ni á hablar con nadie para conseguir noticias.

De pronto, una especie de rugido sordo y prolongado álzase del seno de la multitud congregada en las calles y plazas: el hombre aparece en la plataforma. Medio atravesado en el hueco de la puertecilla, tira de algo, al parecer; y, en efecto, desarrolla cordeles que pone en líos encima de los bordes del balconcillo. En seguida se le ve enderezar á lo largo de la base de la aguja una pértiga más alta que él; por último, aparece el gallo envuelto en alguna cosa, y lo pone entre el balconcillo y la pared.

Está al pie del chapitel. Un reborde horizontal de media vara de anchura le permite sostenerse allí y andar. Da la vuelta en torno de la aguja y la rodea con un círculo de cordel grueso, cerrado por un nudo corredizo. Por esta cuerda pasan otras dos, que cuelgan y van á atarse la una al gallo y la otra á la percha.

Y al fin parte. De cara á la cubierta, pasa por detrás de los riñones la maroma circular, cuyo nudo corredizo aprieta hasta que le adhiere lo suficiente á la techumbre de la aguja; y entonces, haciendo hincapié con las rodillas y las manos, se alza de costado elevándose un poco á cada movimiento, trazando así la primera vuelta de una espiral que le conduce á la primera piedra saliente de una arista. Una vez allí, fija en ella un gancho

sujeto al pecho por medio de una correa de cuero grueso; y, libres ya las dos manos, aprieta más el nudo corredizo de la maroma y vuelve á dar vuelta subiendo hasta la segunda piedra saliente.

Durante una hora más larga que un siglo, los despavoridos espectadores le vieron cuarenta veces aparecer y desaparecer vuelta á vuelta, cada vez más arriba, cada vez más deprisa, siendo más fácil el ascenso conforme disminuía el diámetro de la aguja.

Llegó así á estar con la cabeza á nivel del pequeño rellano circular que sostiene la cruz. Viósele entonces cruzar las piernas alrededor de la punta del chapitel, cuyo estrecho diámetro le permitía este movimiento; y apretando más el cinturón de maroma que le adhería á la cubierta de la aguja, se limpió la frente con la manga y después permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada adelante como para resollar un poco. En seguida sacó del bolsillo un frasquete de aguardiente y bebió dos ó tres sorbos.

De entonces acá se ha repetido tantas veces que aquel aguardiente fué la causa de la desgracia. ¿Cómo saber si bebió con exceso, ó no bebió lo suficiente? ¿Quién sabe hasta qué grado de desfallecimiento habian decaído sus fuerzas? ¿Y si tuvo miedo?

Cuando se recapacita en el vigor y la habilidad que le había sido preciso desplegar para subir hasta el punto donde estaba, ¿cómo suponer que un hombre capaz de ese ánimo sobrehumano no hubiese contado las gotas del saludable pero temible licor, con tanta precisión y tanta prudencia como un médico experimentado?

Desde el sitio donde estaba podía tocar sin esfuerzo el pie de la cruz; al cabo de algunos minutos de descanso se le vió mover varias veces los brazos en derredor de las cuatro barras de hierro que la fijan. Había pasado por allí dos ó tres vueltas de cordel, suspendiendo de este apoyo el gancho sujeto al pecho, había cogido dos de los

barrotes de hierro, soltado las piernas, y, contrayendo los brazos, habíase izado á pulso hasta ponerse de rodillas en el rellano de la cruz. Entonces, midiendo con la vista la altura de ésta, advirtió satisfecho que apenas pasaba de unos diez pies; y como la pértiga suya era de doce, vió que no tendría necesidad de engancharla más que una vez, lo cual abreviaba y simplificaba la última parte de la ascensión. Se puso de pie, pasó una vuelta de cordel por el tallo de la cruz, donde fijó el gancho del pecho, agarró una de las dos cuerdecitas que colgaban atadas á la maroma y tiró hacia sí de la percha, que hasta entonces había permanecido en la plataforma de donde arranca el chapitel.

Esta pértiga, armada en su extremo superior con un garfio de tres uñas, tenía de trecho en trecho rodetes muy salientes de cuero y alambre de hierro trenzados. El hombre enganchó el garfio de la percha en la flor del ápice de la cruz; y en pocos minutos, merced al gancho del pecho y á los estribos de pizarrero que llevaba puestos en las rodillas, trepó á lo alto de la pértiga como si fuese á lo largo de una maroma de nudos, pero con la ventaja de que la percha, rígida y sostenida por la anchura del triple garfio, no se balanceaba.

Pudo deslizarse con facilidad poniéndose un poco de lado, por entre los radios de la flor, la cual, una vez que pasó lo alto del cuerpo, sirvióle de apoyo para enderezarse con los brazos; y, por fin, se encontró sentado encima de la flor, con el pecho contra el eje del gallo, varilla que apenas se elevaba dos pies sobre su cabeza.

Se ató con solidez á este vástago: y con ayuda de la segunda cuerdecita, cuyo cabo tenía, izó hasta sí el gallo, que había dejado en la plataforma al pie de la aguja.

Al llegar á este punto de mi relato, no puedo menos de considerar cuán caprichosa es la muerte en sus ejecuciones. Puesto que ese desventurado

había de morir, ¿no era más cómodo hacerle caer sencillamente una teja en la cabeza? Pero no; la dama pálida tiene sus antojos, y al paso que coge á unos para adormecerlos en su regazo con dulzuras maternales, condena á otros á no arrancar de ella su redención, sino á costa de mil afanes y de mil fatigas. Estaba escrito que este desventurado había de desquitarse en un solo día de todos los sufrimientos de que le preservara hasta entonces lo humilde de su existencia, y que le sería preciso agotar toda su fuerza y todo su valor para elevarse á la cima de aquella especie de mástil de cucaña, donde estaba destinado á ir á descolgar el premio de su propia muerte.

Ignoro si á músico alguno se le ha ocurrido nunca la idea de escribir las notas del coro de aullidos de una muchedumbre humana transportada por el delirio del entusiasmo. Cuando por fin vieron erguirse aquella figura en lo alto del aire, más audaz aún que el atrevido edificio dominado por ella, frenéticas aclamaciones ascendieron con terrible armonía hasta el infeliz que las promovió.

Eso fué su pérdida.

Hasta aquel instante fatal, en ese humilde corazón y en esa cabeza estrecha jamás había penetrado la idea de que á los ojos del mundo pudiera ser otra cosa que un ave de paso ó una mata de hierba que se pisotea. Y aun allí, á la sazón, en el transcurso de esta peligrosa empresa, cuyo acto supremo iba á realizar, ni uno de sus nervios de acero se había doblegado, ni una de sus fibras se había estremecido, ni una sola vez había pensado en su peligro ó en su valor. Decíase en sus adentros: «duro es el trabajo». Sus pensamientos no iban más allá.

Pero ante la explosión de todas aquellas almas, sus ojos, que nunca habían visto la irradiación de la gloria, sus oídos, que jamás habían escuchado la formidable voz de ella, abriéronse con deslumbramiento y con embriaguez. Desde la altura donde se veía elevado.

abarcaba el cielo, dominaba la tierra, y los millares de hombres que se rebullían y gritaban á sus pies parecíanle menores que hormigas. ¡El, que hasta entonces no había conocido sino la miseria de la humanidad, comprendía de repente su grandeza, y sentíase revestido de toda su majestad! ¿Qué podía hacer el pobre hombre contra este entusiasmo, cuyos ecos giraban en torbellino en derredor suyo como un vértigo?

Vieron que se bajaba, le vieron sentarse en la flor, ponerse el gallo en las rodillas, quitarle algunos trapos con que lo había envuelto para preservarlo de los choques, y luego, llevándolo en una mano, y agarrándose con la otra al vástago, plantarse de pie. Bajándose entonces un poco, levantó con un hombro los restos del antiguo gallo, que cayeron rebotando con estrépito á lo largo de la flecha, y fueron á detenerse en la crestería de la techumbre de la iglesia. Y entonces, cogiendo el gallo por la cola, lo introdujo en el eje destinado á sostenerlo. Se bajó de nuevo, dióle movimiento giratorio, y un grito del gentío saludo la primera vuelta que acababa de dar el nuevo gallo del campanario.

Ya no le faltaba al infeliz más que descender. Dejándose escurrir primero por la cruz y en seguida por la pértiga, encontraba en la punta de la aguja los cordeles que le habían servido para izar la percha y el gallo; entonces no tenía que hacer más que dar una vuelta de cuerda á cada pierna, y deslizarse hasta abajo cómodamente apoyado de espalda en la cubierta del chapitel. En tres minutos, á lo sumo, estaba en la plataforma.

Pero ese grito, ese grito de triunfo exhalado por la multitud, le arrancó lo que de razón le quedaba.

Un impulso de orgullo, grosero como él mismo, espantoso como el valor que acababa de mostrar, le inspiró la loca idea de superar todo lo que hasta entonces le habían visto hacer, con un rasgo de audacia aún más increíble.

Montó á horcajadas en el gallo, y

dando un vigoroso empuje de riñones, lo puso en movimiento.

Al ver el gentío aquella tremenda locura, detúvose mudo é inmóvil, suspenso el corazón, entreabiertos los labios, mirando girar y girar y más girar el gallo.

Pasó un minuto; pasaron dos... tres... cuatro... cinco minutos.

El gallo giraba.

El hombre, que al principio había hecho saludos con la gorra, estaba á la sazón inclinado adelante, estrechando entre sus brazos el pescuezo del gallo. Trató de pasar atrás una de las piernas por encima de la cola; pero, sea que estuviese falto ya de sangre fría, sea que el obstáculo fuera demasiado alto, no pudo conseguirlo. Alargando las piernas, intentó otra vez alcanzar á la flor de la cruz, pero agitóse vanamente en el vacío: preciso es creer que había tomado un poco de impulso para montar, porque no tocaba ninguna cosa con los pies. Le vieron engancharlos uno al otro por debajo del vientre del gallo.

Y entonces el hombre se enderezó, abriendo los brazos y extendiéndolos con un ademán supremo de orgullo.

Permaneció así.

Y el gallo giraba siempre.

A medida que se prolongaba aquella escena vertiginosa, producíase poco á poco agitación entre la muchedumbre. Mirábanse unos á otros, se daban con el codo, no se atrevían á hablar. Algunas mujeres comenzaban á hacer la señal de la cruz, otras á desmayarse. Al fin se oyó un grito penetrante: era una moza que se caía de espaldas, presa de un ataque de nervios. Al instante, como si hubiese una comunicación eléctrica, otras varias mujeres cayeron con idéntico accidente; lloraban los niños, y muchas gentes, enloquecidas, extrañadas, echaron á correr gritando, sin saber lo que hacían ni lo que decían.

Transcurrió lo menos un cuarto de hora largo. A la postre, habíase detenido el gallo; pero se veía con espanto al hombre inmóvil siempre, con las

piernas enganchadas entre sí y con los brazos abiertos. Alguien dijo que era menester ir á avisar al señor cura, el cual continuaba en la sacristia esperando el término de la operación.

Ante todo, probó á tranquilizar á los que le hablaban; pero el corazón le palpitaba ya muy fuerte, cuando salió á la plaza para ir á darse cuenta por sus propios ojos de lo que sucedía.

No habiendo sido testigo del comienzo ni de la duración de la escena, no quedó tan impresionado como los espectadores. El hombre estaba tan á plomo, su ademán era tan claro y firme, que por necesidad era preciso ver en aquella prolongada postura un alarde de valor llevado hasta la exageración. Así habló el párroco; pero al decir esto, sentía llenársele de espanto el corazón, é hizo rogar al médico que le enviase un antejo de larga vista que el profesor tenía, y que viniese...

Pocos minutos después, colocado en su trípode el antejo, se asestaba á la punta de la flecha de la torre; y al mirar el médico por el ocular para graduar el instrumento óptico, dió un salto atrás y un fuerte grito.

Al oír el grito, precipítase el sacerdote y mira á su vez.

En el círculo negro del objetivo, destacándose sobre el fondo claro del cielo, se veía al hombre, tieso é inmóvil como una estatua. Contraída por una risa horrible su cara verde, con dos chapas negruzcas en las mejillas, dejaba ver la punta de la lengua cogida entre los dientes puestos al descubierto; los ojos, abiertos hasta más no poder y fijos, estaban vueltos hacia arriba y sólo se veía lo blanco de ellos.

El cura, con el cuello alargado y los dedos separados, permanecía con el ojo puesto en el ocular del antejo y como petrificado de horror. Pero era un hombre en quien dominaba el sentimiento de sus deberes de sacerdote y rechazaba toda debilidad humana. Se postró de rodillas, y alzando al cielo los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas, exclamó sollozando:

—¡Dios mío, inspiradme lo que debo hacer para salvar á ese cristiano!

Habíase formado un corro en torno suyo, pero á distancia y cual si no se hubieran atrevido á acercarse. El cura paseó la mirada por el rostro de todos aquellos hombres, quienes, con la cabeza baja y los ojos dirigidos al suelo, parecían abrumados por el peso espantoso de la fatalidad. Por más que habló y lloró y gritó, vióse bien pronto obligado á reconocer que aun cuando, por caso imposible, se encontrase allí un hombre capaz de tratar de subir á lo alto de la aguja, una vez que llegara junto al infeliz, no podría prestarle ningún socorro sin estar infaliblemente seguro de verse precipitado al abismo, al menor cambio de sitio de aquel cuerpo. Por otra parte, allí no había que pensar en una escala: no hay escalas de cien pies de longitud. En cuanto á hacer un andamiaje, hubiera sido preciso ir á buscar los materiales á la ciudad próxima, lo cual requeriría dos días por lo menos, y serían necesarios siete ú ocho para instalarlo.

Cuando, por fin, se convenció de que nada podía esperarse de los hombres, dirigiéndose al médico, le dijo el cura:

—¿Vive aún?

—Quizá — respondió el médico. — Si no ha muerto de repente por apoplejía ó por síncope seguido inmediatamente de rigidez cadavérica, para que permanezca enganchado así por los pies, necesario es que se halle en estado de catalepsia.

—Sé lo que queda que hacer — dijo el párroco.

Y habiendo hecho señas á tres ó cuatro hombres y al médico de que le acompañasen, se encaminó á la sacristia. Poniéndose sobrepelliz, alba y estola, les anunció que quería subir hasta la plataforma para enviar desde allí al moribundo la absolución *in articulo mortis*, y les rogó que subiesen con él para asistirle y sostenerle.

Por último, se le vió aparecer en el balcón de la plataforma. Con el ritual

en una mano y dando con otra la bendición, con el cuerpo abalanzado al espacio y las alas de su sobrepelliz agitadas por el viento, parecía un ángel pronto á volar al cielo.

En ese momento sublime, la multitud cayó de hinojos; y mientras el sacerdote enviaba al agonizante el postrer adiós del cristiano, oíase elevarse desde abajo, mezclado con el doblar de las campanas, un murmullo de oraciones y sollozos.

¿Qué tengo ahora que añadir? Hacia la tarde, algunos cuervos empezaron á revolotear dando vueltas en torno del campanil. Al día siguiente se vió posarse dos ó tres y dar picotazos. Bien pronto acudieron de muy lejos los buitres, desde la montaña.

Cuando la noticia de este pavoroso acontecimiento llegó á la cabeza de partido, decidióse que era menester

armar un andamiaje para ir á bajar de allí aquel pobre cadáver. Pero cuando, después de largas formalidades, se hizo el presupuesto, se vió que costaría ¡diez mil francos! El departamento era muy pobre. El asunto quedó, como suele decirse «enterrado» en las oficinas.

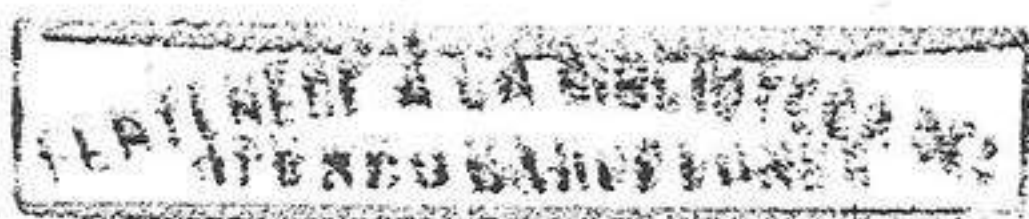
El gallo no da vueltas. Ha perdido su aspecto: proyecta sobre el cielo indefinibles perfiles, que cambian conforme el soplo de los vientos fuertes arrancan algún jirón de los mortales despojos con que aún está cargado.

Ya no gira... Sea que el agonizante lo haya torcido en una de sus últimas convulsiones; sea que la sangre haya obstruido el eje al correr por las heridas abiertas por el pico de las aves de rapiña, dícese que así ha de quedar hasta la consumación de los siglos, inmóvil como las piedras de la iglesia donde está sujeto.

EUGENIO MOUTON (MERINOS).

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

Lamentos en Chicago.—No va toda la humanidad á la Feria del Mundo.—Decide el tribunal de apelación que es lícito visitarla los domingos.—Los infantes de España favorecen á los accionistas.—No se quejan los promovedores de nuestra Exposición histórica, aunque la concurrencia es bastante menor.—Tesoro de Quimbaya.—Etapas americanista.—Conciertos y conferencias.—Obras monumentales.—El lienzo de Tlascala.—Conquista de México.—Quedamos en que Cortés no quemó las naves.—Jornadas náuticas de un fraile ochenton en humilde y extremeño estilo.—Neptuno hace versos.—Libro de un súbdito suyo.—Vuelta á la persona de Colón.—Juicios diversos.—Reacción violenta.—Aclaraciones.—Mr. HARRISSE, caso patológico.—Agasajo de los caballeros franceses condecorados con insignias españolas.—Elogio que hacen de S. M. la Reina regente.



Se quejan en Chicago de que el promedio de concurrentes á la gran exposición que denominan *Feria del Mundo*, en los dos primeros meses, descontados los domingos, pues, sabido es se destinan al reposo y no á la diversión ni á los espectáculos en los Estados Unidos (1), no ha llegado á la cifra de 30000 entradas diarias, ni á la quinta parte de la calculada para reintegrar los gastos enormes de la empresa.

Corto es el período transcurrido para hacer cálculos: en un principio influyeron en el público la crudeza del tiempo y la persistencia de las lluvias;

(1) Ultimamente ha sido autorizada la apertura de la Exposición en los domingos por el tribunal de apelación de los Estados Unidos.

el atraso de las obras, lo mismo en instalación de objetos que en lo que afecta á las necesidades de los visitantes, retrajo también á éstos, y alarmados los capitalistas, se han dejado llevar de un pesimismo hartosensible en sus cajas, asediadas por los acreedores. Es de creer que, subsanadas las faltas, concluido el ornato, ahora que la estación empieza á ser agradable, acudirá aquel pueblo numeroso, rico y amigo de novedades, utilizando la facilidad de las comunicaciones, y que la progresión prestará otras alas á la esperanza de los accionistas mientras llega el plazo de la liquidación. Por de pronto, el día que los infantes de España hicieron la primera visita al recinto, señalaron los torniquetes la entrada de 200000 personas, indicio de no haber dejado SS. AA. en el camino

aquella varita de virtudes mencionada en la reseña anterior.

En verdad, si por los agasajos hechos antes á los duques de Veragua, singularmente al que saludó el *Herald* de Nueva York con el título de *Colón XI*, dijeron los periódicos no recordarse en el país viajero alguno, desde *La Fayette*, que haya sido objeto de tantas deferencias, las que posteriormente se han dispensado en todas las ciudades á los representantes de la Reina regente de España, exceden á cualquier encarecimiento.

En la estadística de asistentes al palacio de Recoletos en el tiempo de nuestra Exposición histórica (cuando se conozca) no dejará tampoco de llamar la atención que el número quede tan por debajo del que razonablemente debía presumirse, contando de antemano con que un concurso consagrado al arte retrospectivo interesa solamente á los estudiosos, y éstos componen en todas partes círculo exiguo en la masa de la población. Ni los conciertos con que se ha procurado aliviar la fatiga del paseo por tantos salones, ni las conferencias dedicadas á concentrar las ideas, señalando por grupos los objetos más notables, han atraído multitud de que tuvieran que sentirse los asiduos, atareados en tomar notas y dibujos antes que vuelvan á dispersarse tantas rarezas momentáneamente reunidas.

De las americanas quedarán no pocas, generosamente cedidas al Museo Arqueológico por los gobiernos del Perú, del Uruguay, del Argentino, de México y de los Estados Unidos, sobre-

saliendo el tesoro de Quimbaya, espléndido agasajo con que la república de Colombia nos deja memoria de su ilustrado concurso en la celebración de las fiestas.

Componen este tesoro, pacientemente reunido excavando enterramientos antiguos, 362 piezas de oro; figurillas humanas y de animales, brazaletes, collares, vasos, braseros, silbatos, agujas, con variedad y riqueza muy superior á la del preciado metal de que están hechas, por el interés histórico y artístico de cada una. Ha sido presentado á S. M. la Reina regente por el ministro plenipotenciario de aquella nación, Sr. Betancourt, expresando el objeto en estos términos, dignos asimismo de recuerdo:

«Señora:

»El Gobierno de S. M., con alta visión de lo futuro, al celebrar el IV Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, quiso dar á tan grandiosa solemnidad el carácter de fiesta de pueblos hermanos, en la cual España se ha mostrado al orbe bañada en luz de su pasado gloriosísimo, y unida en fraternal abrazo, para las pacíficas conquistas del porvenir, á las jóvenes naciones que hoy dominan la mayor parte de aquel mundo descubierto por Colón.

»Esta fraternidad, esta unión, realizada en todo orden de intereses, habrá de constituir el futuro de prosperidad y de grandeza á que la familia hispana está llamada en ambos continentes.

»Entre los pueblos que, como ornamento hermosísimo, ciñen la tierra

con alma y sangre españolas, Colombia tiene puesto principal para la obra del común engrandecimiento. Aquel istmo, cuya ruptura han impedido, al presente, sórdidas, desapoderadas ambiciones, será cortado al fin; y al beso de los mares, al refundirse en uno Atlántico y Pacífico, el comercio universal entonará un himno de alegría en las playas colombianas.

»Realizadas, por otra parte, las obras de fomento, que son hoy el mayor empeño de mi gobierno, Colombia se levantará próspera y fuerte, desde las costas donde está la bahía del Almirante hasta donde corren los caudalosos ríos que llevan el tributo de sus aguas al Amazonas y al Orinoco, parte este último de la frontera oriental del antiguo virreinato de Nueva Granada.

»Con todos los climas, con los más ricos y variados productos naturales, con un pueblo laborioso, de costumbres cristianas, que no abate su frente á las miserias que crecen cuando se apaga el sol de los divinos ideales, mi patria habrá de alcanzar un porvenir de gloria, digno de los sacrificios que impuso el descubrimiento del Nuevo Mundo.

»Y allá, en aquel pueblo, que en homenaje al insigne Almirante se llama Colombia; allá, donde todo lo que es verdaderamente noble y grande tiene culto, el nombre de V. M. está unido al de Isabel la Católica para la admiración y el amor de los corazones colombianos. Mi gobierno, intérprete fiel de los sentimientos nacionales, ha querido presentar á V. M. y á la nación espa-

ñola un testimonio de sincero cariño, enviando con destino al Museo Arqueológico de esta corte la Colección Quimbaya, que hoy tengo le honra de poner á la disposición de V. M.

»Cuando españoles y americanos, abrazados en familia, bajo el palio de un patriotismo amplio y fecundo, se reúnan para celebrar los futuros centenarios del gran descubrimiento, la inmaculada figura histórica de V. M. aparecerá en el firmamento de la gloria, luciendo, aún más que por los atributos regios, por la grande, sublime, inmortal majestad de la virtud.»

Con esta colección, única en su clase; con tantas otras que han figurado á sus inmediaciones, es ya general entre los americanistas la apreciación de que, si aun hay mucho que buscar, con la exposición de Madrid son tamañas las revelaciones de los tiempos precolombianos, que empieza una era nueva para los estudios del nuevo continente, por principio de la cual se grabará el nombre del palacio de Recoletos; resultado satisfactorio por útil, sin exclusivismo (1).

Ha de hacer veces, también, de monumento que en todos tiempos conmemore nuestra exhibición, la obra grandiosa dada á luz con título de *Homenaje á Cristóbal Colón. Antigüedades mexicanas publicadas por la junta colombina de México en el cuarto centenario del*

(1) Van publicándose ya memorias varias de delegaciones extranjeras, entre ellas, *Informe de la Comisión nicaragüense en la Exposición Histórico-Americana de Madrid*. Managua, Tipogr. nac. 1893.

descubrimiento de América (2), compuesta de dos volúmenes; el uno con más de 160 láminas espléndidamente cromolitografiadas en fac-símile de lienzos pintados por artistas indígenas; el otro con explicaciones y noticias históricas necesarias á la mejor inteligencia.

Condensa además este libro el contenido de los que formó la junta, así de catálogos especiales como de modelos de edificios y designación de objetos en número mayor de 12.000, comprendiendo aquellos tan notables como la enorme piedra del sol ó calendario azteca, la cruz de Palemke, la deidad madre de Huitzilopochtli, la cabeza colossal de diorita de Totec, los templos, las pirámides, por primera vez reproducidos con exactitud matemática y que, en conjunto constituyen sinopsis de la cultura en el imperio de Moctezuma.

Las láminas reproducen dos códices pintados antes de la conquista, inéditos hasta hora, y respectivamente nombrados *Colombino* y *Porfirio Díaz*, en honra del descubridor de América el primero, y justo homenaje al Presidente de la República el otro, por el empeño con que ha favorecido el concurso de México en la exposición de Madrid. Dos códices más, pintados después de la conquista, se denominan *Dehesa* y *Joaquín Baranda*, por la procedencia. A los cuatro se ha agregado en copia

(2) Mexico, oficina tipogr. de la secretaría de Fomento, 1892, gran folio. Texto XLII, v, 81 pags.

el lienzo de Tlaxcala, ó sea la historia de la conquista pintada por los vencidos, y la representación de los relieves de Chiapas, recientemente descubiertos, y objeto de estudio preferente en estos momentos.

Acompaña la historia, descripción y significado de las pinturas, hecha por el Sr. Alfredo Chavero, con la ilustración y competencia que tan alto han puesto su nombre entre los anticuarios literatos de México, extendiéndose más al tratar del interesante jeroglífico de Tlaxcala, trazado originalmente en un lienzo de algodón de seis varas de largo por dos y media de ancho, dividido en bandas horizontales y líneas que las cortan en ochenta y seis cuadrículas.

Créese que la pintura se hizo por encargo de los caciques indios bajo el gobierno del segundo virrey, es decir, por los años 1550 á 1564 y que hubieron de sacarse dos copias, una enviada al emperador Carlos V, á la sazón en Flandes, y otra que quedó en el ayuntamiento de Tlaxcala. Sea como se quiera, en el lienzo está representada la primera batalla que riñó Hernán Cortés con los tlaxcaltecas, y los cuadros sucesivos van presentando las escenas principales de su avance, hasta la prisión de Cuanhtemoc (Guatimocín), que acaba la primera parte. La segunda se refiere á la expedición de Nuño de Guzmán.

Es por demás curiosa la manera con que repetidamente están copiadas las figuras de Cortés, de Marina, de los capitanes de la expedición; los caba-

llos, sin omisión del hierro de la marca; las armas, los trajes, cuanto chocaba en la imaginación sorprendida del artista, más hábil al retratar personas y objetos á que su vista estaba habituada. Sin hipérbole, la obra es monumental.

Habiendo figurado en la Exposición, al mismo tiempo los cuadros con incrustaciones de nácar en que por mano española se pintaron también las batallas, los contratiempos, las peripecias de las conquistas en series distintas, una de las cuales deja ver la firma del autor, *Miguel González, año 1698*, puede hacerse la comparación de impresiones, como del arte de los invasores y los invadidos.

Aplicándola á la cuestión debatida de las naves de Cortés, los cuadros confirman la exacta información de Pedro Mártir, de Oviedo, de todos los historiadores de Indias, hasta que al elegante D. Antonio de Solís ocurrió hacerlas consumir por la llama de su imaginación (1). La prueba concluyente de que las naves no se quemaron, ha estado á la vista asimismo en el privilegio de armas concedidas á Hernando Cortés, documento que enumera sus grandes servicios y dice «que hizo dar con los navíos en la costa para que se deshiciesen y quebrasen (2).»

Algunos más de los papeles antiguos

(1) Vide Fernández Duro: *Tradiciones infundadas*, pág. 391.

(2) Se ha publicado en el *Nobiliario de Conquistadores de Indias*, por la sociedad de bibliófilos españoles. Madrid, 1892.

traídos á los estantes del palacio de Recoletos, van siendo y han de ser de utilidad á medida que se den á conocer, como lo ha hecho D. Cristóbal Pérez Pastor con varias cédulas reales expedidas á los cronistas del emperador, Ginés de Sepúlveda, Oviedo, Busto y Mejía (1).

Ha contribuido la ciudad de León con un libro impreso por vez primera á expensas de la Diputación provincial, después de largos años de reposar el manuscrito en el archivo del municipio, sin que se sepa por qué vicisitudes fué á parar allí desde el interior de Venezuela, donde ansioso tallaba la pluma un fraile dominicano para titularlo *Jornadas náuticas continuadas por el capitan Miguel de Ocho-gavia, vecino y encomendero de la muy celebrada ciudad de Barinas, gobernacion de la muy noble ciudad de Mérida, en el descubrimiento que hizo de el celebrado rio de Apure, mediante las capitulaciones que hizo y admitió en el real nombre el señor gobernador y cappitan general de el gobierno dicho, por el Rey nuestro señor, que Dios guarde, que lo es el señor don Francisco Martinez de Espinosa, á cuyo nobillísimo sujeto la dedica y consagra el descubrimiento de el dicho rio de Apure, en frasse humilde y estremeño estilo, con el mappa e yndicacion de rios que entran en el esplayado como altiuro rio Orinoco hasta su ingreso en el mar, que beue las aguas de todos,*

(1) *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Mayo de 1893, t. xxii, pág. 420.

Fray Jacinto de Carvajal, de el horden de Predicadores, este año de 1648 (1).

Entre la dedicatoria, el prólogo y advertencias «al prudente, discreto y advertido lector» para cuya mejor inteligencia son bilingües (latín y estremeño estilo); los sonetos y décimas laudatorias con que contribuyen un D. Felipe Colón, vecino de la isla de la Margarita, capitanes, sargentos y conquistadores en número bastante para mayores empresas, y por colaboradores de fuste «el venerable y gran Neptuno, á quien la antigüedad gentílica celebró por el universal dios de las aguas», y sus *altivos* súbditos, llenan sesenta páginas de impresión, de que puede juzgarse por esta muestra.

LAS NINPHAS Y NEREYDAS
QUE POR DULCES ALVERGUES SINOS
CELEBRAN LAS MÁRGENES DE LOS RÍOS APURE Y ORINOCO
Á SU ADONIS Y DESCUBRIDOR.

Ya podemos celebrar
las glorias que nos a dado
vn Adonis que a yntentado
nuestros christales surcar,
Colón primero en pissar
puertos nunca conocidos

(1) El título con que ahora aparece es, *Relación del descubrimiento del río Apure hasta su ingreso en el Orinoco*, por Fr. Jacinto de Carvajal, del orden de Predicadores, *fielmente copiada del manuscrito autógrafo que se guarda en el archivo municipal de León, y por primera vez impresa á expensas de la Excelentísima Diputación provincial, con las láminas que ilustran el texto, exactamente reproducidas, y algunos apéndices que harán más fácil su inteligencia.* (Escudo de armas). León, imprenta de la Diputación provincial, 1892, 4.º, 444 páginas, papel de hilo.

de españoles atrevidos,
solo Ochogauia a sido
quien tal gloria a conseguido
con sus soldados lucidos.

De las hojas que siguen, no son escasas las que el buen Fr. Jacinto ilustra con los preparativos de la expedición del Apure en *la muy celebrada ciudad de Barinas*, que por entonces tenía tres casas con tejas (según cuenta); en el acopio de provisiones, armas, pólvora y pertrechos como para un ejército de... *veinte y seis soldados*, y en la marcha solemne y regocijada que había de ensanchar los dominios de aquel «reducido á un Argos vigilante, »el monarca mayor de el orbe todo, »que siéndolo él aclamado por el quarto »de los gloriossissimos Philippos, antecessores suyos, reyes y señores nuestros, que hermosseados ya con telas »de gloria gozan de la æterna, viene »á ser el primero en grandeza y magestad, pues la que ostenta la deydad humana de Philippo quarto y »grande, rey y señor nuestro (que Dios »guarde) se aventaja á quantas los »presentes siglos celebran por muy »grandes, siendo muy pequeñas con parangón de la philipica grandeza y sin »yguual magestad».

Desarrolla sucesivamente el cronista de la expedición veintidós jornadas náuticas empleadas hasta dar con la corriente del Orinoco, contando en todas, que dormían muy bien en las playas explayadas hasta que, con ordinarios clarines, daban alegre alborada con redobles y repiques, en que son muy diestras, las parlerillas avezuelas

que ocupan los apureños márgenes, luciendo versicoloreros matices entre las obtusas ramas. Iba el Padre bautizando con los nombres del santoral las islas que á cada paso dividían la corriente, sin otra novedad que de importancia calificarse pueda, aunque desvelos le costara consignarlas todas.

Una vez en el caudaloso Orinoco, varía la apreciación, porque en la ciudad de El triunfo de la Cruz y Nueva Cantabria, aunque más humilde que *la muy celebrada* de Barinas, había capitanes vaqueanos y conquistadores lenguaraces entre *las naciones caribas*, que recibieron en palmas al Padre de la Sagrada Orden de Predicadores, tanto por lo que su persona merecía, como por haber tiempo que no gozaban de la presencia y auxilio de religiosos; y entreteniéndole muy á espacio en sabrosas tertulias, ó sea chocolates vespertinos, le iban contando rarezas de costumbres de aquellos indios vigorosos, osados navegantes, dominadores de las otras razas inferiores; particularidades de los saltos y raudales de las vías fluviales tan copiosas en el territorio; producciones naturales; riqueza de la fauna y la flora, y Fr. Jacinto lo anotaba todo, abultando su libro, sin dolerse de que las meditaciones para el sermón del siguiente día le obligaran á velar media noche.

Basta la parte útil de la obra para hacer olvidar el fárrago alambicado sobrante, y conservar por impresión final, á todas superior, la admiración del temple y buen deseo del autor que, con más de ochenta años pasados en

mar y tierra, por trochas y páramos, á pie como á caballo, tras la ocupación del confesonario y del púlpito, con los ejercicios de la Cuaresma desde el alba, pastor único de gran rebaño, robaba todavía horas al sueño por elogiar y enaltecer al caudillo de la expedición, á cada soldado de ella y á cuantos al paso encontraba. Su pluma no supo escribir censura de nadie, porque la tomaría de las sencillas avezuelas que le enamoraban.

No anduvo, pues, desacertada la diputación provincial de León sacando del olvido el manuscrito inédito en momentos en que se querían conocer los hechos, las condiciones y aun los vocablos de los descubridores de las Indias, ni han perdido su tiempo y su trabajo el bibliotecario D. Ramón Alvarez de la Braña y D. Juan López Castrillón, formando los apéndices explicativos de lugares geográficos y los que ilustran la biografía de los expedicionarios, á más de acrecentar con esta relación del Apure una serie no acabada (1).

Del segundo Jasón no parece que se da por agotada la materia, tantos nuevos estudios ó comentarios se imprimen, sea tratando de la persona, que es lo preferente, ó ya de objetos accesorios á ella. Entre estos ha originado la navegación de las carabelas reconstituidas, la llegada á Nueva York y la

(1) *Ríos de Venezuela y de Colombia. Relaciones inéditas*, publicadas por Cesáreo Fernández Duro. *Boletín de la Sociedad geográfica de Madrid*, t. XXVIII y XXIX.

salida hacia el río San Lorenzo para remontar por los lagos hasta Chicago, publicaciones de interés náutico, ilustradas algunas con hermosos grabados (1), y llévase la palma un libro excepcional, para cuyo análisis y encomio más espacio se requiere del que consiente la reseña ligera mensual en que sobre tantos hay que pasar la vista. Habrá ocasión de extender su noticia cuando haya de darse de la obra emprendida por la Comisión oficial italiana del Centenario, toda vez que este libro es volumen cuarto de la primera parte de su programa; entre tanto, bien puede anticiparse que pasará por manos de todo marino curioso (2).

Empieza el autor, capitán D'Albertis, con un estudio del material flotante de la marina en la Edad Media, acopiando datos, documentos y diseños de mucho interés. Reune seguidamente los antecedentes que pueden servir al conocimiento de la forma, capacidad,

velamen y condiciones de los navíos regidos por Colón al descubrir el mundo occidental, analizando los estudios anteriores, sometiéndolos á ilustrada crítica y haciendo las deducciones que con libre criterio le ocurren. Se aparta de las opiniones de Irving, HARRISSE y secuaces, que, interpretando erróneamente la narración de Pedro Mártir de Anglería, y sobre todo las voces *caveatum*, é *sine caveis*, que emplea, juzgaron á los navíos de la expedición embarcaciones pequeñas, sin cubierta dos de ellas. Explica el verdadero sentido de las palabras; hace aplicación de las propias observaciones para el cálculo de capacidad de cada uno de aquéllos; traza los planos del casco, arboladura y velamen; dibuja el aspecto, con arreglo á las estampas de la época, y en poco difieren sus conclusiones de las que formuló la Comisión española encargada de la reconstitución de la *Santa María*, coincidiendo también en la estimación de haber sido la capitana de Colón de la especie nombrada *nao* y de la de *carabelas* sus compañeras.

En otros capítulos examina el señor D'Albertis la Cartografía en la Edad Media, para juzgar de la importancia y trascendencia del mapa de Toscanelli, de que se sirvió el gran navegante genovés al acometer su empresa; la construcción y empleo de instrumentos náuticos, comprendido el problema de la *raxon del marteloio*, rompe-cabezas que ha preocupado á los hombres de ciencia marítima, y acaba discurrendo sobre los incidentes del primer viaje de

(1) Son de citar *Viaje de la nao Santa María*, por su comandante el capitán de fragata D. Víctor Concas. *Revista general de Marina*, Mayo y Junio de 1893.

The caravels of Columbus, compiled from original documents by Nestor Ponce de Leon. Translation revised by Mr. Frank L. Percy. New York, sin año. Cuarenta y una páginas apaisadas, con láminas y grabados intercalados en el texto.

(2) Se titula *Le costruzioni navali e l'arte della navigazione al tempo di Cristoforo Colombo*, por Enrico Alberto D'Albertis. Roma, *Auspice il Ministero della pubblica istruzione*, 1893. Génova, tipogr. R. Istituto Sordo-Muti. Gran folio, 240 páginas, excelentes grabados y planos.

Colón; sobre la longitud de la legua ó milla; observación del cambio de variación de la aguja, y determinación del punto de estima, con penetración que requiere (según dicho queda), algo más que una lectura superficial para la apreciación racional.

Terminado el estudio, han servido los planos al Sr. D'Albertis para dirigir la construcción de tres modelos, en reducida escala, de la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*, muy elogiados de los inteligentes, enviados á Chicago por el municipio de Génova, con justificación técnica que los acompañe á vista de los examinadores (1).

Del Almirante dice el autor de los estudios:

«Para juzgar á Colón y á su ideal, para estimar sus conocimientos científicos, es bueno recordar el proverbio árabe, *El hombre es más hijo del tiempo en que vive que de su propio padre*, y trasladar de lleno el pensamiento al siglo xv. Se pretende amenguar su mérito afirmando que encontró casualmente tierras nuevas interpuestas en el camino que pensaba conduciría á la India, ó bien sosteniendo que fue origen de la empresa la revelación de náufragos de aquellas tierras desconocidas procedentes. Escritores moder-

(1) En un folleto titulado *Citazioni giustificative per la riscostituzione dei modelli delle caravelle Niña e Pinta e della nave Santa Maria, desunte dalla «Arte nautica ai tempi di Colombo» del capitano E. A. D'Albertis, membro della R. Commissione Colombiana per la pubblicazione de Documenti e Studi su Cristoforo Colombo*. Génova, tipogr. del R. Instituto Sordo-Muti, 1892, 8.º Hay otra edición en inglés.

nos han llegado á negar la suficiencia de Colón como navegante y como marinerero, sin considerar que necesariamente había de vivir influido por ideas, erróneas bajo el punto de vista de nuestros días, pero admitidas por verdad científica en los suyos; ideas erróneas de que participaban los mejores cosmógrafos, falseando teóricamente la configuración de los mares y de los continentes en la superficie del globo, así por imperfección de los instrumentos de que disponían, como por respeto á la autoridad asentada de Tolomeo. Así, las costas de la India y las islas contiguas, á las que había llegado Marco Polo, debían estimarse mucho mas cerca que lo están en realidad para el que, navegando hacia el Oeste se dirigiera á ellas.

»Pero el hecho es que Colón, como marinerero y navegante, aventajó en arte y en ciencia á todos sus contemporáneos. Los hermanos Pinzón, que con él partieron la gloria del descubrimiento, eran ciertamente marineros arrojados, capitanes prácticos, á los que Italia y España deben reconocimiento por el efectivo concurso que prestaron al Genovés; Sancho Ruiz, Pero Alonso Niño, Roldán, Juan de la Cosa, eran pilotos excelentes; sin embargo, ninguno de ellos puede parangonarse con Colón en ciencia náutica.

»El grande concepto de este hombre, superior á la ordinaria levadura de la humanidad, no se formara con los conocimientos ni con las condiciones de un simple piloto, de un navegante que se valiera de la comun experiencia:

necesitaba una mente privilegiada, constancia y sagacidad ayudadas del conocimiento científico, para sostener la fe vacilante del marinero en el momento angustioso de la duda, en travesía tan larga por mar desconocido, que la ignorancia y la preocupación hacían más temeroso.»

Con las opiniones del Sr. D'Albertis coinciden, en gran parte, las de autor español que al mismo tiempo considera á *Cristóbal Colón, cosmógrafo*. No es sorprendente la aproximación de las ideas, porque D. José Ricart Giralt es marino, como el escritor de Italia, y las medidas del globo terráqueo en el siglo xv, la cosmografía, la cartografía, el arte de navegar de aquel tiempo, han servido asimismo á su juicio, que puede concretarse en esta frase: «Colón poseía ilustración científica muy superior á la de los pilotos de su época.» En otros conceptos no entra el investigador, contentándose con apun- tarlos de este modo (1):

«Es indudable que al discutir las proezas de Colón se han invadido campos distintos, pues se le ha desmerecido como almirante discutiendo sus hechos como virrey; y al contrario, se le ha enaltecido como gobernador de Indias por sus servicios hechos de gran navegante. ¡Ojalá que nunca Colón hubiera descendido del puente de su nao, concretándose á su grandiosa misión

de almirante del mar Océano y descubridor de Indias, y no metiéndose en oficios de virrey y legislador! »

Dejóse vencer á bordo, sin embargo, por arranques geniales ó por instintivas condiciones de carácter que afearon un tanto su figura histórica, aunque no afecten á la grandeza de su fama. Presentándola en todo su esplendor, lo advierte D. Manuel Sales Ferré, catedrático de Historia en la Universidad de Sevilla, en obra muy estimable, al reunir las recientes investigaciones sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo (1). Trata, como hasta aquí no se ha tratado, del supuesto motín de los tripulantes de las carabelas; de los incidentes de separación de la *Pinta* al dejar las costas de Cuba; de los que ocurrieron en el viaje de regreso á España, recalada á Bayona de Galicia y Lisboa y entrada en Palos, con examen nuevo, *in extenso*, de las declaraciones del proceso conservadas en el archivo de Indias.

Resulta el libro del Sr. Sales Ferré, en esencia, obra de desagravio y glorificación de Martín Alonso Pinzón, sin anteponerlo ni compararlo siquiera con su Almirante; sin prevención ni asomo de intenciones que conduzcan al desprestigio del caudillo; discutiendo con ánimo sereno, analizando sin pasión los sucesos como los documentos, adjudicando á uno y otro per-

(1) *Cristóbal Colón, cosmógrafo*, por José Ricart Giralt, capitán de la marina mercante, numerario de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, etc. Barcelona, 1893. Imprenta de Henrich y C.^a, 8.º, 26 páginas.

(1) *El descubrimiento de América, según las últimas investigaciones*, por Manuel Sales Ferré, catedrático de Historia de la Universidad de Sevilla. Sevilla, tip. de Diaz y Carballo, 1893, 8.º, 255 páginas.

sonaje lo que por lógica y justicia les corresponde, con elevado criterio.

No es, ciertamente, por hostilidad á la memoria de Colón la demostración que se ha hecho de no haber descubierto la variación de la aguja náutica que le adjudicaba el entusiasmo de sus admiradores, cuando lo que en realidad observó fué el cambio de variación de N-E. á N-O. No es tampoco siniestro móvil el que acaba de evidenciar, contrariamente á las impresiones del barón Humboldt, que caracterizaban al descubridor del Nuevo Mundo anteponiendo la penetración y extraordinaria sagacidad con que se hacía cargo de los fenómenos del mundo exterior, á sus excelentes condiciones de marino, y asegurando que nada se ocultaba á su perspicacia, ni la configuración de las tierras, ni el aspecto de la vegetación, ni las costumbres de los animales, ni la distribución del calor según la influencia de la longitud, *ni las corrientes pelágicas*; que estas corrientes fueron descritas y explicadas por otro, cuando se recogieron datos, sin los cuales no cabía formar juicio á no estar dotado del don adivinatorio sobrenatural que algunos conceden al Almirante (1).

Otros vientos han de ser los que han echado á volar en Italia el escrito del Sr. Gualterio de Lorigiola, presentando al navegante genovés como masón y protector de la sociedad masónica,

(1) Véase *Andrés de Morales, observador de las corrientes oceánicas*, por Cesáreo Fernández Duro. *Boletín de la Sociedad geográfica*, 1893.

acreditándolo con interpretación caprichosa de las siglas y puntos de la antefirma, ó los que han soplado en Alemania al profesor Ruge el libro más serio en que, negando á Colón ciencia, iniciativa, carácter y condiciones de sana moral, no le acuerda más que conocimientos marinos y perseverancia coronada por el éxito, al cual debe solamente, á su juicio, la altura del pedestal que la razón va rebajando (1).

Mucho me engaño si semejantes manifestaciones, repetidas, no marcan un movimiento equivalente al de las reacciones mecánicas, significando protesta y desprecio de la exageración legendaria y poética ingerida en la historia, y tendiendo, por medios también exagerados, al restablecimiento de la verdad, con desnudez que repugna á los meticulosos. Decidirálo el que á la postre examine y clasifique con detención la serie de los trabajos del Centenario, para la cual añado los títulos últimamente vistos (2).

(1) *Cristoph. Columbus*. Prof. S. Ruge. Dresden, L. Ehlerman, 1892, 8.º, 164 páginas.

(2) *Cuarto centenario de Cristobal Colón*, por José G. Clavero. Lima, 1892, 8.º, 28 páginas.

Lettre aux Em. Cardinaux Français pour la célébration religieuse du 4^{me} Centenaire de la découverte de l'Amérique, par le Comte Roselly de Lorgues. Paris, Sept. 1892, 20 págs., litog.

The Columbus gallery. The «Discoverer of the New World» as represented in portraits, monuments, statues, medals and paintings. Historical description by Néstor Ponce de León (Illustrated). N. Ponce de León publisher. New-York, 1893.

Sobre el lugar cierto en que reposan las cen-

Ayudará á la apreciación el informe que relativamente á la importancia de los «Autógrafos de Colón y papeles de América», publicados por la señora duquesa de Alba, ha leído ante la Academia de la Historia el Sr. D. Antonio M. Fabié (1), porque rectifica muchos y graves errores cometidos por Mr. Henry Harrisse, señalando por caso patológico digno de la atención de los alienistas, el que revelan los arranques y salidas de tono, las arrogancias y manifestaciones de suficiencia pre-

zas de C. Colón, por Henríquez y Carvajal. París, 1892, 8.º

Christophe Colomb et les Colomb en France, par M. W. Pascal Estienne. París, 1893, 8.º

Christophe Colomb. Ode, par Achille Millien, París, 1892, 8.º

L'Atlantide, poème catalan de Verdaguer, traduit en français par J. Prepatx. Montpellier, 1892, 8.º

Colombia et diosie poema visioni diciannove dell'ill, fu. Ab Fr. Poggi, 3.ª edizione, con memorie e commenti sulle Feste centenarie Genovesi del 1892, da Giuseppe Baldi. Génova, 1893, 8.º, 352 páginas.

Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. señor D. Miguel Colmeiro, el día 11 de Mayo de 1893. Madrid, imp. de V. de Fuentenebro, 4.º

Homélie sur Crhistophe Colomb, prononcée en la cathedrale d'Albano le 16 Octobre 1892, par son Eminence le Cardinal Parocchi. Traduction française accompagnée de l'original italien inédit. Marseille, aux bureaux du XX^{me} siècle, 1893, 8.º, 10 páginas.

Cristou Couloumb, poème provençal, par Charles Boy. Saint-Etienne, 1892. *Texte provençal et traduction française en regard*, 4.º, 83 páginas.

Christophe Colomb. Discours prononcé en l'église Métropolitaine de Toulouse, le 16 Octobre 1892. París, 1892, 8.º, 52 páginas.

(1) *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Junio, 1893.

suntuosa, de superioridad pedantesca, de incommensurable amor propio, que sellan las obras de uno de los críticos más asiduos en la investigación de las nebulosidades de Colón. El Sr. Fabié insiste en las pruebas de autenticidad de la historia escrita por D. Hernando Colón; enseña al Sr. Harrisse que los catalanes eligieron por rey á Renato de Anjou, sosteniendo guerra con el rey de Aragón, durante la cual, sitiada Barcelona en 1472, acudió al socorro de la plaza armada de genoveses, que eran sus confederados, suceso que puede explicar la carta de Colón en que habla de su campaña contra la nao *Fernandina* en Carthagine; discute la fecha del nacimiento del descubridor; esclarece la de la llegada á Portugal, narrando, según el cronista Alfonso de Palencia, el empeñado combate naval de trece naves francesas y portuguesas, mandadas por Colón junior contra cinco naves genovesas y flamencas que iban á Inglaterra, cerca de Lagos, el 13 de Agosto de 1476, pereciendo incendiadas siete y salvándose á nado algunos de los tripulantes. Explica esto también la batalla de que habla la historia de D. Hernando, en la cual varía la nacionalidad de uno de los beligerantes, haciéndolo de Venecia, acaso porque no constara que su padre hizo armas contra la bandera de su patria.

Omito rectificaciones de menos importancia que abundan en el informe del Sr. Fabié y que, si bien aumentarán la sañuda enemiga del Sr. Harrisse contra España, nacida por haberle de-

mostrado que puede equivocarse como todos *sub sole* se equivocan, ha de aprovechar para la historia definitiva de nuestro héroe.

Entre los opúsculos varios, uno, escrito en inglés por el Sr. Gioachino Bagnasco, dedicado «á la ilustre ciudad de Chicago, que con la más grande exposición del mundo, honra al hombre más grande de los tiempos antiguos y modernos», ofrece particularidades merecedoras de conocimiento (1).

Posee el autor un atlas de doce mapas pequeños ($8 \frac{1}{2}$ pulgadas \times $11 \frac{1}{2}$), cuya portada muestra el mapa-mundi con adornos dibujados por el pintor flamenco Juan Stradano, y grabados por A. Collaert. Debe ser ejemplar de suma rareza, pues ni en las bibliografías se inserta, ni en las bibliotecas principales de Europa existe, y es notable que en la Mediceo-Laurenziana de Florencia se guarde el dibujo original de Stradano que sirvió para la dicha portada, resaltando dos medallones con los retratos de Cristóbal Colón y de Américo Vespucci. La data del grabado parece ser de 1580 ó 1586, ofreciendo duda la última cifra, que está borrosa; pero de todos modos, siendo próxima á la vida del almirante, habiendo seguridad de que Teodoro de Bry copió malamente los mapas y plagió á Stradano la lámina que re-

presenta á Colón armado con el estandarte del crucifijo en la mano, sobre la cubierta de la nao, según descubrió Paul de La Croix (1), presume el Sr. Bagnasco que pudiera también haberse apropiado los medallones, disimulando la procedencia, con las novelescas noticias que da sobre adquisición del retrato de Colón, y da el alerta á los que se han ocupado y ocupan de la iconografía.

A vuelta de la portada del Atlas, hay otro dibujo con una nao, desde la que contempla Colón una isla en el horizonte, y esta leyenda: *Christophorus Columbus Ligur terroribus oceani superatis alterius pene orbis regiones a se inventas Hispanis regibus addixit. An. salutis MVIIID* (sic).

Presenta la tercera hoja también nave con la figura de Vespucci y la inscripción *Americus Vespuccius Florentinus portentosa navigatione ad occasum atque ad austrum duas orbis terrarum partes, nostris oris quos incolimus maiores, et nullis antea nobis notas saeculis, Aperuit quarum alteram de suo nomine America mortalium consensus nominavit. An. Sal. MIIID* (sic).

A Magallanes, representado en nave, como los anteriores, está dedicada la hoja cuarta, y tampoco sale mal librado con la leyenda: *Ferdinand Magalanes Lusitanos anfractuoso eurips superato, telluri ad Austrum nomen dedito, eiusque navis omnium prima atque novissima solis cursum in terris emulato,*

(1) Titúlase *Americae relectio Atlas, Monography* by Gioachino Gambino Bagnasco. Palermo, tipogr. Virzi, 1892, 8.º mayor, 27 páginas.

(1) *Les arts au moyen âge et à l'époque de la Renaissance*. Deuxième édition, pág. 335.

terrae totius globum circumiit. An. Sal. MDXXIII.

Acaba la tarea de este mes el folleto elegante en que los caballeros franceses, condecorados con insignias españolas, participan haberse cumplido su propósito (1). Sabido es que fué éste hacer un agasajo á S. M. la Reina regente, con motivo del Centenario; la suscripción ascendió á 16.677 francos, y se empleó el importe en un álbum de veintidós miniaturas en vitela, en-

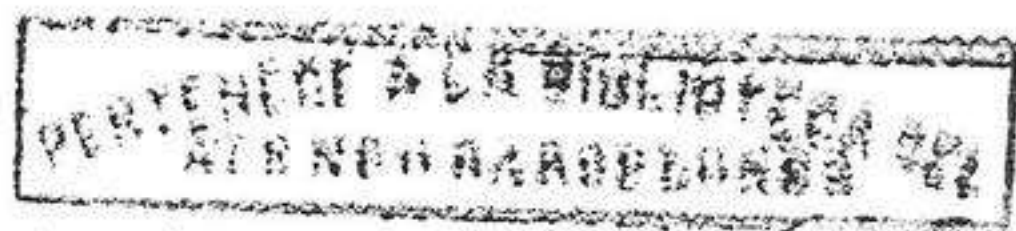
(1) 4^{me} centenaire de la découverte de l'Amérique. Comité des français décorés d'Ordres espagnols. Compte-rendu de l'œuvre, par le Vicomte Oscar de Poli, *President du Comité et de sa délégation.* (Armas reales de España). París, au siège du Comité. Saint-Amand (Cher), imprimerie Destenay, 8.º, 23 páginas.

cargadas á la especialidad del arte, M. Richard Barabandy. Las encuadernó el joyero de Su Santidad León XIII, M. Alphonse Auger, con los colores de la Orden de Carlos III, incrustando en la tapa los retratos de S. M. el Rey y de su Augusta madre, obra delicada de M. Anatole Marquet de Vasselot. Ascendió el total de gastos á 16.109 francos, de modo que han sobrado 567, que se emplearán en un álbum fotográfico que reproduzca el de miniaturas. La Comisión encargada de presentar la ofrenda á S. M. la Reina cumplió el cometido, y dando cuenta de la recepción, repite en elogio de la Señora que rige á España:

Vir est, vir, haec faemina!

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

CRÓNICA INTERNACIONAL



El Reistach y los sermones del emperador Guillermo.—El pietismo protestante y el neocatólicismo romano.—Principales pensadores reaccionarios de Alemania.—Resoluciones extrañas allí de príncipes y reyes.—Neurosis históricas.—La neurosis neroniana.—Un príncipe bávaro metido á clubista y un príncipe sajón á fraile.—Consideraciones sobre la vida del claustro.—Política de Occidente.—Los republicanos portugueses y la unión ibérica.—Política española.—Complicaciones principales de la política europea desde Francia hasta Noruega.—La guerra con Siam.—Conclusión.

Felicísimo en verdad el emperador Guillermo. Contra viento y marea consiguió el voto de su Reistach para las leyes militares. En vano auguraban lo contrario cuantos conocen la índole de Alemania. En vano los escrutinios primeros decían la copia de opositores existentes en los comicios y representantes de una tan recta y noble aspiración como el cambio de la naturaleza férrea y militar del presente pueblo germánico en otra naturaleza venidera de armonía y de trabajo. La voluntad avasalladora del Emperador, omnipotente hoy en el moderno Imperio alemán, como la voluntad misma de los Césares en el antiguo Imperio clásico, ha deseado disminuir los años de servicio, para ofrecer á su pueblo esta martingala más ó menos real á cambio del aumento así en soldados como en tributos; y los deseos del Emperador se han cumplido. *Sic volo; sic jubeo*. Hanle ayudado al querido logro de sus empeños, los príncipes casi mediatizados ó por mediatizar, que componen los factores de aquella grande aglomeración imperial; hanle ayudado las distribuciones de los distritos electorales, hechas tan á placer del gobierno, que Meclemburgo, con medio millón de habitantes, designa el mismo número de diputados que Berlín en persona con dos millones y medio; hanle ayudado las guerras internas ó civiles de los católicos entre sí, las cuales rompieron en pedazos parlamentario grupo, arbitro por su influencia y por su disciplina y por su número del Parlamento; hanle ayudado los progresos del socialismo, amenazadores al orden europeo y la deserción al socialismo de los viejos demócratas á lo Richter, quienes, claudicando en sus

teorías individualistas, expidieron á las filas del gobierno muchas gentes; hanle ayudado las complacencias tenidas por el César y su Canciller con los obispos de Polonia y el aquistamiento por éstos de la neutralidad vaticana; pero, sobre todo, hanle ayudado los recelos propios de los pueblos, que tan sumamente conservadores los hace, de cambiar lo malo ya conocido en lo bueno por conocer, naturales recelos, despertados en el conjunto social á la comparación indeliberada é intuitiva entre un pésimo gobierno ya experimentado y una incognoscible ó por lo menos inexperimentada oposición.

Mas el Emperador cree que solamente le ayudara Dios, á quien personifica sobre la tierra. Por eso ha prescindido en la sesión de apertura del ritual consuetudinario, y dando de mano á un discurso compuesto por otros y leído por él, como los que lee su constitucional abuela en la Cámara de los Lorens, presidente vitalicia y hereditaria, cual fueron los Oranges, sus antepasados, de una República verdaderamente aristocrática y parlamentaria, se ha adelantado algunos pasos y dicho de viva voz una invocación á Dios, en la cual no había nada que pedir para mostrar el absolutismo pietista ó místico reinante hace tiempo sobre la infeliz Alemania. Para comprenderlo, precisa realmente subir á los primeros años del siglo en que los alemanes tienen su De Maistre y su Donoso protestantes, el célebre Harms. Como Wolff representa el cartesianismo; como Leibnitz las ideas del optimismo

y de las mónadas; como Kant la crítica del conocimiento; como Fichte el idealismo subjetivo; como Schelling el idealismo objetivo; como Hegel el idealismo absoluto; como Schopenhauer las tendencias pesimistas y el imperio de la voluntad sustituyendo al imperio de las ideas; como Virchow la evolución y el ateísmo Ruge; Harms representa el protestantismo absolutista, intolerante, reaccionario.

Parece imposible; mas este hombre, que había nacido con todas las cualidades necesarias para cautivar á los pueblos; tribuno más que teólogo, tribuno de club y de plebe; rudísimo paisano del Holstein; á una familia de carpinteros perteneciente y trabajador de un molino; fuerte y robusto de complexión, enérgico de voluntad, humorista de lenguaje, poeta muchas veces, pero sin perder nunca la serenidad del buen sentido; indisciplinado de pensamiento, inquieto de vida, múltiple de profesiones; sacerdote, jurisconsulto, médico, boticario; dotado de aptitudes pedagógicas, rico en antitesis bruscas, propio para el arte y las letras populares, púsose al frente de la reacción religiosa; y llamó Anticristo á la razón humana, como se lo habían llamado á los Nerones los primitivos cristianos; y llamó destronadora de Dios á la conciencia libre; y dijo que no tenía derecho á levantarse contra la religión luterana tradicional, un púlpito levantado por esa misma religión; y sostuvo que sobre los huesos de Lutero, si cualquier veleidad liberal amanecía en Alemania, iba, con

escándalo de los buenos, á consumarse un adulterio tan terrible, como el adulterio de la Iglesia evangélica con el espíritu de nuestro siglo; y rechazó toda interpretación racional dada á la Biblia, diciendo que solamente debía prestarse fe á la palabra de Dios, interpretada en sus literales sentidos; y tuvo toda constitución por atentatoria de suyo á la lógica y todo poder intermediario entre gobernantes y gobernados por perturbador de la sociedad; y todo régimen parlamentario por el más caro y el más odioso de los sistemas políticos; y todo cuerpo legislador por el más arbitrario de los tiranos, poniendo como límite al progreso el imperio de derecho divino y la religión luterana.

A este Harms sucedió Hengstenberg, quien sostuvo con menos letras, pero con mayor ciencia, el absolutismo religioso y político. En apasionamiento allá se fueron los dos por la intensidad de lo sentido; pero en estilo fué combatiente y brutal este último. Figuraos un Veillot sin letras, y tendréis al escritor evangélico. Babea sobre la gran literatura germánica, llena, según él, de paganismo; confunde la democracia con la demagogia; llama escandalosamente á la Francia moderna frívola y superficial; niega todo criterio á la razón y todo poder al derecho; declara la ciencia moderna más asoladora que el cólera, y cree la teología del sentimiento una rehabilitación de la carne; todo bajo la bandera del más puro luteranismo y de la monarquía más absoluta, con el firme y deliberado pro-

pósito de restaurar y de rehacer la vieja sociedad. Así declara, en sus demencias, haber tenido los mandamientos de Dios, con toda la grandeza y toda la bondad que á una le reconocemos, imperdonable olvido, al mandarnos honrar padre con madre, y no añadir que honremos igualmente á nuestros padres en la sociedad, á la reina con el rey. ¿No creeríais estar leyendo á nuestro célebre padre Salvany? Pues bien; el jefe de la marca del Brandeburgo, el caballero de la Orden Teutónica, el evocador de la Edad Media, el místico que lee la Biblia y predica los comentarios bíblicos en alta mar á los marineros, el que pasa días tras días encerrado allá en el castillo misterioso y alto, donde tradujera Lutero los libros revelados y anduviera durante sus insomnios de pelea con el diablo á tinterazos; el autor de las leyes sobre instrucción pública y de las arengas parecidas á los recitados del *Parsifal* y del *Lohengrin*, el emperador de Alemania, pertenece á esta escuela del derecho divino por su naturaleza íntima y por su educación literaria, creyéndose, á fuer de buen César, una imagen viva y singular del Dios eterno sobre nuestro misérrimo planeta.

Los nerviosos abundan más de lo que á primera vista parece. Y no vengo á decirlo por el Emperador germánico, en quien la pesadumbre del cargo se sobrepone mucho á los nervios, aquietándolos. El Emperador, no sólo muestra una clara inteligencia y una firme voluntad: muestra una salud verdaderamente férrea, y un dominio

sobre sí verdaderamente sano, unido á la vida más regular y menos nerviosa que puede imaginarse. Digo esto de los nervios por tanto príncipe alemán como desvaría y desatina. Elidamos al romántico Federico Guillermo IV, que murió sin conocimiento y sin razón. Dejemos á un lado el rey Luis II y sus audiciones solitarias de las óperas del gran Wagner. No mentemos al monarca de Baviera encerrado ahora en un manicomio; al pobre Juan Barth, perdido en los mares; al suicida Rodolfo, que legó una pena perdurable á quienes le debían legar á él una corona espléndida. Compadezcámoslos y aprendamos en estos ejemplares la neurosis como en una clínica. Es añeja enfermedad la neurosis. Por el mundo antiguo aparece como neurótico entre los neuróticos Nerón. Así no resultan sus hechos más horribles tanto crímenes como demencias. Era, pues, un verdadero neurótico. Estudiad á cuantos han padecido una enfermedad tal y encontraréis los caracteres propios del pensar y del sentir de Nerón. Su alma sobre todos los pensamientos imaginables mariposeaba incierta y voluble. Ningún trabajo podía embargar su actividad mucho tiempo. A un ruidillo cualquiera sacudía los nervios como arbusto doblado al menor aire. Sus pasiones tomaban una increíble sobreexcitación y todas caían en una irremediable perversidad. Volvíase de pronto á las personas más ajenas de él y las estrechaba contra su corazón; pero, á los tres minutos, las ofendía, cuando no las mataba. Con la misma facilidad aniquilaba un vaso

murrino, lleno de licor, que una persona humana llena de vida. Vestíase y desnudábase cien veces al día, cuando se lo demandaba el gusto, sin saber por qué, ni para qué. En innumerables ocasiones iba desnudo como una bacante por los jardines hasta caer sudoroso, cual acosada fiera, en delirio y en terror, sobre los suelos, donde se revolvía como un epiléptico. Las alucinaciones más extraordinarias le fascinaban el sentido por lo mismo que le poseían el alma. Ya creía oír una celeste música, ya una manada de furias. Si recitaba con entusiasmo grande los versos predilectos ó tañía la cítara hermosísima, el cuitado acababa por experimentar convulsiones que nosotros llamamos de poseído y los antiguos llamaban de pitonisa. Hablaba para sí en voz alta y á solas. Representaba escenas de dramas fingidos al vuelo. Muchas noches no podía dormir; en cambio se pasaba durmiendo á pierna suelta días enteros. No encontraba, en cuantos goces pueden granjearse al sentido, ningún género de saciedad al deseo. Continuamente huía sin saber de quién, acaso de sí mismo. Su cerebro estaba perturbado como de vértigos y su corazón estremecido como de angustias. Los espasmos frecuentes le adoloraban desde la respiración hasta las digestiones—según el viento de sus caprichos y el motor de sus impulsos y las ondulaciones de sus ideas—respiraba unas veces con suma facilidad y otras como un asmático. Con frecuencia le latían las sienes y el corazón, como si den-

tro de su cuerpo hubiera una fragua muy encendida y muy resonante. Era un enfermo crónico desde la niñez. Así, tenía la piel muy sensible á todos los cambios externos de la temperatura. Su cuerpo estaba sujeto á las sacudidas, como el terreno volcánico á los terremotos. La multiplicidad incalculable de sus contracciones musculares no tenía comparación sino en la multiplicidad de sus apetitos y de sus deseos por todo extremo cambiantes. La contorsión resultaba en él tan habitual, que parecía en la vida común un actor ó un gimnasta cualquiera, según se retorció, llegando, bien á estirarse hasta crecer, bien á encogerse hasta disminuir de un modo extraordinario: gigante y enano al mismo tiempo. En pocos minutos, pues, á las tensiones de sus nervios y á los oleajes de sus humores, como un cuerpo elástico, saltaba y rebotaba. Y á consecuencia de tales rebatos, nunca le veían los circunstantes alrededor suyo en actitudes vulgares; gustaba de posturas estatuarias, como cumple á quien ajusta su vida y ser al plan de unas idealidades arbitrarias. De aquí la danza unas veces, otras el cántico, muchas la elocuencia y la poesía como alas que se pegaba en el anhelo de subir sobre la oscura y triste realidad. Pero este grandísimo esfuerzo por superar la realidad concluía precipitándolo mucho más abajo de la realidad misma.

Hanme inspirado esta pintura del prototipo y arquetipo de la neurosis un libro y dos hechos. El libro es cierto volumen consagrado al rey de Baviera

y á sus dobles demencias por la música del sublime Ricardo Wagner y por la arquitectura del enfático Luis XIV; los hechos son la entrada de un príncipe sajón desde los cuarteles en los claustros, y la entrada de un príncipe bávaro desde los palacios en los clubs. Con efecto, el heredero de la corona en Baviera se ha propuesto martirizar á su padre y señor, el regente, no encontrando para cumplir el propósito medio más seguro y certero que romper á hablar en jerga demagógica y loar hasta el socialismo de la cátedra y defender hasta las libertades absolutas. Un poco débil de cabeza necesita estar quien ha de ceñirse una corona en las alturas y suelta por lo bajo tales discursos; pero no llama tanto mi atención el hablar de tal príncipe venido á nuestras ideas democráticas, como los votos pronunciados por el sajón, hecho á estas horas un fraile. Caso raro; así como en el gran ducado de Baden, donde hay muchas regiones conocidas por su catolicismo exaltado, reina una dinastía protestante, reina en aquella Sajonia, primera y mayor protectora de Lutero, una dinastía católica. ¿Quién se lo hubiese dicho á los que redactaron la confesión de Augsburgo, urdieron la liga de Smakalden, y pelearon en Mulberga, noche y día, cayendo cautivos del emperador Carlos V y del duque de Alba por la religión protestante? Sin embargo, podrá ser una dinastía muy católica, como lo es la dinastía sajona, y no sentir vocaciones al claustro, especie de sepulcro, y al monacato, especie de suicidio. Con esto y

con todo, el príncipe sajón, ya mencionado, cambia su vistoso uniforme por oscura estameña y su jubiloso cuartel por ceñudo convento. No lo hubiera presentido cuando ceñía su cuerpo con los arreos multicolores de la milicia, tan opuestos al paño fúnebre y al velo negrísimo de los cenobios. Además, el claustro pugna con la grande actividad propia de nuestra vida moderna; con la tendencia positivista de los hábitos y de las leyes al uso; con el amor á los hogares propios y á la familia; con el individualismo congénito á estas libertades contemporáneas y á este medio social en que respiramos y vivimos. Mas, alguien me ha dicho que ha impulsado al príncipe sajón hacia el claustro un motivo como el determinante de la voluntad del célebre Savonarola en su tiempo. A causa de aquellos cambios bruscos en la Italia del siglo xv, los Strozzi habían abandonado á Florencia y refugiándose, como náufragos de los combates y discordias civiles, en la ciudad de Ferrara. Pertenece Strozzi al patriciado florentino y llevaba junto á sí una hija, de rara hermosura y de alta inteligencia. Enamoróse de ella Savonarola, y en este instante crítico de su existencia pudo cambiarse por completo la suerte y el destino suyos. Correspondido, amado, feliz; perteneciente á familia rica y noble; con opulencia en el hogar, con poder en el mundo, con hijos que le obligaran á preparar lo por venir; con el corazón sereno, con la conciencia tranquila; querido de los suyos, respetado por todos y puesto sobre los paveses de la fortuna; sus nervios no se descompusieron, su fantasía no se exaltara, su vehemencia no creciera, no se destrozara su pecho y su corazón como al peso del infortunio y al contacto con el dolor. Había puesto sus esperanzas en una mujer querida, concentrado su voluntad en lograrla; y cuando le rechazó su familia con suprema negativa, en parte á causa de su profesión, la profesión de médico, y en parte á causa de su figura, no muy apuesta, creyó que venía sobre él ¡ay! la muerte. En aquel momento de abandono, de soledad, de tristeza, todos los horizontes se oscurecieron á su vista y todos los abismos bostezaron á sus pies; parecióle que le faltaba la luz del cielo concedida por Dios á las fieras, y que la eterna noche penetraba en lo más íntimo y en lo más espiritual de su ser. Así, puede asegurarse que desde tal momento se desasíó del mundo como de unos brazos yertos que no podían ya retenerle. Así, abrazó la vida de monje como pudo abrazar el suicidio, porque un claustro á sus ojos aparecía como el sepulcro sin necesidad de la muerte. Pues algo semejante le acaba de suceder al príncipe sajón. Profesó de monje Savonarola, porque no pudo subir hasta la mujer amada; y profesa el príncipe sajón de monje, porque no puede descender á la mujer amada. Las tragedias mayores de las edades poéticas se repiten y reproducen á una en esta nuestra edad prosaica, porque cambian las ideas, cambia el gusto, cambian hasta las religiones, y no cambian el corazón y el amor. Pero no debe olvidar el

representante de aquéllos que con los electores de Brandeburgo fueron el brazo de la Reforma, como muchas veces buscan los mortales en el claustro una grande anticipación de muerte santa en brazos de la Iglesia, y encuentran la herejía rebelde levantándose en las alucinaciones monásticas contra la Iglesia. Ningún mortal ofrece de tal peligro fácil una demostración viva como el monje Lutero. Entre las paredes oscuras del claustro y las sombras por las grandes capillas proyectadas; al tocar de aquellas campanas, que resuenan en las celdillas de los frailes como la trompeta del juicio resonará en las tumbas de los muertos; al rumor de las oraciones, que parecen como el aleteo de las almas; á la vista de los simulacros y efigies levantados sobre los altares, y de los túmulos y piedras funerarias tendidos por los pavimentos; las visiones místicas de Lutero se multiplicaban desmedidamente y le acometían y le acosaban, como si fueran seres reales, salidos del seno de un convento demasiado angosto para contener las excesivas agitaciones de aquella grande alma, que, á fuerza de meditar y rezar, cayó en la herejía. Mas dejemos estos misterios de las almas, y vamos al relato de los hechos, saltando, si el salto no os parece demasiado excesivo, á Portugal.

Desde que vi la temeraria reunión celebrada por una parte de los republicanos españoles y otra parte de los republicanos portugueses en Badajoz, anuncié yo el matemático retroceso de la República en Portugal, consiguien-

te á tamaña torpeza. O la República no tiene razón alguna en abono de su establecimiento sobre las dos potencias peninsulares, ó esta razón dimana de la necesidad en que una y otra se hallan, tras los muchos esfuerzos hechos en el siglo corriente por el gobierno liberal y parlamentario, de completar este gobierno con la forma y organización más conforme á sus ideales propios y más fiadora de su regular ejercicio. El gobierno de cada pueblo por sí mismo: he ahí en pocas y vulgares palabras la nota característica del principio republicano en todas partes. Así, no existe forma ninguna de gobierno, tan constreñida por la índole y naturaleza intrínseca de su propia compleción á contar con los afectos y con las creencias vulgares, como aquella que debe sobre la voluntad omnímota del pueblo fundarse y á la voluntad del pueblo atender para su cumplimiento y desarrollo. Por eso he dicho yo á los filósofos de toda escuela y á los fanáticos de toda secta, contrarios por sus creencias religiosas ó por sus propensiones socialistas al sentimiento más arraigado en estos pueblos de secular desviación y de larguísima historia, á su sentimiento católico, que las innovaciones intelectuales descenden sobre un pueblo atrasado mejor del absolutismo filosófico ejercido por Pombales y Floridablanco, que de un gobierno democrático, fundado en el total pensamiento de ese mismo pueblo. ¿Cuándo las muchedumbres hubieran expulsado á los jesuítas y traído al Estado la Enciclopedia? Pues no conozco principio

más justo de suyo en su esencia íntima y más progresivo en sus resultados naturales, que este principio de la unión ibérica por mí profesado desde los asomos de la razón en el alma; pero tampoco principio menos adaptable á lo que piensa y siente y quiere y desea el pueblo portugués; y ahora fundadme, para recabar este principio y establecerlo, una forma de gobierno como la forma republicana, de suyo nutrida en las creencias, en los sentimientos, en los deseos, en las supersticiones del pueblo.

Los estadistas portugueses del siglo xv y aun del siglo xvi, bien por empapadísimo en la idea de los Estados poderosos y fuertes, bien, si queréis, impulsados por el afecto egoísta del engrandecimiento de sus respectivas familias, hacían lo posible y lo imposible, dentro de sus facultades y de sus medios, para sumar á la monarquía española su monarquía lusitana, y constituir con estos factores, añadidos á las tierras nuevas é históricas encontradas en mares de antiguo conocidos y en mares nunca explorados, aquel imperio hispánico que había doblado el cielo como el planeta, y puesto el sol como remate de su cíclica corona. Convertid los ojos á tales tiempos, y veréis el paralelo entre las aproximaciones á Castilla de los Trastamaras puestos en Aragón por el compromiso de Caspe y las aproximaciones á Castilla y Aragón de los Aviz, puestos en Portugal por su rebelión y por su victoria de Aljubarrota. Alfonso V dejaba y tomaba la Beltraneja, según que requería

más ó menos el trono de Castilla con esta prenda de sus ambiciones y de sus inquietudes ibéricas; Juan II pedía la hija mayor de los Reyes Católicos para unirla con su familia regia, tendiendo á la unión de aquellas espléndidas diademas, verdaderos astros componentes de una constelación que se dilatava y extendía como inmensa nebulosa del hemisferio norte al hemisferio austral; el príncipe Don Miguel, que, de haber vivido, nos trajera Lisboa y Oporto, en vez de las funestas Amberes y Amsterdam, traídas por Carlos V, llegaba desde la desembocadura del Tajo al Manzanares para que le proclamasen y reconociesen príncipe de Asturias; el gran Don Manuel tendía su mano sobre los herederos apercebidos por él para unir las dos porciones de la Península y las Indias orientales con las Indias occidentales; una portuguesa era emperatriz de los vastos dominios hispánicos, y por una hija de esta portuguesa nos alzamos con la corona lusitana el día en que los desiertos líbicos se tragaron al rey Don Sebastián, como si la dinastía de Aviz hubiera querido rescatar la culpa cometida con la separación de nuestros dos pueblos, volviendo á juntarlos y engrandecerlos en gloriosa é imperecedera unidad.

No se hallarán facilidades así cuando, en lugar de dos familias, hay que unir dos pueblos; y cuando, en lugar de dirigirse á una escasa corte, hay que dirigirse al sufragio universal en persona. ¡Oh! Nada sería para nosotros tan satisfactorio como ver llegar

un día, bajo el techo común de la nacionalidad, al viejo Estado pródigo, que los jesuitas y los Braganzas, sordidos aquéllos, éstos traidores, todos enemigos de nuestra patria, fundaron en el siglo xvii, uniéndolo á todas las enemistades existentes en el globo contra nuestra España, y determinando así el abatimiento de todos los iberos hundidos en una igual decadencia. Pero ¡ah! la monarquía, formada por los aristócratas y por los padres, á quienes colmáramos los españoles de riquezas, la monarquía jesuitesca y bragancina, que, según dice nuestro eminente amigo Martins, asemejábase á un Paraguay europeo, pasó, no obstante tal origen, á nacionalidad, en las evoluciones propias de las ideas modernas y en el vivificantísimo calor generado por el movimiento de aquéllas; y no se puede fundar y arraigar cosa de tan peligrosa fundación y de tan costoso arraigo, cual el gobierno republicano, contra un sentimiento de suyo tan vivo como lo es el sentimiento de propia independencia en Portugal y en los portugueses. Ningún español puede contentarse, ni se contentará con menos, que con formar y componer entre nosotros y nuestros hermanos de Lusitania, una sola nacionalidad; y ningún portugués puede pasar por esto, ni el más avanzado, si quiere conservar la estima de su propio pueblo, mientras no haya cambiado el sentimiento popular. Por eso no conozco error tan grave de suyo en republicanos dispuestos á servir y prosperar la causa de este régimen democrático

y traer su implantación á la Península, como que susciten el obstáculo, tan grave á todos sus propósitos, de una herida cruel abierta en el culto de los portugueses á la chica patria y en el amor á su histórica independencia.

Yo comprendo lo artificioso y lo manipulado de la manifestación urdida en Lisboa por la Cámara municipal y por el Congreso de diputados, contra los representantes del pueblo portugués, que fueron al *meeting* de Badajoz y confraternizaron allí con la fracción republicana nuestra fautora de tan temerario acto internacional. Conservará siempre la política su carácter de guerra; y en la guerra no se guarda piedad de ningún género al enemigo y no se perdona medio de anularlo por lo menos moralmente. Vieron á los republicanos en una grave dificultad y echaron tras ellos para exterminarlos, si les era posible, todos los monárquicos. Pero no intentaran éstos tal desaguizado, impropio de una Cámara que despide vociferaciones á guisa de club, si para ello no pudieran fortificarse tras un seguro tan fuerte como el sentimiento nacional portugués. Y por lo que á nuestro sentimiento nacional respecta, deben tenérselo por sabido todos los portugueses; nosotros queremos formar con ellos una sola nacionalidad; y si no hemos de formar con ellos una sola nacionalidad, nada queremos de ellos. A lo que nunca nos prestaremos, nunca jamás, es á confederarnos para conjurar las dificultades producidas allí por el apartamiento de nosotros, que con toda su voluntad aman y man-

tienen á una con todas sus fuerzas ellos. Si los Estadillos negros, aliados de la Gran Bretaña, ó súbditos, maquinan algo contra los territorios portugueses del Africa austral; si la Gran Bretaña misma, en sus proyectos de atravesar el continente misterioso, y de unir á la posesión del Cabo de Buena Esperanza y á la posesión del Nilo egipcio la posesión de la desembocadura del Congo y la posesión de la desembocadura del Zambeze; si, como hemos visto hace poco en magistrales artículos, atribuidos al primer maestro inglés en política internacional, corren peligro en plazo breve la Madera, las Azores, las islas de Cabo Verde, vea como puede arreglárselas Portugal para encontrar quien le valga en tan tremendo conflicto, porque nosotros, después de haber fundado la más amplia libertad conocida hoy en Europa y después de haber animado con esta libertad la más genuina y más verdadera democracia que hay en el mundo, ajenos á todas las aventuras de otros tiempos y concentrados dentro de nuestro íntimo ser, pensamos inaugurar la edad del trabajo, edad creadora, que debe reemplazar á la edad del combate, asoladora edad, ocurriendo, en la economía nuestra interior, á la composición de un presupuesto de la paz, que debe procurar al cuerpo español robustez y al espíritu cuanta luz pueda prestarle una bien organizada y bien dirigida instrucción.

Es imposible calcular cómo el principio económico va sobreponiéndose y anteponiéndose á todos los principios

en las nuevas fases porque ha entrado la sociedad europea. Nosotros, los más idealistas del mundo, los hidalgos de gotera, menospreciadores del trabajo y del ahorro, con la espada requerida siempre para el combate y el cuerpo acribillado de heridas adquiradas en las cinco partes del mundo, tenemos que consagrarnos á la prosaica tarea de combinar un presupuesto por imponerle así la tirana realidad á nuestro carácter caballeresco y á nuestra creadora fantasía. Los helenos, representantes en la Europa oriental de cierta idealidad, como la que representaremos siempre los hispanos en la Europa occidental, tienen que renunciar á cuanto pretendían en Macedonia y en Chipre y en tantas otras partes, reduciéndose á granjearse una mejor salud económica y proveerse de medios que los preserven contra una intervención como la ejercida en nombre de los acreedores europeos por Inglaterra, sobre imperio tan glorioso y antiguo como Egipto. No ha levantado por cuestión alguna en Italia el viejo regionalismo la cabeza, como por la cuestión de los Bancos, y en cuestión ninguna, sino en esta, se ha dicho por los meridionales á los piemonteses, como lo acabamos de oír en el Congreso romano, «idòs á Cerdeña». Cuanto pasaba en el período de transición entre la monarquía tradicional absoluta y la monarquía moderna parlamentaria se reproduce y se repite ahora en el tránsito de este régimen de combate y guerra, en que todavía nos consumimos, al régimen de trabajo y de paz que alcanzaremos

pronto como hemos alcanzado la libertad religiosa y las instituciones progresivas. A eso vamos, al establecimiento de una democracia trabajadora en todas partes, y como consecuencia del establecimiento de una democracia trabajadora en todas partes, al régimen de la paz, llamado por los tratadistas contemporáneos de sociología régimen industrial. Dondequiera que se apunta, prevalece. No ha podido ser más desastrada la política de los republicanos franceses. Aquella inestabilidad ministerial, aquella carencia de norte fijo en los gobiernos y aquellas ondulaciones de las mayorías á cualquier presión de fuera, el exceso en los gastos y en los armamentos, las alucinaciones coloniales, el dogmatismo sectario, la dictadura positivista combatiendo con todos los sentimientos religiosos, no han podido concluir con la República, que se presenta en los próximos comicios y se presentará en los próximos congresos incontestada é intangible. Mientras el gobierno de Bélgica resistió al sufragio universal, no tuvo momento de paz; y así que admitió el sufragio universal, siquier adulterado por absurdas restricciones, la paz ha renacido de suerte que pueden hoy dedicarse los poderes públicos á democratizar el Senado. Y algo de lo sucedido en Bélgica sucede también ahora en Holanda. Muy avergonzada esta nación por lo alto de un censo que le permite á trescientos mil ciudadanos tan sólo, entre cuatro millones y medio, el derecho electoral, co-

mienza un período de ampliación del sufragio que habrá de llegar tarde ó temprano, como ha llegado en España lógicamente á los últimos límites de tan precioso derecho. A las restricciones antiguas sucederá un 74 por 100 con voto en Holanda, y llegarán al 87 por 100 que tiene Francia, y al 90 por 100 que tiene Alemania, y al 92 por 100 que tiene Suiza, cual nosotros hemos llegado por larga serie de muy encadenados esfuerzos á la plenitud del derecho. Y en un litigio de derecho moderno, se halla Noruega con los aristócratas suecos é Irlanda con los conservadores británicos. Y así como, á cada sesión de los Comunes, se afirma con mayor fuerza el poder de los irlandeses sobre sí mismos en los debates colosales por las nuevas leyes, á cada sesión del Parlamento noruego se ven progresar sus reivindicaciones en favor de las leyes democráticas, del gobierno propio como cumple á su larga historia, de la libertad del comercio internacional que piden á coro el comercio y el trabajo con iguales exigencias en esta grande elaboración de una democracia continental, cuyos factores acabarán por federarse tarde ó temprano y por constituir en este viejo continente unos Estados Unidos aptos para la libertad y la paz. Por eso nosotros, que maldecíamos, antes de comenzada, la guerra con Siam, nos regocijamos de que la hayan todos conjurado, pues pedimos y queremos la reconciliación entre los pueblos, la paz universal.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

Influencia de la novela.—*La Hembra*, por Tusquets.—*Alza y Baja*, por D. S. Liniers.
La nueva doctrina, por López de Gómara.

Sería un interesante estudio el que tuviese por objeto calcular el grado de influencia que la novela ejerce sobre la sociedad contemporánea y sobre los individuos que la constituyen, y averiguar en qué medida es provechosa ó perjudicial esa influencia. Sin que pretenda yo ahondar en tan complicada cuestión—cosa que exigiría las dimensiones de un libro—sí he de decir algo de lo que se me ocurre acerca de este importante asunto.

No hay más que apelar al testimonio de nuestro propio espíritu para convencernos de lo mucho que se ha modificado al contacto, ó más bien bajo la acción de los cuentos y novelas con que viene nutriéndose desde la infancia. Cada hombre lleva dentro de sí algo de los personajes novelescos que excitaron su admiración y mucho del mundo imaginario adonde sus lecturas le condujeron. Cuéntase que al poco tiempo de haber llegado Goethe á la corte de Weimar, desde el rey hasta el

último empleado de palacio adoptaron el traje de Werter. Más tarde, Europa entera, no sólo vistió su cuerpo, sino su alma, con las prendas y con las melancolías del amante de Carlota. No negaré yo que esta influencia de la novela, tan manifiesta en el libro del Júpiter alemán, sea siempre funesta; quizá de ella han tomado origen grandes virtudes y hasta heroicas hazañas: así como Alejandro tuvo su modelo en Aquiles, acaso más de un rasgo generoso de los tiempos presentes tiene, sin duda, su origen en la imitación de tal ó cual personaje novelesco. Por mi parte, no dudo en afirmar que monseñor Bienvenido y Juan Valjean, por ejemplo, han ennoblecido á buen número de almas.

Justo es, sin embargo, reconocer que, por regla general, el influjo de la novela es poco sano. Así como al hidalgo manchego se le secó el *celebro* con la lectura de los libros de caballerías, así á los hombres y mujeres de nuestro siglo trastornan y perturban las novelas modernas; y más de una lastimosa

caída, más de un grave extravío, no pocos horrores y muchos crímenes, reconocen como causa, si no única, muy importante, la obra del novelista. Un escritor moderno, hablando de Balzac, exclama: «¡Cuánto hizo trabajar á los jueces! ¡Cuántas lágrimas hizo verter á las madres!» La novela, como la historia de los amores de Lanzarote y de la reina Ginebra, suele convertirse en insinuante Galeoto. No hay sino recordar lo que fué el *Werter* durante la primera mitad del presente siglo. La sombría tristeza que el genio de Goethe acertó á derramar en las páginas de su libro, produjo la enfermedad del espíritu que se conoce con el significativo nombre de mal de Werter. En las postrimerías de su existencia, llenóse de amargo remordimiento el corazón del gran escritor á la vista del cadáver de un suicida, en cuyo bolsillo se encontró un ejemplar del libro terrible. Si fuera posible leer en el corazón de los que atentan á su vida, quizá en más de uno podrían leerse estos grandes nombres: Balzac, Flaubert, Zola...

Claro es que toda la culpa no corresponde al novelista. Este, en último extremo, se limita á reflejar el mundo que le rodea; lo más que hace es combinar elementos que tienen existencia propia independiente del escritor. Esto es verdad; pero del mismo modo que de la concentración y combinación de ciertas sustancias obtiene el químico compuestos terribles, así el novelista, recogiendo elementos esparcidos en la sociedad y agrupándolos y *combinándolos*, produce, contra su voluntad casi siempre, como

el fraile alemán la pólvora, obras de corrupción y hasta de muerte.

Para combatir la influencia perniciosa de la novela no hay como la novela misma. Entendiéndolo así, escribió el P. Coloma su famosa *Pequeñeces* —cuya lectura tal vez no produzca los resultados que el autor se propuso conseguir—y á este mismo procedimiento de *similia similibus* ha acudido recientemente el escritor catalán señor Tusquets en su novela titulada *La Hembra*.

*
*
*

Quien haya leído *Nana*, de Zola, recordará de seguro aquella alegoría de la mosca de oro «que alzando el vuelo desde la basura de los arrabales, lleva el fermento de la podredumbre social á los hombres sobre los cuales se posa».

Cantaridina es una variedad del género personificado por la cortesana parisense; es la hembra lasciva, poseedora de todos los secretos del deleite carnal, y maestra en los refinamientos del placer, especie de vampiro que chupa la sangre y el dinero de los incautos en que se fija. París es su medio. Nació en cualquier parte, en el tugurio del jitano ó en la cabaña del mestizo, rodó por los caminos, se envileció en oscuros tugurios, y vivió vida desastrada hasta que la ley de las afinidades la llevó á París, lanzándola en el torbellino monstruoso de la vida *mundana*. Allí la larva se convierte en mariposa. *Cantaridina* tiene, durante algún tiempo, la palma de la notoriedad. Su cinismo y su descoco la hacen

la reina del vicio. Posee el secreto de todas las más bajas seducciones y los misterios todos del moderno *ars amandi*; sabe dar á su voz el acento de la pasión ideal ó el tono provocativo que brinda al placer sin freno; toma á veces su semblante el aspecto místico de las vírgenes prerrafaelistas y otras el gesto de la bacante; llora ó ríe, según las circunstancias lo exigen; acariciadora ó esquiva, suplicante ó desdeñosa, es siempre Cantaridina la personificación completa de la corrupción parisiense, *un serrallo entero*, según la expresión gráfica de uno de los personajes de la novela.

Entre las mallas de la red con que la hembra degradada caza á los incautos, enrédase el heredero del noble condado de Puisegur. Soñador y fantástico, el noble catalán, olvidando sus deberes conyugales y el cariño de su hijo, no obstante sus buenos propósitos de próximo arrepentimiento, acaba como el conde Muffat en *Nana*, por ser el juguete de la cínica mujerzuela. En sus brazos deja la felicidad, la fortuna, la honra y la salud. En vano trata de romper las cadenas que le sujetan á la hembra pervertida: como los fumadores de opio, el opio le atrae, aunque es la muerte. Quiere huir, pero, siempre débil, déjase alcanzar, hasta que por fin, enloquecido por aquella mujer fatal, rueda hasta el fondo de la ignominia.

En tanto muere su hijo, única flor de sus amores honrados; su esposa, aunque acepta el martirio, le desprecia en el fondo de su alma; su hermano le mira con horror, y los colo-

nos de Puisegur, los antiguos vasallos del noble condado, maldicen su nombre. Nada de esto contiene al insensato aristócrata; su pasión viciosa es mayor cada día, y rompiendo al fin definitivamente con todo su pasado, únese definitivamente con Cantaridina, que para colmo de desgracias y para que la huella del mal comenzado no se extinga, le hace padre de una hija condenada por la ley de herencia á continuar la triste historia de los que le diesen el ser. En París, agobiado por las deudas, escarnecido por sus antiguos amigos, engañado por su amante, vive el conde de Puisegur vida indigna y angustiosa, hasta que Cantaridina, harta ya de su víctima, le abandona y huye con su hija y un nuevo querido. Entonces, prematuramente envejecido y herido de muerte por una enfermedad medular contraída por los abusos del *serrallo*, vuelve á la antigua morada de Puisegur, donde encuentra, no el amor, pero sí el deber conyugal heroicamente aceptado por la abandonada esposa. Una indiscreción hace que el conde oiga de labios del médico que le asiste el pronóstico de su enfermedad, y en un acceso de desesperación, el heredero de los Puisegur pone fin á su triste vida ahorcándose, «como Judas el discípulo traidor».

No acaba aquí la novela. Hay en ella una página más dolorosa que todas las anteriores, quizá la mejor del libro y la que con más fuerza impresiona al lector: la venta miserable de la hija de Puisegur, por su madre, al cínico Planarroya. La desventurada muchacha,

engendrada por el vicio, es por el vicio fatalmente arrastrada; en ella se cumple la maldición terrible, la herencia de iniquidad impuesta por fatalidades en que se descubre la eterna justicia... Sin embargo, ¡qué triste es ver marchar á la víctima inocente camino del sacrificio!

* * *

Con lo dicho puede formarse el lector idea, siquiera sea muy imperfecta, del valor artístico y del valor moral de la novela. El Sr. Tusquets no ha vacilado en adoptar los procedimientos naturalistas, y bien se desprende en la lectura de su novela lo mucho que ha estudiado los libros de Zola y principalmente *Nana*, de quien *La Hembra* es, por decirlo así, un corolario. El escritor catalán ha tenido, sin embargo, el buen gusto de evitar con sumo cuidado las escenas repugnantes, las descripciones sensuales, las escenas lúbricas de que tanto abusa el autor de *L'Assommoire*. Hay, sí, frases atrevidas y conceptos nada tímidos, como los hay en *Pequeñeces*; pero nada se encuentra en el libro que provoque náuseas, ni menos que estimule carnales apetitos. En la moderna literatura, pocas obras se han escrito más morales, moral en la forma, moral en los sentimientos que evoca, moral en la impresión profunda y dolorosa que deja en el ánimo del lector.

Con la disipación parisiense y con la desastrada vida del conde forma poderoso contraste la paz triste, pero consoladora, del antiguo castillo, poblado

de nobles recuerdos, rodeado de rudos pero honrados servidores y habitado por virtuosa dama que parece la personificación de las antiguas ricashembras. La corrupción no ha salvado los muros de la casa señorial; en aquel rincón de tierra catalana no pueden arraigar los vicios que fermentan allá lejos en la capital del mundo civilizado. ¿Ha querido el Sr. Tusquets mostrar en este contraste la necesidad de vigorizar los sentimientos nacionales ó regionales, á fin de librar á su patria de la invasión de las costumbres modernas? No sé si éste habrá sido uno de los propósitos del autor de *La Hembra*; pero sí diré que, estudiado ó casual, éste es uno de los aspectos más simpáticos del libro. Halaga el corazón y fortalece el ánimo ver que en pro de la patria, de sus creencias, de sus costumbres, se esgrimen plumas tan vigorosas y diestras como la pluma del Sr. Tusquets.

Diestra he dicho, y quizá el adjetivo no expresa con bastante exactitud el juicio que he formado del novelista catalán. Su obra revela desde las primeras páginas á un escritor de sólida inteligencia, de viva imaginación, de corazón sano y de exquisito gusto. Con difícil naturalidad desarróllase gradualmente el plan de la obra, crece el interés y descúbrese el sentido, como dejo dicho, eminentemente moral, que preside á todas sus páginas. Sus personajes, principalmente el de Cantaridina, Planarroja y los demás que forman el *grupo* parisiense, son de una realidad perfecta. Dijérase que el autor los ha

tratado durante largo tiempo, estudiándolos con gran detenimiento. El del conde de Puisegur es un estudio acabado. El germen de sus desgracias está en su debilidad; fáltale la damasquina armadura que es menester ceñir para hacer frente á las seducciones y á los refinamientos modernos. Nada hay en él que revele la semilla innata de la maldad; es un hombre sano que se envenena por no haber tenido valor ó cordura suficiente para rechazar la copa perfumada que le ofrecían manos seductoras. Sus desgracias, más que indignación, nos producen pena semejante á la que nos produciría un ciego corriendo hacia un precipicio.

Menos real me parece la esposa de Puisegur y el hermano del conde. Buscando el contraste con los otros personajes de la novela, el autor los ha convertido en santos, sin sombra alguna de defecto, no teniendo en cuenta que hasta los mismos bienaventurados tuvieron, cuando los vestía carne mortal, algún achaque ó mácula propios de la flaca naturaleza humana. Por otra parte, sin que niegue yo que al lado de los hombres más viciosos existen virtudes libres de todo contagio, dada la tendencia de *La Hembra*, hubiera quizá sido más lógico que los extravíos del conde de Puisegur dieran al traste con las ideas de virtud y de moral de su esposa y de su hermano. El mal es contagioso, ó, mejor dicho, el contagio es una de las consecuencias del mal, y, á mi entender, el Sr. Tusquets se proponía en su libro pintar con mano implacable estas terribles consecuencias.

De todos modos, *La Hembra* es uno de los libros que honran á la literatura contemporánea, no sólo de Cataluña, sino de toda España. No es fácil encontrar, entre las novelas de los últimos años, una sola que la aventaje.

* * *

No es bastante escribir correctamente ni razonar con lógica, ni siquiera ser académico, para escribir buenas novelas. Comprueba lo dicho el Sr. Liniers, autor de una novela de 751 páginas, en donde no falta ni conocimiento del asunto, ni arte para narrar y describir, ni observación de la realidad, pero en la que desgraciadamente falta la cualidad principal que necesita un libro recreativo: la amenidad. La obra se cae de las manos, y sólo con gran esfuerzo de voluntad pueden seguirse los incidentes de la intriga electoral que le sirve de asunto. A esta languidez del libro hay que añadir la manera un tanto afectada y académica con que hablan los personajes; no parece sino que todos ellos, antes de expresar sus afectos é impresiones, reflexionan cómo han de decirlos de la manera más atildada posible. Esto, como es consiguiente, produce intolerable amaneramiento é irresistible frialdad.

Si yo estuviese en el caso de dar consejos á persona tan respetable como el Sr. Liniers, le diría con toda sinceridad que se dejase de novelas, que emplease su indiscutible talento en cosas de mayor utilidad, que los literarios y

que aplicase su pluma correcta y bien cortada á escribir informes ó redactar memorias y enmiendas parlamentarias, con lo que quizá ganarían más las leyes del país que el arte ha ganado con la publicación de *Alza y Baja*.

* * *

No es desconocido en España el nombre del escritor bonaerense señor López de Gómara. Algunos de sus libros fueron publicados, y no sé si escritos en Madrid, allá por el año 1875; mas á decir verdad, no es fácil juzgar por ellos de las cualidades de pensador y filósofo que el autor argentino ha demostrado en sus dos últimas obras, tituladas *La Ciencia del bien y del mal* y *La Nueva doctrina*. En el primero de estos dos libros, propónese el autor demostrar, por medio de la hipnosis, la dualidad del ser humano; en el segundo, partiendo ya de esta afirmación, intenta construir idealmente la teoría de la existencia espiritual, y fija los principios morales á que debemos someternos y las reglas de conducta que debemos practicar.

Para el escritor americano, el alma humana es el eterno peregrino de las tierras del cielo. La muerte no es más que una evolución, el principio de una nueva encarnación, de la cual salimos siempre mejorados merced á la labor nunca estéril de vivir. «El hombre va aprendiendo á morir, porque va teniendo conciencia de que cada agonía no es más que un tamiz de amargura por el cual se va purificando para poder entrar en mejor vida.» Pero de

esta existencia ultraterrena no podemos tener más que una vaga esperanza, puesto que si tuviese el hombre conciencia absoluta de su vida futura, no habría espontaneidad en ninguno de sus actos, ni le guiaría la abnegación sino el egoísmo. Tales son, expuestos en breves frases, los principios metafísicos en que se apoya *La Nueva doctrina*, principios que coinciden con el destino que Flammarión señala al mundo y á las almas. Las siguientes palabras del astrónomo francés coinciden con las teorías desarrolladas por el Sr. Gómara.

«Todo lo que fué tierra en otro tiempo, aguas, aire, minerales, plantas, hombres; todo lo que ha tenido carne, miradas, corazones palpitantes de amor, bellezas seductoras, cerebros pensadores, manos que esgrimieron la espada, vencedores y vencidos, verdugos y víctimas, los átomos y los espíritus inferiores no separadas de la materia... todo se convertirá en fuego. Esto será la resurrección de la naturaleza visible, en tanto que las almas superiores que adquirieron la inmortalidad continuarán viviendo sin fin en las jerarquías del universo físico invisible.»

Sobre esta base edifica el Sr. Gómara la moral de su nueva doctrina, tanto en lo que se refiere al individuo, como en lo tocante á la sociedad. Hacer que el espíritu domine á la materia como el señor domina al siervo, este es el fin á que deben enderezarse nuestros esfuerzos. Aceptada como evidente la inmortalidad del espíritu y su existencia terrestre únicamente

como prueba y período de enseñanza, parece lógico que, apartando los ojos con el mayor desprecio de todos los bienes materiales y morales de este mundo, de todas las sensaciones y sentimientos, los fijemos únicamente en el más allá, sin que nos preocupen poco ni mucho los efímeros halagos y miserias con que tropezamos en la vida.

Consecuente con el plan de su libro el autor de *La Nueva doctrina*, quiere que la sociedad sea instrumento y medio de perfeccionamiento para la colectividad y el individuo. Cuanto está en oposición con la viril energía del alma humana, cuanto se opone ó retarda su mejoramiento, es malo aun cuando las leyes lo sancionen y las costumbres lo mantengan. Cuando el mundo, inspirándose en el amor universal, realice la armonía colectiva; cuando la verdad y la justicia reinen sobre la tierra de tal modo que el espíritu humano se desenvuelva sin trabas en todas sus múltiples direcciones y siempre con la vista fija en su porvenir ultraterreno... «entonces será llegado el fin de la materia: el reloj de los siglos emprenderá una marcha retrógrada, la última generación se extinguirá, confundida la experiencia de la vejez, con el candor de la infancia, los globos cambiarán su dirección y los ejes de sus rotaciones, y perdiendo la regularidad de movimientos que solidifica su amalgama, se volatilizarán en el tremendo cataclismo del espacio, al calor de velocidades inauditas y choques apocalípticos que les volverán al éter, para que ni ese obstáculo encuentre

la nueva vida libre é ilimitada del espíritu.»

Como se ve, *La Nueva doctrina* coincide, en lo esencial, con lo que predicán todos los filósofos espiritualistas desde Zoroastro hasta Platón, y desde San Agustín hasta Santo Tomás. La religión y la moral cristiana parten de este principio fundamental que expresa perfectamente la frase de Jesús: «Mi reino no es de este mundo.» En lo que el Sr. Gómara presenta una teoría que, sin ser nueva, se aparta de la creencia cristiana, es en lo relativo á la manera cómo ha de ser la vida ulterior. En este punto, el autor de *La Nueva doctrina* no hace más que parafrasear, como hemos dicho, á Flammarión.

Sin entrar en disquisiciones metafísicas sobre cuestiones tan fuera de todo cálculo exacto, es justo reconocer que los esfuerzos del Sr. Gómara para mejorar el mundo y dar á los hombres una esperanza no desprovista de carácter científico, es propósito digno de toda alabanza, aunque, en mi opinión, menos práctico de lo que el autor piensa. El mismo título del libro parece indicar que el Sr. Gómara intenta ser algo así como el Cristo de una religión nueva, como el Mesías salvador de nuestra sociedad. La intención es superior al esfuerzo. *La Nueva doctrina* es una obra noble, consoladora, abundante en profundas observaciones y escrita con brío y entusiasmo sugestivos y en sanas teorías; es un buen libro, en suma, pero no es, como pretende el autor, un Evangelio.

F. F. VILLEGAS.

ÍNDICE

	Páginas.
<i>Meta Holdenis</i> (novela), por Víctor Cherbuliez.....	5
<i>El Credo del amor</i> (cuento), por Alfonso Daudet.....	104
<i>A un cristo empeñado</i> , por Manuel Uribe Velázquez.....	108
<i>Lamennais según su correspondencia</i> , por E. Caro.....	109
<i>Despedida al piano</i> , Anónimo.....	131
<i>La Música</i> , por John Lubbock.....	132
<i>Verdad amarga</i> , por Alvaro Fontoso.....	140
<i>Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal.—El tipo criminal en el arte</i> , por César Lombroso.....	141
<i>Los Rougon-Macquart</i> (continuación), por Pablo Alexis.....	143
Eugenio Mouton (Merinos), semblanza, por Gastón Bergeret.....	159
<i>El Gallo del campanario</i> , por Eugenio Mouton (Merinos).....	167
<i>Reseña crítica del Centenario</i> , por Cesáreo Fernández Duro.....	176
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	190
<i>Impresiones literarias</i> , por F. F. Villegas.....	201